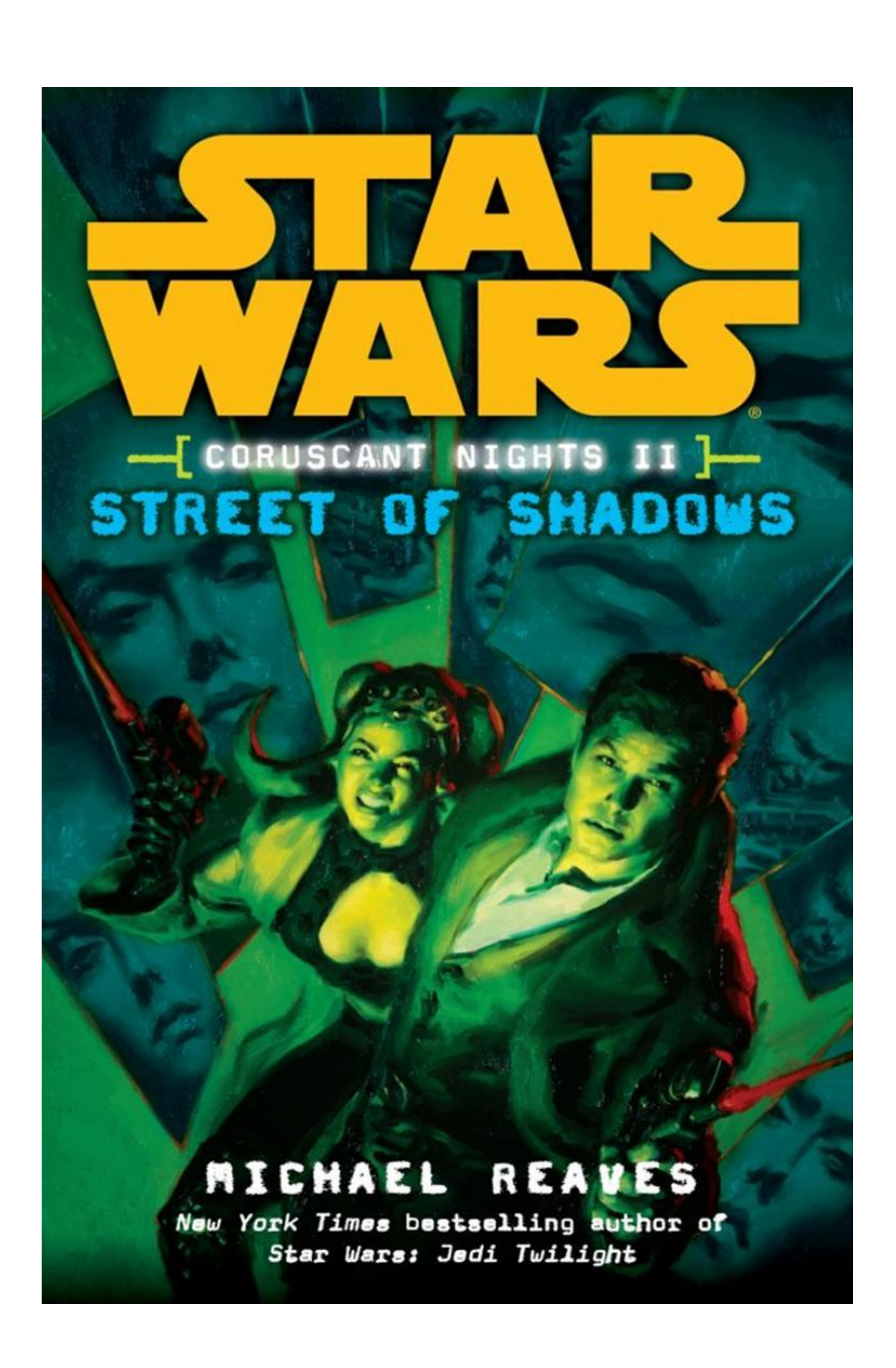

STAR WARS
CORUSCANT NIGHTS II
STREET OF SHADOWS
MICHAEL REAVES
New York Times bestselling author of
Star Wars: Jedi Twilight

**Con los Jedi casi exterminados en las sombrías consecuencias de la Orden 66, el poder del Imperio parece ilimitado. Pero un solitario caballero sigue luchando la buena lucha… contra viento y marea, y cuando todo lo demás falla.**

En lo profundo de las entrañas de Coruscant, el Jedi Jax Pavan se busca la vida como investigador privado, un hombre al que los oprimidos acuden y puede hacer algo por ellos. Ahora, una impresionante zeltron misteriosa llamada Deejah se acerca a Jax con un caso muy difícil: averiguar quién mató a Volette su artista amante, brutalmente asesinado horas después de su presentación triunfal de una deslumbrante nueva escultura de luz con vínculos evidentes con la pirotecnia de los sables de luz.

Encontrar al asesino de Volette no va a ser fácil: demasiados secretos, demasiados sospechosos, y todo tipo de motivos. Pero con la ayuda del droide I-5YQ, y las excelentes habilidades de espionaje del ex-reportero Den Dhur, la investigación pronto funciona como una máquina bien engrasada.

Desafortunadamente, hay una máquina mucho más eficiente cazando a Jax. Es un mortal juego del gato y el ratón, mientras el reloj comienza a correr hacia el explosivo enfrentamiento final… para ver quien golpea primero y quién morirá primero.




**Noches de Coruscant 2**

# Calle de Sombras

Michael Reaves

**Versión 1.0**

21.11.12



Serie original: *Coruscant Nights II*
Título original: *Street of Shadows*
Cronología: 19–18,46 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)
Autor: Michael Reaves
Artista de portada: Glen Orbik
Publicación del original: agosto 2008

Traducción: Yavin201
Revisión: darth gladius
Edición: Bodo-Baas
Base LSW v1.1

# Declaración

Todo el trabajo de traducción, maquetación, revisión y montado de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Ninguno de nosotros nos dedicamos a esto de manera profesional, ni esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si pensáis que lo merecemos.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en el Grupo Libros de Star Wars.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo con tus amigos si la legislación de tu país así lo permite y bajo tu responsabilidad. Pero por favor, no estafes a nadie vendiéndolo.



Visítanos para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

- Nuestro grupo yahoo: http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/
- En el foro de Star Wars Radio Net: http://foro.swradionet.com/index.php
- O en el Blog de Javi-Wan Kenobi: http://relatosstarwars.blogspot.com.es/

¡Que la Fuerza os acompañe!
El grupo de libros Star Wars

# Dramatis personae

Aurra Sing; cazarrecompensas (mujer humanoide)
Baron Vlacan Umber; mecenas (varón vindaliano)
Baronesa Kirma Umber; mujer noble (mujer vindaliana)
Darth Vader; Lord Sith (varón humano)
Dejah Duare; asistente artístico (mujer zeltron)
Den Dhur; guerrillero de Latigazo, antiguo reportero (varón sullustano)
I-Cinco; droide de protocolo
Jax Pavan; guerrillero de Latigazo, antiguo Caballero Jedi (varón humano)
Laranth Tarak; guerrillera de Latigazo, antigua Caballero Jedi (mujer twi'lek)
Pol Haus; prefecto de la policía del sector (varón zabrak)
Typho; capitán de Naboo, especialista de seguridad (varón humano)
Ves Volette; escultor de luz (varón caamasi)

# Prólogo

*Planeta Naboo, 19 ABY*

Padmé nunca supo cuánto la quiso.

Había muerto, por lo que él sabía, en un lugar solitario y apartado, en un planeta que, si no era el infierno visualizado por las supersticiosas creencias de diversos mundos, ciertamente se le aproximaba. Eso era todo lo lejos que había rastreado su viaje final: a Mustafar, un globo todavía sufriendo los dolores de la creación, donde ríos de fuego y roca fundida surcaban un paisaje de basalto y obsidiana, y donde droides resistentes al calor especialmente diseñados horadaban las corrientes de lava buscando minerales raros y preciosos. Un lugar terrible, un mundo de oscuridad eterna, de cielos repletos de hollín y gases mefíticos. Nadie merecía morir en semejante lugar, especialmente Padmé. Si tenía que morir, debería haber pasado sus últimas horas en un mundo de música y bañado por el sol, como su mutuo planeta natal, Naboo, un mundo verde y azul, no negro y rojo.

Pero había ido a Mustafar, tras el Jedi Anakin Skywalker, en una misión tan secreta, había dicho ella, que ni siquiera su guardaespaldas podía acompañarla.

Y él, creyendo que estaría protegida bajo el cuidado del Jedi, la había dejado marchar.

Y no había vuelto a verla… con vida.

El Capitán Typho, una vez jefe de seguridad para la Rama Consular del Senado de Naboo, se castigaba a sí mismo por su decisión mientras permanecía junto al resto de los dolientes, observando el ataúd cubierto de flores avanzar lentamente por la explanada. Había sido su trabajo como soldado proteger a la Senadora Amidala, protegerla de los ataques de agentes separatistas clandestinos. Había sabido que habría más intentos de acabar con su vida. Lo había sabido porque había habido intentos previos: el bombardeo de su nave estelar el mismo día de su llegada a Coruscant; los mortales kouhuns liberados en su habitación por un asesino cambiaformas; su casi ejecución en la arena de Geonosis.

Incluso si no la hubiese amado, habría sacrificado su vida para protegerla sin pensárselo dos veces. Ese habría sido su deber. Su amor por ella sólo aumentaba su culpabilidad. Ella había ido a realizar su misteriosa misión con Skywalker, y él no había ido con ella. Y ahora tenía que vivir con la culpabilidad de su supervivencia, una maldición infinitamente más ardua que la tarea relativamente fácil de morir por ella.

Era cierto que, si viviese, seguiría sin haber posibilidades de que su amor por ella fuera correspondido. Padmé, después de todo, había sido una Senadora, y antes de eso la Reina planetaria. Él sólo era un soldado; la diferencia de clase había sido demasiado grande. Pero eso no había impedido que la amara. Ningún poder de la galaxia, ni siquiera la propia Fuerza podría haber conseguido eso.

Después del funeral, Typho deambuló sin rumbo entre la multitud, todavía aturdido, todavía intentando que su mente aceptase el hecho de su muerte. Todavía revisando, una y otra vez, lo que podría haber hecho de forma diferente, si posiblemente podría haberla persuadido para reconsiderar ese último viaje…

Sin sentido. Infructífero. Esas autoflagelaciones no servían para nada. Maldecir sus acciones no la traería de vuelta, ni honraría su memoria.

Si ella hubiese sabido cómo se sentía, si hubiese sabido de su amor por ella, él sabía que Padmé habría querido que siguiese adelante, que la dejase ir, que viviera en lugar de revolcarse en su desesperación. Y él estaba dispuesto a hacerlo.

Pero primero, se dijo a sí mismo, hay una última tarea que debe ser realizada…

Padmé Amidala debe ser vengada.

Había oído rumores contradictorios, fragmentos de conversación durante el caos que se produjo inmediatamente después de su muerte. La mayor parte de los factótumes y oficiales del gobierno se vieron atrapados ocupándose de asuntos más grandes; aunque para Typho no podía haber asunto más importante que sus sentimientos personales sobre la muerte de Padmé.

Sabía que las repercusiones diplomáticas, especialmente en vista del ya tenue estatus de autonomía de Naboo a los ojos del nuevo régimen de Palpatine, eran gigantescas. Pues las circunstancias de la defunción de la Senadora eran, hablando sin rodeos, sospechosas. Había evidencias —evidencias convincentes— de que había muerto violentamente.

Por supuesto, esto no debía ser conocido por la población en general. Pero el rango tenía ciertos privilegios y el Capitán Typho se había enterado de algunas cosas sobre las últimas horas de Padmé. Había informes conflictivos, por supuesto, pero todos los informes de autopsia coincidían en dos cosas: que había sido estrangulada, y que el niño había muerto con ella.

Pero exactamente cómo se había llevado a cabo lo anterior, nadie estaba realmente seguro. La evidencia de estrangulación había estado allí, y había sido obvia: el hueso hioides fracturado, daño en la laringe y compresión de la tráquea eran indicaciones claras de estrangulamiento.

Pero… no había señales de magulladuras en su cuello, ningún arañazo o señales de congestión… ninguna indicación de trauma exterior. Su cuello había sido prístino.

Era como si de alguna forma hubiera sido estrangulada sin contacto físico. Y sólo había un poder en la galaxia que Typho supiera capaz de lograr tal cosa.

La Fuerza.

Padmé había ido a Mustafar para encontrarse con el Caballero Jedi Skywalker. Y todas las pruebas indicaban que había sido asesinada mediante la Fuerza.

Posiblemente eso no podía ser una coincidencia. Incluso si Skywalker no era el asesino, tuvo que haber estado conectado de alguna manera. En cualquier caso, él era la mejor y única pista a seguir.

Typho sabía lo que tenía que hacer.

Iría a Coruscant. Encontraría a Anakin Skywalker. Y dependiendo lo que descubriera, el Jedi viviría o moriría.

Y entonces, tal vez Padmé descansaría en paz.

# PARTE I

PLANETA NEGRO

# Uno

—Creo que es seguro asumir —dijo el droide—, que nos han tendido una trampa.

Una descarga de rayos láser y de partículas hizo erupción desde el otro lado de la habitación, centrada en ellos cinco, como si enfatizara la declaración. Den miró a Jax.

—¿No te alegras de que tu padre le administrara esa mejora neural?

Otra serie de rayos golpearon la enorme unidad hipercondensadora detrás de la que se estaban escondiendo. Estaban protegidos por el momento, Jax lo sabía, pero finalmente, si los láseres y las descargas de partículas cargadas de los soldados de asalto seguían golpeando la unidad, la cubierta de duraluminio se sobrecalentaría, alterando muy posiblemente la estabilidad del condensado gas Tibanna ultra frío de su interior.

Si eso ocurría, I-Cinco estimaba el factor explosivo al menos en un 7.5, que ciertamente vaporizaría el edificio en el que estaban, así como un considerable pedazo del paisaje urbano circundante.

—Es sólo una estimación aproximada —explicó el droide—. Hay demasiadas variables a tener en cuenta para que refine mi…

—Siete punto cinco es más que suficiente para mí —le aseguró Jax—. ¿Den?

—Para mí también —estuvo de acuerdo Den. El pequeño sullustano estaba agachado junto a I-Cinco—. Definitivamente tú sí que sabes cómo motivar a la gente —añadió para el droide.

—Menos hablar y más disparar —dijo Laranth. La Paladín twi'lek tenía un desintegrador en cada mano y estaba agachada cerca del extremo más alejado de la unidad—. Voto que nos marchemos— Jax no podía discutir su lógica. Cuanto más tiempo permanecieran arrinconados, menos posibilidades tendrían ellos y su cliente, por no mencionar que morirían cientos de miles de seres si el escenario 7.5 de I-Cinco ocurría en un futuro inmediato. No es que Jax lo dudara. El droide tenía la molesta costumbre de estar en lo cierto casi todo el tiempo.

—De acuerdo —dijo él—. Laranth, por la derecha; I-Cinco, la izquierda. A mi señal…

—Hey, ¿qué pasa conmigo? —preguntó Den.

—Quédate aquí con el subsecretario —Jax dirigió una mirada a la corpulenta y temblorosa forma agazapada junto a Den. Antes de que el Imperio reemplazara a la República, Varesk Bura'lya había sido un funcionario medio asignado a la embajada bothan en Coruscant. Inmediatamente después de la caída de la República, se había convertido en un fugitivo, junto con miles de representantes de varias especies en la ciudad-planeta.

Cierto, no se había realizado ningún esfuerzo en particular para atraparlos, y en una metrópolis global que era hogar de literalmente trillones de seres, uno tenía una buena posibilidad de vivir una vida (miles de vidas, de hecho) sin llegar a tener contacto con un enemigo. Pero una característica sobresaliente de la especie bothan era la paranoia, y Bura'lya no andaba corto de ella. Así que había contactado con el movimiento de

resistencia de Coruscant conocido como Latigazo, y había hecho los preparativos para marcharse del planeta a través del Mag-Lev Subterráneo, una peligrosa e indirecta ruta secreta que llevaba a enemigos del estado hasta espaciopuertos y naves estelares simpatizantes pasando por refugios, apartamentos privados y otros medios clandestinos.

Jax Pavan, uno de los últimos Jedi supervivientes y un combatiente de Latigazo, había sido asignado para ayudar a llevar al dignatario bothan hasta la libertad. Todo había ido bien hasta que llegaron al punto de control final, en el interior tenuemente iluminado de una planta de procesamiento de carbonita. Allí habían sido recibidos, no por los miembros de la resistencia que esperaban, sino por un grupo de soldados de asalto imperiales.

Eran listos, tenía que concederles eso. Sabiendo que un droide formaba parte del grupo, habían dispuesto el ataque en las profundidades de la planta de carbonita, aprovechando el bajo nivel de radiación de fondo que confundiría los sensores biológicos y de energía de I-Cinco en el momento oportuno. Sin embargo no habían sabido que también tendrían que luchar con dos Jedi. La Fuerza había advertido a Jax y a Laranth de la trampa, razón por la que en ese momento cuatro soldados yacían muertos en el suelo. Si el bothan, en un momento de pánico, no se hubiera puesto en medio, Jax estaba seguro que el resto de los soldados ya estarían muertos, y Varesk Bura'lya estaría a punto de embarcar en el carguero de especia *Gran Puntuación* y convertirse en un desvaneciente recuerdo desagradable en lugar de estar escondiéndose detrás de una unidad hipercondensadora, discutiendo sobre su muerte inminente.

En ese momento alzó la mirada hacia Jax, los carnosos zarcillos que le salían de la parte superior de las mejillas temblaban de miedo.

—¡Fuisteis contratados para protegerme! —gritó, su voz chirrió de forma desagradable a lo largo de los nervios del Jedi—. ¡Vuestro trabajo era ayudarme a escapar de esta roca sobreedificada! ¿A esto llamas escape?

—Bueno —comentó Den—, eso depende de lo metafísica que quieras la definición de escape…

Otra andanada de rayos impactó en su refugio, abrasando el aire y dejando un desagradable olor penetrante a ozono en las fosas nasales de Jax. Sabía que no había más tiempo: tenían que moverse. Se abrió a la Fuerza, dejando que expandiera su conciencia, sintiendo sus hebras tanteando hacia afuera, más allá de la mole de la unidad condensadora, dándole una «foto» precisa de la habitación en la que estaban y resaltando las localizaciones de los ocho soldados de asalto ocultos que los acorralaban.

—A mi señal —dijo de nuevo—. ¡…Vamos!

Laranth se lanzó desde detrás del lado derecho de la mole del condensador, disparando con sus desintegradores de ambas manos, sus ojos eran tan fríos y duros como pedazos de hielo de un cometa. I-Cinco salió de su escondite por el lado izquierdo, con los láseres de sus dedos índices lanzando rayos de luz coherente a sus adversarios. Jax dejó que la Fuerza lo elevase, dejó que le alzara por encima del enorme blindaje, su vibroespada paró las descargas mientras aterrizaba, desviándolas de vuelta hacia los

atónitos soldados. Eso era mucho más difícil de lo que parecía. La hoja de duracero había sido forjada con cortosis, un mineral lo suficientemente fuerte como para resistir descargas de energía, pero su similitud con un sable láser terminaba ahí. Un rayo escarlata golpeó en la parte baja de la hoja, más por suerte que por puntería, y el vibrogenerador de la empuñadura se apagó. Incluso a través del aislante la sacudida fue dolorosa. Jax supo inmediatamente lo que había sucedido, al igual que los soldados; podían ver como el filo de la hoja perdía su borrón indicador de alta velocidad. Jax dejó caer el arma y extendió ambas manos, con las palmas hacia afuera, en un golpe de Fuerza que arrojó a tres de los soldados contra una pared. En cuanto hizo eso, sin embargo, pudo sentir a otro patrullero apuntándole… Laranth entró en el borde de su visión periférica, disparando su desintegrador. El rayo golpeó la descarga destinada a Jax. El aire crepitó con energías ionizadas multicolor, la descarga eléctrica parpadeante bailó a lo largo de sus brazos y cubrió momentáneamente su frente, y el sonido fue como mil nidos de avispas de fuego al ser abiertos a la vez.

La visión de Jax fue momentáneamente cegada por la pirotecnia. Afortunadamente, los fotorreceptores de I-Cinco no.

El droide disparó rápidamente, sus descargas láser eran infaliblemente precisas. En cuestión de momentos se había acabado. Los ocho soldados de asalto yacían repantigados en diversas posiciones desgarbadas, sobre el suelo o a través de cañerías de desagüe, consolas de control, y otras piezas grandes de aparatos industriales. Los tres vacilaron un momento, alerta ante otro posible ataque. Entonces Jax dijo, —Se acabó. Enfundad.

Laranth asintió y enfundó sus desintegradores. La potente conexión del Paladín Gris con la Fuerza le había dicho sin duda, al igual que se lo había dicho a Jax, que el peligro inmediato había pasado. Simultáneamente el droide bajó los brazos. Jax sabía que I-Cinco había barrido la habitación buscando trampas y signos de vida con sus sensores, y que las lecturas eran nulas.

—Eso fue estimulante —dijo I-Cinco—. ¿He mencionado últimamente cuánto disfruto con la predilección orgánica por la violencia y la masacre? ¿No? Eso podría ser porque no es así.

Jax sonrió.

—De acuerdo —dijo él—. Llevemos a nuestro cliente reluctante al espaciopuerto y subámosle a ese carguero de especia antes de que aparezca alguien más con ganas de jugar. Alzó la voz. — ¡Den! ¡Secretario Bura'lya! ¡Vamos!

Hubo un momento de silencio, y entonces la voz de Den surgió desde una esquina del hipercondensador: —Me temo que eso podría ser un problema.

Jax sintió que se quedaba helado. ¿Habían llegado tan lejos, sólo para ver cómo el ser al que habían prometido salvoconducto moría en el último momento? ¿Había rebotado un rayo de energía extraviado en una superficie reflectante en algún lugar de la habitación justo en el ángulo correcto para matar al subsecretario? Jax se extendió con la Fuerza, mientras Den continuaba, —Bura'lya se ha desmayado. Y… —El sullustano se asomó desde detrás de la unidad, con la nariz arrugada—. Creo que ha tenido un… accidente.

I-Cinco dijo, —Mi sensor olfativo confirma que Den está en lo cierto … asumiendo que ha tenido un accidente en este caso es un eufemismo para…

—Lo es —dijo Jax. Envainó su vibroespada inútil y suspiró—. Vamos. Limpiémosle antes de subirle a bordo.

# Dos

No hubo más impedimentos para subir al Subsecretario Bura'lya a bordo del carguero Gran Puntuación, a menos que encontrar un nuevo par de pantalones en las tiendas del espaciopuerto que le sirviesen a un bothan como tal.

Una vez que la nave hubo despegado, y el parche ilegal de I-Cinco de la red orbital hubo confirmado su posición para una inserción en el hiperespacio, los cuatro se dirigieron de vuelta a su residencia actual, en el sector de los niveles inferiores conocido como el Submundo del Sur. Éste estaba a varios miles de kilómetros del antiguo barrio de Jax, los Arrabales Pozonegro, cerca del ecuador y no muy lejos de las ruinas del Templo Jedi.

Sus habitaciones eran, para variar, relativamente acomodadas, lo que quería decir, por lo que a Den respectaba, que el techo no tenía goteras y las paredes no habían sido acribilladas por fuego de lanza-proyectiles. Últimamente. Como resultado de la generosidad inesperada de Kaird de Nedij, el antiguo asesino de Sol Negro que, gracias a Jax, había podido dejar la organización criminal y regresar a su planeta natal, tenían créditos suficientes para vivir confortablemente durante algún tiempo. Desafortunadamente, el mismo plan que había ayudado a Kaird y salvado su vida y la de sus amigos le había costado a Jax su sable láser. Lo había usado para desencadenar una explosión nuclear a pequeña escala en el Distrito desierto de las Fábricas para librarse de las garras tanto de Darth Vader como de Xizor el Príncipe falleen. Parecía haber funcionado; habían pasado varios meses, y Jax no había sentido el «tirón» adverso de los hilos psiónicos que constituían la manera en que experimentaba la Fuerza —al menos, nada que llevara la sensación de la atención renovada de Vader. El Señor del Sith había asumido evidentemente que Jax y sus compañeros no habían escapado de la explosión.

—No es como si en realidad necesitaras otro sable láser —señaló Den—. Después de todo, no hay forma más segura de decir ¡Mirad, soy un Jedi! que ir por ahí ondeando uno.

—Además —añadió—, ¿no tienes todavía el otro aparato que te dio Nick Rostu?

El «otro aparato» era un látigo de energía: un pedazo flexible de metal conductor que podía ser cargado de un campo de plasma, el cual había usado Jax en su batalla con el Príncipe Xizor. Irónicamente, el operativo del Sol Negro había estado esgrimiendo el propio sable láser de Jax contra él y no demasiado mal, recordó Den, considerando que Xizor no contaba con la ayuda de la Fuerza.

—¿El látigo láser? Sí —contestó Jax—. Pero no es muy bueno cara a cara, o con múltiples adversarios.

—Aun así —dijo Laranth—, estoy de acuerdo con Den. Un nuevo sable láser sólo te tentará para realizar demostraciones más abiertas de la Fuerza. Si quieres que Vader sepa que estás vivo, entonces encuentra otro por todos los medios.

La twi'lek de piel verde estaba junto a la ventana parcialmente opaca, mirando hacia la calle de abajo, mientras hablaba. Estaba vestida en su mayor parte de gris: mallas, túnica, y chaleco. Eso no era sorprendente, puesto que Laranth Tarak era una de los pocos

miembros supervivientes de los Paladines Grises, un grupo disidente de Jedi que había creído, incluso antes del derrocamiento de la República, que la Orden confiaba demasiado enteramente en la Fuerza como una panacea metafísica. Puesto que el uso del sable láser casi siempre era potenciado por la Fuerza, ellos abogaban también por la destreza con otra clase de armamento. Laranth había afinado su habilidad con un par de desintegradores DL-44 que llevaba enfundados hasta un grado sorprendente; Den nunca la había visto errar un disparo. Si le disparaba a algo, ese algo se vaporizaba, estallaba, o caía derribado; era una apuesta más segura que un veinte perfecto en sabacc.

Por supuesto, reflexionó Den, obviamente ella usaba la Fuerza para que le advirtiera de descargas láser o rayos de partículas que estuvieran a punto de ser disparados contra ella. Nadie era lo suficientemente rápido para bloquear algo que viajara casi a la velocidad de la luz. Pero Den estaba bastante seguro de que, si alguien pudiera interrumpir de alguna forma el acceso de Laranth a la Fuerza, eso no afectaría demasiado a su velocidad y su puntería.

La twi'lek giró la cabeza ligeramente, y Den pudo ver el reflejo de la luz en la brillante cicatriz de su mejilla derecha. Eso y el extremo quemado de su lekku izquierdo eran recuerdos de la atrocidad conocida como la Noche de las Llamas. Como reportero, no había sido capaz de evitar preguntar una vez acerca de su participación en ello.

—Y no me digas que debería ver cómo quedó el otro tipo —le había advertido.

—No puedes —había contestado ella—, a menos que desentierres su tumba.

No sonrió mientras lo dijo, pero claro, ni Den ni cualquier otro del pequeño grupo podía recordar haber visto sonreír alguna vez a Laranth. En la mente de Den no cabía duda que los nervios de la twi'lek estaban enrollados más apretados que las nanofibras de carbonita que sujetaban los ganchos celestiales a la superficie de Coruscant.

Se alegraba de que ella estuviera de su lado. Esperaba que se quedara ahí. Odiaría estar mirando el extremo equivocado de su desintegrador.

Sólo había otro miembro del grupo que probablemente podría igualar la mortífera puntería de la Paladín: I-Cinco. Como comentaban otros más de una vez, el antiguo droide de protocolo, que había sido amigo y compañero de Den desde la Batalla de Drongar —y que le había arrastrado por media galaxia hasta Coruscant y a esta existencia actual repleta de emociones, se recordó a sí mismo sarcásticamente— era un droide más bien singular. Incluso se le había aplicado la palabra único. La razón para esto era tan simple como complicada: I-Cinco era más consciente de sí mismo que cualquier otro droide que Den hubiese visto nunca, por no mencionar a una cantidad considerable de seres sensibles con los que el reportero había tenido la mala suerte de encontrarse a lo largo de los años. Eso podría ser explicado en parte por algunas de las modificaciones que el padre de Jax, Lorn, había realizado en la red sináptica del droide y en los amortiguadores de creatividad. Pero Den y los otros no podían evitar sentir que el droide estaba, de alguna manera, avanzando más allá de ello, hacia una conciencia que no podía ser enteramente el resultado de la programación. Si es que no estaba ya allí.

Den sacudió la cabeza. Había estado deslizándose cada vez más en tales ensoñaciones esotéricas durante esos días. No era una buena disposición de ánimo en la que quedarse, especialmente desde que una gran parte de su existencia actual consistía en intentar llevar a diversos contrabandistas y fugitivos desde las calles hasta los espaciopuertos y finalmente fuera del planeta.

Uno tenía que estar alerta; uno tenía que vivir en el momento y encargarse de los asuntos en ese medio ambiente.

Raras veces podían permitirse las reflexiones filosóficas.

No es que le hubieran dado muchas de esas de todas formas. En su antigua vida —que era como solía pensar en ella esos días; parecía tan brumosa y lejana como un sueño medio recordado— había sido reportero. Un periodista que había publicado algunas historias importantes en su época, cubierto algunos frentes peligrosos, estado más de una vez «hasta el cuello de poodoo», como lo habían descrito tan coloridamente algunos de los ugnaughts que habían sido su fuente de jugosa información en Drongar. Drongar no había sido el mejor de ellos de ninguna manera, pero tampoco había sido el peor. Había cubierto las Guerras Clon desde Eredenn Prime hasta Jabiim. Había ganado premios, menciones, y pergaminos de mérito por sus historias desde el frente. Había sido un trabajo duro, un trabajo peligroso, un trabajo excitante.

Esos días, los recuerdos de aquellos tiempos parecían como un plácido paseo por el Parque Oa.

Den fue sacado de su ensoñación por la voz de Jax.

El antiguo Jedi estaba diciendo:

—… puede que tengas razón. Aun así, dado que hay más seres en Coruscant que en otros cincuenta mundos habitados juntos, creo que las posibilidades de ser descubierto con un sable láser son mínimas, especialmente en los niveles inferiores. Y preferiría tenerlo y no necesitarlo que a la inversa —Jax se dio la vuelta y habló con otro ser que permanecía en las sombras del vestíbulo del apartamento—. ¿Qué te parece, Rhinann? ¿Puedes encontrarme un sable láser?

Den observó mientras el elomin entraba en la habitación iluminada. Haninum Tyk Rhinann era típico de su especie: alto, anguloso, y bípedo. No era tan hirsuto como un wookiee, pero se aproximaba. Sus colmillos nasales, sus cuernos regordetes, y sus ojos bastante separados sobresalían de un pedazo carnoso que sólo podía ser reconocido como una cabeza porque estaba encima de su cuello corto. Estaba deprimido. Eso no era una sorpresa particular para Den o cualquiera de los otros; Rhinann siempre estaba deprimido.

Antiguo ayudante personal de Darth Vader, había huido del servicio del Señor Oscuro, encontrando santuario en el último momento a bordo del carguero Ranger Lejano con Jax y los otros, justo antes de que la fábrica de droides hubiese sido destruida por la explosión del reactor.

Rhinann, como la mayoría de su especie, era un ser escrupuloso, quisquilloso, meticuloso y puntilloso. Para el elomin, la razón y el gozo de la vida se encontraba

verdaderamente en los detalles, y había sido esa pasión por el orden y la precisión lo que había convencido a Vader para designar a Rhinann su ayudante de campo. Desafortunadamente, junto con esa atención esmerada por las minucias venía una perspectiva de sospecha extrema sobre su vida en general y su empleador en particular. Den recordaba haber leído en alguna parte que los elomin expatriados eran propensos a las psicosis de varios tipos —incluyendo, al parecer, paranoia. Rhinann se había convencido de que Vader le mataría tarde o temprano por alguna infracción menor o el abandono del deber, y había sido ese miedo tanto como el deseo muy sensible de evitar una inminente desintegración lo que le había llevado a saltar de la nave.

Desde entonces, Rhinann había sido un fugitivo reacio. Ansiaba regresar a su mundo natal, Elom, pero su parte de los créditos dejados por Kaird no era suficiente para persuadir al capitán de una nave mercante de llevar a un pasajero todo el trayecto hasta un mundo en el Borde Exterior, alejado de las rutas comerciales. Y por eso se había quedado con aquellos que le habían rescatado. Su naturaleza meticulosa y su atención casi fanática a los detalles había dictado fácilmente su trabajo dentro del grupo; Rhinann era el ser para todo, el proveedor. Cualquier cosa que se necesitara —desde delicadezas como mono de arena geniseriano flameado en aceite de foyve para complacer el paladar epicúreo de un cliente hasta un dispositivo anticuado esencial para reparar un viejo holoproyector— Rhinann lo conseguía.

Excepto, al parecer, un sable láser.

—No es posible —dijo tristemente, en respuesta a la solicitud de Jax—. Las armas de los Jedi fueron destruidas junto con los Jedi. Se rumorea que quedan algunos sables láser en colecciones privadas de los sumamente ricos. Pero el único que tengo la seguridad de que verdaderamente existe pertenece a Darth Vader, y dudo que se separara de él voluntariamente.

—Buena observación —dijo Den.

—Un cristal, entonces. Lo construiré yo mismo. Estará más afinado con mi…

—Los cristales Adegan, así como los Corusca, Ilum y demás, están bajo estricta interdicción de comercio e intercambio, por orden del Emperador Palpatine.

—Crearé uno, entonces —pero Jax no sonaba tan decidido como un momento antes, y Den estaba bastante seguro de que sabía por qué. Aunque hasta tan recientemente como un par de años estándar atrás, lo que había sabido sobre la tecnología de sables láser y la tradición Jedi habría cabido en el oído de una pulga verde, desde entonces había aprendido bastante escuchando a Jax y a Laranth, así como a Barriss Offee, en sus días en Drongar.

Sabía que el uso de cristales naturalmente formados, a diferencia de los sintéticos, era una de las formas en la que los Jedi se habían distinguido de los Sith. La razón ostensible era que los sintéticos no eran tan puros como los cristales extraídos de las cavernas de diversos mundos, y siempre existía la posibilidad de que uno pudiese fallar en un momento crítico. Y, puesto que prácticamente cada instante en el que un sable láser era

activado era forzosamente uno crítico, Den podía ver el mérito del argumento. Se preguntó, sin embargo, cuánto de eso se basaba en la experiencia y cuánto en la doctrina.

Era bien sabido que los Jedi, durante la época de la caída de la República, se habían atado eficazmente con su dependencia de las rutinas y las moralinas. Aunque los Sith habían sido viles en épocas pasadas, Den tenía que admitir que habían sido más prácticos con diferencia en muchas áreas.

—Eso podría ser posible —dijo Rhinann, respondiendo a la última frase de Jax—. Sin embargo requerirá bastante tiempo reunir todo el equipo y los materiales necesarios. Mientras tanto, sugiero esto —sacó de debajo de su túnica lo que al principio le pareció a Den una espada antigua. La hoja era ligeramente más larga de un metro y de color plata, casi blanco. El metal no estaba pulido, aunque, se percató Den, parecía haber delicadas volutas y patrones tramados a lo largo de ella. Casi parecían moverse, como aceite en agua.

La empuñadura estaba adornada meticulosamente pero era funcional. Parecía estar hecha de electrum, una fusión rara de plata y oro. Montados en la guarda había dos pequeños cristales facetados que relucían incluso bajo la luz relativamente atenuada del interior.

Con todo, Den tenía que admitir que era muy bonita. Incluso impresionante. Pero en cuanto a poder bloquear un haz desintegrador, parecía casi tan efectiva como una estaca puntiaguda.

Jax parecía también algo desconcertado. Tanto I-Cinco como Laranth dieron un paso hacia adelante para verla más de cerca.

Había asombro en la cara de la Paladín normalmente sombría.

—Una espada de energía velmoriana —miró a Rhinann con incredulidad—. ¿No puedes encontrar un sable láser, pero puedes encontrar esto?

El elomin se encogió de hombros. —Las cosas son difíciles en todas partes. Pude obtener esto en una subasta online de un miembro de la familia real velmoriana que estaba atravesando tiempos duros.

Laranth sacudió la cabeza y tomó la espada de Rhinann. Den observó mientras ella la extendía. No la vio hacer nada para activarla, pero de repente toda la hoja resplandeció con una llamarada plateada fría y chisporroteante.

—Eso es algo que no se ve todos los días —murmuró Den.

La Paladín le dio cuidadosamente la espada de energía a Jax. Él sostuvo el arma hacia arriba, admirando las centelleantes ondas de energía. Era realmente diferente de un sable láser, y carecía de la pureza de diseño de éste último. Aun así, obviamente era un arma a tener en cuenta. Parecía mucho más semejante, en cuanto a la mecánica, al látigo láser.

—Se activa mediante una almohadilla de presión en la empuñadura —explicó Laranth—. El generador alimenta energía de plasma a través de los cristales y a lo largo de la hoja. Un bucle magnético de retroalimentación la contiene.

Jax relajó su agarre experimentalmente, observando la retirada del gas supercalentado, dejando la hoja como estaba antes. Acercó su otra mano al metal.

—Nada de calor —murmuró.

—El bucle de contención evita el contacto directo del plasma con la hoja. De otra manera se derretiría.

Jax apretó la empuñadura, encendiendo el recubrimiento de plasma una vez más. Meció el arma algunas veces, probando su peso y equilibrio.

—Calma, grandullón —dijo Den, retrocediendo rápidamente.

Jax realizó algunos pasos de una de las siete formas. Había más peso en la espada de energía que en la lanza de energía pura que era un sable láser, por supuesto, pero nada que no pudiera compensar con facilidad. Puesto que era una funda de energía rodeando una hoja sólida, obviamente no tenía el mismo filo carente de fricción de un sable. Se preguntó cómo lucharía contra una vibroespada.

Bueno, pensó amargamente, si la vida sigue siendo tan interesante como hasta ahora, sin duda lo averiguaré.

Probablemente, más pronto que tarde.

# Tres

—Es sólo un rumor —dijo Dejah nerviosamente—. Quítatelo de la cabeza. Tu única obsesión debe ser tu trabajo…especialmente ahora.

Ves Volette sacudió la cabeza, el corto pelaje dorado que le cubría los hombros y el cuello ondeó en respuesta a los tensos músculos bajo la piel.

—Normalmente, estaría de acuerdo contigo —dijo él—. Pero no puedo ignorarlo. Debo averiguar la verdad.

Su socia le miró con una expresión difícil de leer, incluso para Ves, que había estado con ella durante los últimos siete años.

—Esta noche —dijo Dejah—, será el logro culminante de tu vida y de tu arte… al menos por ahora. No puedes dejar que nada te distraiga.

—¿Ni siquiera el genocidio, Deej? ¿Ni siquiera el exterminio de una especie? ¿De mi especie?

—No sabes si es cierto. Es sólo un rumor. Tu…

—Puedo averiguarlo —dijo Ves—, con facilidad —se volvió hacia la terminal de conexión situada al lado del banco de trabajo; estaba sólo a dos pasos, como todo en el pequeño estudio detrás de la galería. La galería misma era bastante grande para albergar seis de sus últimas piezas; si ponía alguna más parecería atestada. Cada pieza necesitaba su propio área dentro de la que radiar.

Ves activó una holoproyección de la Red e introdujo su búsqueda. No tardó en encontrar la noticia que estaba buscando.

MISTERIOSO DESASTRE AZOTA CAAMAS Los escáneres han confirmado que la población del Mundo del Núcleo, Caamas, ha sido diezmada en un apocalipsis planetario de origen desconocido.

Los equipos de investigación orbital dicen que la causa más probable es un grupo de bombas de actinio enriquecido, sin duda de origen Separatista, que había estado yendo a la deriva a través de los sistemas del Núcleo desde el final de las Guerras Clon. Se estima que entre el 70 y el 85 por ciento de la población ha muerto a causa de las explosiones y las subsiguientes tormentas de fuego…

Acompañando a la noticia había holos de la devastación. Ves pudo ver los restos carbonizados de las ciudades. Bosques enteros, abarcando miles de kilómetros cuadrados, seguían ardiendo, el humo oscuro era visible desde la órbita.

Mi mundo ha desaparecido, pensó. No literalmente; el globo todavía estaba allí, orbitando alrededor de su sol, pero la civilización Caamasi probablemente nunca se recuperaría. El Imperio podía intentar justificar el desastre como el resultado de municiones residuales de la guerra, como si cualquier ser sensible con incluso un Nivel Tres de educación no pudiera ver lo ínfimas que eran las probabilidades de que un grupo de bombas acabaran impactando en un planeta, incluso en el Núcleo Exterior. La verdad estaba allí, para cualquiera que pudiera leer entre líneas.

Era sorprendente lo serenamente que lo estaba aceptando. Eso, por supuesto, era debido a la conmoción. No lo había aceptado, de ningún modo. Todavía no. Se preguntó clínicamente si, cuando su cerebro lo asimilara finalmente, se volvería loco.

Caamas. Su mundo. Su pueblo. Reducido de civilización brillante a casi la barbarie —los pocos que seguían vivos— en menos de un día.

Y el Emperador había dado la orden.

Ves Volette estaba seguro de eso. Él era apolítico, pero no era estúpido. Sólo un gobernante tan paranoico y cruel como Palpatine se vería amenazado por un planeta de pacifistas. Su gente no había hecho nada mal; meramente habían ejercitado su derecho, bajo la Constitución Galáctica, a protestar por las extremas restricciones y las subidas de impuestos que el Imperio estaba realizando en el arte, la ciencia, la filosofía, y otros modos de consiliencia.

Su pueblo. Tranquilo, reservado, culto, compasivo… se había dicho que los Jedi, cuando trataron de formular los valores coherentes que finalmente se convirtieron en el Código Jedi, habían ido a Caamasi buscando guía. Nunca más. Ya nadie visitaría su una vez bello mundo natal, salvo posiblemente para contemplar fijamente con conmoción ultrajada la devastación de una planeta que una vez había sido un faro de racionalidad.

Ves se quedó sin aliento y se tambaleó, repentinamente asediado por un memnis, una memoria sensorial tan intensa que, por un momento, los pequeños y acogedores alrededores de su taller se desvanecieron, siendo reemplazados por su casa en Villa Jualya, la pintoresca aldea en la que había crecido, asentada en las ondulantes colinas de Kanupian. Él estaba de pie en su refugio, mirando hacia el huerto de tartamanzana, admirando los tintes opalescentes que el sol naciente arrancaba de las lustrosas hojas y de la piel plateada de las frutas maduras. Podía oír a los peces cantarines trinando en la corriente cercana.

Recordó la realidad, cuando había tenido lugar: tres meses estándar antes de que dejara Caamas y llegara a Coruscant para esculpir luz, para captar en fotones controlados emociones universales, sentimientos comunes para casi todo ser sensible de la galaxia, para exhibir y había esperado para vender su trabajo. Aunque los caamasi eran sobre todo poco materialistas, no eran estúpidos. Como dijo una vez el filósofo Hyoca Lans, «El problema en la sociedad galáctica en general no es que haya demasiados seres pobres…es que hay muy pocos ricos». No había nada de malo con el capitalismo —mientras fuese acompañado de alguna forma de cultura igualitaria.

La habilidad del memnis era una aptitud primordial, arraigada y codificada en el genoma caamasi, único de la especie. Ocurrían típicamente en momentos de gran estrés, y casi siempre estaban vinculados de alguna forma con el factor estresante. Él sólo había tenido uno anteriormente, de niño, cuándo había muerto un tío querido del nido. Ves frunció el ceño perplejo. Ese memnis, esa recolección de un momento pastoral no mucho antes de dejar Caamas — ¿cómo podía estar relacionado con el horror del mundicidio que acababa de descubrir?

Pronto se enteró.

Ves sintió una repentina… perturbación. Un rugido inaudible, un destello sin luz, un temblor sin vibración, sin movimiento, pero en cierta forma propagándose hacia él a una velocidad aterradora. El memnis se desintegró, fragmentándose en afilados pedazos como el equivalente psiónico de duraluminio quebradizo, lanzándose hacia él, acompañado por los gritos y llantos silenciosos de un mundo entero muriendo.

Al fin entendió lo que estaba ocurriendo. Los caamasi compartían típicamente estas memorias de pesar con otros de su especie, en un intento de dispersar, y así disipar, el dolor. Lo que estaba sintiendo en ese momento eran los memnii de millones de otros de su especie, un frente de onda de agonía, confusión, desesperación, e incredulidad que trascendía el tiempo y el espacio. Su memoria sensorial individual había sido simbólica, una expresión de la paz y la tranquilidad de la población que había sido tan repentina y horripilantemente diezmada.

Innumerables experiencias desgarraron su mente como metralla emocional. No podía resistirse o esconderse. Sintió morir a cada caamasi del planeta.

Débilmente, a mil años luz, oyó a Dejah gritando su nombre, sintió a su preocupada socia ayudándole a acostarse en el sofá. Pero acostarse o permanecer de pie era igual; no había escapatoria o respiro. Eso era todo lo que podía hacer para mantenerse firme en su individualidad, para evitar que su conciencia fuese hecha girones y absorbida en la vorágine.

Finalmente, después de incalculables eones de horror, comenzó a menguar. Ves regresó a sí mismo, a su propio punto focal en el cosmos, estremeciéndose y sudando, pero vivo y, por algún milagro, todavía cuerdo.

Deej estaba sentada junto a él, la preocupación arrugaba su frente. — ¿Estás bien? —Cuando Ves logró asentir débilmente, ella exhaló de alivio—. ¿Qué pasó?

—Un memnis.

Deej le miró. Siendo una zeltron, tenía cierta experiencia con las resonancias empáticas, y había estado con Ves el tiempo suficiente como para estar familiarizada con el concepto de memorias compartidas. —No sabía que podían ser tan intensos.

Ves le explicó brevemente lo que había sucedido. Su socia y amiga parecía horrorizada. —Después de una conmoción así, no puedes realizar la exhibición esta noche. Debemos posponerla.

Ves sacudió la cabeza. —No. Ahora es más importante que nunca que abramos como estaba planeado. Mientras un caamasi siga con vida y pueda crear, el Emperador habrá fallado.

Ves se puso en pie, sentía la cabeza como si acabara de estrellarse un cometa en ella. Dejah también se levantó, ofreciendo su mano con preocupación, pero Ves la apartó.

—Ofrécele mis disculpas a la clientela; diles que la enfermedad me impide asistir —se colocó frente a su banco de trabajo y activó el inductor de flujo de plasma.

Un zumbido oscilante se elevó rápidamente hasta el límite de la audición; un cono parabólico de luz azul, de un metro de alto, se materializó. Ves le aplicó torsión, ajustó la elipsis.

La llama de plasma se retorció y produjo un grave gemido electrónico.

Ves miró el crono de la pared.

—Es casi la hora —dijo—. Será mejor que te prepares para hacerlos pasar.

Deej vaciló, entonces asintió derrotada.

—De acuerdo. Supongo que sabes lo que haces —salió, cerrando la puerta.

Ves se concentró en la torsión de la punta de lanza de luz. Añadió neón, criptón, xenón; el plasma destelló en rojo, verde, azul. Ajustó los tintes, torneó el resultado a través de diversos arcos.

Simplicidad: esa era la clave, por supuesto. El poder emocional residía en eso. Dejah estaba en lo cierto; Ves sabía exactamente lo que estaba haciendo. Estaba construyendo un túmulo.

# Cuatro

Jax respiró profunda y lentamente, como el Maestro Piell le había enseñado. Con cada exhalación empujaba su conciencia más allá, dejando que los hilos de energía que eran su conexión con la Fuerza se expandieran.

Muchos de los Jedi, le había dicho su tutor, habían experimentado su unificación con la Fuerza de diversas formas simbólicas que comparaban con aspectos del mundo real. Por ejemplo, el Maestro Piell siempre había encontrado que la metáfora del agua se adaptaba mejor a ella. Jax, por otra parte, sentía y «veía» la Fuerza como hilos, o cuerdas, estirándose y reverberando a través del tiempo y el espacio, conectándolo todo. Para él, ser consciente del aura de otro era ver a la persona envuelta en un capullo de luz u oscuridad de diferentes colores. Para sentir algo a distancia, los zarcillos de Fuerza se establecían instantáneamente entre él y el objeto que buscaba. Para aumentar sus propios poderes físicos, como correr o saltar, él dejaba que le alzaran y le llevaran, o usaba un «lazo» invisible para acercar los objetos a la vista. Ahora envió esos hilos hacia afuera, indagando y buscando, hasta que encontraron lo que buscaba.

Como si a su vez sintiera su contacto, el droide remoto flotante disparó una andanada de rayos láser hacia él, cambiando simultáneamente de una posición a la siguiente mientras disparaba. Jax, con los ojos vendados, alzó la espada de energía, bloqueando cada descarga sabiendo, antes de que fuera disparado, desde qué dirección llegaría. Uno… dos… tres… cuatro… cinco…

El sexto y último rayo se le clavó dolorosamente en el costado derecho.

—¡Maldición! —Jax se quitó la venda de los ojos y dijo el código de desactivación del remoto, que descendió hasta el suelo. Se sentó en el borde de un sofá junto a la pared y miró con arrepentimiento el arma que tenía en la mano.

—Remoto uno, humano cero —dijo una voz.

Jax alzó la mirada y vio a I-Cinco en el umbral del pequeño patio cerrado en el que el Jedi había estado practicando.

—Estoy empezando a pensar que Laranth tiene razón —dijo Jax—. Los Jedi deberían haber practicado más con otras armas —hizo una mueca—. No le digas que he dicho eso.

—Por otra parte, nadie más que un Jedi podría haber bloqueado cinco de seis rayos.

Jax se encogió de hombros. —Da lo mismo si es el sexto o el primero el que te mata. Si estás muerto, estás muerto.

—No lo sé. Sin embargo sí sé —dijo I-Cinco—, que eres mucho mejor con esa espada de lo que crees.

Jax bajó la mirada hacia el arma, vio su reflejo deformado devolviéndole la mirada desde la superficie de la hoja. — ¿Sí? ¿Cómo sabes qu…?

De repente I-Cinco alzó su mano izquierda, con el dedo índice extendido, y disparó un rayo láser contra Jax. El rayo chocó con el fuego ionizado que repentinamente recubrió la hoja, que Jax había alzado automáticamente para bloquearlo.

—De esta manera —dijo I-Cinco—. La velocidad de la luz es poco menos de trescientos mil kilómetros por segundo. Tú estás exactamente a siete punto tres metros de mí. Obviamente tu reflejo anticipatorio aumentado por la Fuerza está funcionando muy bien. Sólo tienes que dejarlo actuar.

Jax sonrió. — ¿Estás seguro que no llevas un modelo de Maestro Jedi en alguna parte de ese cerebro droide tuyo?

—El hacedor me libre. Me gustaría pensar que incluso las inteligencias mecánicas preprogramadas son menos rígidas de lo que lo fueron los Jedi.

La sonrisa de Jax se desvaneció. El droide proyectó preocupación.

—Mis disculpas, Jax. Hasta los droides de protocolo pueden ser indecorosos a veces. Me comporté incorrectamente.

—No estoy enfadado por tu opinión. Lo que me molesta es que tienes razón. Cada especie de la galaxia sabe que o te adaptas o mueres. No es un concepto difícil. ¿Por qué no lo entendió el Consejo? ¿Por qué no pudieron reconocer el peligro hasta que fue demasiado tarde?

—Asumiendo de momento que la pregunta no es retórica —dijo I-Cinco—, todo lo que puedo ofrecer es una observación que tu padre hizo una vez, hace más de veinticinco años. Él era un empleado del Templo, como sabes, y tuvo una oportunidad de observar detalladamente a sus jefes. Incluso antes de que acabara tan influenciado en contra de ellos por lo que consideraba tu secuestro, Lorn había visto claramente el estancamiento y la complacencia de los Jedi.

—Él me habló sobre referencias que había encontrado en archivos de datos de alguien llamado el Elegido… un ser cuya llegada estaba predicha y se decía que era inminente, que restauraría el equilibrio de la Fuerza. Quizá estaban esperando que ese ser viniera e hiciera por ellos lo que no podían o no querían hacer por sí mismos. Tu padre pensaba —y yo he observado el comportamiento de bastantes orgánicos sensibles en mis viajes para estar completamente de acuerdo— que cada vez que rinden su propio juicio a alguna clase de poder fantástico más alto, en lugar de buscar respuestas en su interior y en sus acciones, sacan lo peor de sí mismos.

Jax asintió pensativamente. Por supuesto que había oído los rumores sobre que Anakin Skywalker, el protegido del notable Obi-Wan Kenobi, era este Elegido.

Pero Jax no tenía forma de saberlo. Él no había estado al tanto de tal información exclusiva. Sólo era un Jedi del montón, apenas había alcanzado el rango de Caballero Jedi justo antes de la destrucción de la Orden. Pero tuvo tanto sentido como cualquier otra cosa en una sociedad galáctica que se estaba volviendo loca. Aunque había sido uno de los pocos Padawan que había podido llamar amigo a Anakin Skywalker, Jax había visto claramente entonces, y también ahora, los bruscos cambios de humor del poderoso y joven Jedi. Recordó una vez que había sentido el aura de Anakin, percibiéndola como hebras de la noche más negra extendiéndose multidimensionalmente en todas direcciones.

¿Por qué no lo había visto también el Consejo? ¿O habían optado por ignorarlo?

—Puede que tengas razón —le dijo finalmente a I-Cinco—. O al menos, en parte. Dudo que alguna vez lo sepamos con seguridad.

De repente una acometida mental le golpeó, inesperada y lo suficientemente poderosa como para hacerle caer de rodillas. Algo acababa de ocurrir, en alguna parte de la galaxia. Algo que implicaba un dolor tan monstruoso y tanta muerte que había hecho vibrar los hilos que le conectaban con la Fuerza como el gong Balawai de la Creación. Sintió millones de millones de vidas extinguiéndose en una especie de holocausto global. Dejando caer la espada de energía, se cubrió la cara con las manos y gimió.

—¿Jax? —las manos de I-Cinco estaban hechas de una aleación dura, pero su toque fue delicado cuando el droide lo agarró por los hombros y le giró, inclinándose hacia abajo para ver su cara—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Muerte —Jax apenas pudo graznar la palabra—. La muerte ha ocurrido. El grito en la noche. Destrucción masiva, en alguna parte. Están todos… todos…

No pudo terminar la frase. El aplastante peso de la tragedia que había sido arrojado sobre él apenas dejaba espacio suficiente para respirar. En alguna parte, en algún mundo de la galaxia conocida, millones de millones de personas habían gritado como una sola voz… y entonces habían quedado en silencio, por siempre. Aunque la habitación todavía parecía girar sobre su eje, él se esforzó por ponerse en pie. I-Cinco comenzó a protestar, pero Jax le dejó atrás y se dirigió hacia la sala de estar.

Esperaba estar equivocado. Esperaba con todo su corazón que a esa enorme perturbación en la Fuerza se hubiera debido a alguna otra cosa, cualquier otra cosa. Pero sabía que no era así, y corroboró su certeza cuando vio la cara de Laranth. Estaba tan inexpresiva y reservada como podía ser a veces, aun así él reconoció la mirada angustiada en sus ojos. Sabía que era el reflejo de la suya propia.

—Caamas —anunció ella tensamente.

El lugar de la catástrofe fue una conmoción casi tan grande como el tsunami psíquico inicial que había convulsionado la Fuerza hacía escasos minutos.

¿Caamas? ¿Un mundo poblado por seres que habían aumentado repetidamente la cultura de otras especies a través de sus logros notables en las artes y la filosofía?

Jax se quedó con la mirada fija en incredulidad absoluta. No tenía sentido. Los caamasi eran seres corteses, cultos, en la mayoría de los casos. Su mundo era uno de los pocos que mantenía una milicia planetaria en lugar de un ejército profesional regular. Sólo alguien tan paranoico como Palpatine podría pensar que…

Jax se percató entonces de lo que era, lo que tenía que haber sido, y la comprensión dejó un sabor agrio de bilis en su garganta. Por supuesto. Caamas era el ejemplo perfecto para transmitir el de que el Emperador estaba firmemente salvaguardado para ser derrocado. Su acción demostraría que si estaba lo suficientemente loco, o era lo suficientemente cruel, para obliterar un mundo de eruditos y artesanos, ¿qué le impediría hacer lo mismo en Corellia, o en Alderaan, o en Dantooine, o cualquiera de los otros mil planetas?

Nada en absoluto, hasta donde Jax podía ver. Y esa, por supuesto, era la cuestión.

Sintió, para su sorpresa, una repentina oleada de cólera contra los Jedi…contra su propia gente. ¿Por qué se habían cerrado en sí mismos, por qué habían esquivado los deberes y responsabilidades que habían sido suyas durante miles de generaciones? Si no lo hubieran hecho, quizá nada de esto habría ocurrido. Si hubieran sido más receptivos, podrían haber sentido la amenaza en su interior antes de que golpeara. Sintió una descarga de conciencia que se manifestó a través de la Fuerza con absoluta seguridad. Repentinamente Jax lo supo. No sabía por qué, no sabía si tenía algo que ver con los ecos de los caamasi muertos y moribundos todavía reverberando en su mente, no sabía si era totalmente inconexo y sólo un destello aleatorio de entendimiento transmitido por la Fuerza…pero repentinamente supo un hecho incontrovertible: Anakin Skywalker todavía estaba vivo.

# Cinco

La Muerte vino a por ella en los túneles mineros de Oovo 4.

Aurra Sing estaba trabajando en uno de los ramales, una fisura estrecha en la negra roca, apenas suficientemente ancha para que estirase totalmente un brazo. La vena de zenium que había estado siguiendo durante los últimos tres días se estaba quedando seca; estimaba que en menos de un metro disminuiría hasta el punto de que ya no sería rentable seguir excavando.

Bajó su placa facial protectora. Excepto por los círculos negro-grisáceos alrededor de sus ojos que los hacían parecer más profundos de lo que eran, la piel de su cara y su cuerpo era tan blanca como el mármol venoso que los mineros encontraban ocasionalmente en sus excavaciones. La única mata de pelo, larga y gruesa, castaño-rojiza, atada con una banda en lo alto de su cabeza era deslumbrante en comparación.

Ella apuntó el gasificador al lado izquierdo de la cara de la roca, a través de la cual se extendía el filón de zenium como un rayo congelado de electricidad morada. El rayo de alta energía convirtió la roca en plasma casi instantáneamente, y el gas incandescente fue absorbido a través de una manguera tejida con nanofibras de carbonita, para ser elevado a través de canales que perforaban los estratos que se encontraban entre ella y la superficie.

Sing gasificó la roca restante que rodeaba al zenium. Golpeó la lámina expuesta —la cual, aunque de sólo algunos centímetros de grosor, era tan alta como ella— con una pequeña herramienta sónica, encontrando las líneas de hendidura con habilidad nacida de años de práctica. El zenium se fracturó en varios pedazos más pequeños, aproximadamente hexagonales. Los recogió y apiló en el transportador de mineral. Desconectando el cable del gasificador, lo cargó también en el transportador, entonces subió a la plataforma y activó el repulsor.

Mientras el transportador avanzaba silenciosamente de vuelta al túnel principal, pasando a través de breves charcos de luz oscilante, emitida por lámparas de pared, que se alternaban con grandes distancias de oscuridad absoluta, Sing comprobó cansadamente el estatus de su respirador. El índice de difusión del filtro todavía estaba verde, notó, aunque hace mucho tiempo que había dejado de ser óptimo.

Trató de recordar qué aspecto había tenido el Borde Exterior de la galaxia visto desde la cubierta de observación de la nave pirata, hace tanto tiempo. Habían pasado muchos años. Cuántos, ni la propia Sing estaba segura. No estaba segura de una gran cantidad de cosas acerca de sí misma, incluyendo su edad y su especie. Sabía que su madre había sido humana, pero la ascendencia de su padre era un misterio. Aquellos para los que había trabajado, incluido Wallanooga el Hutt, habían especulado que debía haber sido qiraash, rattataki, umbarana, quizá incluso anzati. No importaba que ninguna de esas especies pudiese reproducirse con la humana sin una cierta cantidad de remiendos genéticos, y que ninguno de esos genomas pudiera explicar la razón de su longevidad. Así es que sus orígenes permanecían siendo un misterio, incluso para ella misma.

El pasado no tenía interés para Aurra Sing. Todo lo que importaba era el ahora.

Sobre el curso de una larga y azarosa vida Sing había aprendido a conservar la energía y a aguardar el momento oportuno cuando la situación en la que se encontraba era menos que satisfactoria. A este respecto su longevidad la servía bien. Había sobrevivido a condiciones onerosas en el pasado, y volvería a hacerlo. Si no podía salir de una situación disparando o luchando, entonces simple y pacientemente la dejaría atrás en el tiempo.

Después de todo, uno no se hacía famoso como cazador de Jedi siendo temerario.

Era difícil de creer que una vez casi abrazara el Código Jedi. La Maestra Jedi conocida como la Dama Oscura nunca sabría lo cerca que había estado de convertir a su terca y joven Padawan.

Si no hubiera sido secuestrada y los piratas no le hubiesen mostrado la verdad —esa era una ironía enriquecedora— Aurra Sing podría haber sido uno de esos santurrones vestidos con tela de saco. Y como resultado, ahora podría estar muerta; sólo una víctima más de la Orden sesenta y seis, como el resto de los Jedi.

Bien, buena eliminación para ellos. La única pena que Sing sentía a ese respecto era que quedaban pocos para que ella los cazara y matara esos días.

Mientras se aproximaba a uno de los túneles auxiliares que conectaban con la superficie, comenzó a ver a otros seres. Todos estaban ocupados con algún aspecto de la extracción del zenium. Un corolario inescapable de la actividad era que ninguno de ellos tenía buen aspecto. Incluso con los filtros osmóticos, el polvo de zenium acababa abriéndose paso hasta los sistemas respiratorios —ya fueran pulmones, estomas, tráquea, o lo que fuese. Respíralo lo suficiente y acabarás con piroliosis, o «pulmón ardiente» —una condición que te consumía literalmente desde dentro. En humanoides se comía los alvéolos como el ácido seco: una forma extremadamente dolorosa de morir.

Esa era la razón por la que sólo los criminales más incorregibles eran enviados a Oovo 4. A parte de las ocasionales carreras de Vainas para desfogarse, la rutina diaria sólo se detenía cuando el prisionero moría.

Irónicamente, las minas de Oovo 4 se encontraban entre los pocos campos de trabajos forzados de la galaxia en los que los orgánicos duraban más que los droides. A pesar del blindaje, el polvo de zenium afectaba a los sistemas perceptores de los droides casi inmediatamente, induciéndolos a chocar violentamente contra el equipo de extracción y entre sí. En contraste, los orgánicos más resistentes podían aguantar varios años antes de desgastarse. Su presencia en las minas era una cuestión económica, no ética.

Vio a Karundabar, un viejo wookiee que había estado en el pozo tanto tiempo que había olvidado el crimen que inicialmente le había llevado allí. Estaba casi calvo, el pelo de la mayor parte de su cuerpo se había caído a lo largo de los años. Ella le observó descargar una pila de placas de mineral en un tubo elevador que se lo llevaría a Recepciones en la superficie. Casi ciego, a juzgar por las cataratas que cubrían sus ojos, había seguido la ruta tan a menudo que no necesitaba ver para hacer el trabajo.

Mientras Sing descargaba su carga de placas en otro tubo, mantuvo sus sentidos en alerta máxima. Su conexión con la Fuerza le avisaría de cualquier asalto inminente, a

veces incluso antes de que fuera iniciado. Eso, y su reputación mortífera, la habían mantenido viva todos esos meses en ese pozo de rancor. Ambas cosas continuarían haciéndolo.

O eso pensaba ella…

El ataque, cuándo llegó, fue por tanto doblemente sorprendente —primero porque alguien se atreviera a atacarla, y segundo porque la Fuerza no le había advertido. Afortunadamente, la enigmática energía no era su única aliada. Si bien la perra malnacida Jedi Aayla Secura había cortado la antena de su implante bioelectrónico, todavía era capaz de sentir el peligro a corta distancia. Eso fue lo que la advirtió en ese momento, justo a tiempo, del trandoshano con el pincho que estaba lanzándose sobre ella desde atrás.

Sing se apartó hacia un lado, sabiendo por la práctica cuánto movimiento era necesario para dejar que la arremetida fallara. La hoja sónica pasó a menos de un centímetro de su piel de alabastro; pudo sentir la brisa que generó. Mientras el gran reptil tropezaba, perdiendo el equilibrio al fallar el blanco, Sing le atrapó en una llave de brazo y le rompió el codo.

Fiel a su herencia, la escamosa criatura no perdió más puntos jagannath gritando. Internalizando el dolor, siseó de rabia. Pero no pudo evitar quedarse sin aliento cuando Sing alzó el brazo roto, dislocando la articulación del hombro, y usó su pierna simultáneamente para hacer caer a su adversario. El trandoshano cayó al suelo rocoso del túnel, dio en el piso rocoso del eje con un ruido sordo enfermizo. Arrebatando el puñal de su mano inerte, Sing se puso de rodillas a su lado y se preparó para introducir la hoja en su garganta.

—Basta.

Una imagen tridimensional de tamaño real apareció ante ella. Era la proyección de un humano: un hombre enfundado en lo que parecía ser una armadura negra, llevando un casco de extraño diseño y envuelto en un manto negro. A primera vista Sing pensó que toda la imagen era inquietantemente negra.

Entonces vio que llevaba un pequeño panel en el pecho con parpadeantes luces rojas y verdes. Sin duda alguna forma de monitorización de biosistemas que permitía conexiones externas para recargar componentes críticos de soporte vital.

Reconoció la figura, por supuesto. Uno difícilmente podía vivir en la porción desarrollada de la galaxia, o incluso en sus alrededores, y no haber oído hablar de Darth Vader, Señor Oscuro del Sith. Sus orígenes estaban envueltos en misterio y plagados de rumores: era un Lord Sith de cientos de años, reanimado por pura fuerza de voluntad del Emperador; era el último Jedi renegado; era un clon genéticamente optimizado, el guerrero definitivo; era un ciborg, una especie de droide especializado de combate con forma humana.

Sing no tenía ni idea de si alguno de los rumores podría ser cierto, aunque la supuesta pericia incomparable de Vader con un sable láser parecería argumentar a favor de la primera o de la segunda posibilidad. Su mirada fue automáticamente al lugar donde el

arma tradicional Jedi estaba enganchada a su cinturón. Un ser sensible habría sido intimidado inmediatamente por la apariencia del Señor Oscuro. Aurra Sing sonrió; una sonrisa perezosa y salvaje.

La imagen de Vader la contempló en silencio por un momento; entonces habló. El sonido, como la imagen, estaba ligeramente distorsionado a causa de su largo viaje a través del hiperespacio.

—Tus reflejos son realmente impresionantes, cazarrecompensas. Me has costado temporalmente el uso de un asesino adiestrado.

Sing dedicó una mirada al trandoshano, todavía tendido en el suelo y gimiendo levemente mientras intentaba recolocarse el brazo en el hueco del hombro. Su mirada regresó a la imagen de ébano. — ¿Envió a este a por mí? ¿Por qué?

Vader asintió una vez. —Así es. Tenía curiosidad por saber si te habías ablandado después de tu estancia en las minas. Ahora…

—Es sabio —interrumpió ella a la proyección—, por permanecer a unos pársecs seguros de distancia. Éste —golpeó al reptiloide con su pie—, sólo ha servido para evitar que me quede dormida después de un día de trabajo. Si estuviera aquí en carne y hueso le…

Vader alzó una mano enfundada en un guante negro, y Sing se detuvo.

—Tengo un trabajo para ti —continuó el Señor Oscuro—. Hazlo bien, y revocaré personalmente tu sentencia. Hazlo mal, y estarás respirando polvo de zenium hasta que te devore viva desde el interior. ¿Te interesa?

Sing era consciente de que los otros prisioneros cercanos habían detenido sus actividades y estaban mirando fascinados. También vio que tres de sus compañeros mineros más brutos estaban mirando con el ceño fruncido en su dirección. Podía sentir su resentimiento ante esta inesperada oferta de clemencia para ella.

—Me ofrece una elección que hasta un tonto podría tomar.

—No pensé que requerirías mucho convencimiento.

Su acuerdo concluyó, en ese momento esperaba que la imagen implosionara y se desvaneciera. Quedó algo sorprendida cuando no lo hizo. En lugar de eso, el simulacro permaneció en silencio, observando.

Ella se giró para encararse con los tres prisioneros que había notado un momento antes. Dos eran humanos; el tercero era un shistavanen. Los tres continuaron mirándola envidiosamente, cada uno esperando que alguno de los otros hiciese el primer movimiento. Sing sonrió. Ahora estaba muy claro por qué Vader no había cortado la transmisión.

La prueba aún no había terminado.

# Seis

—¿Anakin Skywalker? ¿El Anakin Skywalker? ¿El héroe Jedi de las Guerras Clon?

—Suenas escéptico —le dijo Jax a Den.

—Soy escéptico. De hecho —añadió Den—, diría que escéptico no es lo suficientemente fuerte. Creo que incrédulo me viene mejor.

—Me inclino a estar de acuerdo —dijo Laranth—. Todos los Jedi —exceptuando a los presentes— están muertos.

Jax le devolvió la mirada uniformemente. —Como has dicho, exceptuando a los presentes. Hemos logrado sobrevivir todos estos meses. ¿Por qué no podría haberlo hecho también él?

I-Cinco respondió antes de que la twi'lek pudiera. —Junto con ObiWan Kenobi y Mace Windu, Anakin Skywalker fue uno de los héroes más renombrados de la República. Sus batallas y misiones son material de leyenda, o eso sugiere mi investigación. Incluso desde el final de las Guerras Clon, se ha informado de avistamientos desde el Borde Exterior hasta el Brazo de Tingel. Ninguno ha sido confirmado.

Jax no respondió inmediatamente. Ciertamente podía comprender las reservas de los otros. Él habría tenido las mismas dudas…si no hubiese experimentado la absoluta certeza que a menudo llegaba con las revelaciones proporcionadas por la Fuerza. En este caso, simplemente no había lugar para la duda.

Él les dijo todo eso —Sé que no hay forma de que os convenza. Pero el conocimiento adquirido a través de la Fuerza no puede ser ignorado. Si tuviera que elegir entre la evidencia proporcionada por mis sentidos y lo que se me revela a través de mi conexión con la Fuerza, me quedo con la Fuerza sin dudarlo.

Den se encogió de hombros.

—Puesto que tengo por regla no discutir nunca con fanáticos, digamos que creo en tu creencia. Pero aún asumiendo que sea cierto —y digo esto con todo el debido respeto— ¿y qué? Es decir, quedaría muy bien en los holos, pero puesto que la única forma en la que puedes probar la verdad es revelarte a ti mismo como un Jedi, todo esto me parece un poco contraproducente.

—No estoy sugiriendo eso. De hecho, no estoy seguro de lo que estoy sugiriendo. Sólo acaba de llegarme ahora mismo. No se puede decir que fuéramos amigos, puesto que no creo que Anakin dejara nunca que alguien estuviese lo suficientemente cerca para justificar el término. Pero una vez confió en mí lo suficiente como para darme algo.

—Un pedazo de pyronium —recordó Rhinann—. Nos lo has enseñado.

—Oh, sí —reflexionó Den—. La roca arco iris. Reluce a través de todos los colores. Muy bonita. ¿Hace algo además de brillar?

—Sí que lo hace —dijo I-Cinco—. Lo que hace tan raro y valioso al pyronium refinado es que su capacidad para absorber energía de varios quantos es extraordinariamente alta. Si se expone a cualquier frecuencia de radiación electromagnética de suficiente intensidad, su estructura atómica la almacena. Se teoriza

que cuando las conchas cuánticas se llenan, la energía adicional se desvía de alguna forma a un entramado hiperespacial correlativo que…

Jax, sonriendo, extendió una mano por detrás del cuello del droide como si fuese a pulsar el interruptor de desactivación en la base de su cráneo metálico. El droide le traspasó con la mirada y se apartó.

—Fallo mío —dijo él—. Por un breve momento he padecido la falsa ilusión de estar tratando con seres poseedores de un sentido de curiosidad. ¿Cómo he podido ser tan ingenuo?

—No te retuerzas los circuitos —regañó Den a su amigo—. Yo estaba realmente interesado en lo que estabas diciendo —devolvió su atención a Jax—. No puedo evitar preguntarme si este último destello de Fuerza tuyo no estará conectado de alguna forma con el holocausto caamasi. Por supuesto, tu eres el que tiene las venas repletas de pequeños bichitos de Fuerza, así que lo sabrás mejor que yo.

Antes de que Jax o I-Cinco pudieran responder, Laranth, que había estado junto a la puerta, se volvió repentinamente hacia ella. Una mano fue hacia la empuñadura de una pistola mientras decía quedamente, —Tenemos visita.

La conversación cesó mientras todo el mundo se volvía hacia la puerta. Estaban en la sala de estar del domicilio, desde la que se accedía a los dormitorios más pequeños. Jax dio un paso hacia la puerta, extendiéndose con la Fuerza mientras lo hacía, dejando que sus hilos atravesaran paredes y suelos tan fácilmente como neutrinos a través de polvo cósmico. Laranth estaba en lo cierto: podría sentir a alguien en las escaleras. Mujer, avanzando con paso seguro y relajado. No podía asegurar si era humana, pero definitivamente era humanoide, y joven.

No percibió malicia o indicios de intenciones peligrosas en su propósito, pero eso no era prueba definitiva de ser inofensiva. Podía ser muy buena bloqueando sus pensamientos y sus sentimientos. Miró a Laranth, recibió una leve inclinación de cabeza que confirmaba su valoración de la situación. Ambos se relajaron ligeramente, y Jax activó el panel de la puerta. Éste se deslizó para revelar la figura de una mujer joven, humanoide. Parecía ligeramente alarmada cuando el portal siseó hacia un lado sin que hubiese tocado el botón externo de llamada. Jax se la quedó mirando fijamente. Era completamente humanoide, cierto.

También era la mujer más hermosa que había visto nunca.

Su piel era rojo carmín. Su cabello espeso y ondulado era más oscuro, una tonalidad más cercana al color borgoña. Los iris de sus ojos totalmente abiertos eran de un escarlata impactante. Un poco más baja que él, llevaba una prenda de una pieza que en su parte más densa parecía ser de dos moléculas de grosor. A pesar de rayar en vapor, el material se arremolinaba con colores vívidos.

Casi sin darse cuenta, la Fuerza se extendió y se enroscó en ella para comprobar su aura. Lo que sintió fue una sensación de herrumbre, una dolorosa tonalidad mental que rivalizaba con su vibrante apariencia. Ella observó atentamente la habitación, y su tono fue cautelosamente esperanzado cuando habló.

—Por favor decidme que uno de vosotros es Jax Pavan.

El crucero ligero de la clase Galeón realizó un aterrizaje razonablemente firme sobre la pista de Puerto Oeste. El Capitán Typho fue de los primeros en desembarcar. Habría sido un viaje bastante agradable, con su rango en las Fuerzas Armadas de Naboo dándole estatus preferencial en términos de alojamiento y comida, si no hubiese estado consumido por su misión. Pero a pesar de los placeres disponibles para alguien de su rango a bordo, todo en lo que podía pensar era llegar a Coruscant y seguir el curso que le obsesionaba. Había necesitado varios meses para realizar diversas obligaciones en Naboo a fin de poder proceder con su tarea completamente libre de trabas. Ahora estaba finalmente allí.

Había observado a través de la ventanilla principal mientras la nave había descendido. Había sido duro, muy duro, no sentirse completamente abrumado por la visión del interminable paisaje urbano que se extendía en todas direcciones por debajo de él. Hasta donde podía ver, la maraña de calles, torres, plazas, estadios, y demás edificios y vías públicas cubrían la superficie, todo ello punteado con sombras oscilantes producidas por el rápido tráfico movido por repulsores de las alturas. Los escasos restos de la biota planetaria original, ocasionales parches de verde y azul, se atisbaban a través del inmenso paisaje urbano. Pero eran pocos y muy separados unos de otros.

No era nada que no hubiese visto antes, por supuesto. En su capacidad como guardaespaldas de Padmé había visitado el planeta varias veces. Pero en esas ocasiones no se había enfrentado a la intimidante tarea de rastrear a un asesino entre los trillones que poblaban el laberinto global. Parecía totalmente imposible, y Typho se sintió lleno de desesperación. ¿Dónde, en toda esa enorme extensión urbana interminable, comenzaría a buscar a un Jedi superviviente cuando tantos creían que todos los Jedi estaban muertos?

Cuadró los hombros y apretó los dientes. Ninguna tarea se completaba acobardándose antes de empezarla. Si continuaba sintiéndose así, estaría derrotado antes de haber comenzado. Y Padmé Amidala nunca descansaría en paz en su tumba.

Eso no podía permitirse.

A una modesta distancia al noreste de Puerto Oeste yacían las ruinas del Templo Jedi. Cualquier investigación o exploración de ellas estaba prohibida por orden Imperial. Pero tales interdicciones tenían poco significado para un soldado.

Typho empezaría su investigación con Anakin Skywalker, probablemente el último Jedi que vio a Padmé con vida. Si hubiera sobrevivido a Mustafar, podría encontrarse algún indicio de su localización en los restos destrozados de su antiguo santuario. Y si tal pista existía, Typho la encontraría.

El capitán inició su búsqueda.

—Yo soy Jax Pavan.

La mujer acarminada parecía aliviada. Den tardó un momento en identificarla como una zeltron. Una pequeña punzada de preocupación ondeó a través de él con este descubrimiento. Los zeltron, si recordaba correctamente, eran representaciones excepcionales de la belleza humanoide, al menos en lo que respectaba a otros humanos.

Además ellos, como los falleen y alguna otra especie mamífera, emitían feromonas que les hacían incluso más irresistibles.

En resumen, una especie que hacía fácil ser objetivo.

El sullustano le echó una rápida ojeada a Jax. Era difícil saber lo que estaba pensando. Den se había vuelto medianamente avezado en leer a los humanos a lo largo de los años…pero no tan bien. Sin embargo, Jax no parecía particularmente afectado, si bien la zeltron parecía ser un ejemplo perfecto de belleza humana. Por supuesto, para Den era todo académico. Reconocía su belleza de la misma forma que reconocería a un pura sangre de cualquier tipo.

—Mi nombre es Dejah Duare —dijo la zeltron—. He venido a ti en busca de ayuda.

Den observó a sus amigos. Jax y Laranth se miraron el uno al otro, y el sullustano sospechó que ambos habían revisado a esta visitante a través de la Fuerza.

Si había pasado o no la prueba todavía estaba por verse.

Por lo que respectaba a I-Cinco, aunque el mecánico era capaz de proyectar una gama sorprendente de «expresiones,» ahora estaba completamente en modo droide, fingiendo no ser nada más que una simple unidad de protocolo. Rhinann mostraba poco interés en el encuentro. Eso no era inusual.

Esos días el Elomin estaba en un perpetuo estado de nervios.

Dejah estaba mirando de Jax a Laranth mientras hablaba. —He oído que ayudas a las personas que quieren dejar Coruscant. ¿Es eso cierto? Puedo pagarte.

Considerando que esas últimas dos palabras eran una de las frases favoritas de Den, se sintió obligado a decir:

—Has oído bien —proclamó enérgicamente—. Por el precio adecuado podemos sacarte de esta roca superpoblada y buscarte una nueva vida fuera del planeta que…

Laranth le silenció con una mirada que podría haberle quemado las cejas. Alternativamente avergonzado y airado, Den cedió.

—El pago no es necesario. Dinos lo que tienes en mente —dijo Jax—. ¿Cuántas personas irían?

—Sólo dos —mi socio, Ves Volette, y yo.

I-Cinco dijo. —Perdóneme, ¿pero no será el famoso escultor de luz caamasi del mismo nombre?

Ella parecía alarmada.

—Sí. Él es, era, bastante conocido en su planeta natal.

De repente estaba enfadada, tanto que apenas pudo terminar la frase.

No se necesitaba un cerebro del tamaño de un planeta para saber por qué. Incluso si Jax y Laranth no hubieran sido frente y centro, metafísicamente hablando, del acontecimiento, la impactante destrucción de Caamas había sido últimamente el tema general de los medios de comunicación.

—Temes por su futuro —dijo Laranth—, y por el tuyo, por asociación.

Ese era, por lo que a Den respectaba, una preocupación enteramente razonable. Si el Emperador se había tomado la molestia de destruir el Mundo natal de los caamasi, por la

razón que fuera, entonces era obvio que se encargaría de controlar a cualquier superviviente que pudiera mantener vivo el asunto haciendo preguntas embarazosas. Los medios de comunicación generales ya las estaban haciendo. Una pequeña pero vocal y activa minoría era un inconveniente que alguien como Palpatine preferiría no tener. Lo que sin duda significaba que alguien que ayudara a tales supervivientes también entraría en el aumentado escrutinio Imperial. Den tragó saliva, pasando el dedo alrededor de un cuello repentinamente muy apretado. Su entusiasmo inicial por recibir a bordo a este nuevo cliente en particular se estaba desvaneciendo rápidamente.

—Sí, así es —dijo la Zeltron en respuesta tardía a la pregunta de Laranth. Le dedicó a Jax una mirada implorante.

—Por favor ayúdanos. Ves no es un cobarde, pero como muchos artistas tiene poco sentido de cómo funciona la sociedad galáctica. Temo que pudiera hacer algo temerario y vengativo, como crear una obra deliberadamente insultante para el Emperador. Eso haría que nos mataran a ambos.

Su piel se volvió de un tono ligeramente más oscuro de rojo mientras hablaba. Den sabía que sus ojos eran probablemente los únicos en la habitación lo suficiente aguzados como para notarlo, aparte de los fotorreceptores de I-Cinco. Había visto la piel del Príncipe falleen, Xizor, oscurecerse en la misma forma, y sospechó que era por razones similares. Esta Duare con toda probabilidad estaba emitiendo feromonas de potencia industrial en un intento de poner químicamente a Jax, y probablemente también a Laranth, de su lado.

No estaba seguro de si los twi'leks eran inmunes a las feromonas zeltron. Se acordó de que la Paladín se había visto afectada por el sudor mesmerizante de Xizor, pero eso no significaba nada allí, por supuesto. Duare era de una especie diferente.

Se dio cuenta de que Duare estaba hablando otra vez, y escuchó atentamente.

—Ayudo a Ves con su trabajo —le estaba diciendo ella a su audiencia—. Probablemente sabréis que mi especie es telempática. Es una habilidad que viene bien para ayudar a Ves a estar de determinado humor para hacer su mejor trabajo.

I-Cinco debía haber visto la mirada vacía de Den.

—Los zeltron pueden proyectar y sentir estados emocionales —le dijo el droide—. Piensa en ello como telepatía con sentimientos en lugar de con palabras —Dirigió esta explicación a su amigo por medio de un pulso sónico direccional para que nadie más pudiera oírla. Den agradeció la información. No había estado al tanto de este último hecho. Hace que todo el asunto de las feromonas parezca un poco superfluo, reflexionó.

Miró de nuevo a Jax. El Jedi todavía parecía tener completo control de sí mismo, al igual que Laranth. Den se preguntó si la Fuerza podía de alguna forma escudar a aquellos que la manejaban tanto del efecto de los productos químicos que flotaban en el aire como de las emociones proyectadas. No le sorprendería. Escuchando hablar a Jedi como Barriss Offee o Jax, la Fuerza podía hacer casi cualquier cosa. Y Den había presenciado milagros más que suficientes llevados a cabo por su invocación para no dudar de ellos.

Bien, esperemos que así sea, pensó.

Jax se aclaró la voz. —Últimamente ha habido mucha investigación por parte del régimen de las actividades de Latigazo. Están especialmente interesados en cómo los renegados, radicales y otros disidentes están logrando huir del planeta. Sacar a alguien se ha vuelto aun más peligroso de lo normal.

Den dio un suspiro silencioso de alivio. Le alegraba oír que, a pesar de la niebla de feromonas, su amigo humano todavía pensaba con su cerebro y no con sus glándulas.

—Por lo que —continuó Jax—, tendremos que ser más precavidos para sacaros a ti y a tu socio Volette. Pero de una forma o de otra, lo haremos. Siento que se lo debemos a la memoria de los caamasi —le sonrió reconfortantemente a Dejah Duare, y la Zeltron le devolvió la sonrisa.

Den se golpeó la frente con una mano y gimió.

I-Cinco le miró. — ¿Algo va mal? —preguntó el droide.

—Dolor de cabeza —masculló Den. Salió de la habitación.

Se'lahn.

Esa era la palabra para eso en la lengua de Sullust. Quería decir inquietud, una sensación de desasosiego, un corazón agitado. Era una palabra que describía, con bastante exactitud, el estado mental de Den Dhur esos días.

Sentía que era un estado bien justificado. Después de todo, había presionado durante algún tiempo sin éxito con ninguno de ellos, incluido el elomin, para deshacer la asamblea y salir de Coruscant inmediatamente, si no antes. Dónde irían no era tan importante como el cuándo. La idea general era poner tanto espacio vacío como pudieran entre ellos y Lord Vader, puesto que era enteramente posible que el siniestro ayudante del Emperador todavía estuviese interesado en la localización de Jax Pavan.

Den comprendía el idealismo e incluso había sido conocido por ahogarse un poco en él en alguna ocasión.

No tenía problema con que Jax se consagrara a la Verdad, la Justica, y el Código Jedi. Sin embargo, tenía un gran problema con que lo hiciera bajo las mismas narices de los individuos más peligrosos de la galaxia.

Y aun así algo mantenía a Den en Coruscant.

I-Cinco.

El droide de protocolo había logrado una cosa notable, reflexionó Den. El mecánico modificado se había convertido en un amigo tan íntimo que Den realmente no podía imaginarse la vida sin él.

I-Cinco le había dicho a Den que si sentía que tenía que dejar Coruscant, el droide iría con él aunque Jax eligiera quedarse. Pero I-Cinco también le había prometido al viejo Pavan que cuidaría de su hijo si Lorn moría.

El droide se había tomado ese compromiso muy en serio, si bien no había podido cumplir la petición de su antiguo socio hasta que Jax se hubo convertido en un hombre.

Aun así, mejor tarde que nunca, y la devoción del droide por la tarea era intensa, como si tuviera la intención de compensar esas décadas perdidas.

Así que si le diera a elegir, ¿se quedaría I-Cinco con Jax o se iría con Den?

El sullustano no estaba seguro de querer descubrirlo.

Y ese era el quid de la cuestión. Él, Den Dhur, reportero excepcional y cínico profesional, se había encariñado tanto de I-Cinco como pudiera haberlo hecho de un hermano. Aunque se enzarzaban en constantes y a veces mordaces combates mentales, Den había creado un vínculo con el droide que era más fuerte que cualquiera que hubiera formado con cualquier orgánico sensible.

Lo suficientemente fuerte como para mantenerle en un mundo que odiaba —o, más bien, en la parte de ese mundo que odiaba. El submundo de Coruscant: los arrabales que comprendían lo cincuenta niveles más bajos, las estrechas y retorcidas calles y rampas de la superficie, y las cavernas y madrigueras que poblaban la superficie subyacente en tantos lugares. La proliferación de edificios a lo largo de los siglos había alcanzado un estado tan congestionado que el sol casi nunca podía ser visto. Y cuando era visible, su luz se colaba a través de un velo de humo y niebla de hidrocarburos que lo volvían de color rojo sangre; una metáfora excesivamente descarada, en opinión de Den, pero no obstante efectiva.

Podría parecerle extraño a alguien con sólo una familiaridad pasajera con los sullustanos que Den odiara tanto los diversos barrios subterráneos. Después de todo, ¿su especie no moraba en cavernas? ¿No se habían adaptado durante milenios a una vida en el subsuelo? Así que ¿cuál era el problema?

En una palabra: Inmundicia.

Coruscant —o Centro Imperial, por usar la nomenclatura aprobada, no es que hubiese oído nunca a nadie a parte de las tropas de asalto, medios de comunicación y funcionarios gubernamentales llamarlo así— en su mayor parte hacía un buen trabajo escondiendo su insalubre parte inferior. Turistas, dignatarios de visita, comerciantes, y otros viajeros intermitentes tenían pocas oportunidades, e incluso menos ganas, de observar demasiado tiempo y en profundidad los oscuros abismos que ocupaban los espacios entre los cortanubes y las torres celestiales. Los visitantes llegaban al planeta normalmente para ver a las holoestrellas de las películas, para gastar más en una comida que lo que ganaba el trabajador ugnaught medio en un año estándar, para perder en el juego montones de créditos del tamaño de mónadas sin pensárselo dos veces. Ciertamente no venían para que se les recordara la suciedad y la desesperación de las abundantes multitudes convenientemente escondidas que habitaban debajo de la capa de inversión, que hacía que muchas de las elegantes estructuras más altas pareciesen estar flotando entre las nubes. Más enfáticamente no querían saber que los inmigrantes en busca de la brillante vida de ensueño que se les había escapado en sus mundos natales habían estado llegando a Coruscant en manada desde antes de las Guerras Clon. Si bien uno de los primeros decretos publicados por Palpatine había reducido severamente el flujo, la ecumenópolis todavía procesaba más visados en una hora que lo que la mayoría de mundos más allá de los sistemas del Núcleo procesaba en un mes.

Todos esos seres en busca de respuestas, esperanzados, desesperados, frenéticos, tenían que vivir en alguna parte.

Den no era especista. Había vivido entre demasiados tipos de seres diferentes como para poner a unos por encima o por debajo de otros. Todo lo pedía era que le dejaran en paz para ocuparse de sus asuntos. Pero, a veces, era difícil no sentirse alienado por los miles de seres que vagaban incesantemente por las calles congestionadas.

Alienado, y en cierta forma superior, dada la falta de higiene personal que frecuentemente pareció caracterizarlos.

Su especie podía vivir en cuevas, pero era absurdo comparar la belleza noctilucente de una ciudad subterránea como Pirin con estas fétidas madrigueras infectadas con los deshechos de toda sociedad exiliada concebible. Los peores ejemplos de kubaz, rodianos, ugnaughts, y otras innumerables especies atestaban las calles, los mercados al aire libre y los bazares, los distritos de entretenimiento de mala fama, día y noche, dejando, parecía a menudo, apenas espacio suficiente para respirar. Era algo triste cuando un sullustano descubría que tenía claustrofobia.

Y si todo eso no fuera suficientemente malo, estaban los humanos.

En todas partes donde miraras, los humanos caminaban por las estrechas y retorcidas avenidas o pilotaban deslizadores aéreos y terrestres, como si todo el planeta fuera suyo.

El cual podría serlo, y pronto, si el inquietante rumor que el reportero había oído recientemente llevaba el pedacito más pequeño de verdad.

Había llegado de una fuente medianamente confiable y reputada, al menos para esa clase de cosa: Rhinann. El severo elomin le había dicho a Den que pronto habría un plan en marcha, si es que no había sido implementado ya, para reunir y poner en cuarentena a tantos no humanos como fuera posible, segregándoles de la población humana.

Den había encontrado esto difícil de creer. Incluso si los humanos sobrepasaran en número a todas las demás especies de Coruscant, apenas eran dominantes en el total. Desde los anzati hasta los zeolosianos, los humanoides y alienígenas no humanoides componían la inmensa mayoría de la población del planeta. Intentar segregarlos de los humanos le parecía a Den estar pidiendo una insurrección que haría las luchas finales entre la República y los Separatistas pareciesen un juego de niños.

Y si esa no era causa de se'lahn, no sabía lo que era.

# Siete

Jax podía sentir el tirón sutil pero insistente de las feromonas de Dejah Duare, la llamada química para ir en su ayuda, la petición de hacer lo que fuera necesario para ayudarla a ella y a su socio a dejar el planeta. Antes de que el apremio pudiese volverse lo suficientemente fuerte como para convencerle, invocó la Fuerza, calentando las moléculas de aire a su alrededor ligeramente para crear un escudo adiabático que desvió la súplica bioquímica.

Funcionó, por supuesto. Pudo sentir como retornaba su completa objetividad. No tuvo que mirar a Laranth para saber que había recurrido a la misma táctica. Notó que Dejah parecía ligeramente desconcertada, como si fuera consciente de que su perfume afrodisíaco no estaba surtiendo efecto. Jax no pensó mal de ella por intentarlo. Era natural que usara todo su arsenal físico y bioquímico para persuadirlos en la mayor extensión posible.

Si bien ya había aceptado ayudarla, ella sólo estaba intentando finalizar el trato.

Después del casi desastroso episodio con el Príncipe Xizor, había decidido aprender qué seres de la galaxia utilizaban feromonas para influenciar las emociones y el comportamiento. Eso le había permitido anticipar los esfuerzos de la zeltron. Estar prevenido era definitivamente estar bien armado en una situación como esa. Por el mismo motivo, no estaba seguro de que sus habilidades de telempática fueran lo suficientemente fuertes para proyectar emociones en las mentes de otros sin su consentimiento. Pero si ese era el caso, la Fuerza también le advertiría de cualquier intento por parte de Dejah de influenciarle.

—Bien, entonces —aventuró él, fingiendo educadamente no notar su incertidumbre—, pongámonos en marcha.

Se volvió hacia el elomin, que estaba acurrucado en un asiento, en un rincón oscuro de la habitación. —Rhinann, ya sabes con quién contactar en los puertos. Inicia el proceso mientras I-Cinco y yo vamos con Dejah a hablar con su amigo caamasi. Laranth, tu y Den— se detuvo, mirando a su alrededor—. Hey, ¿dónde está Den?

—Aquí —llegó la voz de sullustano mientras entraba en la habitación desde el pasillo—. Sólo necesitaba algo de aire.

Había algo en su tono que a Jax no le sonaba del todo bien. Cierto, Den no era siempre el más entusiasta de los participantes en sus diversas empresas, pero si tuviera dudas sobre la conveniencia de admitir un cliente o un caso no era reticente en hacerles saber a sus camaradas cuál era su opinión.

Sondeando en la dirección del sullustano, Jax sintió descontento y molestia. Sin embargo, no podía distinguir cuál era la fuente de las inquietantes emociones, y no había tiempo para sondear a más profundidad.

Bien, se dijo a sí mismo, si tiene un problema real, lo mencionará tarde o temprano.

—Tu y Laranth recorreréis las calles —le dijo a Den—. Ya sabéis lo que buscar.

—Cierto —suspiró Den. De nuevo sonaba inusualmente sombrío. Típicamente, Laranth no dijo nada, sólo asintió una vez y se dirigió hacia la salida. Den fue detrás de ella.

Jax miró a I-Cinco mientras él y el droide acompañaban a Dejah a su deslizador. Era difícil de decir lo que podría estar pensando el droide sobre el estado de ánimo de Den. Aunque I-Cinco era extremadamente bueno simulando emociones y pensamientos mediante la sutil manipulación del ángulo y la intensidad de sus fotorreceptores, así como imitando misteriosamente el lenguaje corporal humano, su habilidad para proyectar matiz y subtexto sólo llegaba hasta ahí.

Según el crono del Jedi, era poco después de la puesta de sol. En la mayoría de los casos las calles de la superficie ya estaban a oscuras. Aunque las farolas de las calles estuvieran diseñadas para funcionar durante siglos, muchas llevaban en su lugar milenios y se habían fundido, habían sido destruidas, o habían sido robadas. La mayor parte de la iluminación procedía de barras luminosas que llevaban los peatones o de fuegos en bidones desechados.

Demasiado para la expansión de la tecnología punta, pensó.

Aunque las calles estaban oscuras, ciertamente no estaban tranquilas. El murmullo constante de miles de seres hablando centenares de lenguas, patois, lenguajes rudimentarios, y los dialectos favorecidos se mezclaban para crear un rico basilecto. Cheunh, durosiano, bocce, hapan, y otras voces multifónicas no sólo imposibilitaban que Jax se oyese pensar, a veces imposibilitaban incluso que supiese en qué lengua estaba tratando de pensar.

El deslizador de Dejah Duare había sido aparcado a tres metros sobre la calle, donde estaba suspendido, esperando el regreso de su dueña. Utilizando un control a distancia de seguridad, ella lo hizo descender. El vehículo era un Nucleón F—57, con estabilizadores de inercia y un motor repulsor clase Tres. Su diseño era fascinantemente retro, con estabilizadores traseros inferiores, cabina en la parte frontal, y un parabrisas de una pieza. Era de color granate oscuro, acentuado con líneas inferiores de cromo. Dejah parecía como si hubiese nacido para pilotarlo. Jax quedó francamente impresionado. No todos los días encontrabas un vehículo que hubiese sido pintado para ir a juego con su dueño.

Su ordenador de navegación encontró un punto de inserción en una de las corrientes de tráfico, y ella hizo ascender el vehículo en el ángulo más pronunciado permitido. Reentraron en la corriente en el Nivel 75, justo debajo de la capa de nubes. Quince minutos después el deslizador estaba aparcado pulcramente en una plaza de estacionamiento cerca de los pisos más altos de un caro resiplex.

—¿Sabe que venimos? —los sensores de I-Cinco estaban alerta mientras entraban en el edificio. Las destellantes paredes metálicas del vestíbulo estaban iluminadas con sutiles tonos cromáticos, creando un ambiente de sobria elegancia.

Jax fue muy consciente de repente del aspecto deslucido de su ropa. Las botas, los pantalones, la camisa ablusada, y el chaleco de cuero de fleek, que habían sido precisamente adecuados para mezclarse con la chusma de los niveles inferiores, aquí se

veían claramente fuera de sitio. Se encogió de hombros. Y eso que no quería llamar la atención.

Se sentía nervioso, en extremo. La Fuerza estaba intentando decirle que algo no iba bien. Algo malo había ocurrido en ese edificio, no hacía mucho. Pero así como la Fuerza podía ser increíblemente explícita con las visiones y portentos que a veces proporcionaba, también podía ser enloquecedoramente imprecisa e incompleta, y esa vez se trataba de una de las últimas.

—No —dijo Dejah, contestando la pregunta del droide—. Intenté comunicarme con él pero no hubo respuesta.

Jax la miró. —No suenas muy preocupada por tu socio.

Ella le sonrió levemente mientras caminaban.

—Eso es porque Ves está frecuentemente incomunicado. Cuando no contesta asumo que está trabajando. Siempre trabaja obsesivamente cuando está enfadado. Es su forma de tratar con ello. Y —terminó ella—, a veces el resultado es su mejor arte.

Atravesaron un corredor, al final de cuál se encontraba la puerta de un resicubo. Mientras colocaba la palma en la placa de identificación, Dejah continuó —Estará en su estudio. Está en la parte de atrás de…

No terminó la frase. En lugar de eso, mientras la puerta se abría y ella miraba dentro, gritó.

El interior del cubo era color crema, perla, y marfil, el mobiliario y los acabados, todo tonos de blanco. Lo que hacía las manchas de sangre de la alfombra junto al cuerpo de Ves Volette destacaran con un color escarlata brillante y lúgubre.

El prefecto Pol Haus de la policía del sector era un zabrak: un humanoide pequeño y algo regordete cuyos pequeños cuernos ascendían desde su cráneo en una disposición desarreglada sin patrón perceptible de crecimiento. Esa apariencia indisciplinada no estaba confinada a su cabeza. Haus era un espécimen de mala apariencia de pies a cabeza.

Su rango era lo suficientemente alto para no tener que llevar uniforme, y su vestuario parecía haber sido confeccionado por un dug paralítico. Sobre sus ropas llevaba un guardapolvo afligido con una profusión de bolsillos. Estos parecían capaces de albergar casi cualquier cosa necesaria para investigar la escena de un crimen. No lucía tatuajes rituales —otra rareza para un Zabrak— y su piel tenía un matiz malsano que hablaba de una carencia persistente de exposición a la luz natural.

Observando al prefecto mientras se ocupaba de sus asuntos, Jax no se creyó la apariencia de desorganización. Uno no llegaba a ser un oficial en la policía planetaria siendo perezoso, desaliñado, o ambas cosas. El hecho de que Haus dedicara tan poca atención a su apariencia sugería que no tenía por qué hacerlo. Eso era significativo. El hecho de que el Mando del Sector hubiese enviado a alguien de su rango a investigar tampoco era buena señal. Los prefectos no dejaban su puesto para investigar personalmente homicidios rutinarios. Tales tareas desagradables se dejaban normalmente para los subalternos.

Jax y sus compañeros estaban en el pasillo fuera del cubo. La escena del homicidio estaba repleta de droides forenses grandes y pequeños y, que estaban grabando y catalogando todo lo que se encontraba a la vista. Jax sabía algo del procedimiento. Todo con lo que un asesino podría haber estado en contacto era escaneado y grabado hasta el nivel molecular. Cualquier rastro de prueba concebible era tomado, yendo desde lo obvio, huellas, cabello, células de la piel, y cosas por el estilo, hasta lo no tan obvio como huellas termales y cualquier resto de gases exhalados. Podías saber mucho sobre un ser si conocías el porcentaje de dióxido de carbono que exhalaba. Era un asesino muy cuidadoso si no dejaba alguna huella tras él, o ella, o eso.

Jax observó a los droides forenses realizar su trabajo, admirando su eficiencia. Las unidades más pequeñas gravitaban sobre repulsores a escasos centímetros sobre la alfombra, a fin de evitar hollar sus fibras con su avance. Quedó impresionado con su velocidad y minuciosidad —impresionado y más que un poco aprensivo. Eran el epítome del profesionalismo, y lo último que quería era tener esa alabada claridad, esa despiadada mirada iluminadora, vuelta contra sí mismo y sus cohortes.

Habiendo concluido su inspección superficial de la habitación, el prefecto de policía salió para estudiar a los que esperaban afuera. Jax podía sentir la desaprobación del oficial.

La fuente de bioluz en el techo del corredor estaba al borde de la descomposición final, y la iluminación se había vuelto irrazonablemente brillante, como la de una estrella justo antes de sus estertores de muerte. La unidad lanzaba sombras de bordes duros en lugar de bañar todo dentro de su alcance con un suave y difuso resplandor normal. Le daba a la escena una calidad sombría, alienígena. Debajo de ella, incluso la bella aunque perturbada Dejah parecía fría.

Haus tosió suavemente. — ¿Alguno de ustedes tocó algo, aparte de la placa de la puerta?

Jax respondió por los tres. —No.

El prefecto parecía escéptico. — ¿Ni siquiera el cadáver? ¿Para ver si seguía con vida? —miró a Dejah, que estaba sentada en una pequeña silla flotante con una manta sobre los hombros—. Usted. Era su socio, ¿y no se molestó en comprobar sus constantes?

Jax sintió una pequeña punzada de irritación. Aunque el trabajo del prefecto era hacer preguntas, esa ya había sido contestada. Estaba tentado de preguntarse en voz alta qué parte de «no» no entendía el Zabrak, pero mantuvo su irritación bajo control. Rara vez era buena idea ceder ante la emoción fácil. Especialmente cuando se era interrogado en un homicidio. Manteniendo el tono cuidadosamente neutral, respondió por Dejah.

—No hubo necesidad, Prefecto. Era aparente que estaba muerto.

Haus llevaba puesta una estudiada indiferencia como una máscara. — ¿Pudo saberlo desde el otro lado de la habitación?

—Pude saberlo —murmuró Dejah inanimadamente—. Tenía la fetidez de la muerte sobre él.

Ni siquiera el prefecto vio adecuado cuestionar eso. Un zeltron podía detectar fácilmente el perfume de la epinefrina y las feromonas del miedo en la habitación, así como la falta de vibraciones empáticas de su antiguo socio. Y la Fuerza le había dejado inequívocamente claro a Jax en el momento que la puerta se había abierto que el escultor Volette estaba muerto, pero no sería una idea ni remotamente buena dejar que Haus supiera eso.

I-Cinco dijo, —A juzgar por el tamaño de la mancha de sangre sobre la alfombra, Prefecto Haus, las proporciones del cuerpo, y la profundidad de la puñalada que le mató, la probabilidad de que estuviera cualquier cosa aparte de muerto era próxima al cero.

Haus contempló a I-Cinco. — ¿Así que ahora un droide de protocolo me está aconsejando sobre qué preguntar? ¿Tienes mucha experiencia con víctimas de asesinato?

I-Cinco no se dejó intimidar. —Durante las Guerras Clon estaba destinado en un Uquemer médico en una zona de guerra planetaria. Lamento decir que mi experiencia con la exsanguinación orgánica es bastante más extensa de lo que me gustaría.

—Dada la extensión de la mancha de sangre y el espesor y la fácilmente discernible capacidad de absorción de la alfombra, una simple computación matemática puede determinar la cantidad de líquido necesario para proveer tal dispersión. El adulto humanoide medio tiene un volumen de sangre de aproximadamente cuatro punto nueve litros, de los cuáles dos punto siete litros son plasma. La supervivencia humanoide con una pérdida de sangre no tratada de Clase Cuatro —que es, mayor del cuarenta por ciento del volumen total— es poco probable que sea más de algunos minutos. La cantidad de sangre empapada en esta alfombra es, estimo, de casi tres litros. Incluso si el difunto hubiera pasado recientemente algunos meses a una altitud suficiente como para haber espesado su sangre radicalmente, su recuento de glóbulos rojos no sería suficiente para permitir la supervivencia con esa pérdida volumétrica. Realmente fácil de ver desde el otro lado de la habitación —el tono de I-Cinco fue seco y de estar diciendo lo obvio, pero Jax captó el sarcasmo subyacente. Resistió las ganas de sonreír.

El prefecto miró al droide, después a Jax. — ¿Ha programado esta máquina de boca ingeniosa?

Jax sacudió la cabeza. —Vino así.

Haus hizo un sonido rudo y decididamente poco profesional.

—Podría querer que le quitaran la cabeza y le instalaran una personalidad más educada. No todos los policías son tan comprensibles como yo —se volvió hacia la inconsolable Dejah—. Entonces veamos si lo he entendido correctamente. El difunto era el escultor de luz caamasi Ves Volette, su socio. Usted estaba preocupada por su seguridad, y la suya propia, y por ello contrató a este tipo —indicó a Jax con la cabeza—, por protección.

A Jax, este tipo le sonó mucho a este aficionado. Silenciosamente contó hasta diez, primero en Básico y otra vez en el dialecto ugnaught. Eran sorprendentes los lugares y las veces donde el entrenamiento Jedi podía ser utilizado.

En realidad no era una pregunta, pero Dejah asintió. Antes de que llegaran las autoridades, Jax le había dicho que no mencionara nada relacionado con dejar el planeta.

El prefecto se volvió hacia Jax. — ¿Y es su negocio ofrecer rutinariamente esta clase de servicio de seguridad?

La luz intensa que iluminaba el vestíbulo parpadeó; un rápido y fantasmal parpadeo, antes de brillar incluso más intensamente que antes. La escena se volvió más clara, casi cristalina. La unidad estaba definitivamente al borde de un fallo crítico, decidió Jax.

—Así es —le dijo a Haus—. Estamos…estoy autorizado para hacerlo. Es una nueva clasificación: Investigador confidencial. Sin ánimo de lucro.

—Eso parecen decir los registros. Tengo su hora de llegada, y mi droide médico dice que la víctima ha estado muerta dos horas y quince minutos, poco más o menos.

Necesitaré sus declaraciones en lo que se refiere a dónde estaba cada uno de ustedes en ese momento.

Jax asintió, contento por la oportunidad de estar de acuerdo. —Por supuesto.

El Zabrak miró a Dejah de nuevo. —Si estaba preocupada porque alguien pudiese tratar de matarla a usted o a su socio, ¿por qué no contactó con las autoridades adecuadas?

Ella se giró ligeramente y miró al oficial. El ángulo dejaba la mitad de su cara en las sombras. —El mundo natal de Ves fue destruido recientemente por lo que los rumores sugieren fue una acción de las autoridades adecuadas. Con el debido respeto para su persona, Prefecto, mi compañero tenía motivos para no confiar en nadie que representara al Imperio en cualquier forma. Al igual que yo.

Haus se quedó contemplativo.

—He oído lo que le ocurrió a Caamas, por supuesto. Todo el mundo lo ha oído. Pero fue una acción militar —su tono se agudizó—. La Policía Imperial del Sector no es política.

—¿En serio? —sus palabras emergieron teñidas de amargura—. Alguien debería decirles eso a los estudiantes vesarianos de la Universidad de Ciudad Imperial.

El prefecto tuvo la decencia de parecer avergonzado. —Ese incidente fue una aberración. Como en cualquier gran organización hay, desafortunadamente, elementos rebeldes. El centurión a cargo de la unidad en cuestión fue arrestado y está a la espera de juicio.

—Estoy segura de que eso hace que los padres de los estudiantes asesinados se sientan mucho mejor.

Haus hizo un gesto desdeñoso.

—Un oficial les tomará declaración y les proveerá a ustedes de dos anillos localizadores —gesticuló hacia I-Cinco—. Y se colocará un localizador en su droide de boca ingeniosa. Quédense cerca… les llamaremos cuando necesitemos hablar de nuevo.

Se dio media vuelta, descartándolos tan completamente como habría hecho con cualquier prueba inorgánica.

Lo que estaba bien para Jax: estaba perfectamente encantado de ser tratado como parte del paisaje.

Un droide policía se les acercó. —Por aquí, ciudadanos.

Jax suspiró. Difícilmente era una buena forma de empezar el día: contratado para salvar a un par de clientes, sólo para que uno muriera antes de llegar si quiera hasta él. Ahora eran, en el mejor de los casos, testigos de la escena de un crimen, en el peor, posibles sospechosos. Unidos a anillos localizadores policíacos que no podían quitarse fácilmente, no tenían muchas posibilidades de dejar el planeta próximamente. A Jax no le gustaba mucho la idea de tener a las autoridades levantando las piedras bajo las que a él y a sus cómplices les gustaba operar, pero eso iba a ocurrir ahora lo quisiera o no.

La mejor opción para él y sus amigos era descubrir quién mató al escultor y regalarle a Haus esa información antes de que la policía se encontrara algo embarazoso o ilegal, y había muchísimo de ambos para que lo encontraran. Jax sabía que para un escáner de la verdad hacía falta más que la sospecha de irregularidad, razón por la cual Haus no había ordenado uno en el acto.

También, se suponía que las autoridades no hacían preguntas durante un escáner de la verdad relacionadas con actividades ajenas al crimen bajo investigación. Pero tales reglas rara vez eran seguidas estrictamente, en particular en los niveles bajos, y no sería la primera vez que las autoridades cavaban un poco más profundo de lo permitido sólo para ver lo que había ahí. Un escáner de la verdad probaría que ni él ni Dejah habían matado al escultor, pero había muchísimas otras cosas que Jax no quería que salieran a la luz.

La Fuerza podría mantener ocultas tales cosas, pero si llevaban un escáner de la verdad demasiado lejos, podría sufrir daño en la memoria, o algo peor. Un Maestro Jedi podría resistir un escáner de la verdad hasta dormido, pero Jax sabía que sus habilidades ni siquiera comenzaban a acercarse a tal grado de control.

En resumen, cuanto antes resolvieran esto las autoridades y pasaran a otros crímenes, mejor para Jax y compañía. Si Haus y sus hombres no encontraban al asesino inmediatamente, entonces sería mejor que lo hiciera Jax. De otra manera él, Laranth y los demás tendrían a la policía pisándoles los talones hasta el final.

Aurra Sing salió del espaciopuerto, habiendo atravesado Aduanas e Inmigración sin ningún problema. El chip pasaporte expedido para ella por Lord Vader garantizaba su estatus de Inmunidad Civil Principal, la protección más alta otorgada a alguien que no era militar ni miembro de la realeza. Cogió un tubo de descenso bajando tres niveles hasta la zona interurbana, donde la esperaba una aerolimusina. Tan pronto como hubo embarcado, ésta se dirigió directamente hacia arriba al estrato más alto de tráfico, una vía exclusiva reservada únicamente para el tráfico gubernamental.

Había pasado algún tiempo desde que Sing había estado en Coruscant —ahora Centro Imperial— y se maravilló de lo rápida y completamente que la destrucción infligida por el bombardeo de los separatistas había sido reparada o simplemente ocultada. La reconstrucción todavía continuaba a buen ritmo. Desde su posición privilegiada sobre el

flujo de tráfico general pudo ver, cerca del horizonte, a uno de los enormes droides de construcción.

Tan alto como un edificio de cuarenta plantas, masticaba metódicamente su camino a través de una fila de estructuras condenadas. Ella sabía que los escombros resultantes serían molidos y divididos en sus elementos componentes, para ser reensamblados por billones de nanodroides en lo profundo de las complejas y metálicas entrañas del gigante. El resultado sería excretado como nuevo material plegable para ser reformado en cualquier cosa que los arquitectos y los proyectistas de la ciudad decretaran.

Era un ejemplo impresionante del poder y los logros del Imperio. Sin embargo, no pasó demasiado tiempo contemplando tales cosas. Su interés se centraba en descubrir una cosa: a quién tendría que cazar.

Después de todo, uno no garantizaba la excarcelación de uno de los cazarrecompensas más temidos y formidables de la galaxia para que diseñara arreglos florales.

Hasta donde Aurra Sing podía recordar, había sido la emoción de la caza lo que la había mantenido viva, eso le había dado una razón para continuar día tras día. Sólo cuando confiaba únicamente en sus habilidades, sus soberbios reflejos y su entrenamiento exclusivo, sentía algo parecido a un nivel de comodidad personal. Ella no había confiado en nada más durante tanto tiempo…

Uno de sus primeros recuerdos, de antes incluso de que hubiera sido capaz de caminar, era de su madre adicta a la especia llevándola por las estrechas, enrevesadas y sucias calles de Nar Shaddaa. Estar en la seguridad de los brazos de su madre, lo recordaba como una de las pocas veces que había sentido algo casi parecido a la seguridad. El momento casi se acercaba incluso a ese estado emocional que los otros llamaban felicidad.

Para Aurra Sing, la felicidad continuaba siendo tanta teoría y especulación como el origen del universo.

Ese momento especial y lejano había parecido durar para siempre. Hasta que Aunuanna, desesperada por especia, había dejado caer a su bebe al sucio y húmedo pavimento cuando salió corriendo para encontrarse con su distribuidor.

Dejada atrás, olvidada, un conglomerado de basura orgánica abandonada en el pavimento, el bebe que se convertiría en Aurra Sing había llorado a solas durante horas de miedo y dolor. Finalmente, emocional y físicamente exhausta, se había arrastrado debajo de algunos harapos apestosos en un lateral de la calle. Allí había yacido, lloriqueando.

Casi había amanecido antes de que el atontado cerebro de Aunuanna se aclaró lo suficiente para recordar a su bebe abandonado, y pasó otra hora antes de que lograra localizarla.

Sing sacudió la cabeza ligeramente, el movimiento equivalía a poco más que un gesto de irritación.

Como bebe descuidado, se había sentido aterrorizada y sola en incontables ocasiones. De adulto había convertido tales recuerdos en una clase de gratitud perversa.

Sin saberlo y ciertamente sin proponérselo, la adicta Aunuanna le había enseñado a su cría la lección básica de la supervivencia, y se la había enseñado bien: No confíes en nadie, y no te ocupes más que de ti mismo para sobrevivir.

Sing estudió las interminables corrientes de tráfico aéreo fluyendo por debajo de ella. Los vehículos se entrecruzaban, descendían, y se elevaban en un complejo baile tridimensional que, gracias a los omnipresentes nodos de control de velocidad y de navegación, casi nunca daba como resultado un choque o un atasco espacial. En realidad no importaba qué fuera su objetivo designado. Un guerrero sakiyano comprometido a redimir el honor de su clan, un weequay en una búsqueda de sangre, un januul en una furia cortacabelleras: nada podía ser más debilitante que sentir que sus pulmones eran carcomidos por polvo de zenium en las rocosas entrañas de un planetoide olvidado.

Nada.

Se reclinó en el suave lujo del asiento de la limusina, alejada de sus antiguas dependencias por pársecs literales así como metafóricos, y sonrío para sí misma.

Esperando que la llevaran a Ciudad Imperial para reunirse con Vader, quedó algo sorprendida cuando la aerolimusina descendió repentinamente y abandonó la vía VIP sin un edificio gubernamental a la vista.

El potente vehículo realizó un descenso pronunciado que lo hizo zambullirse en un estrecho abismo entre cortanubes ecuatoriales. Por encima de su cabeza, eran las primeras horas de la tarde, con el sol todavía a medio camino entre el cenit y el horizonte.

Por debajo, donde la llevaban, era de noche.

Allí abajo, ella sabía, siempre era de noche.

La limusina sin marcas se detuvo, flotando a medio metro por encima de una calle estrecha y sucia. A cada lado, torres ciclópeas ascendía desde macizos cimientos hundidos profundamente en la corteza del planeta, sus flancos desaparecían en la niebla y la penumbra superior. Los alrededores le eran misteriosamente familiares; era casi como si, después de todas esas décadas, estuviera de vuelta en Nar Shaddaa. No vio entradas o ventanas y ninguna señal de habitabilidad. De hecho, no había signos de vida en absoluto —ni siquiera algún vehículo o peatones.

Bajó de la limusina, que se elevó para flotar quizá a una docena de metros. El armazón destripado y ennegrecido de un deslizador descansaba donde sin duda había colisionado contra un enorme bloque de ferrocreto que formaba parte de los cimientos de una torre celestial. Salvo por el zumbido casi inaudible de los repulsores de la limusina, el silencio era total.

No, se percató…no total. Había otro sonido, un sonido que nunca antes había escuchado, pero uno que le parecía extrañamente familiar. Un susurro regular, medido, volviéndose gradualmente más fuerte.

Cogiendo su sable láser de su enganche y activándolo en un solo movimiento, se dio la vuelta rápidamente. El brillo rojo de la barra iluminó una alcoba en la base del edificio más cercano a ella, e iluminó también la figura alta, vestida de negro que emergió de él.

Antes de que pudiera determinar si sus intenciones eran malignas o benignas, él extendió una mano enguantada de negro en dirección a ella. Su sable láser saltó de su agarre, su fuego se apagó al soltarlo. Voló a través del espacio intermedio y chocó con la mano de Vader.

Él había sido lo suficientemente rápido y lo suficientemente poderoso como para quitarle su arma principal antes incluso de que se hubiera dado cuenta de que corría peligro de perderla. Un despliegue notable de control sobre la Fuerza, tuvo que admitir Sing para sí misma. Pero seguramente no la consideraba desvalida sólo porque la hubiera aligerado de una parte de su arsenal.

Mientras adoptaba una postura baja de combate, ambas manos sujetaron los cuchillos gemelos r'ruker'at asegurados en su cintura. Sus desintegradores serían fútiles, ella lo sabía; él podría desviar fácilmente los haces con el sable láser. Su única oportunidad era hacer lo inesperado, y eso significaba acercarse lo suficiente para usar la hoja. Forjados por herreros alwari en las selvas de Ansion, los cuchillos estaban diseñados para permanecer escondidos a plena vista como parte del complicado tallado esculpido en su cinturón. Cuatro anillos permitían a cuatro dedos un agarre irrompible en cada uno, y ella nunca había abandonado antes de que las hojas hubiesen terminado su trabajo.

Sin embargo, en lugar de seguir su primer movimiento con un asalto directo, Vader hizo algo completamente inesperado. Se quedó allí, ignorándola tan casualmente como si no existiera. Mientras le miraba fijamente, inspeccionó el sable láser pensativamente; entonces, sujetándolo a un brazo de distancia, lo reactivó. La barra carmesí de energía destructiva apuntó directamente hacia arriba desde su puño enguantado. Al principio, pareció no estar ocurriendo nada. Entonces Sing se dio cuenta de que la barra estaba volviéndose más brillante. Su brillo se intensificó hasta que tuvo que alzar una mano para escudar sus ojos del brillo cegador casi escarlata. La refulgencia deslumbró sus ojos, tragándose todo lo demás; la calle, los edificios, el deslizador estrellado. Sólo Vader permanecía visible de alguna forma; allí parado, sosteniendo el arma fácilmente, aparentemente no afectado por el terrible brillo de la hoja. El profundo zumbido familiar que era el sonido identificador del arma subió de tono, más y más alto, hasta que desgarró su audición. Y entonces, en un estallido final de atronadora incandescencia, la hoja del sable láser desapareció.

Sing se quedó atónita de pura incredulidad. Sus ojos eran capaces de adaptarse mucho más rápidamente a los cambios de luz del ambiente que los de un humano. Un par de parpadeos y las imágenes residuales se aclararon, recobrando la visión normal casi inmediatamente. Vader permanecía inmóvil, con la empuñadura del arma todavía agarrada en su puño extendido. Ella podía ver un diminuto hilillo de humo saliendo del emisor.

Había sobrecargado el cristal de energía del sable láser a través de la Fuerza. Sing se enorgullecía de su conocimiento sobre armas y los puntos fuertes y débiles de cada una de ellas. Después de todo, era su trabajo. Pero nunca antes había visto u oído tal cosa antes.

El Señor Oscuro abrió su mano. Reducido a un cilindro inútil de metal, piezas, y componentes, el ahora inofensivo arma resonó contra el pavimento.

—Como te dije en Oovo Cuatro —dijo él—, tengo un trabajo para ti. Alza otra vez un arma contra mí, incluso de forma refleja, y haré que embarques en el próximo transporte de prisioneros fuera del planeta. ¿Está claro?

Lentamente, Sing devolvió los cuchillos a su cinturón, dobló los brazos, y le contempló fijamente.

—Estoy escuchando —dijo ella.

El suburbio conocido como Poloda Place era uno del pocos lugares de los niveles inferiores que todavía retenían un resquicio de respetabilidad. Los edificios, resibloques rococó en la mayoría de los casos, estaban colocados muy juntos.

Los estrechos y sinuosos pasillos que una vez habían conectado la plaza con el resto del submundo hacía mucho que habían sido clausurados o sellados. El único medio de entrada o salida era una vía serpenteante con el pintoresco, por no decir evocador, nombre de Callejón Ceguera de las Nieves. Den se había preguntado más de una vez cómo había llegado a tener ese nombre, ya que la nieve no había caído en ninguna parte de Coruscant salvo en áreas recreativas especificadas por ClimaRed durante muchos miles de años.

Debido a la combinación de alquileres baratos, espaciosas áreas habitables, y un sentido ficticio de seguridad, Poloda Place había adquirido algo de reputación como colonia de artistas. Fue allí, hacía veinte años, donde el novelista Kai Konnik había escrito su relato premiado Playa de Estrellas. El compositor fondoriano Metrisse había elaborado sus famosos Estudios de Tiempo y Espacio mientras residía allí temporalmente, y la notoriamente decadente Bailarina de Ensueño twi'lek Nar Chan había llevado a cabo sus infames bacanales de una semana de duración en el patio.

Ciertamente aquellos eran los buenos tiempos, reflexionó Den, apresurándose para alcanzar a Laranth mientras ella cruzaba el suelo de losas y atravesaba la salida.

—¡Más despacio! —se quejó él—. No todas las especies tienen piernas grotescamente largas, ya sabes.

La twi'lek miró sobre su hombro sin desacelerar su paso. —Entonces estira las tuyas.

Jurando bajo su aliento, Den empezó a trotar.

—Tengo que decirte —masculló mientras la alcanzaba—, que esa historia de fémina fatal está pasada de moda. Sabes que eres dura, yo sé que eres dura. Cualquiera a tu alrededor durante más de cinco minutos que no sepa que eres dura no está operando en la misma onda sensorial. Así que como un favor personal, ¿por qué no te relajas?

Laranth se detuvo abruptamente y bajó la mirada hacia él.

—¿Qué te hace pensar que tengo otra opción?

Esa no era la respuesta que Den había esperado. No es que hubiera tenido en mente alguna contestación en particular. Él se paró también, agradecido por el respiro. Contemplando a la seria Paladín twi'lek, observó cómo los diversos espectros del criptón, el argón, y el neón de una cercana anunciesfera flotante resaltaban la lustrosa cicatriz de su cara. Notó también algo que no había visto antes en sus ojos. En lugar de la sombría mezcla habitual de determinación y resignación, Den quedó sorprendido al ver un destello de dolor…dolor y cansancio infinito. Desapareció rápidamente; tan rápidamente que cualquier otro podría haberse preguntado si realmente había habido algo en absoluto. Pero Den era, sobre todo, un reportero, y confiaba en su percepción. No toda comprensión profunda llegaba a través del uso de la Fuerza. Sabía que acababa de echar un vistazo a algunas cicatrices muy reales y muy antiguas.

—Lo siento —murmuró, consternado—. No pretendía…

Ella le interrumpió con un encogimiento de hombros mientras se daba la vuelta. —Olvídalo. Se puso en marcha otra vez, sus fuertes piernas avanzaban a grandes pasos. Tras un momento, él la siguió.

Mientras se apresuraba para alcanzarla se encontró pensando sobre lo que sabía acerca de Laranth Tarak. No era mucho. Sabía que había sido un Paladín Gris, un miembro del grupo renegado que se había separado de la corriente Jedi principal. No sabía mucho sobre ellos, excepto que estaban dedicados al Código Jedi pero eran considerablemente más militaristas que la propia Orden. Puesto que los Caballeros Jedi no eran pacifistas entonadores de mantras para empezar, eso sugería que los Paladines Grises eran capaces de patear traseros de forma seria. Den sabía que eso era cierto por su experiencia y no sólo por anécdotas, ya que había tenido el privilegio de ver a Laranth en acción.

Las armas elegidas por la twi'lek eran los desintegradores gemelos DL-44 sin los que rara vez la había visto, y su habilidad y puntería con ellos era inigualable. Ayudada por la Fuerza, era lo suficientemente buena como para bloquear el fuego enemigo con sus propios disparos. No era lo mismo que bloquear disparos con un sable láser, pero seguía siendo impresionante.

Eso era todo lo que sabía acerca de los Paladines Grises. Aunque poco, era más de lo que sabía de la propia Laranth. Eso a pesar de la investigación ocasional que había realizado empleando sus habilidades reporteriles. Laranth Tarak había dejado el ámbito de lo conocible hacía mucho tiempo. Sabía que ella y Jax se había visto por primera vez durante la matanza de inocentes conocida como la Noche de las Llamas, una masacre nocturna de sensibles a la Fuerza diseñada para librar al Imperio de potenciales amenazas futuras así como sacar de su escondite a cualquier Jedi restante. Había sido una de las primeras acciones llevadas a cabo por los recién formados Inquisidores. Por los estándares de ese formidable y amenazador cuerpo, la operación había sido un gran éxito, consiguiendo elogios del mismo Emperador.

Combinando sus fuerzas, Jax y Laranth habían logrado escapar por los pelos de la emboscada, aunque Laranth no había salido ilesa. Den no sabía si la naturaleza sombría

de la Paladín había sido siempre una parte de su personalidad, o si había sido templada esa noche por el fuego láser que le había troncado un lekku y chamuscado un lado de su cara. Realmente no tenía importancia.

Quienquiera que hubiera sido Laranth Tarak había sido completamente purgado por los horrores de la Noche de las Llamas.

Los inquisidores, esos «oficiales de la verdad» imbuidos del lado oscuro, todavía frecuentaban los diversos sectores de Centro Imperial, si bien en menor número. La mayor parte de ellos habían sido despachados hacia los Territorios del Borde Exterior y planetas galácticos similares para descubrir actividad ilegal de la Fuerza. Pero los que quedaban todavía eran temidos. Den había oído que algunos eran capaces de descubrir a un único sensible a la Fuerza, de nacimiento o de otra forma, entre una población de millones. Las probabilidades de descubrimiento seguían siendo astronómicamente escasas…aun así el sullustano sudaba cada vez que Jax o Laranth utilizaban la Fuerza.

Laranth nunca había sido deliberadamente descortés con él.

Pero si bien le había salvado la vida en más de una ocasión, Den seguía sintiendo a veces un pequeño nudo de desasosiego en su interior cada vez que tenía que tratar con ella. Era tan incesantemente melancólica. No podía recordar haberla visto sonreír ni una sola vez.

Probablemente era algo bueno, pensó. Podría abrírsele esa cicatriz.

En cualquier caso, ese no era el momento de preguntarse por el pasado de Laranth. Jax les había dado una misión, que era comprobar la disponibilidad de posibles rutas del MLS y determinar el camino más rápido y más seguro para sacar al caamasi y a su novia fuera del planeta. Por razones inevitables de seguridad esto tenía que hacerse en persona y no mediante métodos electrónicos de comunicación que podían ser interceptados o rastreados.

Había varios agentes de avanzada de Latigazo en ese sector. Cada uno de esos operarios era asignado a una cierta sección de una ruta. Ninguno conocía a los otros. Todos operaban estrictamente sabiendo sólo lo esencial, y el orden en el que se acercaban era escogido al azar.

—¿Quién nos toca esta vez? —le preguntó a Laranth.

Ella vaciló un momento, entonces dijo, —El cefalón.

Den se golpeó la frente con una mano.

—Dulce tía virgen de Sookie —gimió—. ¿Tenemos que tratar con esa cosa otra vez? Él-eso-ellos —ni siquiera sé que pronombre utilizar, pero me pone los pelos de punta.

—Te compadezco —contestó Laranth—, pero ese es al que vamos a ver. Vamos…acabemos con esto.

Aceleró el paso, caminando a zancadas por la sucia calle que cada vez estaba más abarrotada según avanzaba el día.

Den gimió otra vez y se corrió tras ella. —Supongo que no servirá de nada decir que tengo un mal presentimiento sobre esto.

—Considéralo indigestión —contestó ella lacónicamente—, y ocúpate de ella.

# Ocho

En la galaxia había dos tipos principales de inteligencia: cordada y ganglionar. La evolución, mediante medios panespérmicos y convergentes, había provocado que la inmensa mayoría de seres sensibles tuvieran el primer diseño: criaturas con una barra de cartílago o hueso extendiéndose a lo largo de sus cuerpos de la que podía colgar un esqueleto y sobre la cual un conglomerado de tejido cortical podía, en algunos casos, transformarse finalmente en un cerebro consciente de sí mismo. Había excepciones, por supuesto. Los hutts, por ejemplo, eran esencialmente gigantescos moluscos invertebrados, su cerebro descentralizado compuesto por billones de cadenas subneurales concatenadas estaba integrado en su carne. En la mayoría de los casos, sin embargo, la inteligencia había evolucionado a través de notocordas y sustancia gris colocada encima de ellas. Esto generalmente daba como resultado una conciencia por cuerpo, lo que a Den le parecía una forma sensata de disponer las cosas.

La inteligencia ganglionar era bastante diferente. La mayoría pensaba que el término se refería a una sensibilidad colectiva, o mente-colmena: la suma de muchos cerebros individuales trabajando juntos hacia un fin común, como los árboles bafforr de Ithor o los bivalvos del Banco de Conocimiento de Mon Calamari. Den también había pensado eso, hasta que I-Cinco le había sacado de su error: —En lo que estás pensando es inteligencia simbiótica. Conciencia agregada. La inteligencia ganglionar es otra cosa. Casi lo contrario, de hecho. Es una conciencia compartimentada. Intenta visualizar tus brazos y piernas pensando por sí mismos.

Den intentó imaginarse tal cosa, y fracasó totalmente.

—No tiene sentido —replicó—. En realidad, es incluso peor que eso. Es un contrasentido.

I-Cinco suspiró. Era capaz de dar al sonido una resonancia notablemente humana, dado que no respiraba y tenía que sintetizarlo mecánicamente. —Entonces confía en mí.

—Supongo que tendré que hacerlo. Entonces estás diciendo que este… este…¿cómo se llaman a sí mismos?

—No lo hacen. Los humanos y las otras especies se refieren a ellos normalmente como cefalones, que simplemente significa «cabeza» en Básico Antiguo. No ven la necesidad de nombres, pues su conciencia aparentemente percibe y existe en cuatro dimensiones.

—Eso me suena a una falta de lógica cósmica —dijo Den—. Pero dejando eso a un lado…

El droide anticipó su siguiente pregunta.

—«Ven» el tiempo de la misma forma en que nosotros vemos el espacio.

—Uhh…

I-Cinco proyectó la paciencia casi infinita de un padre intentando explicarle un concepto difícil a un niño.

—La teoría es que no están limitados a una percepción lineal del tiempo en un solo sentido como la mayoría de seres sensibles. Perciben acontecimientos temporales de la misma forma que tu eres consciente de objetos en relación espacial con el lugar en el que te encuentras. ¿Ves ese deslizador aparcado detrás de ti?

Den miró hacia atrás.

—Sí.

—Llámalo el pasado.

El sullustano frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque está detrás de ti. ¿Ves ese cubo de basura delante de ti? Eso es el futuro.

—Tal vez para ti. Yo intento ser más optimista.

—Qué afortunado soy de que mi carcasa esté hecha de metal sellado. De otra forma se me podrían haber salido los circuitos de la risa —I-Cinco tomó a Den de los hombros y le giró—. Sigue mi razonamiento —señaló al deslizador—. Ahora eso es el futuro, y el cubo de basura es el pasado. ¿Ves? Ellos conceptualizan espacio y tiempo como un hiper-tubo colector cuatridimensional. Simple, en realidad.

—¿Por qué me odias?

El sullustano había intentado seguir la explicación, de veras, pero era demasiado bizarro. El cefalón era con diferencia el más alienígena de los alienígenas que alguna vez se había encontrado, y para alguien que había pasado tanto tiempo en un Uquemer de primera línea, viendo en una semana más xenomorfos, tanto por dentro como por fuera, de lo que la mayor parte de las personas veían en un año, eso era decir algo.

Pero parecía haber un pequeño número de puntos en común, y eso era la voluntad del cefalón de ayudar a otros seres a escapar de la represión. Lo que quería decir que, de vez en cuando, había que tratar con él.

Pero eso no quería decir que a Den tuviera que gustarle.

Qué patético estado de las cosas, se dijo a sí mismo Haninum Tyk Rhinann. Qué triste que hubiese llegado a ese estado tan bajo. Ya era lo suficientemente indigno depender de un benefactor humano como Jax Pavan, pero era mucho, mucho peor tener en realidad envidia de él.

Su bauth —un concepto elomin mayormente intraducible en Básico, que indicaba una combinación de equilibrio inamovible, atrevimiento descarado, y un toque de fría diversión— que una vez había rodeado su alma con una armadura impenetrable, colgaba ahora hecho jirones. No tenía futuro individual, ningún curso, ninguna estrella por la que guiarse. Había sido despedido.

No, era peor que eso: había dimitido.

No siempre había sido así. Una vez, no hacía mucho, Rhinann había sido pujante. Su palabra había sido lo suficientemente poderosa para abrir puertas y también para cerrarlas, encerrando tras ellas a los enemigos de su amo. Quizá era bastante cierto lo que habían dicho sus detractores: que en realidad él no había tenido auténtico poder, sino que había sido meramente un pálido reflejo de la gloria de su amo, como un planeta

reflejando la luz de su estrella. Quizá. Pero había mundos que reflejaban el débil resplandor de enanas rojas, y había mundos que reflejaban el cegador azur de los hornos estelares de gigantescas blanco-azuladas. Y excepto por el propio Palpatine, ninguna estrella ardía más brillantemente en el firmamento del Imperio que la de Lord Darth Vader.

Al principio había sido una calada embriagadora de poder. Rhinann había sido el ayudante de campo de Vader, su factótum y ayudante personal, y como tal el mayal que había sostenido el elomin había sido pesado. Dada tal posición, uno podía preguntar, con perfecta justificación, por qué había buscado el exilio voluntariamente.

Para empezar había tenido una motivación excelente: la supervivencia. Su amo había conseguido por fin sacar a la luz al rebelde Jedi Pavan, cierto. Desafortunadamente, ese lugar también había sido el sitio de una inminente explosión nuclear, iniciada por Pavan en un reactor subterráneo en el Distrito de las Fábricas, esa sombría tierra de nadie situada en las antípodas, habitada únicamente por droides salvajes. Las toberas estabilizadoras de la lanzadera imperial de la clase Lambda habían sido inutilizadas por el látigo láser de Pavan, allí el elomin había actuado por puro instinto quizá por una única vez en su, por otra parte, totalmente racional vida: había abandonado la nave incapaz de volar y, al hacerlo, había abandonado también a su amo y señor. Como consecuencia, no le había quedado más opción que compartir la suerte de Pavan y la de su variopinto grupo.

Tal deslealtad hacia el Imperio no podría ser perdonada, aunque su única alternativa hubiera sido ser reducido a una brizna de gas radiactivo yendo a la deriva con total desamparo a través del desolado paisaje.

Su aprieto podría no haber sido tan malo, su destino final no tan cierto, si Vader hubiera sido transformado en iones libres como el resto de la tripulación de la Lambda.

Pero Rhinann había visto la grabación delatora captada por las cámaras traseras del Ranger Lejano, el instante en el que una cápsula de escape había salido disparada de la lanzadera a máxima velocidad. No había necesitado los cálculos rápidamente realizados de I-Cinco, que le habían dado al ocupante de esa cápsula de escape una probabilidad de una entre ocho de escapar del área inmediata y encontrar refugio adecuado entre los desiertos cascarones protectores de los edificios más alejados del lugar de la explosión. Las probabilidades, había hipotetizado el droide, mejorarían hasta un grado desconocido si el pasajero de la capsula resultaba ser un maestro de la Fuerza.

Rhinann había creído entonces lo que ahora sabía que era cierto: que eso era precisamente lo que había sucedido.

Después de todo, era Darth Vader. El monstruo era todo menos indestructible. De eso Rhinann estaba convencido, y sabía que no era el único que opinaba así.

Porque, además de sus reflejos y fuerza aumentados, Vader parecía ser más poderoso que cualquier otro en el más misterioso y maravilloso de los intangibles: la Fuerza.

La Fuerza cautivaba a Rhinann. Había devorado cada pedazo de información sobre ella que pudo encontrar —hazaña nada fácil, dada la prohibición galáctica del Emperador

Palpatine sobre cualquier dato fidedigno concerniente a la Fuerza. Después de años de cuidadoso estudio, el fascinado elomin todavía tenía poca idea de lo que era en realidad. La mayoría de sabios la descartaban en seguida, llamándola leyenda, mito, un retroceso a la clase de religiones primitivas que afortunadamente habían desaparecido en esta era más moderna y bien informada. Por supuesto, ninguno de ellos había sentido un invisible nudo corredizo cerrándose alrededor de sus cuellos en concordancia con el lento cerrarse del puño de Vader. Pero Rhinann sí, y sabía que, fuera lo que fuera, la Fuerza no era un mito.

Según la base de conocimientos, tanto antiguos como modernos, que había asimilado, la Fuerza era una forma de energía que podía ser controlada y manipulada por la voluntad consciente. Había dos teorías sobre cómo esto era posible, las cuales Rhinann sentía que no eran necesariamente mutuamente excluyentes. Una era que la habilidad de acceder a la Fuerza se basaba en un tipo de apercepción precipitada y aumentada por organismos celulares endosimbióticos llamados midiclorianos. La otra teoría sostenía que la propia Fuerza de alguna forma era esos mismos midiclorianos para facilitar su conexión y así manifestarse en varios grados de potencia en diversas especies e individuos. También había evidencias de que era hereditaria, aunque parecía necesitarse un ancho fondo genético para que floreciese. Nick Rostu, un nativo de Haruun Kal, era supuestamente descendiente, junto con el resto de korunnai, de una población de Jedi que se estrelló allí siglos atrás. Aún así la conexión de ese soldado con la Fuerza había sido débil. Parecería que esos midiclorianos, y su manifestación resultante de la Fuerza, no aumentaban su potencia a través de la endogamia.

Con gran cautela y sigilo Rhinann había dispuesto todo para realizar la cuenta de sus midiclorianos. Los resultados, cuidadosamente desviados y cifrados a través de una plétora de servidores y pantallas alrededor de la hiper-vía de información galáctica, estaban por fin en su posesión. Como había sospechado, el número era penosamente bajo: un mero dos mil por célula de promedio.

Nadie con una lectura tan baja sentiría la Fuerza alguna vez fluyendo a través de él. Aunque eso meramente confirmaba sus sospechas, seguía encontrándolo decepcionante.

Rhinann suspiró, sus colmillos nasales vibrando con un sonido agudo.

A regañadientes había llegado a la conclusión de que había gastado suficiente tiempo en esta búsqueda quijotesca de su propio control de la Fuerza. Mejor concentrarse en la tarea mucho más mundana pero realizable a mano. Se suponía que tenía que estar buscando componentes de sable láser.

Intentar ser algo que no era, era una insensatez absoluta, e indigno de cualquier orgullo escaso que le quedara.

Gesticuló hacia la holoproyección, con la intención de cambiar de fuentes, cuando captó un nodo parpadeante que indicaba un dato de posible interés que entraba dentro de sus parámetros de búsqueda. Estaba fechado casi veinte años estándar atrás, y parecía ser una transmisión de uno de los alejados frentes planetarios durante los últimos años de las Guerras Clon. Un extraño tipo de comunicación con el que tropezar accidentalmente.

Intrigado, siguió investigando. El cuidadoso sondaje reveló lo que probablemente había sido un obvio intento de eliminar el artículo de los bancos de datos, porque ahora sólo existía como un eco, una reverberación digital del original. Veinte años de flujo cuántico habían producido considerable degradación. Pero Rhinann era un descifrador excelente. Con paciencia y habilidad extrajo los datos que pudo de las diversas capas.

Interesante…

Lo que había encontrado parecía ser un informe del planeta Drongar, compuesto por el Padawan Jedi Barriss Offee para su Maestra Luminara Unduli concerniente a una planta adaptogénica nativa llamada bota. La Jedi Offee había recibido aparentemente —si por accidente o diseño no estaba claro— una inyección del destilado de la planta. El resultado aparentemente fue un incremento considerable en la potencia de la Fuerza dentro de ella.

Offee continuaba diciendo que enviaba un vial de suero bota al Templo para continuar la investigación. Cómo iba a ser realizado esto estaba demasiado corrupto para que Rhinann lo descifrara. Su informe seguía indicando que los efectos de la planta eran oportunistas y se diferenciaban ampliamente de una especie a otra. Dadas las ramificaciones potenciales de su descubrimiento recomendaba encarecidamente que…

La frustración de Rhinann no conoció fronteras: a pesar de sus mejores esfuerzos, el resto del mensaje resultó ilegible.

Sintió que el vello de sus oídos se estremecía de excitación.

Aunque para nada seguro, ¿podría este olvidado descubrimiento realizado por una Jedi ahora difunta ser la «píldora mágica» que podría permitirle experimentar la Fuerza?

Él, por supuesto, había oído hablar de Bariss Offee y Drongar. Den Dhur e I-Cinco habían hablado a menudo de su estancia en ese apestoso mundo selvático, así como de sus compañeros de armas de allí. No recordaba haberles oído mencionar cualquier cosa sobre derivados de la planta, mucho menos destilados de bota, pero seguramente debería haber una forma de averiguar más sobre ello.

Tendría que ser circunspecto en su búsqueda, él lo sabía. Había observado que los Jedi eran protectores de su conexión con la Fuerza. Si el descubrimiento de Offee era auténtico, y si Pavan y Tarak sabían algo al respecto, sin duda no estarían muy dispuestos a compartir tal información, especialmente con alguien que no era de su círculo. Haninum Tyk Rhinann no era un ser tonto o temerario. Prueba de ello era su supervivencia continuada a pesar de las circunstancias a menudo amenazadoras en las cuales se encontraba. Procedería con precaución.

Y si era cierto —si esta reputada mejora botánica todavía podía encontrarse, y si de alguna forma podía facilitar una conexión entre él y la Fuerza— bien, entonces aquellos que se habían aprovechado de su nueva posición miserable en la vida tendrían abundantes motivos para lamentarlo.

# Nueve

La noche había cubierto gran parte de Centro Imperial cuando Typho llegó a la renuente conclusión de que su búsqueda a través de las ruinas del Templo Jedi había sido inútil. Los vastos depósitos de la biblioteca habían sido despojados de la mayor parte del material de archivo, tanto electrónico como físico. No importa lo hábil y experimentado que fuera como hacker, lo que quedaba era todavía demasiado para que un sólo ser lo inspeccionara. El ala de la biblioteca había sido una vez el depósito de las historias, culturas, bestiarios, y otros incontables datos de un millar de mundos. Lo que quedaba había sido desordenado completamente por oleada tras oleada de vandalismo barbárico y pillaje. Archivos enteros, junto con sus múltiples copias, habían sido deteriorados o borrados, aparentemente para el puro placer de la destrucción. Se dio cuenta de que no encontraría nada allí que le ayudara en su búsqueda.

Estaba de pie en lo que una vez había sido un largo corredor curvado en el que se alineaban diferentes formas de almacenamiento de información: varillas de datos, fichas de memoria, activadores de holoproyección, e incluso algunos registros antiguos creados mediante la impresión de imágenes oscuras en pulpa de planta secada. Él sostenía una varilla de datos en su mano. Su contenido había sido revuelto de tal forma que cualquiera que intentara leer el contenido se encontraría con un galimatías.

Enojado, la lanzó contra el suelo teselado. Se hizo pedazos con un destello de luz cuando el entramado residual de almacenamiento de electrones se desintegró, sonando en la quietud como una esfera de cristal al ser aplastada por un pie.

Inútil. Sin esperanza. Podría pasar fácilmente un año o más buscando entre los restos de esa biblioteca destrozada. Le llevaría el resto de su vida investigar el kilómetro cúbico de edificios, calles, tiendas, y otras instituciones diversas que le rodeaban y que habían estado asociadas con la Orden. ¿Realmente valía la pena?

Inesperada, la imagen de la cara de Padmé se alzó ante él. Suave, sensual, inteligente, y afectuosa.

Sí, se dijo a sí mismo. Sí, valía la pena. Estaba preparado para sacrificar su vida. Ciertamente podría sacrificar su tiempo.

Sabía cuál tenía que ser su siguiente paso, la siguiente pregunta que tenía que responderse. ¿Había muerto realmente Anakin Skywalker, quien había sido la última persona en ver a Padmé con vida y por tanto encabezaba su lista de sospechosos, en Mustafar? ¿O había escapado de alguna forma?

No estaba seguro de a dónde ir para encontrar la respuesta.

Pero ahora estaba claro que no sería allí.

Se giró para marcharse…y se quedó congelado cuando sus oídos registraron un sonido.

El interminable paisaje urbano rara vez guardaba silencio, incluso en estas enormes y desiertas ruinas. Estaba presente el zumbido del tráfico, tanto por encima como por debajo, el gemido distante de repulsores elevando naves más grandes hasta la órbita

desde el espaciopuerto cercano, y el de miles de pequeños rechinos y gemidos sísmicos de contracción y reacomodación mientras las enormes estructuras a su alrededor dejaban escapar a regañadientes el calor del día. Esos eran ruidos tan omnipresentes que hacía mucho que se habían desvanecido en el entorno. Eran el sonido de fondo de la ciudad…pero esto era diferente. Era el crujido sigiloso de pasos sobre los escombros que cubrían el suelo. Un sonido que alertó instantáneamente al soldado dentro de Typho.

Antes de que lo supiera tenía el desintegrador en la mano y la espalda pegada contra un extremo de un depósito de almacenamiento.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Detrás de una de las enormes columnas destrozadas apareció una mujer humanoide de apariencia llamativa. Su piel era tan blanca como el alabastro. Brillaba fríamente a la luz de las estrellas que se colaba a través del techo destrozado. Estaba calva excepto por una madeja de cabello rojo oscuro que se alzaba desde la parte superior de su cabeza como una erupción magmática.

El ceñido mono de vuelo que llevaba estaba teñido de un tono similar. Pudo distinguir la punta de algún tipo de dispositivo bioelectrónico proyectándose también desde su cabeza.

Incluso en aquella tenue luz Typho podía ver que ella iba armada hasta los dientes. Un lanza cartuchos de gran calibre iba enfundado a su espalda, y unos desintegradores gemelos enfundados colgaban sobre sus caderas. Pero fue el arma que sujetaba en su mano derecha la que encontró más intrigante. A menos que estuviera muy equivocado, era la empuñadura inactiva de un sable láser.

Necesitó un momento más para darse cuenta de quién era. Pestañeó en silenciosa sorpresa. Había deducido su ocupación casi inmediatamente; pocos cazarrecompensas afeitados se mostraban en público tan bien protegidos. Algunos habían conseguido reputaciones que se extendían más allá de su inmediato y especializado campo de trabajo, y eran reconocibles en diversos mundos. Ciertamente ninguno era mejor conocido que la mujer a la que estaba mirando: la misteriosa nar shaddaana llamada Aurra Sing.

Como profesional militar era parte del trabajo de Typho familiarizarse con los forajidos y renegados más peligrosos, por si algún día se daba la remota casualidad de tener que enfrentarse a tales réprobos, ninguno se distinguía más que Aurra Sing. Nacida en circunstancias desconocidas en las oscuras selvas urbanas de la Luna de los Contrabandistas y finalmente educada por Jedi que habían tratado de desarrollar su naciente potencial en la Fuerza como un instrumento del bien, había sido secuestrada por piratas los cuales la habían puesto en contra de sus benefactores. Aurra Sing era notoria a lo largo y ancho del Imperio. Había oído que se la buscaba en más de una docena de sistemas. También se rumoreaba que había estado trabajando para el Conde Dooku durante las Guerras Clon pero había desaparecido poco después de su muerte.

Y ahora allí estaba, husmeando entre las ruinas del Templo Jedi al igual que él, buscando… ¿qué?

Decidió que a menos que hubiera pruebas en contra, las preocupaciones de la notoria Aurra Sing no eran asunto suyo. Él no estaba en Centro Imperial con ninguna capacidad

oficial, mucho menos como oficial militar. Había ido hasta allí por un asunto puramente personal. Asumir que las actividades de la proscrita Sing tenían algo que ver con su trabajo era demasiado fantástico como para tenerlo en cuenta. Mejor, entonces, deslizarse fuera, inadvertido, en la noche para reanudar su propia búsqueda, y dejar a la mítica y temida cazarrecompensas con sus asuntos.

Sin embargo había un problema con ello.

El suelo a su alrededor y alrededor de Sing estaba cubierto de escombros e impedimentos de la biblioteca que antes de la Purga Jedi habían estado colocados de forma limpia y ordenada. Era imposible hacer el más leve movimiento sin perturbar ese manto tecnológico. Typho no tenía duda de que cualquier ruido resultante alertaría inmediatamente a Sing de su presencia. Él había sido excepcionalmente afortunado por haberla oído antes de que ella hubiese reparado en él.

Dado su mutuo aislamiento y deshabitados alrededores nocturnos, dudaba que estuviera dispuesta a detenerse y escuchar una explicación de su presencia, por muy breve que pudiera intentar hacerla. Basándose en su reputación, era mucho más propensa a disparar primero y preguntar después.

Typho no era un cobarde de ninguna manera, pero uno no conseguía una exitosa carrera militar sin aprender cautela. No serviría para ningún propósito útil enfrentarse a la cazarrecompensas en combate, y podría muy bien resultar catastrófico. Mirando a su alrededor precavidamente mientras mantenía a Sing a la vista, descubrió otra varilla de datos colocada a la altura de la vista en una balda frente a él. Con cuidado de no hacer el más leve ruido mientras se movía, trató de alcanzarla. Levantándola firmemente, se dispuso a lanzarla al otro lado de la sala, esperando que el destello y el sonido que haría al impactar le daría tiempo de…

Ella se movió casi demasiado rápido para verla; en un instante su sable láser estuvo activado. Parte de él reparó casi académicamente en que el ardiente asta era casi del mismo color que su pelo y su mono de vuelo. Tuvo una buena oportunidad de evaluar su matiz exacto porque la punta incandescente ahora estaba suspendida, definitivamente demasiado cerca, de su garganta mientras le empujaba contra las estanterías que había detrás de él.

Typho se dio cuenta de que había cometido un error estúpido y posiblemente fatal. Había olvidado tener en cuenta la comentada conexión de Sing con la Fuerza. A pesar de lo poco refinada y entrenada que pudiera estar, obviamente había sido lo suficientemente fuerte como para alertarla de su presencia.

—¿Quién eres? —su voz fue tan fría y dura como el alabastro al que se parecía su piel. El sable láser que amenazaba su garganta estaba tan firme como si fuese sostenido por un droide—. Más importante aún —continuó ella—, ¿quién te envía?

—No me envía nadie —Typho se esmeró por permanecer en calma.

Su tono era tan poco amenazador como le era posible. —Soy el Capitán Typho de Naboo, anteriormente del Consejo de Seguridad del Senado. Estoy aquí por mi cuenta. Ninguna agencia o individuo ha autorizado mi cometido.

Los ojos de Sing estaban rojos por la luz del cambiante asta escarlata, como si pudieran absorber su energía mediante la pura fuerza de voluntad que estaba contenida tras ellos. — ¿Por qué no te creo?

Typho se dio cuenta de que sólo disponía de un momento para salvarse. Si el brillo que bailaba en los ojos de la cazarrecompensas no era locura, le faltaba poco para cruzar la línea. Éste no era alguien que elegiría embarcarse en una conversación extensa en las ruinas de un edificio oscuro y desierto en medio de la noche. En lugar de pasar el tiempo intentando establecer si suponía o no una amenaza, simplemente le mataría y acabaría de una vez con eso.

A menos…

Todavía sostenía la varilla de datos dañada en su mano enguantada. Sin pensar e intentando no dejar traslucir ningún presagio mental de su intención, cerró los ojos y apretó su mano formando un puño. Cuando el dispositivo de almacenamiento se rompió, lanzó un estallido de luz cegadora y un sonido como los graves de la artillería pesada al ser disparada.

Su guante fue suficiente para protegerle del estallido de calor que resultó de la destrucción de la varilla. Y su acción tuvo el efecto deseado. Con un grito de sorpresa Sing retrocedió, momentáneamente cegada. Typho se movió rápidamente, sabiendo que sólo tenía una oportunidad. Dio una patada hacia arriba, la punta de su bota golpeó la muñeca de Sing. El sable láser cayó de sus dedos entumecidos, su asta se apagó automáticamente. Typho lo atrapó.

En el transcurso de su servicio en Coruscant, Typho había utilizado sables láser bajo la supervisión de Qui-Gon Jinn y Mace Windu. Como resultado, estaba mucho más familiarizado con ellos y sus capacidades que el oficial medio de Naboo. Si bien todos los sables láser eran ligeramente diferentes, la construcción de cada uno debía ser realizada por el Jedi que lo poseía, había ciertas características del diseño que eran necesariamente comunes a todos ellos. Más crucialmente, dada su actual situación, el botón activador estaba situado casi siempre de tal manera que estuviera bajo el pulgar de la mano derecha.

Typho presionó el botón y sintió la vibración ascender por su brazo mientras la unidad se activaba. El profundo zumbido cambió de tono cuando movió la hoja. Si Sing le apuntaba con un desintegrador, podía considerarse cocinado, ya que no tenía acceso a la Fuerza para avisarle del fuego inminente.

En lugar de eso ella hizo algo totalmente inesperado; echando mano a su cintura, sacó otro sable láser del cinturón y lo activó. Una segunda barra de mortífera energía, esta vez de tono esmeralda, cobró forma.

—¡Esto es maravilloso! —declaró Sing. Sus ojos brillaban, su expresión estaba viva con deleite cruel…y Typho decidió, algo más que un toque de locura— Han pasado siglos desde que tuve una sesión de ejercicios decente con el sable láser —dando un paso atrás, asumió una posición defensiva.

El resplandor de su arma bañó su piel blanca y su sonrisa despiadada en una malvada luz viridiana. —Sabes cómo activarlo. Espero que puedas manejarlo bastante bien para tener algo parecido a un combate.

Y diciendo esto saltó hacia adelante, la reluciente hoja de energía letal alzada para golpear.

Typho no tuvo otra opción que retroceder, agitándolo salvajemente con la esperanza de detener a su atacante. Algunas horas de práctica casual con el arma no le habían enseñado de ninguna manera cómo manejarse contra un maestro del arte. El combate con sable láser era realmente diferente a un combate tradicional con espada en muchos aspectos, no era el menor de ellos el peso del sable láser que estaba todo en su empuñadura, pero se necesitaba un firme agarre a dos manos por el efecto de precesión giroscópica que le daba al arma una sensación de masa.

Logró bloquear los dos primeros ataques de Sing. Su éxito se debía tanto a la suerte y la energía frenética como a cualquier habilidad limitada. No se engañó a sí mismo creyendo que su respiro temporal tenía posibilidades de durar mucho más tiempo. Su habilidad como luchador estaba muy reducida por una falta de percepción de la profundidad causada por la antigua pérdida de un ojo. No por primera vez se encontró deseando que un accidente de programación genética no le hubiese vuelto inmunodeficiente a los trasplantes clonados de sus propios órganos.

A pesar de toda su energía y esfuerzo, rápidamente fue conducido hacia atrás a través de los restos destrozados del pasillo de la biblioteca. Un momento más y se encontró con la espalda contra la base de una columna destrozada. Sonriendo sin humor, Sing alzó su hoja.

—Por orden de Lord Vader estaba esperando encontrar pruebas de un Jedi llamado Jax Pavan —dijo ella—. Si sabes algo de su localización, puede que sigas con vida algunos segundos más. ¿No? Qué pena. Bien, entonces…

Estaba preparándose para abalanzarse, Typho lo sabía. Su única posibilidad era un ataque sorpresa. Se lanzó hacia adelante, bajo la zumbante barra de su arma pero apuntando intencionalmente la estocada hacia arriba, como si todavía no estuviera familiarizado con la ligereza de la onda contenida. La cuchillada en respuesta de ella le pasó a una distancia del grosor de un bigote de nexu. Sintió el calor cuando la onda luminosa pasaba zumbando por encima de su espalda.

Su siguiente movimiento fue justo el que esperaba…y había deseado. Ella escogió la forma más fácil de evitar la acometida, que era simplemente agacharse y dejar que su torpe ataque le pasara por encima de su cabeza y su pelo. Un instante después su sonrisa triunfal se convirtió en un rictus de agonía. Dando un único espasmo, se derrumbó en el sucio suelo y yació allí inmóvil. Estaba inconsciente o muerta; Typho no podía saber cuál, y no le importaba particularmente. Su arma se extinguió por sí sola cuando su agarre se aflojó. Él retrocedió unos pasos, mirando la forma supina. Bajo la tenue luz apenas podía ver el diminuto hilillo de humo que se elevaba desde la punta ennegrecida

de la antena de su biocomputador donde él había acertado con el sable láser. La resultante sacudida de bioretroalimentación había hecho el resto.

Mirando con más atención, pudo distinguir las pequeñas bocanadas de niebla causadas por su aliento al entrar en contacto con el frío aire nocturno.

No estaba muerta entonces. Sólo inconsciente. Él no tenía ningún deseo de estar por los alrededores cuando ella se recobrara de la conmoción. Su cuerpo ágil ya estaba empezando a contraerse con los comienzos de un regreso a la conciencia. Y, se dijo a sí mismo, todo eso podía ser una farsa. Ella podía estar haciéndose la inconsciente, intentando atraerle hacia ella.

Por supuesto, lo más sensato habría sido acabar con ella mientras estaba en el suelo, pero no podía obligarse a hacerlo. Su tío Panaka, que había sido el guardaespaldas de Padmé cuando ella era Reina, le había enseñado a mostrar misericordia siempre que fuera posible. Hacer menos, le había advertido Panaka, era arriesgarse a convertirse en un monstruo como con los que a menudo había que enfrentarse en el cumplimiento del deber.

Typho no podría soportar eso. Su empeño, su deseo, su misión, era vengar a Padmé, pero no a expensas de una mancha en su memoria. Por muy criminal que ella pudiera ser, matando a la mujer que yacía aturdida no le haría a su causa ningún honor. Su honestidad estaba en terreno tembloroso como el que ahora pisaba. Él estaba allí, en ese lugar, bajo falsas pretensiones, había venido con la idea de tomar la justicia por su mano y dominando sus pensamientos. Bajo tales circunstancias, podría argumentarse que tenía más en común con la cazarrecompensas que con el estricto código militar de Naboo. Ella buscaba dinero, él buscaba venganza. ¿Quién podría decir qué, en el fondo, era lo más honorable? Seguramente él, en su actual estado de ánimo, no era el más indicado para emitir tal juicio.

Su propósito en acechar el corazón del Templo había sido encontrar a un Jedi llamado Jax Pavan. No había sido enfrentarse al errante Capitán Typho. Si hubiera sido ese el caso, estaba seguro que ella lo habría dicho. Se habían encontrado por casualidad; ahora se separarían con la misma ignorancia.

Y así dejó a Aurra Sing yaciendo inconsciente en los escombros del Templo Jedi, y continuó hacia la noche en su búsqueda para determinar si el Jedi Anakin Skywalker todavía vivía.

# Diez

—¿Sirviente? ¿Ayudante?

Como siempre, la cortés brevedad de la pregunta del cefalón cogió desprevenido a Den. Las traducciones estandarizadas en Básico que aparecieron en las pantallas junto al tanque mostraban sus sub-cerebros zumbando tranquilamente como bancos de ordenadores compartimentados, cada uno analizando afanosamente su particular punto de vista de la realidad. En cierta forma esas diversas tomas dispares eran codificadas en pensamiento coherente —o lo que al cefalón le parecía pensamiento coherente— y usadas por el cerebro central, el que era capaz de conceptualización abstracta. Den no pretendía comprender cómo funcionaba. Tenía bastantes problemas intentando hacer que funcionase el único cerebro con el que había nacido.

La idea de tener que manejar datos de varios sub-cerebros semiautónomos le mareaba.

Pero tales conceptos e imaginaciones eran en el peor de los casos meramente confusos e irritantes comparados con la apariencia del cefalón. Flotaba horriblemente en la nube repleta de sulfato en el tanque, su gran masa sésil distorsionada por la gruesa barrera transparente que contenía su venenoso ambiente. Estaba sujeto a una acrecencia coralina en el barato hábitat de los niveles inferiores que formaba su hogar. O su oficina, o su embajada; Den no estaba seguro de cuál de esos identificadores, si es que alguno se le aplicaba.

El sullustano apenas podía evitar retroceder impulsivamente cada vez que lo veía. La piel del cefalón tenía el tono gris moteado de la carne largo tiempo muerta, su forma era un undulante globo achatado, festoneada aparentemente al azar con tentáculos, antenas, bigotes, y pinzas. No tenía ojos u otros órganos sensoriales que Den pudiera ver. Según I-Cinco, percibía su entorno exterior por medio de matrices electroceptivas, fuera lo que fuera eso. Su boca era una placa barbuda que filtraba microorganismos extremófilos de la densa atmósfera, primordialmente de metano que lo sostenía.

El cefalón era seguramente una de las especies más extrañas de toda la galaxia. Sus pensamientos internos eran tan desconocidos como casi todo lo demás acerca de él. Trabajando con un Inquisidor sensible a la Fuerza, los científicos imperiales habían conseguido identificar nueve estados emocionales bien definidos, de los cuales sólo tres tenían un parecido apenas perceptible con los sentimientos que experimentaban la mayoría de humanoides. Podría haber más, pero se rumoreaba que el propio Inquisidor se había vuelto loco intentando comprender los diversos estados de la conciencia cuatridimensional del cefalón.

Esa es una imagen reconfortante con la que comenzar una negociación, pensó Den. En voz alta, comenzó, —Nosotros, uh, tenemos dos seres para el MLS que, uh, necesitan…

—La explicación es/era/será innecesaria.

Esa era otra cosa escalofriante del cefalón. Ya que podía «observar» sucesos en el tiempo tan claramente como Den podía ver objetos en tres dimensiones, siempre sabía lo que estaba a punto de decir. El cefalón no era omnisciente: no podía conceptualizar cada incidente en la cuarta dimensión al igual que la mayoría de seres no podían ver todo en las tres direcciones espaciales desde una determinada posición. Pero parecía saber suficiente del futuro inmediato para poder hacer predicciones con inquietante exactitud.

—Los seres están/han estado/estarán separados. El patrón de puntos ahora en las modalidades contingentes no viable. De momento el patrón de puntos en estado no colapsado —les dijo.

—Matrices de probabilidad indefinidas. Yo/nosotros apercibimos discontinuidad. Sugerimos modo cuidadoso / pasivo / observación.

Ese era uno de los problemas más grandes al intentar comunicarse con un ser no lineal, en lo que a Den respectaba. La traducción intentaba ir a la par con los cambios erráticos y aparentemente irracionales del cefalón entre tiempos y personas, a la vez que se esforzaba por encajar su percepción estática de la corriente del tiempo en términos de pasado, presente, y futuro. El resultado era a menudo una traducción que normalmente parecía estar a punto de tener sentido. El sullustano a veces sentía que en realidad podría comprenderlo, si sólo tuviera un lóbulo o dos más con los que procesar el revoltijo. Normalmente, sin embargo, estaba tan por encima de su cabeza como un ático de lujo en un gancho celestial.

Como era el caso esta vez. Sin una pista de lo que significaba aquello, miró con impotencia a Laranth.

—¿Alguna idea de lo que va todo este poodoo probabilístico?

Ella sacudió la cabeza. —Tengo la impresión de que está indeciso. Básicamente, nos está aconsejando esperar y ver.

Ella se dio la vuelta para salir de la cámara hábitat.

Él se quedó boquiabierto mirando cómo se marchaba. — ¿Eso es todo? ¿Hemos recorrido todo este camino…?

—Fueron tres bloques, Den.

—Esa no es la cuestión. Se supone que el cefalón tiene que darnos pistas sobre las mejores rutas del MLS, los oficiales indicados a los que sobornar, esa clase de cosas. Él —discúlpame, ello— es nuestro chico para todo en el departamento de pronósticos. Podría obtener mejor consejo de una galleta kismet de Mon Cal.

Laranth no contestó. Den suspiró y comenzó a seguirla, cuando por el rabillo del ojo captó un destello de más palabras formándose en los monitores.

Ceñudo, se dio la vuelta. Uno pensaría que al menos la cosa podría permitirse un vocalizador, pensó mientras leía las últimas palabras de la criatura.

—Vulnerabilidad apercibida en la probabilidad alternativa. Extrema discontinuidad en la Fuerza convergente. Prioridad a la vigilancia discreta en relación a la operación recuperación del fugitivo.

—De acuerdo —dijo Den—. Eso es críptico incluso para un gigantesco saco cerebral cuatridimensional flotante —mirando hacia Laranth, vio que ella también había leído las palabras del cefalón—. ¿Crees que puedes traducir la traducción? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza. —Preocupémonos por las cosas de una en una. Presiento que este trabajo no va a ser fácil.

Den suspiró mientras la seguía al exterior. — ¿Alguna vez lo son?

—Revisemos lo que sabemos —sugirió Jax.

—Fácil —respondió I-Cinco—, puesto que hasta el momento no sabemos prácticamente nada.

El droide, el Jedi, y la zeltron estaban sentados en un salón del Submundo del Sur llamado la Cantina del Dewback Mareado. En realidad, Jax y Dejah estaban sentados e I-Cinco estaba de pie cerca de Jax, a fin de mantener mejor la ilusión de un droide correctamente servil.

Jax sabía que no había diferencia en términos de desgaste en la carcasa de I-Cinco si estaba de pie o sentado. Podía haber mantenido una postura erecta hasta que el edificio se desmoronase a su alrededor. Pero estaba corroyendo el orgullo del droide modificado tener que suscribirse a un estatus inferior, y el Jedi encontraba difícil resistir la sonrisa.

Jax había ido a ese lugar servicial en más de una ocasión durante los últimos meses. Era un buen sitio para relajarse mientras se trazaban planes: razonablemente tranquilo y apartado, y la comida era aceptable y las bebidas baratas. Por supuesto, habiendo crecido como un Jedi nunca había desarrollado realmente un gusto por el alcohol o la ingesta de estimulantes similares, razón por la cual estaba consumiendo un frío granizado de hielo condimentado con diversos zumos exóticos de fruta mezclados con artículos supuestamente saludables como guroot en polvo y esponja desecada kaminoana. No era tan sabroso como sonaba, y no sonaba muy sabroso para empezar.

Dejah, por otra parte, miraba malhumoradamente en las profundidades de un Tornado Arboite medio vacío. Ese no era la clase de brebaje líquido que uno esperaba ver bebiendo a una criatura refinada como ella. Jax había visto una vez como un par de tornados terminados casi embalsaman a un weequay de dos metros de alto. El mero perfume de la poción flotando en el aire a través de una habitación podía hacer que un troig chocara sus cabezas hasta provocarse la inconsciencia binaria.

Había oído en alguna parte que los zeltron tenían dos hígados.

Los necesitará, pensó mientras la observaba acabar con las últimas gotas del preparado de alto octanaje.

No la culpaba, por supuesto. De lo poco que había dicho antes del descubrimiento de su socio muerto, era aparente para cualquiera que Dejah había estado, como mínimo, profundamente encariñada con el caamasi. A Jax no le daba la impresión de que su relación hubiera implicado romance, pero no era necesario para que ella sintiera el aguijón de su muerte. Los zeltron eran flagrantes en sus pasiones; parecían incapaces de empezar cualquier relación, ya fuera carnal o casual, con algo menos que fervor entusiasta y abandono —una consecuencia debida al menos en parte a sus poderosas

habilidades empáticas. Cuando sucedían tragedias, sentían todo el dolor abrasador que un ser era capaz de sentir.

Por supuesto, también podía ser cierto a la inversa.

El amor ardiente podía transformarse en odio helado en un parpadeo.

Abruptamente se dio cuenta de que I-Cinco acababa de decir algo y estaba esperando una respuesta. El droide estaba proyectando una actitud de paciencia mezclada con leve resignación, como si hubiera anticipado tener que esperar que el Jedi saliese de su tranquila ensoñación.

—Lo siento —murmuró Jax—. ¿Qué?

A falta de una garganta que aclarar, I-Cinco emitió un terso restallido eléctrico—. Reitero —con vuestro permiso. Los hombres del prefecto Haus aún no han encontrado el arma homicida. Me aventuro a suponer que su descubrimiento podría arrojar más luz sobre este misterio.

—Han pasado tres horas desde que dejamos el resiplex —indicó Jax—. ¿Cómo sabes que los droides forenses no la han encontrado a estas alturas?

—Porque —contestó el droide—, estoy monitorizando las longitudes de onda reservadas para transmisiones del sector policial. No ha habido mención de tal descubrimiento.

Jax sacudió la cabeza lentamente de incredulidad. —Un día de éstos van a descubrir esas incursiones ilegales que realizas y te van a disparar un eco-pulso que te dejará tan consciente de ti mismo como una patata frita.

—Algo que espero con impaciencia, dado el nivel de simulación intelectual por aquí —replicó el droide—. Ahora, habiendo realizado la broma requerida, ¿quizá podríamos volver al asunto en cuestión?

—Por supuesto —Jax miró disimuladamente a Dejah. Ella estaba recostada en su silla, sus párpados se agitaban y su respiración era mucho más profunda de lo que era necesario para mantener expandidos sus pulmones—. Podrías querer hablar un poco más bajo, aunque no parece que esté muy consciente ahora mismo.

—Ni lo está —confirmó I-Cinco—. Mi sub-procesador olfativo ha calculado el volumen de alcohol en su sangre. Ajustándolo para su especie en concreto, estimo que en breve caerá en y entonces se quedará en un estado cercano al coma al menos hasta el amanecer. Incluso sus descargas de feromonas son aproximadamente del veinte por ciento.

Jax colocó un cojín detrás de la cabeza de Dejah, entonces se inclinó hacia adelante. Con una mano apartó una nube de humo de varillas estimulantes que iba a la deriva desde una mesa cercana llena de alborotadores kubaz.

—Sabemos que Volette murió de una sola puñalada en el plexo celíaco —el Jedi miró en la distancia—. Si no recuerdo mal mis clases de xenobiología del Templo, esa es parte anterior del nodo del Sistema Autónomo, ¿cierto?

—En la mayoría de humanoides mesomórficos hirsutos, como los caamasi y lo equani, sí. Una herida por punción de cualquier tamaño allí es fatal casi con toda

seguridad, al igual que una herida en el corazón lo es para los humanos. Según las transmisiones de la policía planetaria, tienen la hipótesis de que el arma homicida es un instrumento pasivo de borde corto.

Jax asintió. En el contexto del informe policial, pasivo quería decir algo diferente a una vibroespada u otro arma de energía.

—Entonces Volette fue asesinado por un cuchillo extremadamente primitivo o su equivalente —dijo él—. Lo que nos lleva a preguntar, ¿cómo se realizó el acto? Si la teoría de la policía es precisa, parece muy probable que fue algo fácilmente ocultable pero usado a corta distancia.

—Lo que inversamente presupone alguien de fuerza considerable. La región anterior de un caamasi está protegida por una capa de cartílago grueso —el droide gesticuló hacia Dejah—. Eso parecería excluirla como sospechoso.

Jax asintió. Era cierto que Dejah podía haberse acercado a su socio Volette lo suficiente sin despertar sus sospechas, pero no había forma de que pudiera haberle apuñalado con la fuerza suficiente para penetrar el caparazón protector, especialmente con un arma no vibratoria. La zeltron simplemente no poseía la musculatura suficiente.

Se dio cuenta de que se sentía aliviado al saber que Dejah no era un sospechoso viable. ¿Se habían escabullido algunas de esas feromonas para afectar su cautela? Esperaba que no.

La vida ya era suficientemente complicada. Pero aunque Dejah Duare pudiera ser descartada, ella sólo era un sospechoso entre billones. Todavía tenían un largo camino por recorrer.

—No hay otra opción, I-Cinco. Tenemos que encontrar al asesino antes de que la investigación del prefecto decida centrarse en nosotros. Si las autoridades llegan a sospechar que estamos relacionados con el Latigazo, somos plasma. Nos cerrarán en una luna y tirarán la luna —Jax alzó su mano derecha, mostrando el aro brillante del anillo localizador que rodeaba su dedo corazón—. Y no hay forma de que Duare o yo podamos quitarnos esta joyería policial o desactivarla sin que el circuito interno paralice nuestras respuestas motoras mientras simultáneamente comunica nuestra posición a las autoridades locales.

—Buen punto, aunque obvio —coincidió el droide.

—No seas tan presumido. Mientras lleves ese perno, estás tan atrapado como… —Jax se detuvo en mitad de la frase y se miró boquiabierto como I-Cinco alzaba el perno de restricción que el droide policía le había soldado recientemente a su carcasa. La boca del Jedi se transformó en una sonrisa mientras sacudía la cabeza—. ¿Hay algo que no puedas hacer?

—Sí —contestó I-Cinco—. Bailar.

Jax cogió el perno inhibidor y lo examinó.

—No me habías dicho que tenias instalada programación anti-restricciones.

El droide encogió sus hombros metálicos. — ¿Qué sentido tiene ser sensible si no puedes cultivar un aire de misterio?

Jax le lanzó el perno al droide. I-Cinco lo cogió fácilmente sin mirar en su dirección. — ¿Y cuándo intenten rastrearte?

—Se encontrarán siguiendo un circuito ouroboros que nunca alcanzarán —el droide puso el perno en el suelo, apuntó un dedo índice, y lo convirtió en chatarra irreconocible. Entonces se volvió para contemplar especulativamente a la inconsciente Dejah—. Parece que sus planes de dejar Coruscant tendrán que posponerse.

—Ahora es Centro Imperial, ¿recuerdas?

El vocalizador de I-Cinco produjo un sonido notablemente parecido a un bufido desdeñoso. —Soy un droide. No cometo errores.

—Dudo que cualquier soldado de asalto o Inquisidor pasajero estuviera de acuerdo.

—Como dijo una vez tu padre: no importa como lo llamen, sigue siendo una superpoblada y excesivamente cara bola de roca.

Jax se calló, la mención de su padre le volvió repentinamente introspectivo. Al cabo de un rato, I-Cinco preguntó — ¿Te molesta cuando se menciona a tu padre?

—No. Pero a veces me hace preguntarme cómo reaccionaría ante mi elección de estilo de vida. Ante las decisiones que he tomado.

El droide se movió un poco más cerca. —La mayor parte de esas elecciones y decisiones te han sido impuestas, Jax. Conocí a Lorn Pavan mejor que nadie, y creo que habría estado muy orgulloso de ti.

Jax alzó la mirada. —Pensaba que odiaba a los Jedi.

—Así es. Pero sólo porque te apartaron de él. No te habría odiado para convertirte en uno. Creo que habría aprobado las elecciones que has tomado… la mayoría de ellas, de cualquier manera. Especialmente tu decisión de quedarte aquí y ayudar al Latigazo. Lorn admiraba el coraje. En particular el coraje de defender las propias convicciones.

La expresión de Jax era ilegible. —Sabes, casi abandono.

I-Cinco proyectó leve sorpresa.

—Fue hace unos meses. Estaba empacando mis cosas, preparado para largarme. Entonces Nick Rostu me contó lo que le ocurrió al Maestro Piell —se encogió de hombros—. No podía marcharme después de oír aquello. Ciertamente no hasta haber completado su última misión.

—Lo cual hiciste, en la medida de lo posible. Así que dime: ¿qué te impide marcharte ahora?

—Esto nunca acabará —le dijo Jax—. ¿Derrotar al Emperador y a Vader, y liberar la galaxia? La idea define lo que es la locura. Debería marcharme ahora, mientras todavía hay una litera de transporte con mi nombre en ella.

—Creo que Den estaría de acuerdo contigo —contestó el droide—. Vociferantemente.

—Sin duda —suspiró Jax—. Y aún así…

—No puedes.

—Me conoces muy bien.

—Conozco a los humanos muy bien. Conozco a vuestra especie con una intimidad que sólo un extraño puede lograr. De la humanidad he visto la cara más noble y caritativa…y la más vil e innoble. Puede ser un rango muy amplio. Por eso no me sorprende en absoluto que te quedes aquí para continuar la lucha que insistes es una causa perdida. Si se te presenta esa elección, supe desde el día que te conocí cuál elegirías.

—¿De verdad? —Jax miró a su alrededor; a los holoanuncios multicolor de las paredes y a las diversas especies fumando, bebiendo, o alterando su química cerebral de cualquier otra forma en busca del olvido congénito. De repente se sintió muy cansado—. ¿Cuál sería?

—La correcta —dijo el droide.

Aurra Sing despertó desorientada, enojada, y con un palpitante dolor de cabeza en las ruinas del Templo Jedi. Su desconcertante adversario había desaparecido, lo cual no era una sorpresa. Lo sorprendente era que ella todavía estaba viva.

Una inspección precavida de sus alrededores inmediatos confirmó que ciertamente estaba sola. Su adversario, el Capitán Typho de Naboo, sin duda había escapado, llevándose con él uno de sus sables láser. Incluso en los dolores de su furia, Sing tenía que admitir que estaba impresionada. La había engañado muy ingeniosamente, haciéndola vulnerable y entonces usando su propia prótesis contra ella. Había sucumbido brevemente ante el peor enemigo con el que alguien de su profesión podía enfrentarse: exceso de confianza. Aceptado eso, todavía tenía que reconocer que el hombre sabía desenvolverse. Tenía recursos y habilidad.

Bien. Un enemigo desafiante era un enemigo que valía la pena. Disfrutaría rastreándole.

Pero esa diversión tendría que esperar a que completara primero su tarea principal: la captura de Jax Pavan para Lord Vader. No tenía intención de volver a Oovo 4, y la forma más fácil de asegurar que no volviera a ver ese odioso lugar era cumplir con el encargo que había recibido. No es que tuviera alguna intención de actuar de otra manera, aunque pudiera haber ideado una forma de escapar. Habría pagado a Vader por la oportunidad de cazar a uno de los últimos Jedi.

La noche estaba tranquila, excepto por el escalofriante silbido de la brisa a través de las columnas y habitaciones del Templo en ruinas. Excepto por la interminable corriente de tráfico aéreo de las alturas no había movimiento. Todo parecía en calma otra vez, pero Sing no se relajó. Ya no podía dejar su estado de alerta habitual más de lo que podría dejar de respirar.

Un leve movimiento detrás de ella…

En el espacio de una respiración el sable láser de Sing estuvo encendido.

La cazarrecompensas lo movió en un arco mortífero detrás de ella, girando mientras golpeaba para enfrentarse a cualquier enemigo que pudiera estar acechando.

Con el cuerpo partido limpiamente en dos, una gran rata blindada se contorsionó momentáneamente en el suelo ante ella. Se estremeció brevemente y entonces se quedó inmóvil.

Con un gruñido, Aurra Sing desactivó su arma, la enganchó en el cinturón, y se marchó para reanudar la búsqueda de Jax Pavan.

—Extrema discontinuidad en la Fuerza convergente —Jax repitió la frase para sí mismo, entonces miró a Den y a la Paladín—. ¿Alguna idea de lo que significa?

—Bien —contestó el sullustano—, le he dado muchas vueltas, y estoy bastante seguro de que no tengo ni idea.

—Eres de gran ayuda —Jax se volvió a Laranth—. Espero que tengas algo más sustantivo.

La twi'lek sacudió la cabeza. —Ojala lo tuviera. Desafortunadamente, estoy tan perpleja como Den.

Jax miró alrededor de la habitación. Estaban presentes Laranth, Den, e I-Cinco. Faltaban Rhinann y Dejah.

Jax no sabía dónde estaba el elomin. La zeltron estaba en uno de los dormitorios durmiendo su resaca. Suspiró. — ¿Alguien más quiere dar su opinión?

I-Cinco habló. —Obviamente el concepto que está siendo comunicado tiene algo que ver con una percepción cuatridimensional. Sabemos que el cefalón puede hasta cierto punto ver el futuro de la misma forma en la que nosotros podemos ver un camino. Desafortunadamente, es un camino sinuoso que parece serpentear a través de niebla y nubes, haciendo incierta la imagen final.

Den alzó una ceja. —Vaya, eso fue casi poético. Casi.

El droide bajó la mirada hacia su compañero.

—Eso lo dice un representante de una cultura cuyo logro artístico culminante es un cántico de alabanza al complejo militar-industrial —el siguiente comentario de I-Cinco fue para Jax—. Está claro que el cefalón estaba intentando advertirnos de algún suceso futuro. Nos toca a nosotros descubrir su significado.

Den puso los ojos en blanco, el resultado fue realmente impresionante. — ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué esta clase de pistas tienen que ser tan indirectas y misteriosas? ¿Por qué no podemos toparnos por una vez con un adivino que sea claro y esté seguro de algo? Dentro de una semana la Plaga Ulcerante estallará en los Arrabales Pozonegro. Lleven guantes. Algo así.

—Dudo que el cefalón estuviera esforzándose por ser un oráculo simplemente para crear un efecto —contestó el droide—. Los intentos por reducir una frase cuatridimensional a Básico son frecuentemente menos que completamente exitosos.

Jax estaba a punto de hacer un comentario cuando una sombra voluminosa llenó el umbral. Era Rhinann. Su mirada pasó sobre los otros con desinterés y desapego monumental, para detenerse al llegar a Jax.

—No hay, hasta donde he podido determinar —dijo él lúgubremente—, ningún sable láser o ninguno de los componentes en Coruscant.

—¿Estás seguro? —preguntó Den—. ¿Miraste detrás del sofá?

Rhinann ignoró eso. —Mi investigación en la materia ha sido esmerada y exhaustiva. Es, por supuesto, enteramente posible que en una ciudad que cubre cinco punto una veces

ciento ocho kilómetros cuadrados, un arma de aproximadamente un metro de largo cuando es activado y un poco menos cuando no, pueda haber escapado a mi escrutinio. Si sospechas que ese puede ser el caso, te animo a continuar tu propia búsqueda.

—¿Qué hay de los cristales? —preguntó Jax.

—Ningún rastro de cristales adeganos, de Ilum, o de Dantooine. De nuevo —añadió Rhinann—, no puedo garantizar que alguien en alguna parte no tenga uno sobre su repisa como curiosidad. Simplemente no hay forma de rastrear tal cosa.

Jax asintió, pensativamente. Aunque la mayoría de los Jedi habían sido masacrados por los clones fuera del planeta, había habido una guarnición respetable en el Templo cuando Anakin Skywalker inició su pogromo de un solo hombre. Además, Jax sabía que Palpatine había ordenado destruir sus armas. Si Rhinann estaba en lo cierto, los soldados habían sido muy minuciosos.

Laranth le dijo al elomin —Estás patentemente equivocado en una cosa. Darth Vader todavía lleva uno.

—Vader es un Sith —dijo Jax antes de que el elomin pudiera responder—. O eso se rumorea. Creo que es verdad. Es la única manera de explicar su pericia tanto con el sable láser como con la Fuerza —su expresión se entristeció—. Parece que teníais razón. No voy a tener un sable láser.

—Ser un Jedi es más que tener un sable láser —señaló Laranth—. A través del uso de la Fuerza uno puede volverse experto en otros modos de lucha que son casi tan efectivos.

—Lo sé —Jax apartó la mirada—. Es sólo que nunca tuve elección. Acababa de graduarme como Caballero Jedi cuándo se llevó a cabo la Orden Sesenta y seis. Después de eso, mi vida se basó en la supervivencia. Una gran parte de ella consistía en mantener agachada la cabeza y no usar la Fuerza —les dedicó una sonrisa irónica—. En realidad sólo he tenido oportunidad de utilizarla una vez en una batalla a vida o muerte, contra el Príncipe Xizor. Y la ironía es que él tenía el sable láser y yo me vi obligado a usar un látigo láser.

—Por no mencionar una conexión intermitente con la Fuerza —añadió Den.

—A menos que tengas alguna razón para que continúe con esta tarea quimérica, lo consideraré zanjado. Tengo otros asuntos que debo atender.

La voz sepulcral del elomin decía muy claramente que, por lo que a él le concernía, el tema estaba cerrado.

Entonces para su sorpresa, Jax escuchó a Den decir —Espera un momento.

Mientras escuchaba a su propia boca formar las palabras aparentemente de forma independiente de su cerebro, Den quedó asombrado por lo que se encontró diciendo.

También estaba un poco nervioso. Ya había ocurrido antes, esta desconexión entre su lengua y su cabeza. Era como si la primera fuera controlada por un subcerebro semiautónomo, como uno de los apéndices del cefalón.

Los resultados raramente eran buenos.

—Espera un momento —se oyó a sí mismo diciendo—. Estoy seguro de que Rhinann ha hecho un trabajo ejemplar intentando localizar un sable láser. Pero hay más de una forma de comerse un gokob.

—Qué colorido —dijo I-Cinco.

Den le ignoró. —Una vez fui reportero, ¿recuerdas? Uno bueno, en aquellos días. Puedo rastrear una historia sobre roca viva en un monzón.

El droide unió dos dedos metálicos produciendo un sonido.

—Presumo que hay un motivo para todo esto. Los orgánicos de la habitación no están rejuveneciendo.

—Tampoco tu humor —Den miró a Jax—. Si realmente sientes que tener tu propio sable láser te ayudará a funcionar más efectivamente, entonces déjame ver lo que puedo descubrir.

Rhinann le dedicó una mirada opaca. — ¿Qué te hace pensar que puedes tener éxito donde yo fracasé?

Den alzó las manos de forma apaciguadora. —Hey, no pretendo ofender, pero tengo un presentimiento, ¿sabes? Tal vez conducirá a algo, o puede que no. De una forma u otra, no pierdes nada.

—Vale ya —interrumpió Jax—. Den, si lo dices en serio, eres bienvenido a intentarlo, pero en tu tiempo libre. Nuestra primera prioridad es encontrar al asesino de Volette, y necesito tus míticas habilidades de búsqueda trabajando en eso.

—Lo que tu digas, jefe —Den se recostó en su silla. Todavía no estaba muy seguro de por qué se había ofrecido a realizar esa tarea adicional, aunque una razón era bastante evidente: no le gustaba Rhinann. El alto y melancólico bípedo podía hundir el estado de ánimo de cualquier grupo más rápido que un pozo de gravedad de una estrella de neutrones. Además, no había ejercitado esos músculos en particular en una buena temporada. Estaría bien. Mientras no dejara que sus averiguaciones le llevasen demasiado cercad de la órbita de Vader…

—No teníamos amigos reales —estaba diciendo la zeltron de ojos tristes—. Sólo conocidos y socios profesionales. No llevábamos en Coruscant tanto tiempo. Poco más de dos meses, y la mayor parte de ese tiempo la pasamos haciendo contactos que invariablemente eran más negocios que social. Éramos…

Dejah hizo una pausa, apretando los dientes un momento, y Jax se sorprendió al ver que ella estaba sobreponiéndose al deseo de llorar. Había oído que, en general, la característica que definía a la especie zeltron era el hedonismo. Que tendían a ser industriosos y productivos sólo con miras hacia ese fin, y eran reacios o incapaces de tratar con emociones negativas.

Dejah, en contraste, parecía estar hecha de una pasta más dura.

Ella continuó. —Así que ya veis que estábamos bastante aislados. Excepto por el Barón Umber, al que veíamos con frecuencia.

Jax, Dejah, e I-Cinco estaban sentados en las gradas de un parque recreativo local, viendo un partido de shóckbol que se jugaba entre dos grupos de jóvenes —en su mayor

parte rodianos contra haserianos. La multitud seguía el deporte con entusiasmo, generando bastante ruido ambiental como cobertura de su conversación.

I-Cinco consideró brevemente. —El identificador Barón Umber no me es familiar. El título naturalmente indica a una persona de importancia. ¿Quizá podrías dar detalles?

—Lo siento —contestó ella—. Asumí que la mayor parte de las personas de por aquí estaban familiarizadas con el nombre. Es un vindaliano. Tengo entendido que no se conoce demasiado sobre ellos. Oímos que son más bien reservados.

Algo que se conoce es que tienden a ser grandes admiradores del arte. Ciertamente el Barón no era una excepción. Compró una gran cantidad de las mejores esculturas de luz de Ves —pestañeó dándose cuenta de repente—. No sé si ya se ha enterado. Manteniéndose aislados, los vindalianos ponen menos atención en lo que se consideran noticias «comunes» que el resto de las especies. Si no sabe, va a ser un duro golpe.

—Estoy seguro de que la policía del sector se lo ha notificado —señaló Jax.

Sus labios se comprimieron en una delgada línea escarlata.

—Es cierto, por supuesto —su tono era amargo—. Sin duda entregaron la información con su tacto acostumbrado.

—Mi impresión es que Pol Haus es un tipo bastante bueno —le dijo Jax—. Lo que es una forma de decir que puedes confiar en él mientras no te cruces en su camino. Pero como cualquiera en su posición no es inmune a la política o las presiones. No dejará que nadie interfiera en su trabajo. Mi opinión es que sólo está investigando la muerte de Volette porque tu socio era una celebridad menor. No me sorprendería si ya le están presionando para que acabe rápido, meta algunos resultados en un tubo, y lo entierre. Aceptará cualquier solución que parezca razonable y que responda a la mayor parte de las preguntas. Estoy seguro que sus superiores no quieren que se haga algo importante de un caso caamasi. No cuando Palpatine asumió el riesgo político de destruir Caamas. Si fue el responsable.

Dejah parecía sombría. — ¿Así que me aconsejarías dejar tranquilos a los akks durmientes?

—Parece el curso más seguro, si vamos a sacarte del planeta —dijo I-Cinco.

Volviéndoles la espalda, observó el partido algunos minutos. Uno de los rodianos marcó, y la multitud se volvió loca. Finalmente dijo, con más seguridad de la que había exhibido en algún tiempo —No. Ves no renunciaría a la justicia para mí si la situación fuera a la inversa. No puedo dejar este lugar hasta que quede convencida de que se ha hecho todo lo posible por encontrar a su asesino.

Jax aspiró profundamente.

—Bien, admiro tu determinación, si no la decisión —miró a I-Cinco.

—Siguiente paso: sugiero que encontremos a este Barón Umber y tengamos unas palabras con él —sonrió levemente—. Podemos hablar.

—Su apartamento está localizado en la Calle Gallifrey Diez y siete, Sector Uno Cero Uno Siete en las Colinas Manarai —replicó I-Cinco inmediatamente.

Dejah parecía asombrada. —Esa es su dirección privada. No está registrada. ¿Cómo has…?

El droide se golpeó ligeramente un lado de su cabeza con un dedo metálico. —Conexiones.

# Once

El distrito Colinas Manarai era uno de los barrios más lujosos de Centro Imperial, lo que ya era decir algo. Una combinación ecléctica de estilos arquitectónicos, apartamentos de lujo que formaban la mayor parte de sus domicilios habían sido diseñados por el renombrado Benits Stinex, uno de los arquitectos de primera clase de la galaxia.

El edificio en el que vivía Umber era semiautónomo, su exterior estaba acentuado con lisos cheurones y torres estilizadas. Una vez más, Jax se sintió profundamente fuera de lugar.

Las campanillas combinadas que sonaron en la puerta fueron respondidas por un droide de protocolo 3PO, su carcasa plateada estaba bruñida hasta alcanzar un brillo intenso. Después de una mirada inequívocamente desaprobadora en dirección a I-Cinco, reconoció a Dejah inmediatamente.

—Por favor entre. Mi amo estará encantado de verla —condujo a Dejah a través del vestíbulo mientras Jax e I-Cinco les seguían.

—Por favor, descanse cómodamente —insitió el droide—. ¿Puedo ofrecerles una bebida? ¿No? Entonces informaré al Barón de su inesperada y extremadamente bienvenida visita. Se alejó a través de una vasta extensión de alfombra Borgoña, dejando un rastro aplastado de alfombra rayada en su estela, y desapareció a través de un arco.

Jax estudió sus alrededores. Eran extensos, con paredes curvadas, abombadas y plegadas para dejar más espacio a la exhibición de pinturas, frisos, cerámica flotante, y otras obras de arte. Exhibidos con buen gusto en pedestales que se movían lentamente, esparcidos alrededor de la sala, había varios ejemplos de arte que tenía que ser obra del difunto Ves Volette. Esculturas formadas por luz animada, se contorsionaban y ondulaban hipnóticamente dentro de sus campos individuales de contención. Mientras miraba, cambiaron su espectro luminoso de acuerdo a cómo habían sido urdidos, entrando en un ciclo a través de varios tonos y patrones.

Cada uno era uniformemente delicado, etéreo, y absolutamente bello.

Le lanzó una mirada a Dejah. La zeltron también tenía la vista puesta en las esculturas, su expresión era desolada.

Aproximándose a una de las esculturas, I-Cinco examinó de cerca su ondulante forma prismática. —Qué interesante. La firma de energía es muy similar a la onda de un sable láser. Me arriesgaría a suponer que su fuente energética es un cristal…de Adega, Luxum, o alguno similar.

Jax alzó una ceja. —La misma clase de cristales utilizados para encender un sable láser.

—Exactamente —dijo una nueva e imperativa voz.

Jax se volvió para ver una figura bípeda parada en la arcada. —Era alto y delgado hasta el punto de la anorexia, vestido con flamantes túnicas de brilloseda.

Sus rasgos parecían bastante humanos, aunque algo en la forma de la cara y las orejas le daba un sutil toque vulpino a su apariencia. Mientras iba hacia ellos se encaminó directamente hacia la zeltron.

—Mi querida Dejah —su voz fue cálida y untuosa con compasión—. Qué conmoción. Me enteré del destino de Ves no hace ni dos horas por ese matón prefecto de la policía.

Alcanzándola, tomó sus manos y las sostuvo entre las suyas. —Debes estar desolada. Intenté llamarte tan pronto como me enteré.

—Apagué mi comunicador —susurró ella.

—Perfectamente natural, y ¿quién podría culparte? Si hay algo que necesites, lo que sea, sólo tienes que pedirlo —mirando hacia un lado, tomó nota de Jax e I-Cinco, su mirada les evaluaba agudamente—. Veo que has traído un amigo —I-Cinco se puso rígido ante la altiva omisión pero no dijo nada.

—Lo siento —dijo Dejah—. ¿Dónde están mis modales? Baron Umber, Jax Pavan, capitán de la nave mercante Ranger Lejano. Jax, éste es el Baron Vlacan Umber de la Reserva Flavin, Vindalia.

En su ocupación demasiado breve como Caballero Jedi, Jax había aprendido el protocolo Estándar Galáctico para dirigirse a la nobleza de varias especies. Inclinó la cabeza e hizo el adecuado gesto con la mano. —Un honor, Barón.

Vio que los ojos de Umber se ensanchaban ligeramente con sorpresa, y se dio cuenta de que su estudiada cortesía debía parecer incongruente viniendo de alguien vestido tan desastrosamente.

—El honor es mío —contestó el Barón, haciendo el movimiento requerido de respuesta. Recorrió brevemente con la mirada a I-Cinco, que mantenía una postura formal junto a Jax, pareciendo a cada centímetro el perfecto droide de protocolo.

—Uno de la línea Orbots —comentó el Barón—. Una novedad para un coleccionista en estos días. Bastante bien restaurado.

Jax reprimió una sonrisa mientras pensaba en la ácida respuesta que sin duda estaba crepitando a través del cerebro positrónico del droide.

—Barón —se lanzó el Jedi—, si no le importa, tengo algunas preguntas que me gustaría realizarle. Tienen que ver con su relación con Ves Volette.

Una vez más Umber no pudo disimular totalmente su sorpresa. Miró inquisitivamente a Dejah, la cual asintió de modo tranquilizador. —Está bien, Vlacan. Puede confiar en él. Se ha propuesto ayudarme a encontrar al asesino de Ves.

—Ya veo —a pesar de la seguridad de la zeltron, el escepticismo del vindaliano era obvio. Miró de nuevo a Jax, esta vez su mirada fue mucho más crítica—. ¿Está afiliado con la policía del sector?

Jax se encontró más divertido que irritado por el obvio desdén del Barón. —Soy un agente investigador independiente. Dejah me pidió que llevara este asunto a través de canales extraoficiales.

Manteniendo los ojos en Jax, Umber le dirigió su siguiente pregunta a la zeltron. —¿Estás segura de que esto es prudente, Dejah? Para empezar, dudo contundentemente que cualquier hecho o prueba descubierta por este método sea admitida en un tribunal.

Fue I-Cinco el que respondió a eso. —En realidad, la ley admite pruebas presentadas por fuentes externas con base deontológica.

La mirada del vindaliano se estrechó mientras observaba al mecánico. —No recuerdo que nadie te haya dado permiso para hablar, droide. Ni tampoco requiero instrucción sobre procedimientos legales de un dispositivo no especializado.

—El conocimiento de la ley, especialmente cuando incumbe a los dictados imperiales, es una faceta importante del protocolo —dijo I-Cinco—. Debe admitir que en estos días en los que cada día se promulgan nuevas leyes y se revisan o eliminan las antiguas, es casi imposible incluso para los especialistas de la materia mantenerse al tanto. No tiene que sentirse avergonzado por confesar ignorancia en tales materias.

El Barón parecía a punto de sufrir una apoplejía. — ¡No estaba confesando nada! —chisporroteó—. ¡Y menos ignorancia! De todos los…

Acercándose, Dejah puso una mano sobre su brazo. El toque de la zeltron fue suficiente para calmar un poco a su anfitrión. Sin embargo no estaba apaciguado en absoluto. Miró con dureza a I-Cinco. —Sin embargo tienes razón. El decreto de hoy es el delito de mañana, para que nos entendamos.

Nada de lo cual justifica que hables de forma espontánea.

Jax se apresuró a interponerse entre ellos.

—La codificación de I-Cinco ha sido modificada. No siempre reacciona como el típico modelo estándar de protocolo —el Jedi miró con advertencia al droide—. A veces sufre un fallo intermitente conocido como Síndrome de la Boca Grande.

I-Cinco proyectó contrariedad. —Las dimensiones de mi orificio de simulación verbal están absolutamente normalizadas de fábrica.

—Tal vez —dijo Jax—, pero el cerebro que hay detrás seguro que no. Mostrarás a nuestro anfitrión el debido respeto.

Pasó un momento de silencio incómodo mientras el Jedi miraba intensamente al droide. Entonces I-Cinco se volvió hacia el Barón Umber y se inclinó ligeramente desde la cintura.

Mis más sinceras disculpas, señor, si inadvertidamente le he ofendido.

—¿Y…? —le apremió Jax.

El inmóvil semblante metálico de I-Cinco logró de alguna forma verse desdeñoso o quizá Jax estaba leyendo demasiado en él. Esperaba que fuera eso, en cualquier caso.

—También lamento hablar fuera de lugar —continuó el droide.

Umber se ablandó. —Bueno, no se ha hecho daño, ni había intención de ofender. Especialmente si, como dices, la programación de este modelo ha sido torpemente personalizada.

—¿Torpemente? —repitió I-Cinco—. Me permite señalar que…

—nuestras preguntas serán concisas y nuestro tiempo es escaso —concluyó Jax apresuradamente lanzando una mirada feroz en dirección a I-Cinco que estuvo a punto de fundir varias de las aleaciones más débiles.

Se situó entre el droide y su anfitrión, impidiendo que el primero viese al segundo.

—Dejah me ha dicho —continuó—, que lleva coleccionando mucho tiempo el trabajo del difunto Ves Volette.

Umber asintió. Volviéndose, señaló las alcobas donde muchas de las creaciones más exquisitas del artista giraban y parpadeaban con sincopada brillantez. Por sí mismas, proporcionaban luz más que suficiente para iluminar el fondo de la habitación en la que estaban expuestas.

—Desde el momento que descubrí su trabajo supe que tenía que tener una —dijo el Baron—. La primera llevó a la segunda, la segunda exigía una tercera para contrarrestar su forma y estilo, y cuando decidí comprar una cuarta y una quinta, me encontré siendo no sólo un benefactor de Ves Volette, sino su amigo —miró hacia donde Dejah estaba sentada tranquilamente en un sofá—. Y amigo de su socia también.

Ella sonrió. —Ves aborrecía la antigua escena artística de Coruscant, donde se espera que los creadores se relacionen con los compradores potenciales, alabando su habitualmente inexistente gusto, y ofreciendo descuentos. Él era un verdadero artista. Si te gustaba su trabajo, perfecto. Si no, te descartaba, pero sin cólera o prejuicio. Reconocía que los gustos diferían, o todo el arte sería igual.

Umber asintió solemnemente. —Esa era una de las cosas que hacía a Ves y a su obra tan especial. Era completamente independiente de los círculos comerciales de arte. Hacía lo que quería, de la forma que quería.

Dejah estaba pensando obviamente en tiempos más felices.

—Recuerdo una vez cundo un Senador de un mundo acaudalado se acercó a Ves para hablar de una de sus obras —sonrió—. Le preguntó si podría alterar la corriente espectral principal para que el resultado hiciera juego con la decoración de la habitación del Senador. El precio de compra de la obra era alto, y Ves podría haber obtenido créditos sustanciales. Simplemente se negó, tranquilamente y sin rencor. «Este es el esquema de color que se combina en mi mente», le dijo al Senador. «Este es el patrón que toma el color. Es lo que es, igual que usted y yo, alzó la mirada hacia Jax». —Ese era Ves. Era tan franco como su arte.

—Franco es otra palabra para decir brusco —dijo Jax—. Y la brusquedad puede ser malinterpretada como arrogancia.

El Barón sonrió disimuladamente. Jax le miró. — ¿Se divierte, Barón?

—Discúlpeme. Pero si hubiese conocido a Ves incluso por poco tiempo, se daría cuenta de la absurdez de su sugerencia. Nunca pretendió herir los sentimientos de nadie.

—¿Pero alguna vez lo hizo? —Jax miró a Dejah, quien asintió lentamente.

—Mucha gente lo excusaba porque era un artista. Ser creativo parece excusar multitud de ofensas que normalmente harían que una persona corriente fuese expulsada de un grupo.

—O asesinada —dijo I-Cinco. Esta vez Umber no reprendió al droide por hablar sin permiso.

Jax se volvió hacia su anfitrión. — ¿Alguna vez le ofendió, Barón?

Umber parecía sobresaltado.

—No, nunca. Entendía su arte, por lo tanto le entendía a él. Siempre nos llevamos bien, y en ninguna ocasión estuve disgustado por verle. Teníamos diferentes opiniones políticas, por supuesto, y las discusiones sobre ellas a veces llevaban a alzar la voz y a realizar gestos cortantes, pero nunca a la hostilidad —se detuvo, entonces preguntó—. ¿No estará sugiriendo que tengo algo que ver con su muerte?

—Por supuesto que no —respondió Jax inmediatamente, aunque eso era exactamente lo que estaba pensando. Como Jedi, había jurado no mentir nunca. Sin embargo, las instrucciones erróneas ocasionales al servicio de un bien mayor estaban permitidas—. Sólo intento construir una imagen general de su relación con Volette para tener una idea mejor de cómo era él, cómo era su vida social, y así tal vez encuentre una pista o dos sobre la clase de individuo que podría quererle muerto.

—Por ejemplo —sugirió I-Cinco—, alguien que poseyera una gran cantidad de obras de un artista se beneficiaría sustancialmente con su muerte, si subsecuentemente ésta elevaba el valor del trabajo del individuo.

Jax consideró desactivar a su extrovertido compañero mecánico. Lo que quería hacer realmente en ese momento era usar la espada de energía velmoriana envainada a su cintura para sellar la boca del droide.

Sin embargo, en su favor, y para sorpresa de Jax, el Barón no se sintió ofendido; en su lugar simplemente asintió pensativamente.

—Ciertamente podría ser así. Sin embargo, en el caso del trabajo de Ves, no lleva muerto tanto tiempo como para que el mercado se vea afectado. Y yo poseo incluso la más pequeña de sus piezas y no tengo la más leve intención de vender ninguna de ellas, así que su valor monetario es sólo una inquietud periférica para mí —extendiendo los brazos para abarcar sus elegantes alrededores, añadió—. Como puedes ver, mi posición y recursos personales son adecuados para permitirme mantener confortablemente cierto estilo de vida sin la necesidad de —creo que el termino en Básico es empeñar— ninguna de mis propiedades. Incluso si tal necesidad ocurriese, mis Volettes serían lo último de lo que me separaría.

Dejah le dedicó una sonrisa de aprobación. —De todos los clientes de Ves, el Baron Umber se merece más que ninguno el título honorífico de benefactor. Ves también lo sabía.

Su anfitrión realizó una extraña reverencia en su dirección.

—Me honras con tu confianza, querida —estirándose, miró de nuevo a Jax—. ¿Tiene alguna otra pregunta? Tal vez le gustaría registrar mi domicilio en busca del arma homicida, o signos del ADN de Ves.

—No, no —Jax movió una mano—. Creo en lo que nos ha contado —miró hacia el sofá—. Aún más, creo en lo que Dejah nos ha dicho sobre usted. Viniendo aquí,

conociéndole en persona, viendo cómo se siente por la obra del artista, estoy seguro de que no ha tenido nada que ver con su defunción —inclinándose levemente a su derecha, miró más allá de su anfitrión—. No vive sólo, ¿verdad?

Girándose, Umber hizo un gesto hacia donde una figura permanecía tras el pliegue de un arco. —Sal, querida, y saluda a nuestros invitados. Dejah está aquí.

La hembra vindaliana era notablemente más grande que su compañero, aunque bastante atractiva. Mientras el dimorfismo sexual era común entre las especies humanoides, normalmente era el varón el más grande. Normalmente, pero no siempre. En este caso, la hembra que apareció no sólo era más corpulenta que el Barón, también era más alta.

—Esta es Kirma, mi mujer —informó el Barón a los visitantes.

La Baronesa iba casualmente vestida con un traje largo de seda hilada que se adhería a su forma y hacía poco por disimular su masa. Jax lo encontró un poco sorprendente. Lo que para una variedad de humanoides parecía mal, reflexionó, era considerado a menudo como inmensamente halagador para otros. Sin saber nada sobre la especie, sólo podía asumir que, dada la naturaleza ajustada de su prenda, los vindalianos encontraban atractivo el tamaño.

Además del traje, llevaba una cadena de verdes piedras levemente pulidas alrededor del cuello. No tenía ni idea de astrogeología, así que no las reconoció. Era la única joya que llevaba. Dado el estatus del Barón, concluyó que o bien estaba siendo deliberadamente modesta o no había tenido tiempo suficiente para arreglarse para recibir visitantes. Su mirada volvió a Dejah, sentada en el sofá. Ella no llevaba ninguna joya y vestía las prendas más básicas y funcionales, pero para Jax relucía infinitamente más que la compañera del noble.

—Dejah ha contratado a este caballero —estaba diciendo Umber—, con la esperanza de descubrir quién asesinó a Ves.

Una vez más olvidó mencionar a I-Cinco. Esta vez, afortunadamente, el droide se guardó su indignación para sí mismo. En su lugar, estudiaba a la recién llegada atentamente.

—Querido Ves —Kirma Umber parpadeó rápidamente, lo que Jax asumió como un signo de angustia entre su especie—. ¿Quién asesinaría a un artista inofensivo?

I-Cinco había guardado silencio durante todo el tiempo que fue constitucionalmente capaz. —Un crítico serio.

Kirma le miró, el sarcasmo del droide aparentemente —y afortunadamente— le pasó desapercibido. — ¿Está teniendo suerte en su investigación…?

—Jax Pavan. Acabamos de empezar. Estamos intentando reconstruir los últimos momentos de Ves entrevistando a aquellos que eran más cercanos —asintió en dirección a Dejah—. Puesto que son los coleccionistas principales del artista, vinimos aquí primero.

—Mi marido es el que está enamorado de las esculturas de luz. Aunque ciertamente puedo apreciar la habilidad empleada en su construcción.

—¿No está disgustada por la muerte del artista? —preguntó I-Cinco.

—¡Vaya pregunta! —las extensas pestañas de Kirma Umber destellaron—. Ves Volette era un ser fascinante, entregado y afectuoso. Si hubiese sido un humilde artesano de fruslerías baratas para turistas, habría sentido el mismo aprecio por él. Por supuesto —añadió con sequedad—, siendo una máquina, no espero que comprendas tales sentimientos.

—Por supuesto que no —dijo I-Cinco secamente. Volvió a quedarse callado, por lo cual Jax le estaba profundamente agradecido.

Kirma se volvió hacia Jax. — ¿No está duplicando el trabajo de la policía?

—Complementándolo —Jax sonrió—. Mis amigos y yo podemos trabajar fuera de los canales oficiales. Nunca se sabe lo que puedes encontrar allí.

—Puede ver lo disgustados que estamos —dijo el Barón—. Si hay algo que pueda hacer para facilitar su investigación, insisto en que haga uso de mi mismo y de mis buenos recursos.

—Muy amable por su parte —Jax miró a Dejah—. Te dije que no nos llevaría mucho tiempo.

—Si acaban de llegar —Umber se acercó un poco más. De su cuerpo emanaba un leve olor a pomegrail, aunque Jax no era lo suficientemente sensitivo para distinguir si era natural o el resultado de un aditivo adulador—. ¿No se quedarán a tomar un segundo almuerzo?

—Gracias —respondió I-Cinco—, pero no tenemos hambre.

Incluso el Barón tuvo que sonreír nominalmente ante eso.

—¿No hay nada que pueda ofrecerles? —insistió, mirando de Dejah a Jax.

El Jedi vaciló. —En realidad, podría haberlo. Necesito un cristal de energía comprimido. Adegano o Luxum sería lo mejor, pero cogeré cualquiera del que esté dispuesto a separarse.

Umber actuó como si no hubiese oído bien. — ¿Quiere comprar uno de mis Volettes?

Jax sacudió la cabeza. —Una escultura no. Sólo un CEC.

El Barón estaba horrorizado y no intentó disimularlo.

—El CEC está en el corazón de cada escultura. No —se corrigió rápidamente—, el CEC es el corazón de cada escultura.

Aunque un poco sorprendido por la fuerza de la reacción del vindaliano, habiendo realizado ya la petición, Jax insistió.

—Perdone mi ignorancia —no soy artista, y no estoy familiarizado exactamente con el género— pero, ¿no podría sustituir algo por una pieza de Adegan? ¿Otra fuente de energía? ¿Marilita, tal vez, o granos de halurium tratados con altas presiones?

Claramente Umber estaba haciendo un esfuerzo por contenerse. —Ya que ha sido lo suficientemente honesto para confesar voluntariamente su ignorancia, no me daré por ofendido. No lo entiende. Una vez que se extrae el CEC de una escultura de luz de Volette, ésta se viene abajo. No puede ser restaurada, ciertamente no al remplazar la fuente de energía. Uno puede tener una imagen repintada o reholografiada, o una

escultura relabrada o reproducida en algún material sólido. Aunque no la original, puede obtenerse una excelente copia. Pero una vez que una escultura de luz de Volette es desactivada, queda tan muerta como el desafortunado artista.

—¿Qué ocurriría si lo intentara? —preguntó I-Cinco.

Kirma miró al droide.

—Obtendrías una masa amorfa de luz. Eso es todo. Tal vez con color, de acuerdo con el diseño. Pero la forma, la danza, la estética, se habría perdido para siempre —miró a su marido—. ¿No es cierto?

—Cierto es —confirmó Umber—. No destruiría una pieza de Volette más de lo que entregaría una extremidad. Especialmente desde que no habrá más. Lo que existe ahora es todo lo que habrá. —Dando la espalda a sus visitantes, dejó que su vista vagara sobre su colección. Incluso sin recurrir a la Fuerza, Jax podía sentir las poderosas emociones que emanaban de él—. Incluso si necesitara los créditos, joven, no accedería —se volvió hacia Jax, y su mirada era dura—. No tengo derecho. El mantenimiento de las esculturas de Volette es ahora más que una diversión. Es una obligación.

Dejah asentía mostrando su acuerdo mientras hablaba con Jax. —Ya te dije qué clase de coleccionista era el Barón. Qué clase de amigo ha sido para Ven y para mí.

—Sí, lo hiciste —Jax suspiró. Si alguna vez conseguía un CEC para un sable láser, claramente no sería de aquí. Tendría que encontrar otra fuente. A menos, se recordó a sí mismo, que Den tuviera mejor suerte.

Después de que su mujer se excusara, el Barón les escoltó hasta la salida.

—Sólo como curiosidad personal, ¿para qué quiere un investigador privado un cristal de energía comprimida? Soy consciente que un artículo tan escaso tiene multitud de usos, pero no puedo ver cómo podría ser útil para alguien de su profesión. Por lo menos, no lo suficiente para justificar el coste —se detuvo, añadiendo—. Por supuesto, no tiene que darme ninguna explicación. No es asunto mío para qué quiere un CEC.

—Es un inventor prometedor —le explicó I-Cinco—. Quiere crear una sonda funcional que le permita rastrear las rutas neurales de todas las conexiones sinápticas anormales de su propio cerebro.

Mientras llegaban a la puerta Jax atravesó al droide con la mirada. —Hablando de conexiones sinápticas anormales, tal vez es hora de que alguien eche un vistazo a la parte trasera de tu cabeza.

—¿Ve? —I-Cinco hizo un gesto para reforzar su declaración—. Confirmación verbal de lo que acabo de decir.

Umber se obligó a reprimir una sonrisa. —Además de ser remarcable e incluso peligrosamente franco, su droide tiene un sentido del humor muy peculiar.

—No, no lo tiene —Jax se hizo a un lado para dejar salir a Dejah—. Simplemente es grosero. En cuanto a su pregunta, Barón —estoy buscando un CEC para usarlo en mi trabajo. Estoy seguro que entenderá que alguien en mi posición no pueda dar detalles íntimos.

Las cejas del Barón se alzaron en respuesta.

—Íntimos ¿eh? Bien, entonces no preguntaré nada más —mientras Jax le observaba, el Barón rodeó a Dejah con los brazos. Jax pensó que el abrazo duró bastante más de lo que requería la cortesía, pero el retraso era comprensible. Aquellos que tenían la oportunidad de abrazar a un zeltron rojo, especialmente del sexo opuesto, se mostraban renuentes a dejarlos ir.

Dando un paso atrás, el Barón la soltó finalmente, aunque siguió agarrándola de sus extendidas manos. —Si necesitas cualquier cosa, Dejah, lo que sea, Kirma y yo estamos a tu entera disposición.

Ella sonrió. —Gracias, Barón. Por todo. Ves también se lo agradecería, si estuviera aquí.

—Lo está —girándose, Umber hizo un gesto con la cabeza hacia el domicilio—. Vindalia mediante, siempre lo estará.

Estaban en el ascensor que les llevaba de vuelta al hangar cuando Jax les contó la conclusión a la que había llegado. —No creo que el Barón Umber tuviera nada que ver con la muerte de Ves.

Dejah asintió mostrando su acuerdo. —Te lo dije. Era nuestro mejor amigo en Coruscant. Siempre que había un problema de cualquier tipo, Ves confiaba en él para solucionarlo.

—Asumes mucho a partir de una breve conversación en casa de alguien —le comentó I-Cinco a Jax.

Jax miró al droide. — ¿No estás de acuerdo con mi valoración? Si es así, explícame las razones. A parte del hecho visto por todos de haber cogido aversión por el noble.

—No hice tal cosa —el droide no parecía irritado—. Reaccioné a él y le trate exactamente igual a como lo habría hecho con cualquier otra pista potencial que pudiésemos investigar.

—Groseramente.

—Directamente —contestó I-Cinco—. No busco el enfrentamiento. Meramente soy franco. Así es como uno obtiene la información deseada de forma más rápida.

—Tal vez cuando la comunicación es entre máquinas —dijo Jax—. Como droide de protocolo, deberías saber que entrevistar a orgánicos requiere paciencia, entendimiento y algo más que parece haberte sido eliminado de la memoria.

—Que sería…

—Tacto. Si hubiese dejado hablar a tu vocalizador, nos habrían echado de esa residencia en los primeros tres minutos.

I-Cinco llevó a cabo un encogimiento de hombros. —Pequeña pérdida, ya que tu cliente ya te había medio convencido de que no sacarías nada hablando con el vindaliano.

Un exasperado Jax guardó silencio, impulsando al droide a probar que seguía siendo un modelo de protocolo al añadir, —Siento que no te vendiera un CEC.

Jax se encogió de hombros. —Amantes del Arte. Una especie aparte.

Dejah le puso una mano en el hombro. El simple gesto le calmó inmediatamente, redireccionando sus pensamientos, realzando sus emociones y eliminando la mayoría de

la frustración de haber perdido medio día descubriendo esencialmente nada. Esos eran sólo algunas de las cosas que podía hacer el toque de un zeltron.

—En cualquier caso, estoy de acuerdo con tu valoración —dijo el droide—, porque asumo que utilizaste la Fuerza para sondear sutilmente al Barón mientras estabas conversando con él.

Jax asintió mientras los tres salían del ascensor. A esa hora del día el hangar no estaba especialmente concurrido, y se tomaron su tiempo disfrutando de la cara decoración de sus alrededores mientras esperaban a que su transporte se desbloqueara, activara y llegara.

—Lo hice —le aseguró Jax al droide—. Estuve monitorizándole todo el tiempo que estuvimos allí. No capté nada que indicase que esté involucrado de algún modo en el asesinato de Ves.

—Yo tampoco. Respuesta galvánica, contacto ocular, sonrojo epidérmico…nada de eso desencadenó algo parecido a una respuesta sospechosa.

—Bien. Eso zanja el tema.

—¿Sondeaste a la mujer?

Jax alzó una ceja. A su derecha, Dejah miró fijamente al droide con clara incredulidad. —No es posible que creas que Kirma Umber tiene algo que ver con la muerte de Ves. ¡Eso es absurdo!

I-Cinco replicó con calma, — ¿Por qué?

Pillada por sorpresa, Dejah tuvo que pensar un momento.

—Bueno, para empezar, ni siquiera estaba interesada en el trabajo de Ves. El Barón era el auténtico aficionado. Es decir, ella ciertamente lo admiraba — ¿cómo no podría? Compartía el respeto del Barón por él, si no su pasión.

—Eso no me convence de que mi observación constituya un absurdo —el droide se volvió hacia Jax—. Seguramente todo el que tenía contacto con el artista fallecido es un sospechoso razonable.

—¿Incluso yo? —le desafió Dejah.

—Incluso tú, aunque ya has sido descartada debido a incompetencia física.

—¿Incompetencia física? Placa de circuitos ambulante, yo te enseñaré…

—Dejadlo ya, los dos —Jax hablo severamente con el droide—. Dejah no es sospechosa, I-Cinco. Si hubiese tenido algo que ver con la muerte de su socio, lo habría sentido.

El droide hizo un sonido parecido a una inhalación.

—Eso, al menos, lo puedo valorar —miró a la zeltron todavía enfadada—. ¿Ves? Siempre respondo a las conclusiones racionales —se volvió hacia Jax—. Mi pregunta sigue ahí —¿qué hay de la Baronesa?

Jax se encogió de hombros. —Supongo que debí haberla sondeado, sólo para cumplir con las formalidades. Aun así, creo que Dejah tiene razón. La Baronesa era amiga suya incluso si no compartía enteramente el entusiasmo sin límites de su marido por el trabajo de Ves.

—Y por favor no olvides —dijo Dejah con aspereza—, que tengo habilidades empáticas —las cuales no activaron ninguna alarma.

—En cualquier caso —dijo Jax—, sospecho que Pol Haus y su gente realizarán sus propias minuciosas comprobaciones en ambos.

I-Cinco seguía sin estar satisfecho. —Dudo que el equipo de forenses del prefecto incluya a un investigador versado en los caminos de la Fuerza.

La conversación fue interrumpida por la llegada del convertible de Dejah. Mientras se deslizaban con la corriente de tráfico, Jax se mordió el labio inferior. Esperó a que se colocara junto a un transporte que era tan feo como funcional. En menos de un minuto estaban acelerando en automático. Entonces la zeltron le miró. — ¿Ahora qué?

—Supongo que tienes una lista del resto de compradores de Ves y de cualquier contacto social no profesional.

Ella asintió.

—Quienquiera que le matara dejó el estudio intacto. Todavía no lo he comprobado detalladamente. —Su mirada se volvió hacia adelante, para abarcar la masiva corriente de tráfico entre los enormes edificios—. Si no se ha perturbado nada, toda esa información seguirá allí. Después de dejaros, iré a recogerla.

—Bien. Haremos una lista y empezaremos a seguirla.

—¿Qué vamos a buscar? —preguntó ella.

—Cualquier conocido cercano que haya desaparecido, o simplemente que se haya mudado. Cualquiera que intentara comprar una o más obras de Ves antes de que muriera. Y especialmente a cualquiera que pudiese tener algún resentimiento contra él. Político, profesional, nunca se sabe en una situación como esta. Una venta que fue retirada. Una negociación por una pieza particular que fracasó. Algo tan insignificante como un insulto percibido asestado en una reunión —la miró—. Confiaremos en que recuerdes cualquier incidente de ese estilo.

—Haré todo lo que pueda —prometió ella.

El deslizador aéreo aceleró mientras la zeltron lo sacaba de la fila y se zambullía en dirección a Poloda Place.

# Doce

Aurra Sing entró en la cámara de su nuevo patrón. Los dos Guardias Rojos que la escoltaban se detuvieron en la entrada. La puerta se cerró con un siseo detrás de ella, y se quedó sola con Darth Vader.

Permaneció de pie, observando sus alrededores, pero sin dejar que la absorbieran. La habitación estaba débilmente iluminada para los estándares humanos, pero la iluminación de bajo nivel no suponía un obstáculo para su visión. Podía ver claramente las dimensiones de la pequeña cámara, podía ver que no había muebles salvo por una adapto-silla y un escritorio. Una de las paredes estaba cubierta de pantallas con lecturas gráficas, conectores seriales, y otros dispositivos que no reconoció inmediatamente.

Vader se encontraba en el extremo opuesto de la habitación, el estentóreo sonido de su respiración, regular y constante, llenaba el aire. Los orbes insectoides que cubrían sus ojos —si es que tenía ojos— estaban vueltos hacia ella, pero con Vader, uno nunca podía saber a qué estaba mirando. Su visión parecía abarcar todas las direcciones. Y lo que no podía ver con sus ojos, Sing sabía, lo sentía a través de la Fuerza.

Se preguntó cómo dormía…o más bien si dormía.

Uno de los muchos rumores sobre el ser oculto en el biotraje sostenía que había sido horriblemente abrasado por ácido o por fuego, y como resultado del daño sufrido por sus pulmones y su garganta necesitaba monitorización y asistencia constante del aparato respiratorio portátil, el cual le impedía tumbarse durante largos periodos de tiempo. Así que, de acuerdo con las especulaciones, se veía obligado a descansar mientras permanecía sentado o de pie.

La mayor parte de los rumores sobre su origen, por muy disparatados que fueran, coincidían en una cosa: Vader era más máquina que hombre. Se preguntó qué lo motivaba, que le hacía seguir adelante día tras día. Incluso un Lord Sith —se rumoreaba que Vader lo era—, necesitaba un incentivo para llevar a cabo los encargos que Palpatine había elegido para él o aquellos que él mismo había seleccionado, para esforzarse por completar tareas que otro podría encontrar abrumadoras.

Ella pensaba que lo sabía.

El odio le impulsaba.

El odio motivaba a Vader a vivir día y noche. El odio era el combustible que alimentaba su existencia. Se había entregado al lado oscuro de forma completa e incondicional. Sing estaba segura de que no quedaba dentro de él nada de humanidad, compasión o simpatía por sus compañeros humanoides o por cualquier otra especie inteligente. Su propia conexión con la Fuera era lo suficientemente fuerte para decirle que Vader no distinguiría o discriminaría entre ninguno de ellos.

Aquellos llevados ante su presencia podían estar seguros de una cosa: todos serían tratados sin misericordia.

Para que el odio tuviese éxito como forma de motivación, hacía falta concentración. Uno necesitaba un sujeto, o sujetos. Sing sospechaba que eso no era problema para Vader.

Siempre había alguien nuevo al que despreciar, algún individuo previamente desconocido sobre el que centrar su atención y enemistad. Y si aparecía un periodo inactivo, siempre podía confiar en el Emperador para que le proporcionara sujetos frescos que investigar y tratar.

Palpatine también odiaba indiscriminadamente, había oído decir, pero podía controlarlo mejor, podía manipular más exquisitamente todo el poder del lado oscuro.

Sin duda, Vader aspiraba a ejercer también tal poder algún día.

Pero por ahora, el odio que le llenaba y emanaba de él era una tormenta de fuego incontrolable, un río enfurecido, un reactor en sobrecarga permanente. Emitía furia con cada latido de lo que quedaba de su corazón. Le impulsaba de la misma manera que alguna meta oculta, o un deseo profundo, o una necesidad no satisfecha impulsaría a otros hombres menores.

Sing podía sentirlo, como el calor radiante que escapaba de un alto horno cerrado. Él no podía amortiguarlo completamente; lo único que podía hacer era dirigirlo. En ese aspecto, ella sabía, tener un propósito era útil.

Y ahí era donde encajaba Jax Pavan. Y ella también.

Indudablemente había multitud de manipulaciones en curso que exigían la mayor parte de la atención del Señor Oscuro. No podía ser fácil, especuló Sing. Cambios gubernamentales tan vastos no ocurrían en un momento, o por las órdenes de todo un día. Todavía quedaba mucho por hacer: convencer, persuadir, sobornar o asesinar a importantes nobles y políticos; conseguir grandes acuerdos comerciales; y comprometer mediante tratado a especies tanto humanoides como no humanoides o bombardearlas hasta el exterminio. Por mucho que hubiese disfrutado rastreando y eliminando personalmente a ese Jedi turbulento, Jax Pavan, cuando los destinos de mundos enteros estaban en juego, la atención debía centrarse en los asuntos del Imperio. Tenía que resignarse, al menos por ahora, a encargarse de Pavan a través de una segunda persona. Una profesional.

Aurra Sing.

Ella estaba desarmada, por supuesto. Sus armas habían sido confiscadas en la entrada del Palacio. Aunque Vader era el amo de todo lo que examinaba, ella no lo consideraba tan tonto para confiar en la Fuerza como único medio de garantizar su seguridad. Estaba muy bien dejar que el lado oscuro fluyera a través de uno. Para ser verdaderamente efectivo, sin embargo, se necesitaba no sólo manipularlo con destreza, si no guiarlo con inteligencia. Fuerza o no Fuerza, Vader no era de ninguna manera tan tonto como para permitir algo tan simple, utilitario y letal como una primitiva bomba o desintegrador en su presencia.

—Sing —un único monosílabo de reconocimiento.

—Lord Vader —no hizo una reverencia, salvo por una leve inclinación de la cabeza. Si Vader se molestó por ello, no mostró ningún signo.

—Tu presencia te precede.

—Sólo para alguien que conoce la Fuerza —sin ser incitada, sin haberle dado permiso, se acercó unos pasos más—. Vaya residencia… esta antesala no le hace justicia —dirigió la vista hacia los aparatos electrónicos de la pared y después a él.

Él movió su mano enguantada en negro. —Mi… estilo de vida… requiere atención constante y la utilización de ciertos accesorios técnicos que son desconocidos para muchos.

Asintiendo, ella examinó los ángulos afilados que habían sido moldeados en el techo, los cartuchos dentados de las paredes. —Veo que prefiere lo abstracto en cuanto al diseño.

—Me siento muy cómodo cuando estoy rodeado por patrones inorgánicos y precisión matemática.

—Sí —estuvo de acuerdo ella, bajando la vista para contemplarle directamente—. Sus pasiones son, o eso se dice, cuantificables y clínicas —su tono se volvió curioso—. ¿O son simplemente meras diversiones?

Su tono no cambió, pero aun así parecía más frío. — ¿Presumes de intentar comprender mis motivaciones? Eso está más allá de tu alcance. Más allá del alcance de cualquiera.

—No presumo nada —le dijo ella—. Me gusta tener la mejor comprensión de quien quiera que me contrate. En mi trabajo es importante saber todo lo que puedas sobre tu objetivo. También es útil saber todo lo que puedas sobre quien te paga.

—Créditos —la enorme figura oscura ante ella dejó escapar un siseo burlón—. Qué cosa tan débil para motivar y vincular a la gente.

Ella se encogió de hombros. —A mi me funciona. ¿Por qué lo remplazaría?

Su voz se elevó, al igual que un puño apretado. — ¡Unidad! ¡Organización!

Ella dijo irónicamente —Me quedo con los créditos, gracias.

Él hizo un gesto desestimando la cuestión. —Incluso entre aquellos de los que se esperaría algo mejor, el rebuzno de los tontos es ensordecedor.

Sing se tensó. No tenía armas, pero eso no significaba que estuviera indefensa. —¿Está llamándome tonta…Lord Vader?

Él se rió.

Pocas personas habían escuchado reír al Señor Oscuro del Sith. Cuando estaba divertido, su reacción emitida por el equipo de respiración especial que le envolvía se inclinaba más hacia un sonido siseante. Pero esa era risa auténtica, tan genuina como carente de humor.

—Me diviertes —se inclinó levemente hacia adelante—. Una rara ocurrencia, una que por sí misma justifica una parte de lo que el gobierno imperial está pagándote.

Dejando que su pie izquierdo retrocediera levemente y agachándose mínimamente, le miró fijamente. Esa monstruosidad de tejido negro y metal estaba haciendo que perdiera

los nervios. En las raras ocasiones en las que eso ocurría, normalmente resultaba en la muerte de alguien.

—No soy el bufón de la corte de nadie. Me contrató para capturar a alguien o, si eso fallaba, matarle. No soy reacia a matar a dos por el precio de uno.

La diversión de Vader en ese momento no tenía límites. Sus manos enguantadas en negro estaban extendidas. —Pero si me matas, Aurra Sing, ¿quién quedará para autorizar el pago de los créditos que tan ardientemente deseas?

Girando su cabeza hacia un lado, escupió deliberadamente sobre el pulido suelo. —Ya he rellenado los impresos necesarios.

—¡Maravilloso! —dijo él, riéndose de nuevo—. Eres más de lo que esperaba que serías. Preveo el desarrollo de una relación profesional duradera y mutuamente beneficiosa entre nosotros.

Los halagos resbalaron sobre la cazarrecompensas como el mercurio sobre el acero. —Sólo continúo trabajando para alguien a quien respete…y que me respete.

—Así que es respeto lo que quieres, ¿verdad? —dio un paso hacia adelante y ella se tensó, ambas manos se apretaron lentamente—. Pensaba que sólo era una suma de créditos. El dinero se entrega con facilidad, Sing. No es más que paja. El respeto…el respeto no puede entregarse. Debe ser ganado.

Fue directamente hacia él.

Sólo necesito unos pasos. Un poco de Fuerza en perfecta armonía con bandas de ágil músculo. En un segundo, un puño impactaría en su cara y ella vería de qué estaba hecha esa compleja armadura. No conocía a nadie que hubiera visto nunca lo que había debajo de esa máscara. Ella pretendía ser la primera.

Su puño nunca hizo contacto. Alzando su mano derecha y moviéndola en un rápido arco, Vader bloqueó el golpe y envió el cuerpo que venía tras él volando a través de la habitación. Mientras volaba, una sorprendida pero todavía completamente consciente Sing se encogió y giró. Golpeó con dureza la pared opuesta, rebotó, aterrizó de pie e inmediatamente se lanzó contra él de nuevo.

—Los reflejos de un animal —murmuró Vader. Su sable láser colgaba en su cintura. Lo ignoró, sus dedos no se acercaron en ningún momento al arma—. Eso es lo que el Imperio necesita: unos cuantos animales bien entrenados y domesticados.

—¿Domesticados? ¡Yo le enseñaré quién está domesticado! —saltó alto, pateando, y en mitad del salto de alguna manera se dobló hacia un lado para patear más fuerte con la otra pierna.

Con un movimiento sobrenaturalmente rápido, pero que de alguna forma parecía casi lánguido, Vader esquivó, alzó un brazo, y con una mano enguantada la tocó levemente en el medio de su espalda. Un golpe serio en esa posición podría haberle roto la columna. El toque del Señor Oscuro fue más una caricia. Estaba mostrándole lo que podía haber hecho.

Aterrizando agazapada, con una expresión feral en la cara, corrió de nuevo hacia él, esta vez agachada. Su velocidad era sorprendente: un droide se habría visto apurado para

igualar su aceleración. Descendió hasta el suelo y movió su pierna derecha en un poderoso círculo de barrido. Su intención era hacerlo caer.

Habría sido igual que intentar hacer caer un árbol de bronce. En el último momento el Señor Oscuro apuntó ambas manos hacia la cazarrecompensas giratoria. Una profunda oleada de Fuerza atravesó la habitación. Los guardias apostados en el pasillo cercano casi cayeron al suelo. Pero la fuerza de la emanación no había sido dirigida hacia ellos.

Casualmente, como si inspeccionara una nueva exhibición que hubiera sido donada al Museo Imperial, Vader caminó alrededor de la figura inmóvil del suelo. Aurra Sing yacía sobre la espalda, incapaz de moverse. Era como si un peso gigante la apretara hacia abajo. Hirviendo de impotente rabia, observó como el Señor Oscuro pasaba por su campo de visión y continuaba.

Sintió, más que vio, como hacía un gesto descuidado, y pudo volver a moverse. Sing se llevó una mano a la garganta. Momentáneamente calmada, la furia que había estado bullendo dentro de ella empezó a regresar. Se puso en pie.

Sin ni siquiera mirar en su dirección, Vader hizo un gesto distraído a su visitante. —Suficiente, asesina. Repites el error fatal de alguien que sólo conoce una diminuta parte del lado oscuro.

Refrenándose con un esfuerzo, permaneció jadeando y mirándole fijamente. — ¿Y cuál es?

—No sabes cómo controlarlo. Dejas que te controle. Esa es la diferencia entre maestro y aprendiz. Haces buen uso del acceso que tienes a la Fuerza, pero me temo que nunca lo dominarás.

Ella todavía tenía las manos alzadas en una postura defensiva.

—Si va a matarme, deje de hablar y hágalo.

—¿Matarte? —por primera vez, Vader sonó sorprendido—. ¿Por qué querría matarte? Aunque imperfecta, sigues siendo más útil que el vasto número de incompetentes con los que trato diariamente. Muestras coraje, habilidad, determinación. Esas no son cualidades que puedan desaprovecharse, ni siquiera en alguien tan estúpidamente terca. ¿Por qué mataría a quien puede serme útil?

Ajustó algo en el panel de su pecho, y su voz se volvió algo menos áspera. —Ahora: ¿qué progresos hay en tu búsqueda del Jedi Jax Pavan?

La respiración de Sing se ralentizó. Aflojándose, sus manos cayeron a los costados. Relajándose de esa manera se encontraba indefensa, pero contra Vader no parecía importar si uno se preparaba para la batalla o no. El resultado estaba asegurado, y no necesitaba la Fuerza para verlo.

—He estado haciendo averiguaciones. Aunque mi reputación es extensa, no soy conocida personalmente en Centro Imperial por muchos de aquellos cuyos servicios utilizaría normalmente. Requiere tiempo convencer a los seres inferiores de que uno es quien dice ser —sonrió—. Tuve que romper un surtido de huesos y cartílago.

—Todo al servicio del Imperio —observó Vader—. Haz lo que debas. La metodología no me importa. Sólo me interesan los resultados.

Ella asintió. —Eso me habían dicho.

—¿Necesitas algún acceso que te esté siendo negado? Una sola palabra mía y…

Ella se atrevió a interrumpirle. —Lo sé. Me estoy acercando. No me llevará mucho. Puedo sentirlo.

—¿A través de la Fuerza? No me había percatado de que estabas tan cerca.

—No por la Fuerza —le dijo ella—. Instinto. Algo diferente a la Fuerza. Llámelo retroalimentación por toda una vida haciendo esto.

—Sé que has vivido mucho. Puede que continúes viviendo…

Ella se inclinó levemente. —Para servirle, Lord Vader.

La encasquetada cabeza se inclinó ligeramente en respuesta, entonces retrocedió. —Parece que el perro puede aprender, después de todo. Alentador. Ve ahora, perro, y regresa con el hueso que te envío a buscar.

Ella se inclinó por segunda vez. Entonces sonrió sin alegría, se volvió y salió de la sala a grandes pasos.

No había sido una reunión convencional, pero había sido útil. Marchándose, sintió que le había mostrado algo de sí misma al Señor Oscuro. Y cualquier encuentro con Darth Vader que no resultara en la muerte o la mutilación del visitante podía considerarse exitoso.

# Trece

Probablemente, el Mercado Ploughtekal no era el más grande de Centro Imperial, pero era difícil decirlo con seguridad, puesto que nadie había calculado nunca su extensión completa. Además, sus límites físicos y la densidad de comerciantes que tenían su hogar en él cambiaban continuamente. Los que tenían sus negocios, y a menudo también vivían allí, no estaban muy dispuestos a colaborar con las autoridades. Si eran censados, tendrían que pagar impuestos.

Se decía de Ploughtekal que podías encontrar cualquier cosa de la galaxia dentro de sus profundidades en forma de colmena. Legal, ilegal, inimaginable: estaba todo allí para aquellos que supieran cómo trabajar las innumerables calles y los múltiples niveles. Un gran número de tiendas ni siquiera se encontraban listadas en los registros electrónicos. Tenías que encontrarlas a la manera tradicional: caminando y preguntando direcciones.

Las noticias se movían casi tan rápido de boca en boca por las calles y avenidas de Ploughtekal como por holotransmisión.

La policía del sector obtendría información sobre un establecimiento ocupado en asuntos especialmente antisociales, y para cuando la patrulla hubiera llegado al lugar indicado, todo el negocio habría empacado y se habría desvanecido: sólo para reaparecer en alguna otra parte, a kilómetros de distancia y niveles por encima o debajo, bajo un nombre y una apariencia completamente diferente. Era un juego con cientos, miles de piezas en continuo movimiento, como un estadio lleno de maestros del dejarik jugando simultáneamente unos en los tableros de los otros. Era, en otras palabras, un lugar que Den Dhur consideraba nada menos que el infierno de un diseñador urbano.

La calle era estrecha y estaba atestada de puestos mercantiles que vendían de todo, desde tiras de halcón-murciélago asado hasta holos subidos de tono, y parecía más abarrotada por la heterogénea variedad de seres que evaluaban esas mercancías. La cacofonía de gritos, chillidos, siseos, gemidos, estridulaciones, y otras formas de comunicación hacían que Den temiera que empezaran a sangrarle los oídos. Añádale a eso el intoxicante y húmedo tufo de la cocina al aire libre, desde una bullabesa gungan a un luau wookiee, especias, cápsulas letales, barritas estimulantes, otras sustancias que alteran la mente, y como siempre, el abrumador hedor multifásico de los cuerpos sin lavar, y el resultado era un completo asalto sinestésico. Hacía que su estancia en Drongar palideciera en comparación.

Mientras atravesaba el Nivel H-26, Den estudió las lecturas en el compacto Asistente Multi-Tarea, o AMT, que llevaba. Contenía una lista de todos los componentes que Jax necesitaba para construir un sable láser rudimentario. Eran los objetos mínimos necesarios para construir el elegante y mortal instrumento que identificaba a un Jedi. Una segunda lista acomodaría esos componentes que haría que la construcción final fuera no sólo funcional, sino digno de su dueño.

La mochila que rebotaba contra su espalda estaba medio llena. Ciertas partes eran lo suficientemente inocuas —lentes de enfoque y un emisor; un superconductor y una célula

de energía— y por tanto comparativamente fáciles de obtener. A pesar de los recursos de Ploughtekal, había otros componentes que estaban demostrando ser más difíciles o prohibitivamente caros. Lenta y metódicamente, las restricciones más recientes estaban cediendo ante los contactos del reportero o su habilidad de negociación. Aun así, se percató sombríamente Den, sin el CEC el resto de componentes eran inútiles.

—¡Hey, mira por dónde vas, floob!

El enorme macho herglic que casi pasa por encima de Den se apresuró a echarse a un lado. Con un contrito hauuum, hizo un gesto de disculpa. Podía haber aplastado fácilmente al irritado sullustano con un paso, pero los herglic tendían, como especie, a sentirse avergonzados por su tamaño, por lo que Den se había sentido seguro siendo grosero. Si la colisión inminente hubiese sido con el par de flexibles cantrosianos que iban inmediatamente detrás del herglic, habría sido menos brusco. Un rápido manotazo con una de sus zarpas le habría dejado con un mal caso de fiebre por arañazo cantrosiano.

Suspiró y volvió a mirar a la lista de su AMT, comprobando electrónicamente algunos objetos más. Personalmente, pensó, creo que lo hemos hecho muy bien consiguiendo todo lo que tenemos. Especialmente considerando las limitaciones de tiempo y fondos. Entre sus esfuerzos y las cosas que había reunido Rhinann durante su búsqueda anterior, Jax ya debería tener suficiente al menos para empezar. Den tenía que admitir que, aunque a veces la compañía del elomin pudiera ser intolerable, el humanoide coronado de cuernos sabía lo que hacía.

Moviéndose de tienda en tienda, de contacto en contacto, de alguna manera había conseguido obtener parte tras parte a precios que podían permitirse. Pero el componente clave del sable láser —el CEC— continuaba eludiéndole.

—Aún no he terminado —murmuró. Todavía quedaban algunos lugares en el corazón del mercado que pretendía visitar.

Aunque parecía imposible, la multitud se volvió más densa mientras se adentraba más profundo en el hirviente y frenético complejo. Den sabía que era lo típico de cualquier mercado, pero en uno del tamaño de Ploughtekal el apretujón constante podía volverse abrumador, si no realmente peligroso, especialmente para alguien cuya raza se encontraba en la parte más baja de la escala de medida humanoide.

Por otro lado, su altura comparativamente diminuta le permitía adentrarse en lugares a los que representantes de especies más corpulentas no podían acceder.

Desafortunadamente, ninguno de esos puestos tenía nada ni remotamente parecido a un CEC a la venta. Al fin estaba listo para admitir la derrota.

Con lo que hemos conseguido y con lo que ya tiene, Jax puede montar un sable láser, pensó mientras se dirigía al límite oriental del gran mercado. Solo que no funcionará. El sullustano caminaba pesadamente mientras se aproximaba a la salida del mercado. Estaba cansado de ser empujado o ignorado por seres más grandes y torpes. Bueno…si lo hace lo suficientemente pesado, siempre puede lanzárselo a la gente.

Justo cuando estaba a punto de salir, sin embargo, el destello de algo captó su atención. Se volvió y contempló un kiosco que vendía, entre muchas otras cosas ilegales,

réplicas de placas de la policía del sector. Den se detuvo y las contempló pensativamente. Había visto identificaciones falsas con anteriodidad, y tuvo que admitir que la calidad de esas era bastante buena. El rango, la foto y el número de placa parecían flotar, de forma clara y precisa, a escasos milímetros sobre la propia placa.

El propietario del kiosco, un viejo y reumático toydariano, observó su interés. Rebuscando tras el mostrador, sacó otra placa, cuya foto era de un sullustano. Con una sonrisa la alzó.

—¿Eh? ¿Eh? Parecido perfecto ¿verdad? Sólo cuatro créditos…¡una ganga!

El parecido no era perfecto, como Den podía ver claramente. La persona del holo tenía orejas y labios más finos; su piel era en cierta manera de un tono más claro. Pero también sabía que diferencias tan sutiles no le importaban a nadie excepto a otro sullustano. Para muchos seres, los representantes de otras razas que no eran la suya eran casi imposibles de diferenciar.

Abruptamente, sacó su libreta. Tenía una idea…

La rebosante superficie de Centro Imperial estaba salpicada de innumerables edificios que habían sido diseñados principalmente para impresionar. Por ejemplo, lo que hacía que el Estadio Orvum fuera único no era su capacidad para albergar a cientos de miles de clientes, sino el hecho de que cada uno de los asientos podía ser ajustado para acomodar las necesidades individuales de cientos de especies diferentes.

Arracimadas a corta distancia, el Polígono Protoriano consistía en cinco imponentes agujas conectadas por una burbuja de cristaline completamente transparente que contenía tres restaurantes de exquisiteces y una pasarela turística.

Sustentada mediante poderosos campos tractores y de presión, la Torre Aquala se elevaba ligeramente hacia el cielo…pero estaba compuesta enteramente de agua.

Los visitantes no acuáticos podían ponerse un accesorio de respiración subacuática en la cima o en la base y nadar a través de múltiples niveles de auténtica vida marina, mientras que los ciudadanos de mundos submarinos podían relajarse y disfrutar del escenario sin tener que verse agobiados por equipo especial de hidrorrespiración.

Las compañías más grandes de la galaxia competían constantemente para crear bases de operaciones corporativas que fueran las más espectaculares, las más innovadoras, y las más reconocibles de Centro Imperial. El complejo de oficinas de Máquinas Mobolo consistía en media docena de torres celestiales en lento movimiento constante. Demostrando la competencia de su línea de productos, la base de operaciones de Repulsores Kiskar flotaba exactamente a cinco metros sobre el suelo. Cualquiera podía caminar por debajo de la enorme estructura y maravillarse de la energía y la tecnología que la mantenían no sólo a flote, sino en la misma posición, día tras día.

El capitán Typho bajó de un aerotaxi en el borde de un complejo estructural que no era tan alto como ciertos cortanubes, ni tan elaborado como muchos centros comerciales, y no tan ecléctico como la mayoría de los lugares de Coruscant de gran entretenimiento. A pesar de una modestia arquitectónica deliberada, los edificios que se alzaban ante él

eran a su manera algunos de los más impresionantes del planeta, pues constituían las colmenas burocráticas del gobierno imperial.

Para el centro de operaciones de sus divisiones de servicio civil, el Emperador había escogido adaptar y modificar un complejo de negocios existente. Ostensiblemente se hacía para ahorrar tiempo y dinero. El propósito real era desviar la atención de las muchas modificaciones interiores instaladas, algunas de las cuales habrían horrorizado a los pocos grupos largamente establecidos que defendían los derechos de los ciudadanos y que todavía existían bajo el Nuevo Orden.

Desde el exterior, el grupo de estructuras de oficinas conservaba su apariencia inocua y poco agraciada. Dentro, habían sido cambiadas hasta ser irreconocibles. Además de prisión especializada de alta seguridad diseñada para alojar a detenidos peligrosos y políticamente sensitivos, había un centro médico completo con la pretensión de proporcionar la mejor atención disponible a la plantilla Imperial. Las habitaciones hacían gala de varios grados de opulencia; las instalaciones de comunicaciones más modernas y eficientes mantenían al nuevo gobierno en contacto con sus vastos y extensos mundos integrantes, colonias y aliados. Como con el propio Palacio, había sistemas de soporte de vida redundantes, capaces de sustentar un entorno habitable indefinidamente. Si era necesario, las extensas instalaciones podían funcionar sin ningún contacto con el mundo exterior, lo que significaba que, si el resto de Centro Imperial cedía al caos y se colapsaba, las oficinas Imperiales continuarían funcionando.

Mientras entraba, Typho quedó impresionado pero no atemorizado.

El propósito que le impulsaba, que le había llevado hasta allí desde Naboo, era más grande que cualquier edificio, más poderoso que cualquier amenaza, y elevaba su espíritu más alto que cualquier cima de cualquier cortanubes.

Una vez dentro, se deslizó en una corriente constante de visitantes. Mientras que el flujo era más o menos ordenado, los representantes de una mayoría de mundos civilizados se empujaban ocasionalmente y luchaban por ganar posición. Nadie iba a ese lugar por placer; todo el mundo tenía negocios de un tipo u otro que requerían su presencia personal, en contraposición de la holográfica. Typho entendía esto muy bien. Su propia preocupación ciertamente lo requería. La venganza no era una cuestión que pudiera llevarse a cabo desde la distancia.

Aunque el complejo era enorme, estaba diseñado para permitir que visitantes y empleados cumplieran con sus tareas o completaran su trabajo en un día. Tenía que ser eficiente. No tendría sentido tener suplicantes de otros mundos acampando en los pasillos con la esperanza de resolver sus problemas en algún momento de los siguientes días o semanas.

Typho se encontraba entre los menos probables de sufrir un retraso tan teórico. Como oficial y burócrata de Naboo, entendía el funcionamiento de los complejos sistemas gubernamentales. Aunque este era incomparablemente más grande que cualquier equivalente de su mundo natal, las pautas por las que operaba eran similares. A pesar de

los ocasionales contratiempos o callejones sin salida, tuvo pocas dificultades serias para rellenar los formularios requeridos y recorrer la instalación.

Su persistencia le llevó finalmente a una modesta sala ocupada por una docena de seres sentados en sus puestos de trabajo. La mitad de ellos eran humanos; el resto comprendía varias especies. El burócrata de mediana edad ante el que se encontró finalmente comprobó sus datos vitales y reconoció su validez con un chillido de aprobación.

Typho se había encontrado con jenets anteriormente en puestos similares. Bajos y rechonchos, con características faciales de roedor, dientes prominentes, pelo blanco y pelaje facial no eran, desde una perspectiva humana, los más atractivos de los bípedos. Pero eran trabajadores incansables y particularmente afamados por sus memorias casi infalibles. Aunque el Emperador era bien conocido por sus políticas humanocéntricas, era suficientemente listo para contratar a las especies adecuadas para el trabajo. Y quién mejor, reflexionó Typho mientras tomaba asiento frente a la diminuta criatura, para servir en una posición burocrática sensible donde el recuerdo de los detalles era esencial.

La voz baja del jenet fue interrumpida por una buena cantidad de toses y resoplidos, pero su dominio del Básico era bastante admirable.

—Veamos. Se llama Typho, capitán de seguridad de la Casa Real de Naboo.

—Sí.

—Soy Losh. He visto fotografías de su mundo natal. Un lugar horrible, lleno de agua.

Typho asintió. —Tal vez, pero nada puede compararse con Garban en cuanto a pura repulsividad global.

Ante el insulto hacia el planeta que dio origen a su especie, el jenet movió sus bigotes. Estaba muy complacido y no menos sorprendido.

—¿Está familiarizado con la sociedad jenet?

—Con lo básico —contestó Typho modestamente—. Como oficial de seguridad tengo que conocer el protocolo galáctico. No sería adecuado recibir a alguien del sistema Tau Sakar, mucho menos del propio Garban, con un cumplido florido.

—Ciertamente no lo sería —el burócrata estaba impresionado; eran pocos los visitantes que conocían y entendían que tradicionalmente los jenet se saludaban unos a otros con insultos.

—Está claro que es quien dice ser. Ciertamente su currículum es impecable —acariciando un bigote del lado izquierdo de su cara rosada, el oficial estudió la información que flotaba ante él—. De acuerdo con los registros, esta no es su primera visita a Centro Imperial.

Typho asintió de nuevo. —Ya he tenido el placer, sí.

—No tengo que decirle que hay mucho que ver y hacer aquí —su suspiro surgió como una serie de cortos y bajos chillidos—. Aunque como funcionario de nivel medio, soy afortunado si puedo pasar con mi familia más de una semana o dos al año disfrutando de tales placeres.

¿Cuál es su propósito aquí, Capitán Typho?

Aunque el entrevistador estaba siendo afable y cordial, Typho no bajó la guardia ni un minuto. El jenet sólo estaba haciendo su trabajo de la forma más eficaz posible: Haz que tu visitante se relaje, haz vagar su mente, y entonces busca la información que realmente quieres.

—No soy un turista —le dijo Typho directamente.

Los bigotes se agitaron. —Ya lo he supuesto. Venir a este lugar no encaja con el perfil de un turista. Así que, una vez más: ¿qué es lo que quiere?

—Información.

—¿Qué más? —con un gesto casual Losh indicó a sus alrededores—. El Emperador no creó este complejo para proporcionar entretenimiento. Esta sección se ocupa de los viajes gubernamentales. Es un oficial gubernamental, si bien de un sistema planetario menor. Déjeme adivinar: busca detalles relativos al viaje de alguien desde Naboo. Alguien que ha usado fondos del gobierno para visitar Centro Imperial con fines no gubernamentales.

—No —le dijo Typho.

—Ah. Entonces está rastreando a alguien que ha violado la seguridad de Naboo y ha huido hasta aquí o ha venido buscando evitar la acusación.

—Eso tampoco —aunque la segunda suposición del burócrata estaba mucho más cerca de la realidad, el capitán fue capaz de responder honestamente.

La curiosidad del jenet se había despertado. Puesto que esto representaba un descanso de la monotonía diaria, se involucró más de lo normal.

—Algo fuera de lo habitual, entonces. Capitán, por mucho que me divierta conversar con usted —a pesar de que la visión de su horrible cara me revuelve el estómago— todavía tengo que alcanzar mi cuota diaria administrativa. ¿Cómo puedo ayudarle? Sea conciso.

—Puede usar esos sucios ojos de carroñero —replicó Typho educadamente—, para buscar los nombres de visitantes a un cierto planeta en un par de fechas específicas.

—Detalles de viaje —los bigotes oscilaron—. Simple.

Sus dedos rosados se alzaron en el aire, colocándose delante de las luminiscentes e insustanciales imágenes de control sobre el escritorio. —Continúe.

Typho intentó no mostrar su nerviosismo mientras proporcionaba los parámetros. —En la fecha en cuestión la Senadora Padmé Amidala de Naboo sufrió heridas mortales en un emplazamiento minero en Mustafar. En ese momento estaba bajo la protección de un Jedi llamado Anakin Skywalker.

Aquí era donde su búsqueda podía volverse difícil —y peligrosa—. Necesito saber si el Jedi en cuestión sobrevivió y, si fue así, su posible localización.

Los bigotes del jenet se tensaron abruptamente mientras apartaba las manos del aura flotante de instrumentos.

—Todos los Jedi están muertos. El Emperador ha eliminado esa infestación particular de la galaxia.

Es una violación de la ley Imperial buscar cualquier información sobre ellos. Como oficial de seguridad, usted mejor que nadie debería saberlo, Capitán.

Typho había anticipado esta reacción.

—La inesperada y aparentemente violenta muerte de la Senadora Amidala, que era muy querida por su pueblo, fue una tragedia de la que mucha gente en Naboo aún no se ha recuperado. Como oficial al cargo de su seguridad personal, tengo un interés especial en descubrir los eventos relacionados con su muerte. Aunque obviamente es un oficial que no ha conseguido ascender más alto a una posición demasiado complicada para su débil mente, estoy seguro que puede entenderlo y simpatizar con ello.

—Como oficial que tiene que tratar diariamente con idiotas intrusivos como usted, supongo que puedo. Simpatizar, sin embargo, no es un componente de la descripción de mi puesto de trabajo.

—Recibiré información sobre simpatía cualquier otro día —le aseguró Typho.

Mientras el oficial dudaba, Typho se tensó e hizo todo lo que pudo para no mostrarlo, sabiendo que el jenet podía dar por terminada la visita en cualquier momento y despedir a su visitante. Si eso ocurría, Typho tendría que empezar de nuevo desde el principio en otra parte, en una sección diferente con un burócrata diferente. Y una búsqueda cruzada instantánea revelaría a un segundo entrevistador que al capitán ya se le había concedido una sesión previa, lo que significaría que tanto él como su petición serían descartados al momento, si tenía suerte. Si no la tenía…interiormente, Typho se encogió de hombros, aunque su preocupación era por fallar a Padmé, más que por salvar su pellejo.

Después de un momento largo, los dedos de Losh empezaron a moverse de nuevo a través de la proyección que flotaba ante él.

—No estoy seguro de por qué le estoy ayudando. Nada lo requiere. Investigar los viajes de los Jedi está fuera de mi alcance.

—Lo hace porque es una solitaria, frustrada e insoportable excusa de administrador —le dijo Typho.

La rosada cabeza del jenet se movió arriba y abajo, el pelo blanco cayendo por su espalda viró ligeramente con el movimiento.

—O tal vez me han inspirado para tomarme un descanso de la rutina las absurdas divagaciones de un extramundano obviamente psicótico.

Typho reprimió una sonrisa.

—Podría ser.

Típicamente, se tardaba más en introducir los datos de la solicitud que en recibir la información deseada.

—Sorprendentemente, hay datos en los archivos relacionados con eso que busca. Para que el pueblo galáctico pueda saber qué fin han tenido los criminales comunes, se anota el destino detallado de cada Jedi. Eche un vistazo —deslizando un dedo, el jenet hizo aparecer un duplicado de la lectura que estaba viendo delante del ansioso Typho.

Su mirada recorrió la lista rápidamente. Junto al nombre de cada Jedi se encontraban los detalles de su muerte. Ocasionalmente, aparecían las palabras no verificado,

desconocido, o incluso más raramente, posiblemente todavía vivo. Para estar seguro de sus conclusiones, se obligó a leer toda la lista, aunque no todos los detalles pertinentes, hasta que llegó al nombre que buscaba.

Curiosamente, entre los listados como vivos y posiblemente en Centro Imperial había un nombre con el que se había encontrado recientemente: Jax Pavan. Ese era el Jedi que había estado buscando la cazarrecompensas Aurra Sing.

Bueno, eso era problema de Jax Pavan. Las preocupaciones del capitán eran otras.

Leyó la entrada de SKYWALKER, ANAKIN. Su corazón se aceleró al comprobar que el Jedi en cuestión había fallecido de hecho en el mundo volcánico de Mustafar.

Aunque leyó cuidadosamente todos los nombres subsecuentes, no había mención de Padmé. A pesar de su decepción, sabía que era de esperar.

La lista reflejaba las muertes de los Jedi, no de ciudadanos galácticos «ordinarios». Los detalles de la muerte de Padmé estaban disponibles en los medios generales, especialmente en Naboo.

Leyó la lista otra vez. No se mencionaba lo que Skywalker había estado haciendo en Mustafar en el momento de su muerte, aunque Typho ya lo sabía. Se suponía que había estado protegiendo a Padmé. Más sorprendentemente, no había descripción sobre su forma de morir: meramente que había encontrado su destino en aquel mundo ardiente e inhóspito.

Typho pensó furiosamente. Skywalker no había sido un Jedi cualquiera. Había sido uno de los mejores, personalmente interesado en cuidar de su protegida y excepcionalmente hábil en el uso de la Fuerza. Por mucho que lo intentó, Typho no podía imaginar quién más en Mustafar podría haber matado a Padmé de la extraña manera consistente con la autopsia oficial.

Supongamos que Skywalker había matado a Padmé, pero ¿había escapado de alguna forma subsecuentemente? Pero entonces ¿por qué le mostrarían los informes oficiales como muerto?

Independientemente de si el Jedi había asesinado a Padmé, el Emperador quería muertos a todos los Jedi. Nadie de los círculos oficiales le protegería. En todo caso, sabiendo que había matado a Padmé le convertiría en un ejemplo perfecto de traidor para que el Imperio lo utilizara.

Asumamos entonces lo contrario. Creamos lo que dicen los informes oficiales. Anakin Skywalker estaba muerto. Aunque su forma de morir no se describía, Mustafar, después de todo, era un lugar donde la muerte ardiente esperaba a cada paso. Si el Jedi hubiese perecido como consecuencia de caer en lava hirviendo o al ser enterrado por una erupción, ¿por qué los informes no lo mostrarían? La omisión implicaba que había muerto por otros medios.

¿Por otras manos? se preguntó Typho.

Había visto por sí mismo la habilidad y el manejo de la Fuerza de Skywalker. Si los medios naturales no eran responsables —y si lo eran, el capitán no veía la razón por la

que no debería reflejarse en el informe oficial— entonces eso sugería que la culpa era de una persona o personas. Eso tenía sentido.

Quienquiera que quisiera muerta a Padmé y la hubiera matado de forma tan ingeniosa, comprensiblemente habría tenido que matar a su guardaespaldas primero. ¿Era posible que existiera un individuo con el poder de sobrepasar a un Jedi tan poderoso como Skywalker?

El propio Emperador podría haberlo hecho, Typho lo sabía. Pero la muerte de Padmé había tenido lugar antes de que Palpatine se declarara, y en cualquier caso, Typho no podía concebir ninguna situación en la que su muerte hubiera sido políticamente ventajosa para la ascensión de Palpatine. ¿Entonces quién? Otro Jedi, quizá —pero ¿porqué querría un Jedi matar a otro, por no mencionar a una renombrada, respetada y bien amada Senadora de Naboo? ¿Quién poseía esa clase de dominio de la Fuerza, y esa clase de odio en bruto?

Entonces fue cuando le llegó. Entonces fue cuando todo encajó en su mente.

Un Sith.

Sólo uno de los Señores Oscuros poseía la habilidad suficiente con la Fuerza para sobrepasar a un Jedi tan poderoso como Anakin Skywalker. Sólo uno de esa estirpe podía despachar casualmente a alguien tan bueno y puro como Padmé. Y en cuanto a quién querría verla muerta…bien, con su franqueza en nombre de la República, la Senadora se había ganado bastantes enemigos, tanto dentro como fuera del antiguo Senado. Muchos de los que apoyaron la transición al Imperio habrían estado encantados con su muerte, incluidos los Sith.

Tenía que asegurarse, por supuesto. Por el momento sólo estaba especulando. Pero cuanto más pensaba sobre ello, cuanto más comparaba posibilidades y alternativas, más claro lo veía.

Ahora necesitaba un nombre. Un individuo. Pero difícilmente podía esperar que el mundano oficial sentado frente a él tuviera acceso a los movimientos de los Sith.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Losh—. No es que me importe lo que le ocurra a un miserable suplicante como usted.

—Estoy bien. Sólo asegurándome de que tengo la información que necesito, inútil trozo de comida para gusanos.

Los bigotes del jenet se inclinaron hacia adelante.

—Aunque está aquí por asuntos oficiales, no olvide probar los placeres de la ciudad-planeta —un redondo ojo rojo le hizo un guiño—. Los niveles más bajos en particular ofrecen ciertos placeres que no encontrará en ningún otro planeta. Por supuesto, estando casado y con familia yo no sé nada de eso.

—Por supuesto que no —Typho se levantó de la silla—. Gracias por su tiempo y su asistencia. Espero que se ahogue mañana.

—Y que el suyo sea el cadáver hinchado que suba desde abajo para alzarme —con un movimiento de su mano el roedor burócrata hizo desaparecer la brillante información flotante entre ellos. La consulta había terminado.

Nadie molestó a Typho mientras recorría los pasillos.

Atravesó los escáneres de seguridad sin ser detenido, ya que había dejado su desintegrador y el sable láser que había conseguido de Sing en una taquilla de seguridad antes de entrar al complejo. Todos esos individuos en el remolino de seres que le rodeaba estaban absortos en sus propias preocupaciones.

Puesto que el complejo imperial no era un lugar en el que desperdiciar el precioso tiempo, todo el mundo que pasaba junto al capitán de Naboo asumía que estaba ocupado con un asunto importante. Seguridad no le hizo preguntas.

Buscaban a aquellos con más posibilidades de crear disturbios o entrar en secciones que se encontraban fuera de los límites. Los droides de seguridad pasaban, rodaban o flotaban a su alrededor, ignorando su presencia como él ignoraba la de ellos.

¿Cómo podía descubrir si un Lord Sith había estado en Mustafar en el momento de la muerte de Padmé? Si hubiera estado presente, eso explicaría muchas cosas. Hizo una pausa para entrar en un establecimiento de comida.

Al igual que una máquina, un cuerpo funcionaba mejor cuando era alimentado adecuadamente. Así que comió y bebió, pero la comida podría haber estado hecha de serrín por la impresión que dejó en sus papilas gustativas.

¿Dónde y cómo comenzar? Para otro, esa búsqueda podría parecer perfectamente desesperada, pero no para Typho. Tenía experiencia y conocimientos, así como determinación. Y, habiendo conseguido acceso al complejo imperial, sería más fácil entrar la próxima vez.

Descubrió lo que necesitaba hacer durante los últimos bocados de su comida. Un Sith capaz de matar a un Jedi tan poderoso como Anakin Skywalker indudablemente sería una de las personas a las que el Emperador querría tener cerca —para tenerlo vigilado tanto como para hacer uso de él. Puede que fuera posible descubrir si había algún Sith en el complejo Imperial. Typho había escuchado que durante siglos la Orden Sith había estado compuesta por un Maestro y un aprendiz, pero dudaba que fuera cierto…parecía una manera peligrosa de mantener la Orden con vida. Era más probable que hubiera muchos. Lejos de deprimirle, la idea era alentadora: eso significaba que el asesino de Padmé podía estar al alcance de la mano, acechando en un pasillo o realizando una tarea para el Emperador en alguna parte del complejo. La idea estimuló sus pensamientos y fortaleció su determinación.

Mañana, se dijo a sí mismo. Después de una noche de descanso volvería a buscar información mucho más peligrosa que la que había buscado hoy. No sería fácil. Después de todo, nadie en su sano juicio trataría deliberadamente de dar con un Sith.

Pero el Capitán Typho no estaba en su sano juicio.

Estaba enamorado.

# PARTE II

RITOS DE PASO

# Catorce

Había una razón por la que el Qarek'k era llamado literalmente y no sólo coloquialmente zambullida en el idioma neimoidiano. Para entrar, uno atravesaba un portal desde la calle y entonces caía todo un piso hasta una pasarela de espera. Potentes repulsores colocados a cada lado de la caída detenían a los visitantes uno por uno, sosteniéndolos hasta que el equipo de seguridad colocado en lo alto y a ambos lados examinaba a conciencia a cada visitante. A aquellos que pasaban la prueba se les permitía descender delicadamente hasta el suelo y entrar en el establecimiento. Aquellos que no la pasaban, o que discutían, o que por el contrario intentaban crear problemas eran enviados de vuelta a la calle.

Las armas estaban permitidas. En esa región del bajo Coruscant, eran los peatones desarmados los que se consideraban poco convencionales. Los prácticos dueños del Qarek'k no tenían ningún problema con que la clientela portara múltiples instrumentos de destrucción. Los clientes eran bienvenidos si entraban armados hasta los dientes con todo cargado, incluyendo una bomba táctica. Sin embargo, usar un arma en el establecimiento haría que uno se encontrara con el que era considerado el grupo de seguridad más duro del sector, compuesto por encanecidos veteranos de las Guerras Clon que habían visto y tratado con todo… muchas veces.

Dentro de esa sórdida guarida de ladrones, asesinos, y otros bribones se zambullía una hembra humanoide especialmente atractiva de edad indeterminada, pelo rojo fuego y piel blanca como la nieve. Aurra Sing podría haber enfatizado su entrada fácilmente ejecutando un par de volteretas hacia adelante o giros mientras se dejaba llevar y detener por el campo de la entrada. Sin embargo, no vio razón para esforzarse por entretener a la disoluta clientela del Qarek'k. Así que simplemente saltó desde la calle y esperó pacientemente a que el sistema de seguridad la examinara y la bajara hasta el suelo.

La identificación que se le había proporcionado la reconocía como agente privado en asuntos Imperiales. No fue cuestionado. Ni siquiera el sable láser, que para cualquiera que no trabajara para Vader habría sido motivo para llamar a un pelotón de soldados de asalto e Inquisidores, sólo por alzar una ceja. Ciertamente la autoridad de Vader era penetrante.

Se detuvo mientras el portero, un sakiyano, la miraba de arriba abajo, realizando una última comprobación manual entre su persona y su tarjeta de identidad.

El billete doblado de cien créditos en el reverso de la tarjeta se deslizó hábilmente por la manga del humanoide calvo, y éste hizo un gesto brusco para que continuara.

Aunque su expresión exterior no cambió, Sing sonrió para sus adentros mientras se adentraba en la madriguera laberíntica de habitaciones. Incluso con autorización imperial, nunca era mala idea caerle bien al jefe de seguridad.

Se permitió ser absorbida por el ruido de media docena de bandas diferentes de música en directo. Una tormenta de luces —algunas fijas, otras móviles— bañaba las salas adyacentes en todos los colores y combinaciones posibles, incluyendo infrarrojos y

ultravioleta. Dependiendo de tu especie, exponerte a demasiado de un tono u otro podía dar lugar a una quemadura seria o a un cáncer menor. Los propietarios no asumían ninguna responsabilidad por tales acontecimientos. Cualquiera lo suficientemente mayor, temerario y convencido de los deleites del Qarek'k como para arriesgarse a entrar lo hacía bajo su cuenta y riesgo.

Finalmente, encontró un asiento vacío en una sala llamada Redrum Carmesí. Con los brazos extendidos, el camarero amani la miró de arriba abajo. — ¿Algo de beber, tipa dura? —la burbuja hipersónica que envolvía la barra hacía posible la conversación a pesar de las dos bandas en competición.

Sing sonrió para sus adentros.

—¿Qué te hace pensar que soy una tipa dura? ¿No te parezco blanda y adorable?

Los pequeños ojos rojos del aman, adaptados para ver con poca luz, se centraron en ella.

—No hay nada de eso en ti, humanoide. Ya he visto a los de tu clase por aquí muchas veces.

—Eres perceptivo —le dijo ella. Era varón, por el color.

—Sólo soy un camarero —replicó él—. No quiero problemas.

—No te hagas un ovillo todavía. Busco información, no problemas. Tomaré un Oro de Merenzane, on the rocks.

El camarero dudó.

—Caro.

Sing le mostró la tarjeta de crédito que le habían proporcionado. El amani frunció el ceño.

—Pagas con tarjeta. Efectivo es mejor.

—Pero en mi caso harás una excepción.

Él tomó la tarjeta sin protestar.

—¿Qué clase de rocas quieres? —indicó con un gesto tras él a los contenedores curvos que iban del suelo al techo—. Tenemos de todo, desde silicatos puros hasta raros metales no ferrosos.

—Bastará con agua congelada.

Escuchó a las dos bandas que llenaban el Redrum con ruido de pared a pared. Cada una estaba compuesta por múltiples especies, parecían estar compitiendo entre sí por ver quién podía tocar no la mejor música, sino la más alta. El amani estaba de vuelta en menos de un minuto. Ella tomó un sorbo del líquido que borboteaba en el vaso alto y sonrió lentamente.

—Bien. Veamos… hablabas de efectivo —alcanzando la bolsa atada a su cintura, la abrió por completo y le dejó echar un buen vistazo antes de cerrarla de nuevo. Lo que vio en el interior hizo que los pequeños ojos del amani se volvieran enormes—. No deberías traer tantos créditos imperiales a un lugar como este —la reprendió—. Un mero humanoide como tu podría salir seriamente herida.

—No te preocupes por mí —replicó ella—. Ahora…por refrigerio líquido, pagaré con tarjeta. Por comida, pagaré con tarjeta. Por información…pagaré en efectivo.

El amani era demasiado bajo para inclinarse sobre la barra. En lugar de eso, se alzó con sus largos y arrastrados brazos hasta que su cara estuvo a la altura de la de ella. —¿Qué es lo que deseas saber? ¿Qué datos buscas?

—Estoy buscando a alguien. Su nombre es Jax Pavan, aunque podría ser conocido por aquí por otro nombre —alzó una holobase. Inmediatamente se expandió para proporcionar un retrato giratorio tridimensional del hombre en cuestión—. Es un Jedi, aunque no gran cosa.

Los gruesos labios del amani se curvaron hacia abajo en un fruncimiento elástico.

—Los Jedi han sido asesinados. Asesinados por secuaces del Imperio —la miró un poco más severamente—. ¿Eres un secuaz del Imperio?

—Trabajo para mí misma. En realidad, he sido contratada directamente por Lord Vader.

El camarero vaciló, la miró fijamente y estalló en carcajadas.

—Una tipa dura con sentido del humor. Eso es raro. Bien, no es asunto mío para quien trabajes.

—Me alegro de que aprecies lo absurdo de ello —guardó la holobase y la imagen desapareció.

—Tal vez no es un Jedi. Tal vez me dieron información errónea. Personalmente, no me importa si es el Gran Maestro o un reciclador local de escombros. Sólo necesito encontrarle.

—Ojalá pudiera ayudarte, tipa dura. Tengo una memoria excelente.

—Lo sé. Por eso se suele contratar a los de tu especie como rastreadores —sonrió seductoramente—. Apelo a tu naturaleza mercenaria.

—No puedo darte información que no tengo. Me cubriría de fango si eso refrescara el recuerdo que buscas, pero no hay nada —alzando una mano de tres dedos, señaló hacia la sala siguiente, la Dystopía Verde. Si acaso, la música que reverberaba en el interior era incluso más alta que la del Redrum Carmesí—. Podrías intentar hablar con mi compañero Calathi, allí.

Lo que hace uno por dinero, libertad, y un Señor Oscuro del Sith, se dijo a sí misma mientras se bajaba del asiento.

Dirigiéndose hacia la siguiente sala, encontró el paso bloqueado por tres clientes. Su primera impresión fue que habían pasado algún tiempo viendo cual podía emborracharse más mientras continuaban en pie y marginalmente funcionales.

Su segunda impresión fue que era un empate a tres.

Sin embargo no es que le importara mucho al embriagado trío. Obviamente tan ebrios para contemplar alegremente el mestizaje, la rodearon. El zabrak era el más agresivo. Un lobuno shistavanen ocupaba un lado, mientras que un utai más grande y corpulento bloqueaba la otra dirección.

Sing dio un sorbo a su bebida y continuó tranquilamente hacia la sala verde. El zabrak se movió para interceptarla.

Era alto, musculoso y estaba «borracho hasta los cuernos», como decía el dicho. La sonrió, revelando unos caninos impresionantes. —No te había visto antes por aquí, pequeño copo de nieve.

—No había estado antes por aquí. Si me disculpa…

Alargando un brazo, colocó una poderosa mano en su hombro izquierdo. Ella la miró, se giró levemente, y él dejó que cayera.

—Yo no volvería hacer eso.

—¿Por qué? —la sonrisa se hizo más ancha—. ¿No te gusta mi…

—No particularmente. Tampoco me gusta tu aspecto, tu actitud, tu aliento y particularmente tu olor corporal. Apestas —miró a los compañeros intoxicados del zabrak—. De hecho, todos apestáis. Pero al menos hay variedad en vuestro hedor.

El shistavanen y el utai intercambiaron miradas divertidas.

—Eres una auténtica tipa dura —dijo el utai.

—Que gracioso, eso es lo que ha dicho el camarero. Tal vez necesito un cambio de peinado.

El utai frunció el ceño.

—Tal vez deberías ser más educada —sugirió.

—Cierto —estuvo de acuerdo el zabrak—. Sería una pena ver a un precioso copo de nieve como tu hacerse daño cuando todo lo que queremos es un poco de amabilidad —extendió un brazo y la agarró del hombro otra vez.

Aurra Sing se sintió abrupta y inexpresablemente cansada. No tenía tiempo para esto. Pero no llamar la atención, se recordó a sí misma, era prioritario cuando se estaba de caza.

Les daría una oportunidad más.

—Te dije que no hicieras eso —le dijo al zabrak—. Apártala o piérdela.

El zabrak se acercó más, su aliento era un miasma alcohólico. —Danos un beso.

Nadie vio lo que ocurrió después. Supieron que ocurrió porque podían ver los resultados, pero tuvo lugar tan rápido que cuando les preguntaron después todo lo que podían recordar era dos borrones: uno de carne y otro de luz.

En un momento el zabrak había estado inclinándose hacia Sing. Al siguiente estaba tambaleándose hacia atrás, mirando fijamente su brazo izquierdo, que había sido seccionado a la altura del codo con precisión quirúrgica por un solo movimiento de su sable láser. Su mano agarró espasmódicamente el hombro de Sing por un segundo antes de caer al suelo.

El zabrak se tambaleó hacia atrás hasta que se derrumbó en un diván, contemplando aturdido el muñón cauterizado de su antebrazo. Los otros dos también quedaron momentáneamente paralizados, pero la inmovilidad del shock no duró mucho.

—¡A por ella! —gritó el utai mientras él y el pesado hombre lobo se lanzaban hacia delante. Las vibroespadas destellaron, dispuestas a cercenar y mutilar.

Momentos después la cabeza del shistavanen contemplaba fijamente el variopinto techo, habiendo sido separada de su cuerpo. El utai aún estaba en pie, con aspecto desconcertado. Entonces una fina línea roja, recta como un láser, se materializó en el centro de su cuerpo, desde la cabeza a la entrepierna. Un instante después las dos mitades del cuerpo cayeron limpiamente en direcciones opuestas.

El camarero amani habló por un comunicador: —Limpieza en la Sección Siete-B.

No había mucha sangre, pues el sable láser había cauterizado las inmensas heridas mientras eran infligidas. Sin haber derramado una gota de su bebida en el transcurso de la pelea, Aurra Sing desactivó su arma con calma y se giró para contemplar al zabrak de ojos desorbitados.

—Me tomaría una bebida enorme si fuera tú —le sugirió—. El shock desaparecerá pronto, y querrás estar medio anestesiado para entonces —hizo una pausa, y añadió—. Pero tómatela en otro lugar.

El zabrak, agarrando el muñón de su brazo izquierdo, retrocedió tambaleándose y dejó que la multitud —que apenas había detenido su baile frenético para observar el altercado— se lo tragara.

Enganchando su sable láser al cinturón, Sing se volvió, se acercó de nuevo a la barra, y colocó varias fichas de crédito frente al amani.

—No tengo tiempo para responder preguntas. Ni de tu seguridad, ni de la policía del sector. Esto debería cubrir cualquier molestia.

Una mano de tres dedos hizo desaparecer el dinero tan diestramente como cualquier mago.

—¿Qué molestia?

Ella sonrió levemente, se giró, y se encaminó hacia la sala llamada Dystopia Verde.

# Quince

Las habitaciones que habían alquilado en el nivel cuarenta y cuatro, Cuadrante Q-1, tenían la virtud del anonimato, si poco más. La mezcla de especies que habitaba los resiplejos circundantes proveía excelente cobertura. El callejón sin salida estaba también suficientemente alejado de las vías principales para permitir que Dejah entrara y saliera sin ser vista. Una vez que su Nucleón descendía por debajo del nivel cuarenta, los mynocks medios que conseguían su alimento acosando a los desolados supervivientes de importantes accidentes tendían a perder el interés.

Mientras esperaba su llegada, Jax estaba ensamblando los componentes que Rhinann y Den habían logrado conseguir. A primera vista parecía un esfuerzo sin sentido; el resultado podría parecerse a un sable láser, pero la falta de un CEC lo convertía en poco más que un palo.

No obstante, estaba decidido a perseverar. Cuando y si lograban adquirir un cristal de energía, todo lo demás estaría completo y preparado.

Cerca, Den estaba relajándose con un privavisor. Era un visor y unos auriculares fundidos en una única unidad que se enroscaba sobre su cabeza como una corona de alta tecnología demasiado grande que se le deslizaba sobre los ojos. Ocasionalmente dejaba escapar un sonido de aprecio o una risa ahogada cuando lo que quiera que estuviera viendo estimulaba su humor. Sentada al otro lado del puesto central de trabajo, Laranth estaba limpiando uno de sus dos desintegradores. Los Paladines Grises no portaban sus armas para lucirlas; no obstante, se enorgullecían de tener un equipo limpio y funcional.

En la esquina más alejada de la habitación, Rhinann estaba dormitando, con los brazos cruzados sobre su aflautado pecho. Todos los paseos, conversaciones y negociaciones interminables en las que se había involucrado en nombre de Jax le habían cansado al extremo. Se merecía un descanso, les había dicho, y no tenía ninguna intención de ayudar al Jedi o a la Paladín en sus ocupaciones serviles.

Su destreza verbal en contra de la manual era su punto fuerte. Ahorraría su energía y sus esfuerzos para búsquedas más dignas, muchas gracias.

I-Cinco estaba cerca. Exteriormente permanecía inmóvil, pero Jax sabía que la mente del droide zumbaba mientras examinaba simultáneamente múltiples asuntos. Era algo de lo que pocos orgánicos eran capaces, porque muchos cerebros orgánicos no podían auto-particionarse.

Jax se preguntó qué temas ocupaban al droide. A esas alturas sabía que era mejor no preguntar; no tenían ningún deseo de proporcionar al hombre metálico más oportunidades de alardear sobre su maximizada autoconciencia. La pura verdad era que todavía se estaba acostumbrando a la idea. El concepto de un droide completamente consciente era algo que había aceptado sólo a regañadientes. Todavía le hacía sentirse incómodo meditar sobre las ramificaciones de una máquina verdaderamente sensible. Antes de conocer a I-Cinco, sus sentimientos sobre el lugar de un droide en la sociedad orgánica habían sido

los mismos que los de todos los demás: los droides eran herramientas, mecanismos convenientemente ambulatorios para ser usados o descartados como dictara la necesidad.

No habría pensado dos veces el ordenarle a uno que se lanzara a una tina de ácido o el desarmarlo para conseguir partes si al hacerlo servía a su propósito en una misión. Los droides eran prescindibles y un recurso infinitamente renovable: si uno se volvía defectuoso o se veía comprometido de cualquier modo, simplemente era reciclado para partes y se pedía uno nuevo, a la cuenta del Templo.

Nunca había escasez; ser el director de una compañía productora como Robóticas Trang o Cybot Galáctica era como tener una licencia para imprimir créditos.

Aunque era cierto que algunos seres sensibles desarrollaban sentimientos de apego, incluso afecto, por sus droides —el Maestro Obi-Wan, recordó, había sido categórico acerca de que su astromecánico le acompañara en las misiones durante las Guerras Clon— la mayoría de la gente veía a los autómatas del mismo modo que podrían ver una versión más sofisticada de una tostadora. Ciertamente Jax no había tenido ocasión de preguntarse por las vidas interiores que podrían haber escondido.

Esa actitud había cambiado cuando conoció a I-Cinco.

Se había visto obligado a cambiar su opinión no sólo acerca del droide, sino también acerca del «socio» de I-Cinco, Lorn Pavan: el padre que nunca había conocido.

El droide le había contado muchas cosas sobre la vida de su padre, pero había sido exasperantemente impreciso sobre los detalles de su muerte. Todo lo que Jax había podido recabar era que el destino de su padre había sido decretado por alguien altamente posicionado en la República: alguien que podría haber tenido acceso incluso al propio Palpatine, cuando había sido Canciller Supremo. I-Cinco no era más específico que eso, y Jax no podía distinguir si el droide no sabía nada más o no iba a decir nada más, o ambos. Sin embargo sospechaba que se trataba de esto último. Lo que quiera que hubiera hecho su padre debía haber reverberado considerablemente a través de los vestíbulos de poder allá por los últimos años de la República para que el droide permaneciera tan callado al respecto más de dos décadas después. Había dado a entender misteriosamente que Lorn y él, junto con una Padawan Jedi llamada Darsha Assant, habían sido perseguidos por un asesino casi imparable cuyo único propósito había sido recuperar un holocubo que Lorn había intentado vender en el mercado negro. Tanto el Padawan como su padre habían muerto, e I-Cinco había escapado sólo por suerte.

Jax hizo una pausa en su trabajo, pensando. Había tratado de descubrir más cosas sobre el misterioso final de su padre por sí mismo, pero él era en el mejor de los casos un desencriptador medio, y excavar en busca de datos tan antiguos requería mucha más habilidad de la que él poseía. Ahora que lo pensaba, sin embargo, alguien con la habilidad requerida se encontraba tan lejos como al otro lado de la habitación.

Como si hubiese sido alertado telepáticamente, Rhinann se desperezó lo suficiente como para comprobar su crono. —Tu novia se retrasa.

Colocando el magnificador en su frente, Jax contestó, —No es mi novia. Y estoy seguro de que tiene una buena razón para retrasarse. De todos modos, no es asunto nuestro.

—Es una zeltron. No son conocidos por su confiabilidad —el elomin cerró los ojos otra vez.

El intercambio había sido lo suficientemente alto para captar el interés de Den. El sullustano alzó el privavisor sobre su cabeza y lo dejó a un lado.

—Al menos debería ser en parte asunto nuestro, Jax —dijo él. Sacando de su bolsillo una unidad del tamaño de un dedo, desplegó su pantalla con un movimiento de muñeca—. ¿Quieres saber por qué? Echa un vistazo a nuestra cuenta.

—Dudo que la visión orgánica sea capaz de distinguir una cifra tan diminuta —dijo I-Cinco.

Jax le dedicó una mirada de desagrado, entonces se volvió hacia el sullustano. ¿Cómo de malo es, Den?

—Bueno, no es una crisis. Tenemos bastante en la cuenta para comer mañana. El día siguiente…

—Entonces no veo el problema. Para mí —dijo el droide.

—También tendremos que mudarnos —añadió Den.

—Ya veo —quitándose el magnificador, Jax lo colocó en la mesa de trabajo—. ¿Qué nos podremos permitir?

El sullustano estudió la lectura de la unidad. —Creo que hay un parque público en el Sector Diecinueve.

—No pensaba que fuera tan malo.

—No lo es —le reconfortó Den mientras cerraba la pantalla y guardaba la unidad—. Es peor.

—¿Por qué nadie me lo dijo antes?

—Alguien lo intentó —le dijo Den—. Varias veces. Pero no dejabas de repetirnos a Rhinnan y a mí que la Fuerza proveería. Bien, ahora sería un buen momento.

—Podríamos vender el Ranger Lejano —sugirió Laranth.

Tanto Den como Rhinann la miraron furiosamente.

—De ninguna manera —dijo el sullustano—. Esa nave es nuestra única oportunidad de escapar de esta roca. Cosa que todavía espero que ocurra una vez que nuestros dos idealistas decidan volverse prácticos. Porque si no, podemos terminar viviendo en él.

—Si se me permite aventurar una sugerencia… —dijo I-Cinco.

—¿Desde cuándo pides permiso?

Laranth puso a un lado el desintegrador en el que había estado trabajando y comenzó con su compañero.

—Dejah Duare —continuó el droide—, es la beneficiaria exclusiva de un conocido, respectado, y, más importante, bien pagado artista difunto —sus fotorreceptores se centraron en Jax—. No veo el motivo por el que si, antes de su partida, todavía desea que

continuemos con nuestros esfuerzos de localizar al asesino de Volette, no debería pagarnos por ello.

—Escucha, escucha —murmuró Laranth mientras revisaba el emisor de su segundo desintegrador.

—Una sugerencia capital, en ambos sentidos de la palabra —añadió Rhinann.

—Por mí está bien —dijo Den.

Jax estaba horrorizado.

—No puedo hacer eso. Como Jedi juré ayudar a quien lo necesite y asistir a los que piden mi ayuda. No puedo cobrar por ello. Especialmente no a alguien en un estado emocional alterado. No es ético —extendió los brazos—. De hecho, está a un paso muy pequeño de cazar recompensas. Me sentiría de nuevo como un mercenario. Juré que nunca más me rebajaría hasta ese punto.

Den tuvo que impulsarse con ambas piernas para bajar del sofá, que había sido diseñado para acomodar a especies mucho más altas. Acercándose a Jax, agitó un dedo regordete hacia el renuente Jedi.

—Tu haz el trabajo, y deja que el resto nos preocupemos por la caída metafísica —evidentemente el conflicto de Jax era obvio, porque Den añadió, sin rudeza—. No es que te estemos pidiendo que vayas en contra de tus profundas creencias personales, Jax…

—Sí que lo es —dijo I-Cinco sin titubear.

Den miró furiosamente a su amigo mecánico.

—Es sólo que —continuó para Jax—, no importa lo nobles que sean tus intenciones o lo digno que sea lo que estamos haciendo actualmente, hay asuntos mundanos y poco interesantes que simplemente no pueden ser ignorados. Como el alquiler.

—Y la comida —añadió Laranth.

—Se deben mantener unas apariencias mínimas —dijo Rhinann.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Jax aspiró profundamente y revisó su crono—. Cuando ella llegue yo… hablaré con ella —dejó que su mirada deambulara por la habitación—. Si esto sólo me implicara a mí, continuaría diciendo que no. Pero estamos juntos en esto, así que en este caso dejaré que decida la mayoría.

—Nunca menosprecies la afinidad humanoide por la racionalización —dijo I-Cinco.

El reportero se volvió hacia los otros.

—Los demás deberíamos encontrar algo diferente que hacer cuando llegue Dejah —hablaba para todos, pero estaba mirando a Laranth.

La twi'lek vaciló, contempló su trabajo inacabado en el banco, después a Jax. El Jedi quedó intrigado por esa mirada, que parecía combinar partes iguales de diversión y molestia. Ella no dijo nada, sin embargo; meramente recogió las piezas desensambladas de su desintegrador.

La entrada principal del domicilio eligió ese momento para anunciar la llegada de un visitante. Su evaluador integrado declaró que la persona estaba sola, desarmada, y, hasta donde podía determinarse por las apariencias externas, no era un representante de la policía o de alguna otra rama del inoportuno oficialismo.

—Saldremos por la salida secundaria —informó Den a Jax mientras se dirigía hacia el otro lado de la sala común. Rhinann le siguió de cerca, junto con I-Cinco. Laranth fue la última en marcharse. Se demoró un momento.

—Asegura un acuerdo y fija un anticipo apropiado —le dijo a Jax—. Tómate tu tiempo. Pero no demasiado.

Él frunció el ceño desconcertado. —No te sigo.

Laranth le dedicó otra mirada anodina, que en cierta forma también pareció molesta. —Lo que quiero decir es que no tenemos tiempo que perder.

—Tenemos muchísimo tiempo. El Latigazo ni siquiera ha programado todavía la partida de Dejah. Todavía tienen que asegurar pasaje y…

—Fallo mío —se volvió, suficientemente rápido como para hacer ondear su lekku, y se marchó a grandes pasos, con la cabeza alta.

¿Qué mundos le pasa? se preguntó el Jedi. Tenía poco tiempo para considerarlo, sin embargo, porque una contracción de las hebras de Fuerza le recordó que Dejah estaba en la puerta.

Cuando la dejó entrar, ella no miró a su alrededor; a esas alturas ya estaba familiarizada con la habitación. —Siento mucho haberte pedido que nos reuniéramos aquí, pero sé por experiencia que vivir en la inmundicia marginal es bueno para la seguridad. Prefiero estar seguro que cómodo.

Ella desestimó su disculpa. — ¿Dónde están todos los demás? Hasta tu droide impertinente se ha ido, y normalmente no se separa más de un metro de tu lado.

—¿Preferirías esperar a que regresen?

—No, no es necesario —sonrió, lo que le hizo sentirse ligeramente incómodo—. Estoy segura de que puedes ponerme al tanto sobre lo que quiera que tenga que saber.

Jax se sintió perdido por un momento, entonces se recuperó. Eso era ridículo. El Maestro Piell no habría considerado el estar solo con un zeltron del sexo opuesto nada más que una prueba. Después de todo, él tenía la Fuerza para contrarrestar sus feromonas.

Sin embargo, no parecía estar ayudando mucho.

—Necesito repasar algunos detalles de la prepartida contigo —le explicó—. Cosas que tienes que hacer antes de zanjar tus últimos asuntos, formas de emprenderlos para no despertar sospechas, cómo terminar cualquier relación cercana…ese tipo de cosas.

—Información de viaje. Bien.

Él vaciló otra vez. —Uh, tal vez querrías tomar notas.

—No es necesario. Tengo buena memoria —se sentó, abrazando sus rodillas contra su pecho y dedicándole toda su atención.

Mientras comenzaba a recitar algunos de los procedimientos que tendría que llevar a cabo para asegurarse una partida segura y anónima de Coruscant, no pudo evitar ser consciente del traje que la cubría como una radiante segunda piel. Usó la Fuerza para desviar las feromonas que podía sentir pulsando desde ella, pero sólo la visión era suficiente para hacer que no dejara de trabarse con su lengua como un ansioso Padawan. Dejah fingía no notar nada inusual en su comportamiento, por supuesto. Simplemente

permaneció sentada, acurrucada en un flexible enredo de brazos y piernas, y escuchó atentamente. Con sus talentos empáticos, sin embargo, no cabía duda de que era agudamente consciente de su revuelo interior. Mientras caminaba de un lado a otro frente a ella, asegurándose de mantener una cierta distancia nominal, tenía la seguridad de que podía sentir su resplandor de satisfacción interior, caliente como el núcleo de un reactor.

Finalmente se quedó sin cosas que decirle…excepto, por supuesto, lo único que había estado temiendo decir desde que ella entró por la puerta. A pesar de haber llegado a un acuerdo con sus compañeros, ahora que había llegado el momento de proponerlo, su entrenamiento Jedi continuaba resistiéndose.

Ella le miró fijamente. — ¿Hay algo más, Jax?

—No…sí —preparándose en todos los aspectos, se sentó a su lado—. Dejah, no quiero hacer esto. He estado intentando pensar en la mejor forma de pedírtelo, la forma menos ofensiva de hacer esta petición.

Sus párpados se agitaron, y su piel acarminada se volvió positivamente más roja. —Soy zeltron, Jax. Sea cual sea la petición que quieres hacerme, estoy segura de que la he oído antes.

—Bien. Eso hace más fácil… —se detuvo aturdido por lo que la Fuerza le mostraba detrás de esos ojos. Ella había elegido revelar sus pensamientos, de eso estaba seguro; nadie con sus sensibilidades psíquicas podría ser leído tan fácilmente.

Él se levantó precipitadamente. —Eso no, uh, eso no es lo que quiero decir…en absoluto.

Su expresión se volvió incierta. —No lo entiendo. ¿Entonces qué clase de petición tienes problemas en hacerme?

—Lo que estoy tratando de decir, Dejah, es que estamos casi sin fondos, y si vamos a continuar ayudándote, voy a tener que pedir…un anticipo.

Por fin había conseguido soltarlo, aunque la petición seguía sonándole obscena. Apartó la mirada.

Debería haber dejado que Den hiciera esto, se dijo a sí mismo desdichadamente. O a Rhinann. O incluso a I-Cinco. Pedir dinero no le habría molestado a ninguno de ellos en lo más mínimo.

Se sintió avergonzado de mirarla, renuente de usar la Fuerza para captar sus sentimientos. ¿Cómo reaccionaría?

¿Estaría muy dolida? ¿Insultada? ¿Enojada?

Se obligó a darse la vuelta y mirarla —y vio que su mano derecha estaba abriendo su bolso adornado con joyas.

— ¿Cuánto necesitas? ¿Quieres efectivo, o una transferencia de crédito?

El alivio le dejó momentáneamente con las rodillas temblando. Ella le estaba observando con una sonrisa tímida que parecía decir, Ves…no fue tan difícil ¿verdad?

Menos de una hora después de que la hubiese informado y ella se hubiera marchado, sus compañeros regresaron.

—¿Cómo ha ido? —inquirió Den ansiosamente—. ¿Se resistió a la petición?

—Sí —quiso saber Rhinann—. ¿Comeremos bien esta noche?

I-Cinco hizo un bufido con su vocalizador.

—Siempre se trata de comida con vosotros los orgánicos.

Jax, fingiendo un aire de completa y absoluta confianza dijo, —Estoy encantado de decir que, gracias a la gentil y comprensiva Dejah Duare, ahora tenemos una línea abierta de crédito a través del sistema bancario planetario bajo dos nuevas identidades, a las que cualquiera de vosotros puede acceder libremente.

Los colmillos de Rhinann se estremecieron ante la idea.

—Te lo agradezco, Jax. No hay nada peor que ser un gourmet en un mundo de comedores indiscriminados.

—Excepto tener que escuchar a uno —dijo Den—. Pero en serio, Jax…buen trabajo.

—Sí —estuvo de acuerdo I-Cinco—. Habría sido suficiente con haber obtenido una promesa de un futuro pago. Pero una línea ilimitada de crédito…tus esfuerzos exceden mis expectativas. Incluso podría llegar a permitirme una afinación lógica de circuitos.

Deleitándose en sus alabanzas, Jax notó que los cumplidos no provenían de una persona del grupo. Habiendo tomado de nuevo su sitio en el centro de trabajo, Laranth había reanudado el mantenimiento de su equipo sin decir una palabra.

Él se encogió de hombros. Pensó brevemente en indagar sus sentimientos con la Fuerza, pero decidió respetar su privacidad. Si la Paladín tenía un problema con él, su experiencia pasada con ella garantizaba que no sería reticente a ponerlo en conocimiento de la gente cuando estuviera lista.

Aun así, en cierta forma empañó el ánimo de la celebración…

# Dieciséis

—Estoy buscando al cragmoloide Boulad. Me dijeron que tal vez sabes dónde podría encontrarle.

El nikto verde sentado en el puesto de entradas de la turbia holocabina miró deliberadamente a Typho de arriba abajo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Importa? —cortés y diplomático la mayor parte del tiempo, Typho podía ser rudo cuando la ocasión lo requería. Allí en las entrañas de Coruscant, la ocasión hacía más que requerirlo: lo pedía a gritos—. ¿Puedes ayudarme o no?

—Depende —el nikto se alisó las escamas faciales con sus largas garras—. ¿Puedes pagar?

—No pensaba que fueras un filántropo —Typho abrió un bolsillo y sacó un puñado de créditos. La avaricia reemplazó algo del desinterés en los grandes ojos obsidiana del nikto. Se relamió sus estrechos labios.

—¿Cómo sé que no eres de la policía?

—Ponte serio. ¿De verdad crees que un dreg como tu vale el tiempo de la policía del sector?

El nikto se rió, deteniéndose sólo cuando su risa degeneró en una tos espasmódica. Typho se aseguró de permanecer fuera del radio respiratorio mientras esperaba que terminara el ataque.

Una garra derecha arrebató los créditos de la mano del capitán.

—Nivel veintitrés —dijo el nikto—. Cuadrante D-tres, Sector Dos-Doce. No lo has oído de mí.

—¿Oír el qué? —Typho se giró y se marchó.

La noche en los niveles bajos de Coruscant no era tan diferente del día. En las profundidades abisales de ferrocreto la luz del sol apenas penetraba nunca en cualquier grado perceptible; la luz provenía de fluorescentes, electroluminiscencia, y otras fuentes. Aun así, la combinación raramente alcanzaba algo más que un crepúsculo perpetuo. Allí abajo la vida surgía y pulsaba a ritmos inquietantes para el ciudadano medio. Era mejor, había descubierto Typho, moverse a paso enerérgico, proyectar una actitud que mantuviera alejados a los demás. La incertidumbre, más que cualquier otra cosa, atraía la atención de depredadores y carroñeros.

La entrada de la dirección que le habían dado a Typho estaba en la parte más baja de lo que parecía ser un resiplex de mala muerte. Aunque no podía verlos, sabía que su cuerpo estaba siendo escaneado por una plétora de dispositivos de seguridad. Si pudiera verlos, reflexionó, no serían muy seguros.

—Estás armado —le acusó una voz desde un altavoz oculto.

—Claro que estoy armado. ¿Qué clase de idiota sería si viniese a un lugar como este sin estarlo? —esperaba que el escáner sólo hubiese detectado su desintegrador. El sable

láser estaba escondido en el forro interior de su chaqueta, junto con un pequeño confusor que se suponía que lo hacía invisible a la detección.

—La magnitud exacta de tu idiotez aún está por determinar —hubo un clic, y las puertas dobles se abrieron.

Eran mucho más altas y anchas, notó Typho mientras entraba, que lo necesario para facilitar el paso de los humanoides más grandes de Coruscant.

La hembra cragmoloide que le recibió no portaba armas. Dado su impresionante tamaño y constitución, no lo necesitaba. —Entrega tus dispositivos letales, por favor.

—Desde luego —Typho no tenía ningún problema en entregar su desintegrador y su vibrocuchillo. Principalmente por el hecho de que la hembra que se lo pedía medía más de tres metros, pesaba alrededor de doscientos kilos, y podía matarle de un golpe de su enorme puño. Fue extraño, sin embargo, ser registrado por una trompa y dos manos. A pesar de su inmenso tamaño, se movieron sobre su persona con sorprendente delicadeza.

Satisfecha de haber aliviado al visitante del peso de cualquier instrumento de destrucción, fuera cual fuera su tamaño, retrocedió un paso. —Sígueme.

La habitación donde le dejó estaba ocupada por otro. Decía mucho de la confianza de Boulad el que se encontrara a solas con un completo desconocido. Por supuesto, la ayuda se hallaba sólo a un trompazo de distancia, y aunque ya era algo conseguir estar en presencia del traficante de información, sería mucho más difícil salir de allí en el caso de que las cosas no se desarrollasen como se pretendía.

El hecho de que el adulto cragmoloide medio tuviera la fuerza de media docena de humanoides grandes era amenaza suficiente.

La especie de Boulad era conocida por su franqueza. El anfitrión de Typho no le decepcionó en ese aspecto.

—El hecho de que hayas llegado hasta aquí significa que buscas algo que no has podido encontrar en ningún otro lugar.

Typho podía sentir la profunda y sonora voz vibrando a través del suelo bajo sus pies, y escucharla resonando en las cavernosas paredes. El bloque entero de resicubos, se percató, tenía que ser una fachada, una concha vacía que formaba la guarida del cragmoloide. Esa sala estaba tenuemente iluminada, escasamente decorada, y era lo suficientemente grande como para alojar un camión estelar. También olía levemente como a paja.

Respondió a la frase de Boulad. —Tu percepción te halaga.

Eso produjo un profundo gruñido que podía haber indicado satisfacción, reconocimiento, o tal vez indigestión. Tan poco familiarizado como estaba con las expresiones cragii, Typho eligió aceptarla como alentadora. Hizo un gesto señalando detrás de él.

—¿Tu compañera? ¿Una sobrina, quizá? Atractiva así como competente.

Los diminutos ojos del cragmoloide se abrieron como platos. Typho había elegido bien su apertura. Sabía que los paquidermoides preferían discutir sobre clanes o relaciones que sobre cualquier otra cosa, así que pasaron los siguientes veinte minutos

hablando sobre la familia, donde el capitán dejó que su anfitrión llevara el peso de la conversación. Para cuando Boulad terminó de cantar las alabanzas de su mujer actual, Typho había sido aceptado como un agente honesto, si no como un miembro de la familia.

—Para ser un débil destrompado, eres una excepción agradable —le dijo Boulad—. Aun así, ya es hora de que expongas tus asuntos.

—Cierto —estuvo de acuerdo Typho—. Busco la disposición de cualquier Sith en un cierto mundo en un momento específico.

Incluso para ser el representante de una especie que valoraba la honestidad y la franqueza sobre todo lo demás, Boulad quedó asombrado. Su trompa se alzó por la sorpresa. — ¿Por qué no me pides algo fácil de obtener, como los gustos personales del Emperador en bebidas, o la casa de la actual señora del vicepresidente del Senado?

Typho procedió a informar a su anfitrión de los detalles necesarios. Cuando Boulad los recogió todos en un aparato diseñado para acomodar sus enormes dedos, gruñó de nuevo.

—Todo esto es una simple cuestión de búsqueda, excepto por todo lo que implica.

—Ahora entiendes —dijo Typho—, por qué no podía entrar en Registros Imperiales y pedir una copia impresa.

La trompa de Boulad asintió. —A estas alturas quedaría muy poco de ti para interrogar. Al Emperador no le gusta que nadie escarbe en material tan prohibido, ni siquiera por algo tan simple e inocente como itinerarios de viaje. Que ingenioso por tu parte haberlo encontrado todo por ti mismo, sin ninguna ayuda de nadie. Especialmente nadie como yo.

El capitán sonrió. —A veces me sorprendo a mí mismo.

—Y ahora el asunto del dinero, que no puede evitarse. Por un servicio tan peligroso, a riesgo de atraer atención potencialmente letal, debo cobrar cinco mil créditos. Si no puedes pagar tal cantidad, entonces deberías usar la salida, pues nuestros negocios han concluido. Respeto tus métodos, pero no me arriesgaré por menos. Y si conoces a la gente de Ankus, sabes que no regateamos con esas cosas. Nuestra palabra es nuestra unión.

Typho no era un hombre de medios ilimitados, ni por pura imaginación, pero había determinado desde el principio de su búsqueda que el dinero no podía ser y no sería un problema.

—Muy bien —dijo, sacando su cartera—. ¿Asumo que efectivo es aceptable?

—Obligatorio —Boulad se inclinó hacia adelante, imponiéndose sobre su invitado—. Mi gente ya ha asegurado la información que quieres. Al menos, toda la que hay disponible.

Typho parpadeó sorprendido mientras pagaba a su anfitrión.

—Eso fue rápido.

—Tenía curiosidad por saber el por qué y para qué de lo que buscabas. Si eras capaz de pagar, mucho mejor. Si no, valía la pena buscar para ver si podía ser valioso para otros.

Un escalofrío de miedo recorrió al capitán. Si el Sith o cualquier de sus secuaces descubría que alguien estaba indagando en sus registros de viaje… sin pensarlo, le dijo todo eso al Boulad.

Su anfitrión no era un Jenet, para quien la incertidumbre de Typho habría sido un cumplido.

—¡Me ofendes, visitante! Soy un agente honesto, como todos los de mi familia —hizo un gesto a su izquierda por donde entraba otro cragmoloide un poco más pequeño.

—Incluido mi tercer hijo Arlumek, el cual creo que ha traído la información que pediste…y por la que has pagado, al contado.

Mientras el cragmoloide más mayor contaba y guardaba su pago, Arlumek colocó un pequeño emisor en frente del expectante Typho. Unas manos pesadas manipularon los instrumentos, y aparecieron palabras en el aire frente a ellos. Obviamente no significaban nada para el cragmoloide más joven, que se marchó sin interés.

Para Typho, sin embargo, significaban mucho. Los registros estrictamente prohibidos a los que la familia de decodificadores había logrado acceder de alguna forma indicaban que un tal Darth Sidious había viajado a Mustafar, estuvo allí en el mismo momento que Padmé y Anakin Skywalker, y había regresado poco después.

Con su mente rebullendo, Typho se excusó. Sin embargo, ahora que sus mutuos negocios habían concluido, Boulad era reacio a ver marchar al humano.

—¡Quédate! —imploró a su visitante—. Escucharé más sobre tu excelente familia.

—Lo siento —Typho se encaminó hacia la puerta—. Tengo asuntos importantes que atender.

—Una pena —dijo el cragmoloide—. Si alguna vez tienes algo similar con lo que comerciar, ya sabes dónde encontrarme.

Typho pasó el resto de la noche recorriendo los subniveles, con los pensamientos agitados. Dos veces se le acercaron bandidos, pero una mirada a su cara fue suficiente para convencerles de que había beneficios más fáciles en cualquier otra parte que en el cuerpo del humano medio loco.

Padmé, Padmé, susurraba para sí mismo. La retribución está cerca. Retribución y justicia. Ahora sé quién te mató.

Al igual que con un puzzle, resolverlo era simple una vez que tenías todas las piezas. ¿Quién podría haber penetrado su seguridad en Mustafar? ¿Quién podría haber asesinado al ingenioso y determinado guardaespaldas de la Senadora y haber sufrido considerablemente en la batalla que seguramente tuvo lugar después de cualquier intento de dañarla? Anakin Skywalker no habría caído fácilmente. Sí, la respuesta ya estaba clara.

Darth Vader los había matado a ambos.

Por tanto, Vader debía morir.

No le preocupaba el tener que acercarse lo suficiente al Señor Oscuro para acabar con él, aunque sabía que alguien tan avezado en la Fuerza como Vader seguramente detectaría cualquier amenaza. Typho sabía por su propio trabajo como especialista en seguridad que, dado el suficiente conocimiento, determinación y habilidad, unido a una falta de preocupación por la propia vida, un asesino podía llegar hasta cualquier figura pública. Un soldado como él tenía todas esas características. Al comienzo de su búsqueda se había dado cuenta que para vengar a Padmé, era razonable asumir que tendría que sacrificar su propia vida, y estaba totalmente preparado para hacerlo.

El problema radicaba en acercase físicamente a Vader para asestar el golpe. ¿Qué alejaría a Vader de la seguridad que indudablemente le rodeaba?

¿Qué podría inducir al Señor Oscuro a olvidar su precaución habitual y reunirse a solas con un intermediario desconocido? Como ayudante del Emperador, Vader no necesitaba nada.

Eso no significaba que fuera ajeno al deseo.

¿Pero qué podía querer tal encarnación del mal?

Abruptamente, recordó lo que había dicho la cazarrecompensas Aurra Sing durante su confrontación en las ruinas del Templo Jedi: —Por orden de Lord Vader estaba esperando encontrar pruebas de un Jedi llamado Jax Pavan.

Vader estaba buscando a un Jedi superviviente llamado Pavan. Y Typho recordó ver el nombre Jax Pavan listado en la lectura del complejo de administración imperial como posiblemente con vida.

Así que el Señor Oscuro quería a este Jedi superviviente en particular tanto como para enviar tras él a una cazarrecompensas tan célebre como la implacable Aurra Sing. Ella le había estado buscando localmente, en las ruinas del Templo Jedi. Lo que significaba que, a menos que la cazarrecompensas estuviera muy desencaminada —probablemente no, dada su reputación— Jax Pavan estaba en algún lugar de Coruscant. No sólo en Coruscant, sino en algún lugar cercano.

Eso era. Esa era la solución. Jax Pavan serviría de cebo para atraer a Darth Vader hasta su alcance. Cómo iba a llevar a cabo el asesinato precisamente, era algo que todavía tenía que planificar, pero no tenía dudas de que podría encontrar una forma. Haber pasado toda su vida profesional aprendiendo como evitar que mataran a la gente le había enseñado la mejor forma de matarlos.

No cabía duda: Darth Vader iba a morir. Padmé Amidala sería vengada, al igual que Anakin Skywalker. Pero antes de que pudiera comenzar a poner en marcha el plan final, tenía que hacer una cosa más.

Tenía que encontrar a Jax Pavan.

# Diecisiete

A Jax le parecía que por mucho que trabajaran, no podrían tomarse un descanso.

No era como si nadie en las calles hubiese oído hablar de Ves Volette. Desde la devastación que había sufrido su mundo natal, cada caamasi importante de Centro Imperial había sido la comidilla de las entrevistas, comentarios y un buen número de rumores de los medios de comunicación. La violenta muerte de uno tan famoso como Volette hizo su nombre aun más conocido.

Pero aquello era Centro Imperial, la ciudad-planeta, hogar de billones de billones y lugar de trabajo para billones más. Allí, el asesinato de un artista, no importa lo conocido que fuera, era una noticia menor en el mejor de los casos. De no ser por la conexión Caamasi, se habría requerido un dedicada búsqueda por parte de esos con un interés particular en tales asuntos para determinar incluso si había ocurrido.

Jax y sus amigos habían realizado tal búsqueda, y se estaban quedando sin pistas. Ideas, tenían en abundancia; el problema era que ninguna de ellas encajaba. El único consuelo del Jedi era que la policía del sector no estaba más cerca de solucionar el crimen que él. Por supuesto, si el Prefecto Pol Haus lo hubiera hecho una prioridad y hubiera dedicado todos sus recursos a su resolución, su departamento indudablemente habría hecho mejores progresos. Pero la jurisdicción del prefecto incluía docenas de niveles, miles de edificios, y más especies de las que Jax podía nombrar. Sólo los asesinatos, considerados aparte de todos los demás delitos violentos, llevaban años acumulándose.

Al menos, pensó Jax, somos cinco para centrarnos en un solo crimen. Eso era alentador. Pero no mucho. Desprovistos de los recursos de un departamento policial moderno, todo lo que tenían eran las respuestas a las varias preguntas que habían desplegado entre los contactos que, con suerte, sabían algo.

Hasta ahora habían resultado erróneos, fútiles, o pistas hasta callejones sin salida. Jax temía cada comunicación con la descorazonada Dejah Duare, porque cada vez se veía obligado a informar sobre la misma falta de progreso. No llegaban a ninguna parte, y su sentimiento de culpabilidad sólo aumentada cada vez que depositaba el dinero de la zeltron en su cuenta común.

Debían descubrir algo valioso, se dijo a sí mismo, aunque sólo fuera por la virtud de la pura persistencia.

La mayoría de las veces, sus colegas emprendían sus asignaciones con las mínimas quejas, pero sin excesivo entusiasmo. Estaba preocupado particularmente por Laranth, que parecía estar volviéndose cada vez más retraída. La twi'lek siempre había tenido un humor variable, pero incluso Rhinann, que no era exactamente una ráfaga de oxígeno fresco en su mejor momento, había tenido ocasión de hacer un comentario sobre su estado. Ella, durante los últimos días, había empezado a ocultar su lekku cortado detrás de su compañero, en lugar de dejarlo colgar libremente como solía.

Eso significaba algo, Jax estaba seguro. Sólo que no sabía el qué. También, notó que cuando hablaba con él siempre lo hacía con sílabas breves y bruscas, nunca manifestando o preguntando más de lo que era absolutamente necesario.

Den llevaba a cabo sus tareas con eficiencia precisa, pero sin entusiasmo notable. Y en lugar de ayudar a sus compañeros, I-Cinco había empezado a pasar largos períodos de tiempo conectado a la HoloRed…con un coste considerable. Cuando Jax le preguntó por su propósito, el droide contestó, —No estás consiguiendo muchos resultados con tus tácticas, así que pensé que probaría algunas cosas por mí mismo, a una velocidad de transmisión de datos más razonable. Francamente, observar a los orgánicos procesar laboriosamente información es como observar cómo fluye el hidrógeno superenfriado.

—¿Algo que valga la pena informar?

Entonces al fin llegó un día en el que parecía que su suerte podría cambiar. Un aburrido Rhinann recibió una comunicación de un puesto avanzado de la policía local, que a su vez transmitió a Jax.

—Excelente —dijo el Jedi—. Por fin algo de la gente de Haus —analizó la severa cara del elomin.

—¿Qué es? ¿Han capturado finalmente a un sospechoso viable? ¿Ha confesado alguien? ¿O es una buena pista que quieren compartir con nosotros?

—Nada de eso —Rhinann le dio a Jax una copia—. Léelo si quieres. Te ahorraré los detalles. La esencia del asunto es que uno de nosotros tiene que ir al puesto de la policía del sector uno ochenta y seis para sacar bajo fianza a cierto sullustano llamado Den Dhur. A menos que —y éste es el curso de acción que yo recomendaría personalmente— prefieras que permanezca bajo custodia.

Laranth estaba en el banco de trabajo reparando una unidad comunicadora. No habló ni alzó la mirada. Incluso el compañero durante tanto tiempo de Den, I-Cinco, no interrumpió la silenciosa conversación cibernética en la que estaba involucrado para expresar su opinión.

Jax dejó la copia a un lado. No tenía sentido leerla; el antiguo burócrata meticuloso ya lo habría hecho, como dijo, y habría analizado cada aspecto del documento oficial, aunque sólo fuera para aliviar su aburrimiento.

—¿De qué se le acusa?

—Hacerse pasar por un oficial de policía. Pero no te preocupes…estoy seguro que una palabra o dos de tu amigo personal, el prefecto, hará que esté en la calle al momento.

—Supongo que no podemos hacer nada vía canal de comunicaciones.

—No. Si va a realizarse, su liberación debe ser hecha en persona. Te nombro.

Jax le dedicó una mirada molesta, un esfuerzo que fue un desperdicio ya que el elomin ya se había dado la vuelta. El Jedi se volvió hacia I-Cinco. — ¿Quieres venir conmigo? Podría haber detalles que necesitara comprobar rápidamente.

Pero el droide, perdido en el laberinto del procesamiento de datos cibernético, no respondió. Jax se encogió de hombros.

—Supongo que iré yo sólo.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Laranth le miró.

—Vuelve con nosotros —le dijo ella. Alentado, se detuvo y volvió la mirada.

—¿Estás diciendo que me echarías de menos si no volviera?

—No —contestó ella, completamente impasible—. Estoy diciendo que no tenemos fondos suficientes para sacaros a los dos bajo fianza, y no quiero tener que decidir cuál de los dos sale libre.

El tedio tenía sus usos, decidió Jax mientras él y Den salían del puesto de policía blindado y sin ventanas. Era un estado que cruzaba las fronteras entre especies. Era una razón tan buena como cualquier otra por la que los agentes habían pasado (o, en un caso, cubierto de barro) a través de las entrevistas necesarias y las hectáreas de papeleo que eventualmente habían permitido al Jedi liberar al sullustano. La fianza que había sido requerida para lograr la liberación de Den era tan buena como confiscada, sabía él, ya que Den no tenía intención de presentarse al juicio en la fecha fijada.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó mientras avanzaban calle abajo por el Nivel 14, dirigiéndose hacia el transporte público más cercano.

—Estaba buscando una forma de sacarle algo de información de un cierto vernol…un auténtico cabeza de mopak llamado Shulf'aa. Es un comerciante en…

—Hemos hablado con docenas de comerciantes, sin ningún resultado.

—Ah, pero no con la capacidad de un oficial de policía en investigación.

Jax le miró. —Dime que has descubierto algo.

—Shulf'aa es un comerciante de arte.

Una parte del entusiasmo de Jax se desvaneció. —Déjame adivinar: posee alguna de las esculturas de Ves Volette.

—Dos piezas, para ser preciso —continuó Den—. Todavía están en una de sus muchas galerías, porque el precio del artista se ha elevado muchísimo desde su muerte. Y cada vez que sube, Shulf'aa incrementa su precio inicial. Es una pieza medianamente franca de arriesgada política comercial. Sigue esperando que un día algún comprador pague el precio más alto. Pero eso no es lo que encontré especialmente interesante.

—¿Te dijo algo que no le había dicho a la policía?

—Me dijo algo, en mi apariencia transitoria como representante policíaco, que no había tenido oportunidad de decirle a Haus y a sus hombres, porque aún no le habían interrogado. Parece que las dos esculturas de luz de Volette que Shulf'aa adquirió no llegaron hasta él a través de canales normales, es decir legales.

—¿Fueron robadas?

Den estaba disfrutando su momento de triunfo. —Hace menos de un año.

Jax dijo lentamente, —Dejah nunca dijo nada sobre eso.

—¿Por qué debería? —señaló el sullustano—. No se lo preguntamos. De cualquier manera, presioné a Shulf'aa, le amenacé con detenerle por intentar vender mercancías robadas, y me ofreció un soborno para mantener oculto todo el asunto. Le dije que lo aceptaría…pero que podía guardarse su dinero, a cambio del nombre del individuo que le proporcionó las obras.

—Que es…

—Spa Fon. Un nuknog comprador de objetos robados y un extorsionador.

Jax pensó en ello. Incluso más pequeño que los sullustanos, el típico nuknog apenas llegaría a la cintura del Jedi. Como especie definían el concepto de preocuparse por el número uno; los nuknogs no dejaban asomar sus cuellos por nadie. Puesto que sus cuellos eran más largos que sus piernas, probablemente esa era una buena idea. Eran astutos, ambiciosos, y completamente amorales, así como hábiles manipuladores con vista y audición aguda. Un ser así sería un ladrón superior…siempre y cuando no tuviera que correr demasiado rápido. Jax ciertamente podía visualizar a uno acechando y robando finalmente a un miembro artístico de una especie tan confiada como la caamasi.

—Esto mejora —continuó Den—. Fon es local.

Jax sonrió abiertamente al sullustano. —Retiro todo lo que he dicho de ti, Den.

—¿Qué has estado diciendo de mí? No importa, estoy seguro de que no puede ser peor que lo que I-Cinco dice de mí.

—Incluso retiro todo lo que él dice sobre ti. Gracias a tu imaginativa hazaña, tenemos más que una pista: tenemos un sospechoso. ¿Cuál es la dirección?

Den le dio el nombre de la calle y el número. Jax colocó la información en una imagen mental de la región inmediata de Coruscant. No se sorprendió al descubrir que la dirección estaba cerca. La mayoría de ladrones viven a corta distancia de sus víctimas. Eso simplifica el transporte.

—Vayamos a tener una pequeña charla pequeña con Spa Fon.

# Dieciocho

La dirección que el agente de arte batracio le había revelado a Den a regañadientes estaba, sorprendentemente, localizada en el Nivel 42, en un barrio que al menos podía optar al aburguesamiento potencial. Lo que quería decir que uno tenía marginalmente menos probabilidades de ser vapuleado y robado allí en una noche oscura que en muchos de los innumerables niveles por debajo. No obstante, Jax y Den no se relajaron cuando salieron del transporte y se abrieron paso a pie hasta el complejo dónde, según la información que Den había recibido, el nuknog tenía su negocio así como su casa.

Esa porción del Nivel 42 estaba infundida con fotónica, así que el alumbrado por cables o radiación no era necesario.

Las fachadas de las tiendas mostraban sus mercancías sin los habituales barrotes de seguridad o rayos de alarma, y los guardias apostados fuera llevaban uniformes en lugar de armas y expresiones fieras. No eran las Colinas Manarai, no por la longitud de la cola de un cometa, pero estaba considerablemente mucho mejor de lo que cualquiera de ellos había anticipado.

Los negocios deben ir bien, meditó Jax.

La dirección dada a Den era casi cómicamente difícil de describir; tanto es así que era imposible decir si estaban viendo la fachada de una residencia o de un negocio. No había ventanas, ni otras puertas, ni siquiera alguna cámara visible de seguridad: simplemente un rectángulo de monótona carbonita gris con un número flotando a medio centímetro a un lado del centro.

Jax llamó con fuerza. El tiempo de respuesta fue lo suficientemente largo para hacerle pensar que no le habían escuchado. Pero cuando alzaba el puño para llamar otra vez, apareció un portal en el centro de la pared gris, revelando a un lonjair allí parado. De apenas medio metro de alto, flaco y de color añil, los contempló con cuatro brillantes ojos turquesa bajo un único mechón de pálido pelo azul que se alzaba en una cresta desde su coronilla.

Jax nunca antes había visto a un lonjair. No había muchos de ellos en esa parte de la galaxia. Normalmente tímidos y centrados en su especie, tendían a permanecer en tres sistemas estrechamente situados en lo más alejado del Brazo Sur. Como cualquier otra especie civilizada, tenían representación en Centro Imperial, pero ver uno al servicio de alguien era inusual. Quizá Spa Fon, siendo de estatura modesta, prefería sirvientes aun menos físicamente imponentes que él. Ciertamente la voz aguda y chirriante del lonjair no era exactamente atemorizante.

—¿Ten ahuntos can Spah Fhoon?

Den dio un paso adelante. —Así es.

El lonjair miró de arriba a abajo al sullustano.

—No ma precéis d’esa clase.

Jax dijo, — ¿Acaso el temible Spa Fon juzga la perspicacia comercial por la apariencia?

En rápida y uniforme sucesión, uno tras otro, cuatro ojos parpadearon al Jedi. —Via necitar sus nambres.

Jax le suministró dos, cogiéndolos al vuelo y esperando que su compañero recordara el suyo. La antigua profesión de Den le había enseñado a retener minucias, así que el Jedi no se preocupó demasiado.

El lonjair les indicó que esperaran, y desapareció por un pasillo. No tardó mucho; cuando regresó, le hizo pasar con un gesto.

Mientras entraban, Den murmuró al oído de Jax, — ¿No te parece peculiar que Spa Fon no le haya dicho a su criado que nos pregunte por nuestros negocios, o que te desarmara?

—Todo el mundo tiene un modus diferente. A veces está definido por la tradición y no por la lógica. Si acaso, eso indica que Fon no nos teme.

Den asintió con la cabeza indicando a su diminuto guía. — ¿Por qué debería, con un guardaespaldas como ese?

Spa Fon los estaba esperando en una cámara que, afortunadamente, era lo suficientemente alta como para que Jax permaneciese erguido. No estaba claro si el nuknog lo había dispuesto así por cortesía hacia los clientes y contactos más grandes que él mismo o era simplemente reflejo de la arquitectura existente.

Spa Fon estaba sentado sobre un grueso cojín amarillo, su pequeño criado azul se colocó a su lado. La hospitalidad de Fon podría incluir un techo de altura razonable, pero evidentemente no se extendía al mobiliario. Sus visitas estaban obligadas a permanecer en pie o hacer uso de cojines similares.

Den se dejó caer agradecidamente sobre uno de los almohadones. Jax necesitó un momento para plegar sus piernas más largas debajo de él. La posición le trajo un recuerdo instantáneo: se sintió como si estuviera otra vez en clase de levitación principiante, intentando absorber las enseñanzas del Maestro Yerem.

El afilado pinchazo de añoranza de tiempos más simples le sorprendió con su intensidad.

Impaciente, como la mayor parte de su especie, Spa Fon los miró con el ceño fruncido. —Erppah me ha dicho que estáis aquí por negocios. No os reconozco a ninguno de los dos. Dadme una referencia o tendré que echaros.

En ese momento, el lonjair echó hacia atrás la cabeza y asumió un aire de arrogancia inconfundible.

—Tranquilo —Den hizo un gesto tranquilizador—. Estamos aquí en recomendación de Shulf'aa el Vernol.

—¡Ah! Esa cría astuta —el nuknog dejó escapar un resoplido de aprobación—. ¿Qué está tramando el viejo cara verruga?

—Oh, lo habitual —respondió Jax de modo casual—. El negocio va bien. De hecho, nos dijo que cuándo nos encontráramos contigo, debíamos solicitar mercancía adicional en representación suya.

La alta cabeza estriada asintió favorablemente. —La mercancía que Shulf'aa requiere no es fácil de conseguir. Los bienes exclusivos están tan bien guardados como son apreciados por sus clientes. Pero decidle que veré lo que puedo hacer.

Ahora —reajustó su postura sobre el lujoso cojín—, ¿qué os trae ante mí, específicamente?

Den miró a Jax, quien asintió alentadoramente. El sullustano se volvió hacia su anfitrión. —Le proporcionaste a Shulf'aa dos originales Ves Volette. Querría más.

El nuknog movió los ojos en direcciones opuestas.

—Apuesto a que sí, el viejo come bichos. ¿Cree que los Volettes son como rayos de luz errante, que pueden recogerse libremente con una red fotónica? Desde que el artista fue asesinado…

Era la oportunidad que Jax había estado esperando. Casualmente, a secas, dijo —Sí, ese fue un buen trabajo por tu parte. Me pregunto cómo lo hiciste.

—¿Lo hiciste? —el tono del nuknog dio un giro brusco hacia lo desagradable. A su lado, el lonjair se tensó—. Yo no hice tal cosa. ¿Por qué me acusas de un acto como ese?

—Bueno, es intuitivamente obvio —dijo Den—. Le robaste al artista dos de sus obras, que entregaste a Shulf'aa con ganancias considerables. Así que lo intentaste otra vez. Pero esa vez Volette se había preparado para algo similar. O quizá calculaste mal el momento y te lo encontraste por accidente. En la lucha resultante, le mataste. No es que nos importe.

Spa Fon miró al lonjair, que pestañeó en respuesta. Cuando el nuknog se volvió hacia sus invitados, estaba claro por el estrechamiento de sus ojos que ahora los veía con una nueva y no tan favorable luz. —Creo sí os importa, muchísimo. Creo que tal vez de hecho sois policías, intentando hacer que confiese un crimen que no he cometido porque no podéis resolverlo de ninguna otra manera.

—No somos policías —empezó a decir Jax honestamente—. Somos…

—Y —le interrumpió el nuknog—, creo que es hora de que os vayáis —alzando un brazo rojizo y huesudo, su anfitrión hizo un gesto.

La cortina cubriendo la pared de atrás se dividió, y una forma emergió. Mientras se colocaba detrás de Spa Fon, Jax reconoció la especie: cathar. De apariencia felina, cubierto por un grueso pelaje dorado…amarillento, y vestido con un chaleco y un kilt de cuero, era mucho más alto que él y probablemente triplicaba su peso. Debajo del pelaje, Jax podía ver, había principalmente músculo.

—Bien —dijo Den enérgicamente, retrocediendo hacia la salida—. Obviamente tienes otras citas, así es que nos…

Den se congeló cuando el cathar dio un paso hacia adelante. En su cabeza, entre las orejas de punta, llevaba una diadema de metal plateado con una única gema mangana aqua engastada. Jax sabía que eso significaba algo en la cultura cathar. Sólo que no podía recordar el qué.

Aspiró profundamente. —No hay necesidad de esto, Spa Fon. Aquí somos todos amigos.

El nuknog le miró furiosamente. —Los amigos no acusan a otros amigos de asesinato.

—Estoy seguro de que fue un accidente. Querías sus esculturas, no su vida —sonriendo ampliamente, el Jedi extendió los brazos—. Oye, no hay que avergonzarse por admitir un accidente.

—Me alegro de que pienses de esa manera —contestado Fon—. Así no experimentarás rencor por el accidente que está a punto de ocurriros.

El cathar se acercó a Jax, ignorando a Den.

—Soy Sele —gruñó—. Te arrancaré la tibia y la usaré para limpiarme los dientes —gruñendo, el líder de los guardaespaldas de nuknog enseñó sus blancos y afilados colmillos.

—¿Esa es forma de tratar a tus clientes? —mientras Jax daba un paso hacia atrás, su mano derecha se deslizó discretamente hasta su cintura—. No se pueden hacer tratos en una atmósfera hostil. Por qué no tomamos aire y…

Dejando escapar un rugido que hizo temblar la habitación, Sele extendió hacia Jax una garra enorme. Aunque el cathar era más rápido que lo que uno podría esperar para una criatura de ese tamaño, Jax era considerablemente más ágil.

Esquivando hacia su izquierda, desenvainó y activó la espada de fuego velmoriana en un solo movimiento.

El cathar se detuvo un momento ante esa maniobra inesperada; sin embargo, confiaba completamente en su habilidad para doblegar a cualquier intruso hostil. Dado su tamaño y su fuerza, era una seguridad bien fundamentada.

Pero, con toda probabilidad, nunca antes se había enfrentado a un Jedi.

Sele sacó un puñal tan largo y pesado como la pierna del Jedi. Agachándose debajo de un mandoble lo suficientemente fuerte como para decapitar a un reek, Jax se inclinó hacia adelante en un largo empuje que hizo que la punta de la espada atravesara la piel del cathar un centímetro en el muslo.

Aullando, el guardaespaldas retrocedió y palmeó el humo que se elevaba de su pelaje chamuscado. Cuando volvió a alzar la mirada, su expresión era suficiente por sí misma para paralizar al típico adversario.

Ahora recuerdo el significado de la banda, pensó Jax. Lo señala como el guerrero más poderoso de su clan. Es lógico.

Abalanzándose, Sele hizo descender la pesada hoja del puñal en un movimiento que habría cortado al Jedi por la mitad desde la cabeza hasta la entrepierna si le hubiera alcanzado, cosa que no hizo. Esquivando hacia la derecha esa vez, Jax fintó con la espada. Su adversario dio un paso hacia la izquierda; Jax dio una vuelta, saltó con ayuda de la Fuerza, e hizo descender el arma velmoriana. Con un respingo, Sele logró bloquear el golpe, pero la sobrecarga de la espada le dejó una veta negra a través de su hombro derecho.

Por segunda vez el cathar dejó escapar un aullido de dolor. Aunque había herido ligeramente a su adversario dos veces, el Jedi sabía que Sele sólo tenía que alcanzarle con

uno de sus contundentes golpes para ganar la pelea. Continuó con su estrategia, usando la Fuerza para mantenerse fuera del alcance de su enemigo mientras dejaba que las leyes físicas trabajaran a su favor. Con su masa y tamaño, simplemente no había forma de que el cathar pudiera moverse tan rápidamente o con tanta destreza como Jax, incluso sin ayuda de la Fuerza.

Al fin, echando humo como una casa en llamas de más de una docena de heridas infligidas por la espada de fuego de Jax, Sele no tuvo más remedio que reconocer su derrota. La gigantesca criatura dobló una pierna e inclinó la cabeza. Colocó el puñal sobre el suelo entre ellos.

—Por las reglas de la Caza de Sangre —dijo en un gruñido gutural—, te entrego todo lo que poseo y todo lo que soy.

—Acepto —respirando con dificultad, Jax se volvió para mirar a la figura todavía sentada y obviamente aturdida de Spa Fon. Al lonjair no se le veía por ningún lado.

—Mal negocio —dijo Jax—. Algo así podría arruinar tu reputación si llegara a saberse.

El comprador de mercancías robadas no contestó; seguía sentado y con la mirada fija—. ¿No estás de acuerdo, Den? —continuó Jax—. ¿Den?

Volviéndole la espalda al aparentemente paralizado nuknog, Jax registró la habitación con la mirada y con la Fuerza. ¿Dónde estaba Den?

—Cosa interesante, las reputaciones. Muchas veces son inmerecidas.

Apareciendo detrás de la misma cortina dividida que anteriormente había revelado al derrotado guardaespaldas, el sullustano se reunió con su compañero. Retorciéndose bajo su brazo derecho pero fracasando en su intento de liberarse se encontraba el lonjair. Con un floreo, Den lo lanzó delante del Jedi.

—Amigo mío, te presento al auténtico Spa Fon.

La mirada de Jax fue de su supuesto anfitrión hasta el delgado lonjair—. ¿Tú eres Spa Fon?

—¡No me hagas daño! —lloriqueó el lonjair. Unos puntos negros de pánico habían hecho erupción a lo largo y ancho de su cuerpo. Sus cuatro ojos estaban moviéndose en tantas direcciones a la vez que mirarlos mareaba a Jax.

—Solamente soy un simple distribuidor de bienes codiciados —gimió el auténtico Spa Fon—. Robo pero no hago daño. ¡No me pegues, por favor!

Jax notó que el dialecto que el lonjair había fingido al principio había sido reemplazado por un Básico perfectamente comprensible. A un lado, Sele gruñó algo poco halagador en voz baja.

La exhibición imperturbable de cobardía por parte de su anterior jefe obligó al cathar a apartar la mirada para no compartir la vergüenza del lonjair.

Den señaló a Jax.

—Mi amigo dijo la verdad: no somos policías. Somos agentes independientes, haciendo un trabajo. Pero no nos escondamos detrás de un droide disfrazado —volvió

desdeñosamente la mirada hacia el falso nuknog—. Ahora, por última vez ¿cómo y por qué asesinaste al artista Ves Volette?

Cuatro ojos desesperados fueron del sullustano al Jedi. —¡No lo hice, no lo hice! ¡Yo no, ni nadie de mi gente! Claro, yo quería más esculturas de luz. Son dinero fácil y rápido. Pero lo juro, ¡yo robo pero no mato!

Jax se inclinó hacia adelante y se extendió. La Fuerza que percibía como extensiones lineales de sí mismo, como hilos de intangibilidad determinada, tocó a la lastimosa criatura que yacía ante él. Sólo necesitó un momento.

—Está diciendo la verdad.

—¿Ahora qué? —preguntó Den mientras se dirigían de vuelta a la terminal.

—Volvemos a casa —dijo Jax—. Le encargué a Rhinann una investigación sobre un asunto no relacionado que quiero comprobar.

Den se encogió de hombros.

—Lo que sea —miró su crono—. Está bien…es casi la hora feliz.

# Diecinueve

Rhinann estaba sentado ante su consola de acceso, considerando cuidadosamente su siguiente movimiento. Le había parecido una petición bastante simple la de Jax: averiguar todo lo que aún existiera sobre su padre, Lorn Pavan, un agente de información de poca importancia, comerciante de mercancías robadas y, antes de eso, un asistente clerical empleado por el Templo Jedi. Todo eso había tenido lugar hacía más de dos décadas. Una petición directa para cualquiera salvo para un elomin, que estaba acostumbrado a ver complejidades laberínticas y subterfugios bajo la superficie de cualquier cosa que pareciera inicialmente inocente. El hecho de que Jax también le hubiera pedido que no hablara de su tarea con I-Cinco sólo aumentaba las sospechas de Rhinann. Había hecho que pareciese lo suficientemente casual, como un pensamiento de último momento «—Oh, por cierto…» —pero su estudiada despreocupación sólo hizo que Rhinann estuviera más alerta ante una agenda oculta. Para un elomin, la preocupación nunca era por ser demasiado paranoico…era por no serlo lo suficiente.

—Abre un canal —murmuró a la consola. El holoproyector respondió mostrándole el acceso a la HoloRed. Rhinann entrelazó los dedos y empujó con las palmas hacia afuera, desentumeciendo sus dedos y haciendo crujir sus nudillos. Entonces se reclinó sobre la proyección.

Cinco horas después echó para atrás su adaptosilla y se estiró, sintiendo como los músculos de su espina dorsal se descontraían. Estaba demasiado atrapado por sus pensamientos para ser consciente del sonido trinante que se producía cuando su aliento pasaba por sus vibrantes colmillos.

Había mucho en lo que pensar.

Lo que había conseguido reunir era fascinante: el padre de Jax había sido un contable de nivel bajo y archivista para los Jedi hasta que habían descubierto que su hijo de dos años tenía unos niveles de midiclorianos más altos de lo normal. Representantes del Consejo habían hablado con el Pavan más mayor, quienes habían apremiado a que el joven Jax entrará en el Templo como Padawan.

Rhinann sabía que se consideraba un gran honor que a un hijo se le ofreciera la oportunidad de convertirse en Caballero Jedi. Aunque eso significara entregar al niño para siempre a los enclaustrados pasillos de la Orden, pocos padres rechazaban a los Jedi, porque eso también significaba una vida segura, honorable y con un propósito para su retoño, que era lo que todos los padres querían.

Sin embargo Lorn y su mujer, Siena, se habían resistido.

Aunque no eran ricos, tampoco estaban en la miseria, y la idea de entregar a su único hijo, aunque pudiera ser en su propio beneficio, les horrorizaba.

Los informes sobre lo que pasó después eran contradictorios.

Lorn había dejado su trabajo o le habían dejado marchar, y el niño Jax había sido tomado o entregado libremente a la Orden…aunque en el registro público había una querella impuesta por los padres, en la que se acusaba a los Jedi de lo que equivaldría a

un secuestro. Rhinann tenía la impresión de que había habido una confabulación en las altas esferas para enterrar la historia, incluso antes de que el nombre de Lorn se asociase con el holocrón neimoidiano desaparecido. En cualquier caso, la querella quedó en nada. Siena Pavan había dejado a su marido poco después, y Lorn había comenzado una larga espiral descendente, tanto literalmente como en sentido figurado, que finalmente le había depositado en las mezquinas calles del submundo de Coruscant. Allí había conocido al droide de protocolo I-Cinco, y los dos habían comenzado su particular asociación.

Todo eso era de dominio público…o lo había sido antes de la purga de información de cualquier cosa relacionada con los Jedi.

Aun así, había sido relativamente fácil de descubrir. La siguiente etapa de la saga de Lorn sin embargo, había sido sistemática y concienzudamente purgada. Los desvíos, desencriptaciones y maniobras alrededor de incontables cortafuegos habían requerido mucho tiempo y paciencia. Rhinann había aplicado minuciosamente mejoras y reconstrucción a los varios almacenes de datos, algunos de los cuales habían sido eliminados de los archivos, dejando sólo rastros cuánticos residuales. En algunos puntos había tenido que confiar en algoritmos nodales buscadores para reconstruir y hacerse una mejor idea de las probabilidades gráficas de los conductos de datos. No había sido fácil; obviamente la historia que estaba intentando reconstruir tan escrupulosamente había sido borrada a conciencia, por orden de alguien en una posición muy elevada. Ciertamente había tenido que moverse con cuidado para evitar la miríada de alarmas, cables trampa, y pozos sin fondo que aguardaban a la vuelta de cada esquina virtual, y cuando finalmente dio por concluida la caza, la historia seguía estando bastante fragmentada.

La esencia era muy simple: Lorn Pavan y su compañero droide habían obtenido un holocrón de datos que contenía información relacionada con el embargo comercial neimoidiano del planeta Naboo que había ocurrido veintitrés años atrás. Rhinann no fue capaz de determinar la naturaleza exacta de la información, pero obviamente era altamente comprometedora para al menos un oficial gubernamental de alto rango, si no para más. En respuesta a esto, se puso precio a la cabeza de Pavan, y por extensión, a la de I-Cinco.

Hasta ahí, su reconstrucción extensiva y exhaustiva de los sucesos pasados había reportado poco más de lo que I-Cinco ya les había contado. Lo que Jax tenía más curiosidad por saber era la identidad del misterioso asesino, así como quién le contrató. Esa información estaba enterrada en lo más hondo, y desenterrarla requirió el mayor esfuerzo.

—No he encontrado nada más que rumores, esencialmente —le dijo a Jax más tarde—. La Oficina de Seguridad Imperial condena categóricamente todas esas especulaciones como injurias y calumnias, y la más leve sospecha de interés ilegal es suficiente para autorizar una investigación por parte de los Inquisidores. Mis indagaciones a través de sus cortafuegos no activaron ninguna alarma, y espero que siga así.

Lo que he descubierto es todo lo que puedo sin ponernos a todos en gran peligro. No me pidas que investigue más; no me arriesgaré a una fusión cerebral por ti o por nadie.

Te lo diré una vez, y entonces tengo intención de olvidarlo. Haz con ello lo que quieras, pero no lo has sabido por mí. En el mejor de los casos, es un rumor.

Un fragmento de un comunicado de la policía del sector, fechado, todo lo cerca que puedo determinar, aproximadamente hace dieciocho años, del período del embargo comercial de Naboo, menciona la muerte de un hutt, propietario de un club y mafioso local, junto con varios de sus secuaces, a manos de un asesino zabrak. Los objetivos del asesino eran aparentemente un varón humano, muy probablemente de origen corelliano o alderaaniano, y un droide de protocolo.

—I-Cinco y mi padre —murmuró Jax.

—Casi con certeza —estuvo de acuerdo Rhinann—. Escaparon, y fueron perseguidos por el zabrak.

—Eso concuerda con lo que me contó I-Cinco. Lo que se niega a especificar es la identidad del asesino.

—Si mis sospechas son correctas —dijo el elomin—, tenía una buena razón para no hacerlo —se detuvo.

—Dímelo —dijo Jax. Sintió como se le erizaba el vello de los brazos y la nuca por la anticipación.

Rhinann dijo —El arma usada por el zabrak era un sable láser de doble hoja. Un sable láser rojo.

Jax le miró fijamente. — ¿Un Sith?

El elomin le contempló impasiblemente. —Dímelo tú.

—Pero… —Jax sentía que su mente giraba sin control. De acuerdo con la tradición del Templo, el sable láser de un Lord Sith siempre era rojo, construido siguiendo una antigua fórmula secreta.

Había sido así desde que Darth Bane instituyó la Regla de los Dos, hacía más de mil años. Además, los Jedi habían evitado tradicionalmente el uso de sables láser de doble hoja. El estilo y el color del arma del zabrak, por lo tanto, garantizaban casi con toda seguridad que se trataba de un Sith.

Su padre había sido asesinado por un Sith. E I-Cinco lo había sabido.

# Veinte

Cuando regresaron a Poloda Place, Den observó inmediatamente que I-Cinco todavía seguía conectado a la HoloRed. Enchufado, conectado, activado, enganchado: fuera cual fuera el término que un orgánico eligiera para describir la condición o el estado de la mente mecánica de unidad con otras inteligencias artificiales. Den sabía que, mientras estaba en ese estado, el droide podía intercambiar información instantáneamente, sin tener que traducirla primero al Básico y después comunicarse. Podía recibir respuestas a la misma velocidad, en lugar de esperar el equivalente cibernético de horas para que un orgánico terminara un par de frases.

No tenía sentido, le había dicho más de una vez el droide, intentar explicarle tales cosas a los orgánicos. Incluso aquellos de los que se rodeaba, los cuales eran más listos y empáticos que la mayoría, sólo podían en el mejor de los casos asentir cortésmente y declarar su comprensión…cuando en realidad era evidente que no entendían nada, y que su comprensión estaba irredimiblemente restringida por las limitaciones impuestas en sus procesos de pensamiento por la propia naturaleza de sus conexiones sinápticas basadas en proteínas. Sin embargo, les reconocía el mérito de intentarlo …especialmente a Den, quién, como la mayor parte de su clase, tenía una mente afilada así como la lengua.

Jax se encontró inmediatamente con Rhinann, y ambos desaparecieron en el interior de una habitación para hablar. Momentos después Jax volvió a la habitación, su expresión era sombría. Fue hasta la pared donde el droide se encontraba conectado a la interfaz.

—I-Cinco —le dijo tensamente—, tenemos que hablar.

Algo en su tono hizo que Den se fijara. I-Cinco también lo notó. El droide sacó su dedo de la ranura de la interfaz y se volvió hacia Jax.

El Jedi dirigió la mirada a Laranth y a Den. — ¿Nos dejáis un momento, por favor?

Laranth asintió y se marchó. De camino a la salida agarró a Den por el hombro.

—Vamos —dijo ella.

Den pensó brevemente en resistirse, pero sólo brevemente; la twi'lek era mucho más fuerte que él.

—No es justo —protestó débilmente—. Si tiene que ver con el caso, ¿no deberíamos quedarnos también?

—No tiene que ver con el caso —dijo Laranth.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Eres reportero —dijo ella—. ¿Cómo es que tu no…?

I-Cinco dijo suavemente, — ¿Cómo puedo ayudarte, Jax?

Jax reprimió el deseo de agarrar y sacudir al droide, sabiendo que eso no serviría de nada. —El hombre que mató a mi padre era un Sith. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué bien habría hecho?

—¿Qué daño habría hecho? Como Jedi en particular, tenía derecho a saberlo.

—Y ahora que lo sabes —dijo el droide con enloquecedora complacencia—, ¿qué piensas hacer?

—Pues, yo… —Jax se detuvo, dándose cuenta de que realmente no había pensado en un curso de acción—. Descubriré si este Sith todavía vive —dijo él, algo débilmente—, y…

—Y sin duda serás arrestado y torturado por los Inquisidores —terminó I-Cinco—. Hay un Nuevo Orden allí afuera, ¿recuerdas? Si el asesino todavía sigue vivo —una probabilidad baja, dada la tasa de desgaste en su clase de trabajo— él no es el cazado. Lo eres tú.

—Actuaba siguiendo órdenes —dijo Jax—. Órdenes de muy arriba. Órdenes que podrían haber venido posiblemente del propio Palpatine.

—¿Y? —cuando Jax no contestó, el droide continuó—, ¿sueñas con llevar la lucha hasta el Emperador? ¿No fuiste tú el que me dijo no hace mucho que el mero concepto rayaba en la locura?

Estás haciendo todo lo que una forma de vida puede hacer, Jax. Bastante más de lo que la mayoría hace. ¿Tirarías todo eso por la borda para vengar a alguien que nunca conociste? Yo conocí a Lorn Pavan mejor que nadie, me atrevo a decir. Puedo evocar recuerdos de él que parecen tan reales como tú. Y estoy seguro de que te diría que dejes que el pasado se preocupe por los muertos.

—Así que ¿no me dijiste que su asesino era un Sith porque sabías que me sentiría obligado por el honor, tanto como su hijo y como Jedi, a dar término a todo esto? —Jax sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Cómo? Ni siquiera me conocías en ese momento.

—Conocía a tu padre —dijo I-Cinco—. Y llegué a conocer a los Jedi con los años. Y vi al zabrak. Nada podía detenerle. Lorn no habría querido que hubieras acabado igual que él.

La cabeza de Jax le daba vueltas. Si había la más mínima posibilidad de que un Sith todavía existiera, era su deber como Jedi encontrarlo. Añadido a eso estaba el deseo de vengar al padre que nunca conoció. Pero tenía que admitir que lo que decía I-Cinco tenía mucho sentido. Como Jedi, su primer deber era ayudar a la gente, no perseguir vendettas personales. También, la galaxia había cambiado: ser identificado como Caballero Jedi ya no producía automáticamente la admiración y el respeto de antaño.

Pero simplemente no podía dejarlo estar…

I-Cinco dijo quedamente —Fue un error no contártelo todo, Jax. No tengo derecho a escoger tu camino.

Pero ahora lo sabes, si decidieras seguir investigando, al menos puedo ayudar a nivelar el terreno —diciendo esto, abrió el cierre de una pequeña y oculta abertura en su placa pectoral, en lo que sería el cuadrante superior izquierdo del torso de un humano. Metió la mano en el compartimiento del pecho y sacó una pequeña ampolla. Después de un momento, Jax reconocido el tubo claro, del tamaño y longitud de su dedo índice, como la ampolla del vaporizador de un inyector epidérmico no invasivo.

—Esto es, hasta donde puedo determinar, la única muestra de extracto de bota que existe en la galaxia —dijo el droide—. El bota era una planta ergogénica nativa de Drongar.

—He oído hablar de ella —dijo Jax—. Fue la razón por la que los Separatistas y la República lucharon allí… hasta que mutó y se volvió inútil.

—Sí. Es —era— lo que se conoce comúnmente como un adaptógeno: una panacea que tiene distintos efectos, en su mayor parte saludables, para diferentes especies. Para los neimoidianos es un narcótico, para los hutts un psicodélico, para los humanos un antibiótico, etcétera.

Durante su servicio como curandera, la Jedi Barriss Offee descubrió accidentalmente que una dosis del destilado aumentaba enormemente su conexión con la Fuerza. Lo describió como estar conectado con todos los seres, todos los lugares, a lo largo de todos los tiempos —el droide vaciló, entonces añadió—, la Jedi Offee no era excesivamente dada a la hipérbole, así que asumo que su valoración era franca, por muy metafísica que pueda sonar.

—Te creo —contestó Jax—. ¿Cómo la conseguiste?

—Cuando terminé finalmente de reconstruir los enlaces de mi red sináptica, recordé que una vez le había hecho una promesa a Lorn. Me pidió que cuidara de ti, si lo recuerdas.

—Es difícil de olvidar, cuando me lo recuerdas a la mínima oportunidad.

—La Jedi Offee me ofreció el privilegio de ser un enviado para el Templo llevando el destilado conmigo de vuelta a Coruscant. Cuando Den y yo llegamos, sin embargo…

—No había Jedi a los que entregarlo…hasta que me encontraste —Jax miró la ampolla, sosteniéndola en alto hacia la luz, admirando su translucidez. Le recordó, por alguna razón, al pedazo de pyronium—. Pero ¿por qué no me lo diste la primera vez que nos vimos?

Una vez más, I-Cinco vaciló inusualmente.

—Porque —dijo al fin—, eres uno de los últimos Jedi supervivientes. Tenía que asegurarme de…

—Que era digno. Que no usaría el bota al servicio del lado oscuro.

—Perdóname. Tenía que estar seguro. De acuerdo con la Jedi Offee, la conexión realzada con la Fuerza es potencialmente tan poderosa que, si cayera en las manos equivocadas, los resultados podrían ser catastróficos. Ella sintió que abría un canal con lo que ella llamó la Fuerza Cósmica. Asumo que sabes a lo que se refería.

Jax asintió, perdido en sus pensamientos. La mayoría de filósofos y estudiantes de la Fuerza, incluyendo a muchos integrantes del antiguo Consejo, creían que la Fuerza estaba por encima de los conceptos intelectuales del bien y el mal, y que los términos lado luminoso y lado oscuro no constituían más que un merismo. No obstante, también había muchos que sentían que podían ver la Fuerza, según era generalmente comprendida y utilizada, como un subconjunto de un principio más grande y unificador.

Esta «Fuerza viva» era el aspecto con el que la mayoría de los Jedi —y también la mayoría de los Sith— estaban más familiarizados. Si la conexión de un ser con ella era lo suficientemente fuerte, uno podía lograr lo que a la mayoría de las personas les parecían

milagros: telequinesia, habilidades curativas, fuerza sobrenatural, velocidad y energía, incluso un cierto grado de precognición.

Pero, según las Antiguas Enseñanzas, ese sólo era un aspecto de un todo más grande, como una superficie plana representaría sólo una fracción de las maravillas multidimensionales de una hipergema, conocido por nombres tan diversos como Fuerza Unificadora, Cósmica, o Mayor. Uno conectaba con la Fuerza Mayor sólo a través de toda una vida de meditación y sacrificio, pero la recompensa de hacerlo era, se decía, una unificación con todo el espacio y el tiempo, una habilidad para manipular la materia y la energía en los niveles más elementales… incluso, decían algunos, la habilidad para despojarse de los grilletes de la carne en favor de un cuerpo inmortal de energía.

Si el extracto del bota estaba a la altura de la descripción de Barriss Offee, parecería ofrecerle un atajo hacia la iluminación de la Fuerza Mayor. Si ciertamente podía potenciar los efectos de los midiclorianos de su cuerpo hasta un grado sin precedentes, y si podía proporcionar tal poder a cualquier sensitivo a la Fuerza…bien, entonces catastrófico era definitivamente un comentario que se quedaba corto.

Si Vader lo descubriera de alguna forma… Jax no pudo terminar el pensamiento. Pero entonces otro pensamiento, aun más aterrador, se le ocurrió: ¿Y si ya lo sabía?

¿Y si Vader sabía, de alguna manera, que Jax iba a ser el depositario del extracto? No podría saber el momento exacto o el lugar de su entrega, no podría sospechar que hubiera sido llevado a Centro Imperial por un mero droide de protocolo. Pero si tuvo algún conocimiento previo, ya fuera a través de la Fuerza o simplemente a través de información mundana, de las propiedades milagrosas del destilado, seguramente esa era razón suficiente para su búsqueda incansable de Jax.

Le dijo todo eso a I-Cinco. El droide estuvo de acuerdo, añadiendo —Quizá sería mejor esconderlo…idealmente por otra persona en un lugar desconocido para ti, para que un interrogatorio a conciencia no revelara su localización.

Jax miró de nuevo en el claro líquido ámbar de la ampolla. —Tenías que escoger un momento como éste para contármelo.

—¿Y un momento mejor habría sido…?

Jax no tenía respuesta para eso.

# Veintiuno

La sala de la reunión no era grande. Estaba escondida detrás de una pared falsa en la cocina de un centro de caridad que alimentaba a los representantes hambrientos y sin hogar de varias especies. Sin embargo estaba sorprendentemente abarrotada. Jax se encontraba de pie contra la pared trasera mientras el líder de la célula hablaba desde el estrado provisional en la parte delantera de la habitación. No podía negarse que los partidarios tenían pasión y eran guiados por la determinación.

La pasión y la determinación, sin embargo, eran pobres sustitutos de Destructores Estelares y divisiones de soldados de asalto.

El orador era un gossam, elaboradamente vestido al estilo preferido por su raza. Su tono era agudo y sus palabras, fluidas. Su pasión era fácil de entender. Entre las especies no humanas, los gossams habían sido especialmente distinguidos por el Emperador al perseguirlos de forma continuada.

—Escuchadme bien, masas descontentas. Primero los soldados de asalto vendrán a por los no humanos pacíficos tales como los gossam y los caamasi. Entonces vendrán a por los no humanos desafiantes. Después a por los humanos que protestan, y finalmente, se volverán unos contra otros y se devorarán a sí mismos en una orgía de destrucción irreflexiva y autoaversión, ¡hasta que la galaxia retorne a la barbarie y toda semblanza de bondad, decencia, y civilización desaparezcan!

Continuó así durante algún tiempo, algunos miembros individuales de la audiencia murmuraban frecuentemente su acuerdo. No hubo aplausos; las palabras del orador eran demasiado solemnes para los aplausos. Jax escuchaba a medias, su otra mitad estaba ocupada estudiando a los asistentes. Además de los humanos había un conjunto representativo de seres de toda la galaxia, como él había sabido que ocurriría. El Latigazo recibía apoyo incluso de algunas de esas especies aparentemente favorecidas por el gobierno.

Como miembro de la organización subversiva, asistía a las reuniones clandestinas siempre que podía, para reencontrarse con caras familiares y también para conocer a los nuevos.

Una hembra humana alta y entrada en años relevó en el podio al exhausto gossam y empezó a hablar sobre organizaciones similares a Latigazo que estaban formándose en otros mundos. Jax se irguió. Eso era nuevo para él, como sin duda lo habría sido para los medios generales de comunicación. ¿Estaba el gobierno al tanto de esos movimientos?

Si era así, las autoridades Imperiales se encargarían de mantener oculta esa información. Era fácil monitorizar a un grupo de descontentos en un sólo mundo. Los grupos individuales de disidentes eran, cada uno por separado, una simple cuestión de contención.

Sin embargo, la mujer no estaba hablando meramente de grupos con metas e ideas similares, sino de los primeros indicios de cooperación entre ellos. De que el Latigazo no

contactara simplemente con facciones con una forma de pensar similar en otros mundos, sino que se uniera a ellas. De no expresarlo solamente con palabras, sino con acciones.

Lo que estaba describiendo iba más allá de la mera resistencia. Estaba promoviendo la rebelión organizada. No para ahora, ni siquiera para mañana; los defensores de la resistencia estaban demasiado dispersos y eran muy pocos para arriesgarse a algo parecido a una confrontación directa con el gobierno. Pero las primeras nociones, los indicios preliminares, estaban ahí, esparcidos por todo su discurso.

Algunos en la audiencia se echaron a llorar, otros alzaron gritos para tomar las armas inmediatamente. La oradora calmó a estos últimos mientras los disuadía. Aún no era el momento. Había que hacer preparativos. Necesitaban tomar medidas. El trabajo de base tenía que ser dispuesto.

Un Jax ahora absorto escuchaba atentamente cada palabra.

Claramente el Latigazo se estaba volviendo algo más que una simple avenida para sacar disidentes de forma segura fuera del planeta.

Había un propósito creciendo detrás, e individuos con dedicación y potencial.

¿Sólo individuos? se preguntó. ¿O estaban ciertos gobiernos planetarios, desencantados con la dirección que Palpatine estaba tomando, replanteándose el haberse aliado con el recién proclamado Imperio?

Después de que la humana terminara de hablar, la reunión concluyó. Algunos asistentes se fueron en silencio y de prisa. Otros se quedaron, reuniéndose en pequeños grupos para discutir un poco más las ideas que se habían planteado. Los oradores se habían marchado rápidamente, yéndose de uno en uno y en diferentes direcciones por si alguno era seguido y detenido para interrogarle, que su procesamiento no pusiera en peligro a sus seguidores.

Jax estaba saliendo, también, cuándo un humano corpulento y mayor se cruzó en su camino y alzó una mano.

—Perdona, ciudadano —la mirada del hombre bajó hasta el arma desactivada parcialmente oculta en la cintura del Jedi—. No he podido evitar fijarme en el arma inusual que llevas. Si no me equivoco, es una espada de fuego velmoriana. Un arma poco convencional, pero una que puede ser realmente efectiva.

—Tienes un buen ojo para la tradición, amigo —Jax reanudó su andar. El hombre avanzó junto a él.

—Las armas son un poco mi pasión —manifestó él—. Hay pocos fuera de Velmor que puedan manejar un arma así con habilidad —observó al hombre más joven progresivamente más incómodo con atención—. Tú no eres velmoriano.

—No, no lo soy —Jax alargó su zancada.

El desconocido mantuvo el paso.

—Por favor, no malinterpretes mi curiosidad —indicó la sala de la reunión detrás de ellos—. Todos estamos aquí por la misma razón. Compartimos el mismo propósito: un descontento con el estado de las cosas. Todos somos renegados.

Jax desaceleró ligeramente. El escaneo con la Fuerza no reveló nada hostil dentro del desconocido. Una tremenda intensidad, sí, pero nada que sugiriese que podría ser un enemigo. Aún así, era mejor ser precavido.

Se detuvo y miró a su interrogador. Aunque iba vestido con indumentaria civil poco llamativa, tenía un aire militar inconfundible. Tenía pinta de saber cómo desenvolverse en una pelea, y el anticuado parche en el ojo no ahuyentaba esa impresión.

—¿Hay algo que quieras de mí, ciudadano, o sólo querías alabar mi gusto en armamento personal?

—No —respondió el hombre apologéticamente—. No pretendía entrometerme. La espada de fuego llamó mi atención, eso es todo. Eso, y una declarada curiosidad por saber qué clase de persona podría manejar con eficacia un dispositivo como este. Aparte de un velmoriano adiestrado en su uso desde niño, uno pensaría que sólo un Jedi podría tener tal destreza.

Jax se tensó, pero aunque indagó profundamente con la Fuerza, seguía sin haber nada amenazador por parte de ese insistente interrogador. Ciertamente nada que sugiriese que podía ser un agente del gobierno o un representante de la policía del sector.

—Te has confundido, amigo. Soy simplemente un aficionado que compró esta espada en un mercado. En realidad no sé cómo usarla, pero me gusta llevarla a la cintura, y sólo su visión es suficiente para ahuyentar a aquellos que podrían intentar jugármela.

—Ya veo —el hombre parecía decepcionado, pero dispuesto a aceptar la explicación del humano más joven sin cuestionárselo—. ¿Y en qué intentarían jugártela, para que sintieras la necesidad de tal arma para espantarlos?

Jax pensó rápidamente. Estaban cerca de la salida a la calle, y esa conversación estaba llegando a su fin.

—Soy un jugador de apuestas, así que a menudo llevo grandes sumas de créditos conmigo —extendió una mano—. Fue agradable conocer a un compañero disidente, pero realmente tengo que seguir mi camino.

—Y yo también —confesó el desconocido—. ¿Puedo saber tu nombre, joven jugador?

Tras un momento de preocupación, Jax se decidió, ¿Por qué no?

Nunca volvería a ver a ese tipo. En un momento, los subniveles de Centro Imperial se los tragarían a ambos.

—Jax Pavana. ¿Y tú eres…?

El hombre pareció vacilar, pero no lo suficiente como para perturbar a Jax. Como antes, no hubo sensación de hostilidad o amenaza dentro de él. Mientras se estrechaban la mano a modo de despedida dijo, —Soy el Capitán Typho, anteriormente de las Reales Fuerzas de Seguridad de Su Majestad en Naboo.

# Veintidós

El droide era rápido, Den tenía que reconocerlo. Rápido y engañoso. Apareció de repente desde detrás de una pila de escombros, dirigiendo cuatro rápidos disparos contra Laranth. Sin embargo, a pesar de toda su velocidad, la Paladín era más rápida. Ella se giró rápidamente, sus desintegradores dejaron el cuero incluso mientras se agachaba y se volvía, disparando cinco veces en respuesta.

Cada uno de los cuatro primeros bloqueó un inminente rayo de partículas. El quinto disparo atravesó al droide justo entre los fotorreceptores.

—Y el público enloquece —dijo Den. Estaba relajándose en un desvencijado diván adaptable, con los pies en alto sobre un viejo panel de control, observando a la twi'lek realizar su ritual con educado interés—. Si alguna vez nos ataca un droide de entrenamiento, no tengo duda del resultado.

Laranth le ignoró. Reajustó la intensidad de sus DLs gemelos de vuelta a la zona letal antes de enfundarlos en sus pistoleras. Entonces reactivó el droide de entrenamiento y lo envió de vuelta a su lugar de recarga.

Den bostezó. — ¿Crees que Jax ya habrá vuelto de la reunión?

—Cuando esté de vuelta lo sabremos —contestó ella—. Mejor dicho, yo lo sabré.

—Pequeña, ojalá hubiese tenido una intuición multiusos como la Fuerza cuando era reportero. Habría sido terriblemente práctica algunas…

Laranth hizo un movimiento rápido, y cortante con su mano izquierda, su intensidad hizo que el feroz acompañante — ¡Shhh! pareciese superfluo. Den se calló. Observó a la twi'lek. Ella estaba derecha, en actitud atenta. La pasión con la cual trataba de conectarse con la Fuerza era tan obvia que él casi esperaba que los carnosos tentáculos que su especie lucía en lugar de pelo se alzaran como antenas orgánicas, ayudándola en su intento. Ella permaneció así durante un momento como si estuviera esculpida en jade, entonces le miró abruptamente y dijo:

—Dile a Jax que he ido a investigar algo —sin esperar una respuesta, entró en el resiplex, saliendo momentos después vestida con una túnica con capucha.

—¿Estás segura de que quieres salir sola? —Den sabía que la pregunta era estúpida; si alguna vez había existido una criatura diseñada para las perversas calles de Coruscant, si alguna vez la urbana selección natural había producido un depredador para acechar las selvas de duracreto de la ciudad-planeta mejor que Laranth Tarak, el sullustano no quería estar en el mismo universo que él. Aun así…

—Espera a Jax —la apremió—. Sea lo que sea de lo que han estado hablando en la reunión de Latigazo no puede ser tan importante como lo que sea que estás investigando.

Laranth negó con la cabeza.

—Podría no ser nada. Estaré de vuelta esta tarde, muy probablemente —dijo ella. Entonces, antes de que él pudiera decir nada más, ella se marchó perdiéndose en la noche.

Las fosas nasales de Aurra Sing se encendieron, casi como si pudiera oler realmente a su presa. En cierto sentido podía, si uno pudiera atribuirle algo de ese sentido a la Fuerza.

Allí, se dijo a sí misma silenciosamente, y cerca. Abriéndose paso firmemente pero con discreción a través de las masas, lució su sonrisa feral. No estaba segura al cien por cien de que fuese Jax Pavan a quien estaba a punto de encontrar, pero era alguien imbuido en la Fuerza. De eso no tenía duda.

El rastro la llevó hasta una feria en curso en uno de los subniveles más profundos. Allí había juegos tridimensionales, paseos virtuales, exhibiciones de los confines más lejanos de la galaxia —o al menos que afirmaban serlo— y otras atracciones. Sing se dejó absorber por la polimórfica multitud, manteniendo extendida su conciencia.

``¿Dónde estás, joven Jedi? ¿Dónde te escondes en esta colmena de almas sucias e inútiles? Voy a por ti. El Señor Oscuro te quiere. Esto es fácil para mí.

No creas que tienes alguna posibilidad de derrotarme; he matado a Jedi mucho más expertos que tu.´´

Amante del caos y la confusión, Sing se deleitó en los alrededores de la feria, donde los ruidos ensordecedores y la iluminación cegadora, junto con la variopinta mezcla de especies, se unían para producir una algarabía que ella encontraba agradable. Muchas de las atracciones eran genuinamente ingeniosas. Estaba el Corrobor, donde uno no sólo tenía la oportunidad de volar en naves estelares o participar como miembro de la tripulación: uno también podía convertirse en la nave estelar. En una cabina de estimulación neural, uno sentía como si fuera temporalmente transformado en una cosa de metal y compuestos, circuitos y luces, armas y motores. En el Droidomo, similares realidades virtuales daban a cualquier ser la apariencia y el cometido temporal de un droide, desde seguridad hasta construcción, desde traductor hasta ingeniero. Los droides reales encontraban este entretenimiento particular ligeramente obsceno, por no decir poco realista. Lo peor que un cliente podría experimentar no se extendía hasta las tribulaciones de los droides del mundo real tales como el desmembramiento o la eliminación casual.

Había juegos de combate multijugador multiespecie de alta tecnología, comida y bebida de un extremo al otro de la galaxia, espectáculos en vivo que una especie encontraría incesantemente sobrios y otra, completamente hilarante, así como simulaciones de cambio de cuerpo que permitían que una persona experimentara el físico, el género o los sentidos de otra especie. Los distorsionadores de tamaño le daban a uno la perspectiva de un gigante o de un germen. Los simuladores de transporte hasta muchos planetas conocidos permitían que uno pasease, flotase o volase sobre la superficie de multitud de mundos.

Sing los ignoró todos. Con su epidermis blanca, traje de vuelo muy ajustado, figura ágil, y mata de pelo rojo coronando su calva cabeza, ella atraía muchas miradas absortas de otros clientes, algunas de especies salvajemente diferentes. Para todas y cada una ella respondía de dos formas: ignorándola o dedicándoles una mirada tan dura, intensa y ardiente como el núcleo abierto de un reactor nuclear.

``¿Dónde estás, joven Jedi? ¿Dónde estás, Jax Pavan?´´

Ella ignoró las tentadoras diversiones a través de las que pasaba. Ignoró la comida, el licor, y las estimulaciones propuestas de otra clase. Ignoró las invitaciones y la invectiva

descuidada, las manos atrayentes y las certezas de riqueza instantánea prometidas a gritos. Nada podía apartarla de su tarea.

Cerca, se dijo a sí misma. Prácticamente podía saborear a su presa, podía visualizar la sacudida que congelaría su expresión cuando rozara su ombligo con la punta de su sable láser. No es que necesitara nada para motivar su acecho, pero sus alrededores claustrofóbicos, bajo tierra y llenos de empujones y empellones por parte de representantes de numerosas especies, le recordaba nada menos que a las minas de zenium de Oovo 4.

Muy cerca… Un celebrante ocasional vio momentáneamente su cara, la mirada en sus ojos, y se apresuró a alejarse tanto del camino del rápido humanoide blanco como le fue posible. Y entonces, abruptamente, ella se encontró ante la entrada de una de las atracciones principales de la feria: Una Holo Casa.

Quienquiera que fuera el sensitivo a la Fuerza que había estado rastreando —y estaba virtualmente segura de que era su presa; la Fuerza le decía que su asociación con la entidad Jax Pavan era muy fuerte— estaba dentro del edificio. Ella podría entrar violentamente usando el recurso simple de cortar las cabezas de los humanoides que comprobaban las entradas. Pero eso atraería una atención no deseada, y, estando tan próxima a su presa, eso era lo último que Sing quería. A pesar de su creciente nivel de excitación, se obligó a aminorar su ritmo cardíaco y su respiración. Aparenta ser normal, se dijo a sí misma. Relajada, calmada… sólo una mujer trabajadora buscando el entretenimiento de la tarde.

Lo cual no estaba tan lejos de la realidad. Ella pagó la entrada, le aseguraron que el edificio no estaba abarrotado, y entró.

La atracción era como una casa de espejos, sólo que sin los espejos. En su lugar, las líneas láser iluminadas entrecruzaban múltiples niveles. En la intersección de dos líneas cualesquiera, podía aparecer una holoimagen de algún otro visitante de cualquier parte del lugar. Siendo una holoproyección, la imagen no estaba invertida en espejo; no había forma de distinguirla de la realidad. Si extendías la mano, tu mano atravesaría la imagen, ya fuera una de ti mismo o de otra persona. Podías atravesarla y entrar en otro pasillo o nivel —a menos, claro, que no fuera una imagen sino un ser real—. El resultado era confusión, atolondramiento, identidad equivocada, e —idealmente— hilaridad ampliamente generalizada. Cualquier vestigio de la última emoción, sin embargo, estaba ausente en la cazarrecompensas mientras avanzaba resueltamente a través del laberinto.

La risa y la conversación de otros visitantes distantes resonaban a través de los pasillos. Sing tenía su sable láser preparado, pero aún no lo había activado. No había necesidad de alarmar a los clientes de pago…o alertar a su objetivo.

Agarrado en su enguantado puño derecho, la mayor parte del destellante metal estaba oculto a la vista. Si era necesario, podía tenerlo activado en menos de un segundo.

Ella pasó junto a una atractiva pareja de jóvenes divirtiéndose besando sus imágenes respectivas, y sintió que su labio se curvaba. Estúpidas y desperdiciadas vidas, allí

durante algunos breves segundos y entonces desaparecen en un instante, desvaneciéndose sin siquiera haber impactado en el tejido de la civilización.

No como ella, se dijo Sing a sí misma. Ella hacía mella. Ella marcaba la diferencia. Quizá no una que agradara aquellos con los que se encontraba, pero ciertamente una que ellos y los que les rodeaban recordarían durante mucho tiempo …asumiendo que sobreviviesen.

Encontrar a alguien en el lugar era casi imposible sin ayuda de la Fuerza. La multiplicidad de niveles, rutas, e imágenes ofrecían demasiadas elecciones para la mayoría de la gente…Aurra Sing, sin embargo, habría podido rastrear a su presa a través del brillante laberinto incluso si hubiese sido ciega y sorda. La Fuerza era su guía. Un poco del lado oscuro era todo lo que se necesitaba para conducirla a través de las múltiples imágenes, niveles y corredores, hasta…

¡Allí! Justo en frente de ella, a no más de cinco metros, se alzaba el objetivo, vestido con una capa y una capucha y miramiento en dirección opuesta. Los dedos de Sing se tensaron alrededor del mango de su sable láser. Moviéndose silenciosamente, se acercó. Mientras lo hacía, aparecieron varias imágenes de ella misma a su izquierda, derecha, y sobre su cabeza. Cada una estaba igualmente resuelto, cada una igualmente sombría.

Era demasiado fácil. Sing vaciló. Podía sentir la Fuerza emanando de su objetivo, pero no podía sentir ninguna sospecha, ninguna cautela. ¿Por qué no la sentía acercarse? Entrenamiento insuficiente, quizá. No correctamente armonizado. Vader le había dicho que Pavan apenas dominaba la disciplina. No tenía importancia; la Fuerza estaba claramente presente allí. Si ésa era de hecho su presa, la atraparía con vida para el Señor Oscuro; si no, entonces simplemente era otro Jedi renegado o un sensible a la Fuerza, y de cualquier forma se permitiría el placer de matarlo. Pero no atacaría sin ver primero la cara de su víctima. Para la cazarrecompensas no era cuestión de ética; se trataba de satisfacción personal.

Agarrando firmemente el sable láser en su mano derecha, con la presión de su pulgar casi a punto de activarlo, se extendió con la Fuerza a través de los pocos metros que los separaban y «tocó» suavemente al individuo que se alzaba ante ella. Aunque el toque mental de Sing fue leve la figura se giró rápidamente al sentirlo. La capucha de la capa cayó hacia atrás, y la mirada de Sing se encontró con la del otro.

Sing sólo tuvo tiempo suficiente para registrar que era una hembra twi'lek la que estaba delante de ella. Entonces, antes de que se diera cuenta, su sable láser estaba activado y esquivando disparos de los DL-44 gemelos en las manos de la otra.

Sing se echó a un lado. Media docena de copias de ella misma duplicaron el movimiento con precisión antinatural. Con el sable láser girando, no sólo desviaba el fuego entrante sino que también lo devolvía, enviando los haces hacia su enemigo.

Usando la Fuerza, la twi'lek saltó hacia arriba hasta el siguiente nivel de la estructura. Las múltiples imágenes de ella misma que acompañaron el salto no ofrecían protección ante un asesino cuyos ojos podían ser engañados pero al que la Fuerza hablaba claramente.

Sing estaba justo detrás de ella. Girando, rodando, saltando, desvió cada disparo lanzado en su dirección. Un vistazo a uno de sus dobles mostró su sable láser moviéndose tan rápidamente que parecía estar envuelta en una esfera de fuego verde.

Pero la puntería de la twi'lek era mejor de lo que tenía derecho a ser; estaba al mismo nivel de habilidad que alguien adiestrado en el Templo. Un haz de uno de los desintegradores pasó de largo del vertiginoso sable láser de Sing y chamuscó su hombro izquierdo. La cazarrecompensas apretó sus dientes y cortó una abertura en una de las paredes de plastiforma. Varios clientes sorprendidos, viendo la forma temible y algunas imágenes acompañantes aparecer a través de la pared, huyeron gritando.

Eso no estaba yendo bien. La combinación de imágenes caleidoscópicas y los civiles presas del pánico causaron que su conexión con la Fuerza disminuyera brevemente. Sólo fue durante una fracción de segundo, pero fue tiempo suficiente para dejar que la twi'lek auténtica le asestara un puñetazo en la mandíbula que hizo que el mundo perdiera intensidad momentáneamente.

Ya es suficiente, decidió Sing. Tenía una misión que realizar, y aunque su oponente no era el Jedi tras el que la habían mandado, la twi'lek estaba en cierta forma relacionada con su presa. Tendría que cogerla con vida e interrogarla.

Sin embargo era más fácil decirlo que hacerlo. Eludiendo un complicado movimiento de su sable láser, la twi'lek consiguió durante un instante atravesar la guardia de Sing. Disparó. Sing sintió el calor del disparo y apenas consiguió, ayudada por la Fuerza, arquearse lo suficientemente hacia atrás para evitar que le diera en la cara. Su pómulo izquierdo adquirió instantáneamente una quemadura de cuatro centímetros de largo por uno de ancho. El fallo peligrosamente cercano fue suficiente para impulsarla a hacer algo que no había hecho en algún tiempo.

Sacó su propio desintegrador.

Sosteniendo el sable láser con su mano derecha, disparó varias veces con el desintegrador agarrado en su izquierda. Un haz pilló a la twi'lek desprevenida, abriendo un agujero en el suelo bajo sus pies. Cuando el polvo se disipó, la twi'lek no se veía por ninguna parte.

A regañadientes, Sing decidió que era el momento de abandonar la confrontación. A lo lejos, podía oír el gemido que avisaba de la aproximación de las naves policíacas.

Aunque su identificación imperial la liberaría de cualquier confrontación con oficiales menores, no quería que a Lord Vader le llegara nada que pudiera ser percibido como un fracaso.

Aunque no dudaba de su habilidad para capturar a la twi'lek con vida, se dio cuenta de que su antagonista muy probablemente formaba parte de los Paladines Grises.

Los desintegradores eran la clave. Eso significaba que era un Jedi, y seguramente no estaría muy dispuesta a revelar la localización de un compañero Jedi, ni siquiera bajo tortura. Añadido a eso, la posibilidad muy probable de que, si Sing era lo suficientemente circunspecta, podría seguir a la Paladín hasta Pavan sin despertar sospechas, sólo le dejaba una opción sensible.

Recobrando la compostura, Aurra Sing alzó su sable láser por encima de la cabeza y saltó hacia arriba, atravesando dos pisos. Aterrizó en el tejado, entonces saltó otra vez, y una vez más, usando la Fuerza para aumentar el poder de sus músculos, hasta que estuvo más allá de los límites de la feria.

Entonces se detuvo y esperó. Podía sentir la conexión con la Fuerza de la twi'lek, podía saber si estaba yendo hacia ella en lugar de marcharse. Durante varios minutos el punto de luz en su radar mental permaneció principalmente en el mismo área —sin duda porque la Paladín estaba buscándola por la Holo Casa. Pero entonces comenzó a moverse lentamente alejándose de ella.

Una sombría Sing comenzó a seguirla. Esta vez sería más circunspecta; aguardaría su momento hasta que la situación estuviera menos abarrotada, con más posibilidades de éxito.

La cacería estaba llegando rápidamente a su fin.

# Veintitrés

Jax recibió la llamada de Laranth en su comunicador justo cuando él, I-Cinco y Den iban a encontrarse con Dejah Duare. La twi'lek fue típicamente lacónica: —Alguien te quiere muerto.

—¿Cómo?

—Muchísimo.

—No, quiero decir ¿cómo los sabes? —y sea quien sea, añadió Jax silenciosamente, dile que se ponga a la cola.

—Porque acabo de terminar de bailar con el asesino que te está buscando. Pude sentirla a más de un klick de distancia, por eso fui a investigar. No fue la mejor idea que he tenido últimamente.

Jax asintió. —Supongo que todavía es ambulante.

—Y letal. Si te sirve de consuelo, estás siendo cazado por la mejor, Jax. ¿Dónde estáis ahora?

—Calle Sari, cerca del Bulevar Caspak.

—Esperadme ahí —dijo Laranth.

Mientras escuchaba a la twi'lek explicar en detalle su aventura, Den se dio cuenta una vez más de que no era una forma de vida feliz.

—¿Aurra Sing? —preguntó—. ¿La auténtica Aurra Sing?

Una Laranth de cara adusta asintió lentamente.

—A menos que conozcas a otra que se corresponda con la descripción —su voz era tan seca como un año en Tatooine.

—Halagador, en cierto sentido —dijo I-Cinco—. Leí sobre ella mientras estuve conectado a la red de la policía. Es infame, y no sale barata.

Jax asintió. Sabía que no había necesidad de preguntarse quién pondría a una cazarrecompensas con la reputación de Sing tras él. Sólo una persona podía haber proporcionado los créditos para contratarla.

Es bueno saber que requiero a la mejor, pensó irónicamente.

Den agarró sus orejas en un gesto sullustano de exasperación.

—Creo —dijo él—, que ya va siendo hora de que cojamos el siguiente carguero que despegue y nos larguemos, Jax. Quiero decir, ¡Dulce tía Sookie! —sacudió la cabeza—. Si Sing va detrás de ti, no descansará hasta que la mayoría de nosotros, si no todos, estemos muertos…y no me pidas que calcule probabilidades. Tenemos que salir de este pozo superpoblado de perversión. No es que tenga nada en especial en contra de la perversión, entiéndeme. Es sólo que me ofendo cuando parte de la perversidad está intentando matarme.

—Le dimos nuestra palabra a Dejah Duare.

—Tú le diste nuestra palabra, Jax. Claro, sus créditos son generosos y útiles, pero no podemos gastarlos si estamos muertos. Necesitamos reubicarnos en un nuevo barrio. En un nuevo planeta. En una nueva galaxia.

—Silencio —les reprendió Laranth a ambos—. Tenemos compañía.

En el mismo momento que ella hablaba, Jax escuchó el gemido ascendente de los repulsores. Un momento después el primero de tres deslizadores policiales se detuvo en la calle junto a ellos. Los otros peatones se apartaron rápidamente de los agentes, y los vehículos civiles que habían estado en los alrededores encontraron repentinamente otras ubicaciones más atractivas.

El contingente de la policía iba encabezado por el mismo prefecto del sector. Jax podía ver que no parecía contento de verlos, pero dudaba de que Pol Haus alguna vez pareciera contento de ver a alguien en su trabajo.

—Así que volvemos a encontramos —hizo una pausa, fijándose en Jax y en I-Cinco—. ¿Qué estáis tramando ahora?

—Hemos salido en busca del entretenimiento de la tarde —dijo Jax, y sonrió.

—Bien —respondió el prefecto—. ¿Y por qué parece que la clase de entretenimiento que os gusta siempre implica quebrantar la ley? Veo que la zeltron no está con vosotros —continuó sin esperar una respuesta—. Interesantemente, sin embargo, acabamos de recibir una queja de una feria local, describiendo a dos humanoides hembras que provocaron una cantidad considerable de destrucción en la última hora —miró evaluadoramente a Laranth, quien le devolvió la mirada sin pestañear—. Una de ellas, al parecer, era una twi'lek.

—Me disculpo por mi especie —dijo ella—. A veces podemos ser pendencieros.

—Hay también —continuó Haus—, una queja archivada de un distribuidor de arte muy respetado llamado Shulf'aa, afirmando que cierto sullustano…

Den hizo todo lo que pudo para ocultarse detrás de las piernas de Jax.

…aseguró ser un oficial de policía en un intento de extraer información de dicho distribuidor de arte, bajo pena de cerrar su negocio.

—Un malentendido —dijo una pequeña voz desde detrás de las piernas del Jedi—. Fácilmente explicable, estoy seguro.

—Sin duda —murmuró Haus—. No tan fácil es la alegación de otro agente, un lonjair que se llama Spa Fon, de que vosotros dos —miró a Jax y a Den—, entrasteis en sus instalaciones comerciales bajo falsas pretensiones, después de lo cual intencionalmente y con malicia amenazasteis a su persona mientras le dabais una paliza despiadada a uno de sus desvalidos y enteramente inocentes empleados, quién…

—Un momento —le interrumpió Jax—. Para empezar, ese «agente» lonjair es un ladrón profesional. En segundo lugar, el «desvalido y enteramente inocente empleado» era una subespecie de cathar que probablemente tenía una masa de doscientos cincuenta kilos de pura maldad y que golpeó primero, y tercero…

—Es igual —el prefecto suspiró y desechó con un gesto la indignación de Jax—. En realidad no me interesa. Pero cuando vuestros anillos localizadores aparecieron cerca de este último disturbio, pensé que sería apropiado comprobarlo, simplemente por los viejos tiempos —su tono se volvió severo—. No sé exactamente lo que pasa aquí, Pavan, más allá de tus intentos de aficionado de ayudar a la Señorita Duare en su esperanza de

identificar al asesino de su socio, pero sí sé que te estás volviendo una irritación. Tengo bastantes irritaciones diarias en mi posición sin llevar una semipermanente pegada a mí. Digo semipermanente porque no va a continuar. No va a continuar porque si algo como esto llega a mis oídos de nuevo tu —señaló a Jax—, y el resto de vosotros también, os encontraréis explorando los muchos y culturalmente variados placeres de la prisión del sector. ¿Me he explicado claramente en todos los extremos del espectro?

—Perfectamente —le aseguró Jax.

El prefecto le miró con el ceño fruncido otra vez y, acompañado por su brigada, se alejó entre la multitud.

Den salió tentativamente desde detrás de Jax. —Spa Fon, Pol Haus, y ahora la infame Aurra Sing. ¿En la lista de quién entraremos a continuación, Jax? ¿En la de Darth Vader? —el sullustano chasqueó los dedos fingiendo darse cuenta—. Oh, espera, lo olvidaba…ya estamos en ella.

Silenciosamente, Jax contempló a sus amigos. Estaba orgulloso de todos ellos, orgulloso de cómo se habían convertido en un equipo. Orgulloso de cómo habían manejado cada peligro y problema con el que se habían encontrado desde que estaban con él. ¿Tenía el derecho a pedirles que soportaran más, que asumieran riesgos posiblemente mayores? ¿Qué habría hecho el Maestro Piell?

Laranth se quedaría sin importar nada, él lo sabía: el movimiento de resistencia era todo lo que ella tenía para dar sentido a su vida. Pero ¿tenía derecho a pedirles a Den y a I-Cinco, así como a Rhinann, que arriesgaran sus vidas por él todos los días?

Aspiró profundamente. —Bien. Tendré una reunión más con nuestro cliente, y en base a eso decidiremos cómo proceder. Tal vez es hora de buscar nuestra fortuna en algún otro sitio.

—Bien dicho —Den estaba visiblemente aliviado. Detrás de él, sin embargo, el silencio continuado de Laranth molestó a Jax ligeramente. Pero se recordó a sí mismo, últimamente ella había estado más taciturna de lo habitual. No necesitaba la Fuerza para verlo.

Consciente de la preocupación de sus amigos así como de sus propios intereses, Jax estaba decidido a ser tan firme y franco como fuera posible en el transcurso de lo que bien podría ser su reunión final con Dejah. Era una determinación a la que aferró antes de marcharse para la reunión la tarde siguiente, que mantuvo en el transcurso del viaje hasta su residencia, y que continuó sosteniendo hasta el momento en que fue admitido en el domicilio que ella había compartido con el difunto Ves Volette.

En ese punto, la determinación se desvaneció como una vela solar en una llamarada solar.

Los zeltron eran conocidos por la fastuosidad de su vestuario, pero lo que Dejah llevaba cuando le recibió parecía ser chocante incluso para su clase. Un ropaje de plata reluciente, tanto nube como tela, se ajustaba a su cuerpo mientras permanecía en constante y revelador movimiento. Era como si ella se hubiera deslizado dentro de una niebla perlescente que recubriera la costa de una playa iluminada por la luna. Fluía en

todas las direcciones, manteniendo la forma de su cuerpo mientras daba vislumbres fugaces y sugerentes de ella. Un collar y una pulsera a juego de conchas alderaanianas sequat completaban el conjunto. Definitivamente no era algo que hubiera comprado en la tienda de descuentos del barrio.

Probablemente había costado más que lo que la mayoría de personas ganaban en un año. O en diez.

—Pasa, por favor, Jax. Sígueme.

Él lo hizo, obligándose a examinar en detalle las paredes y el techo hasta que llegaron a la sala de conversación. Era un área de asientos circular hundida con una fuente rodeada de piedra en el centro que podía echar chorros de agua, fuego, o cualquiera de una docena de otros realces visuales entretenidos, según el antojo de los ocupantes de la morada. Por el momento, estaba rociando un líquido naranja oscuro. En la parte más alejada de la sala había tres Volettes, ahora de precio incalculable, cada una bailando y retorciéndose con su propia codificación individual. Suministraban toda la iluminación que necesitaba la sala.

La luz alternante hacía que le resultara difícil pensar.

La nube de intoxicantes feromonas que ella estaba emitiendo —por no mencionar el factor intoxicante de la sustancia nubosa que ella vestía— tampoco hacía nada para mejorar su concentración. Usando las técnicas en las que había sido entrenado, recuperó su equilibrio. Pero incluso usando la Fuerza, no era fácil.

Ella no lo hizo más fácil sentándose junto a él.

—Entonces —comenzó ella—, ¿de qué querías hablar conmigo, Jax? Dijiste que era importante.

—Lo es. Dejah —¿podrías tal vez reducir tus, ah, emisiones?

Ella se echó hacia atrás apartándose de él, pero sólo ligeramente.

—Podrías haberlo dicho con un poco más de sutileza —dijo ella con un leve y petulante mohín—. ¿Por qué? ¿Encuentras desagradables mis emanaciones personales?

—No. Todo lo contrario. Ese es el problema. Tengo problemas para centrarme en una atmósfera tan… potente.

—Oh, bien, si te perturba —ella no hizo nada visualmente, pero de repente la habitación pareció descongestionarse y él pudo pensar razonablemente bien otra vez sin invocar la barrera de la Fuerza. Su sonrisa no dejaba duda de que ser distraída no la molestaba en absoluto.

—Gracias —le dijo él. Habría ayudado aún más a su concentración si también pudiera haber hecho algo sobre lo que llevaba puesto, pero pedirle que se lo quitara seguramente sólo empeoraría las cosas—. Estoy aquí por el trabajo.

Su expresión fue de un leve mohín hasta uno hecho y derecho, que, aunque intentaba transmitir un sentido de decepción, sólo acabó volviéndola aún más encantadora. —¿Cuál es el problema, Jax? ¿El adelanto que os estoy pagando no es suficiente? Si es inadecuado, supongo que podría…

—No es el dinero —le aseguró rápidamente—. Es sólo que han aparecido otros factores. En primer lugar, el prefecto del sector cada vez está más irritado por nuestras indagaciones, hasta el punto de amenazarnos indirecta pero inequívocamente con la encarcelación si continuamos con nuestras averiguaciones.

Sus ojos destellaron. Visto en contraste con su pálida piel roja, el efecto era positivamente desestabilizante. —Dime su nombre. Le haré una visita. Te garantizo que después de ella no os amenazará más.

``Después de ella probablemente correría desnudo la vía pública de desfiles imperiales si se lo pides´´, pensó un Jax cada vez más incómodo. —Mejor mantenerse alejados de la policía. Eso es lo que estamos intentando hacer. Pero hay otras complicaciones. Por ejemplo, hay una mujer…

—¿Esa twi'lek truncada? —le interrumpió ella.

—No, no es Laranth. —¿Por qué pensaría ella en Laranth? se preguntó él—. Es otra persona. Alguien muy peligroso. Estoy preocupado por el bienestar de mis amigos.

—También podría hacerle una visita a ella.

Su sugerencia ayudó a Jax a recordar por qué estaba él allí. —Creo que éste es un ser al que no afectarían ni tus habilidades persuasivas. Me temo, Dejah, que vamos a tener que finalizar nuestro acuerdo. Mis amigos y yo seguiremos haciendo todo lo que podamos para sacarte a salvo de Coruscant. Pero bajo estas nuevas circunstancias, que continuemos la búsqueda del asesino de tu socio simplemente plantea demasiado peligro. Tanto para ti como para nosotros.

Dejah enterró la cara en sus manos y comenzó a sollozar. Una nueva oleada de feromonas brotó de ella, diferente de esas que le habían envuelto anteriormente pero no menos efectiva. A pesar de la resistencia que inmediatamente opuso, sus proyecciones empáticas, combinadas con el aroma desesperado que estaba emitiendo, amenazaban con socavar su renovada determinación. Se inclinó con intención de alcanzarla, abrazarla y reconfortarla.

Entonces, dándose cuenta del error que sería, permaneció donde estaba y dejó que llorara.

Le rompió el corazón.

Después de un momento ella alzó la mirada, se secó los ojos con el dorso de las manos, y las colocó en su regazo. Incluso ese gesto tan simple estaba cargado con suficiente implicación para enervarle, pero aun así no se movió.

—¿No hay nada que pueda hacer para hacerte cambiar de idea, Jax? Si no más dinero, ¿entonces qué? —la promesa que brillaba en sus ojos y colgaba impacientemente en el aire entre ellos era casi lo suficientemente poderosa como para desviar un pequeño cuerpo planetario de su órbita.

Él se sintió vacilar. ¡Aguanta, maldita sea!

—Es sólo que —comenzó, tratando de ganar tiempo para controlar otra vez sus emociones—, no parece que estemos haciendo ningún progreso. O al menos, no la clase correcta de progreso. Hemos descubierto algunas cosas, pero nos han mandado en

tangentes diferentes. Lo que necesitamos es un nuevo comienzo. Un nuevo ángulo. ¿Hay algo que puedas decirnos que no nos hayas dicho antes, que no le hayas dicho a la policía?

—Bien —dijo ella—, he estado haciendo algunas preguntas por mi cuenta. Ésta es una zona residencial bastante exclusiva, y las personas de todas las especies que viven aquí tienden a no querer tener nada que ver con la autoridad establecida. Pero se desahogarán conmigo.

``Un comerrocas sullustano se desahogaría contigo´´, pensó Jax. ¿Y qué has descubierto?

—Probablemente nada. Pero… hay una vieja drall que vive a varias casas de aquí. Ya conoces a los drall: están tan absorbidos por sus bibliotecas que casi nunca socializan. Por esa razón no sé si la policía entrevistó a esta anciana. Pero los drall también son notables por su trabajo de joyería, y ella solía conversar a veces con Ves sobre cómo el arte cruza las líneas de las especies.

Pasó por aquí hace un par de días para ofrecer finalmente sus condolencias. Dijo que lo habría hecho antes pero que había estado ocupada con una catalogación importante. La invité a entrar y preparé algo de té de dianoga que trajo ella —Dejah sonrió con coquetería—. Bien, ya sabes lo que puede hacer esa sustancia.

Pasamos un buen rato —la zeltron se inclinó hacia Jax, y esta vez su descarga de feromonas estaba rigurosamente apagada—. En el transcurso de nuestra conversación ella dejó escapar que había visto a un gran vindaliano en el barrio algunas noches antes de la muerte de Ves.

Jax frunció el ceño. Podía ser pura coincidencia que un vindaliano hubiera sido visto en la vecindad cuando Volette fue asesinado. Después de todo, no era como si el Barón y su compañera fueran los únicos vindalianos de Coruscant, o incluso residentes de las mejores regiones del Sector Imperial —Pero ¿y si no era una coincidencia? ¿Y si había algún tipo de conexión?

Mientras lo consideraba cuidadosamente, llegó hasta ellos el sonido que indicaba una presencia en la entrada. Agradecido por la interrupción, Jax envió zarcillos de Fuerza para investigar.

Lo que encontró fue causa al principio de sorpresa, después ansiedad. La entidad pidiendo audiencia no era otra que Sele, el guardaespaldas cathar de Spa Fon —o antiguo guardaespaldas, antes de que Jax le hubiera avergonzado derrotándolo. Él y Den habían dejado a la enorme criatura felinoide en casa de Spa Fon, dónde, había asumido, el guerrero había expiado su vergüenza a través del ritual del Gi-An-Ku'rii. En lugar de eso, allí estaba. ¿Cómo habría encontrado a Jax?

¿Estaba buscando la revancha?

Jax suspiró y aflojó la espada de fuego en su funda.

—Espera aquí —le dijo a Dejah. Entonces salió para enfrentarse al gigante otra vez, percatándose con ironía sombría que en ciertos aspectos una lucha a muerte con un ser de dos veces su tamaño era preferible a estar a solas con Dejah y sus feromonas.

Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, el cathar dio un gruñido bajo y sumiso.

—Si complace a mi conquistador —dijo con la cabeza inclinada—, he oído ciertos rumores en las calles que podrían ser de ayuda en su búsqueda —hizo una pausa, esperando permiso para continuar.

—Continúa.

—Un conocido mío, un geroon, tiene un droide que a veces alquila como ayuda doméstica a miembros de la aristocracia extraplanetaria. Este droide le dijo que vio un deslizador con el sello de la Casa Umber aparcado cerca del domicilio del artista Ves Volette la noche de su muerte —la imponente criatura bajó la mirada—. Espero que esta información pueda serle de algún uso.

—Ciertamente lo es —dijo Jax—. De hecho, esto compra tu manumisión. Te devuelvo tu autonomía. Sele alzó los ojos con sorpresa y gratitud, y no perdió el tiempo quedándose allí.

Jax volvió al cuarto de estar de Dejah, donde la zeltron le contempló inquisitivamente.

—¿Quién era ese?

—Creo —dijo Jax—, que puede haber sido la respuesta que hemos estado buscando.

# Veinticuatro

Había llevado su tiempo, pero sus instintos y su búsqueda —todo su trabajo duro— finalmente habían dado sus frutos.

¿Dónde buscar a un Jedi renegado, después de todo, mejor que en una reunión de renegados? Aunque cuando varias reuniones a las que había asistido habían resultado en nada, ni siquiera un indicio, Typho había estado a punto de darse por vencido y centrarse en sus otras líneas de investigación. Y entonces, en la última reunión a la que había decidido asistir…éxito.

La perseverancia siempre era la clave para la victoria.

Por supuesto, el joven podría ser otro Jax Pavan con el mismo nombre, y no el Jedi al que Aurra Sing debía encontrar para Darth Vader. Pero dado que Typho le había encontrado en una reunión de Latigazo, encontraba la posibilidad dudosa, por no decir más. Mientras seguía al joven desde lejos, el capitán utilizó todas las habilidades que había dominado con maestría en las fuerzas de seguridad para ocultar su presencia de su presa. Mentalmente, se esforzó por mantener su atención en cualquier cosa y en todo a la vez: el aroma de la comida al ser cocinada, el paso de una humanoide atractiva, una discusión, una oferta, un susurro. Si el tipo que el precedía a través de las multitudes era ciertamente un Jedi, Typho sabía que tenía que esforzarse por evitar crear una perturbación en la Fuerza que pudiese alertar a Pavan de que le estaban siguiendo.

Al menos su presa no se dio la vuelta y miró hacia atrás mientras se abría paso con seguridad a través de la biodiversa multitud. Quizá el exceso de emanaciones emocionales de la muchedumbre le impedía distinguir a su rastreador. O quizá, sintiéndose seguro en unos alrededores familiares, simplemente no estaba prestando atención.

Las razones no le interesaban especialmente al capitán, siempre que mantuviese su anonimato.

Eventualmente vio a Pavan entrar en un bloque de residencias en un callejón sin salida. A pesar de que la seguridad residencial automatizada le impedía a Typho seguir al objeto de su atención al interior, estaba seguro de que ahora conocía el lugar de residencia del hombre. Era suficiente para sus propósitos. Podía haber una docena de viviendas individuales detrás de la única entrada de seguridad, o cien. No tenía importancia. Bastaba con que hubiera rastreado al Jedi hasta esa localización. Porque, si los acontecimientos procedieran como había planeado y Vader era incapaz de leer sus pensamientos con la Fuerza, Typho todavía quería un as en la manga. No sentía remordimientos por delatar la localización de Pavan, si al hacerlo conservaba la mano ganadora durante un poco más. La suerte favorecía a los preparados…todos los soldados lo sabían.

Y además, planeaba enviar al joven Jedi un regalo que, si las cosas no iban bien, al menos Pavan estaría algo más preparado para enfrentarse a un Señor Sith.

Estaba tentado de rendirse a la ironía inherente de usarlo él mismo, pero sabía que tenía que maximizar sus posibilidades de éxito.

Vader quería al Jedi renegado Jax Pavan…tanto que había enviado a la infame cazarrecompensas Aurra Sing tras él. Una pena, entonces, por Aurra Sing, porque Typho le había encontrado primero. Sonrió sombríamente.

¿Cómo podría conseguir un desconocido oficial planetario menor una audiencia con el ave de presa del Emperador? Ofreciéndole algo que quería desesperadamente.

Aunque él no lo sabía, Jax Pavan era el boleto de Typho para una reunión con el Señor Oscuro. La última reunión a la que asistiría Vader.

Había formas de arreglar tales cosas. Formas de contactar, incluso con el propio Emperador, si uno sabía cómo maniobrar en los canales burocráticos. El estatus de Typho ayudaba, por supuesto. No era como si el peculiar comunicado oficial indirecto llegara de algún ciudadano confundido de la calle con un sentido exagerado de su propia importancia. Mientras Typho lo rastreaba, vio que su mensaje hacía progresos constantes hacia su receptor designado. Tenía pocas dudas de cuál sería la reacción cuando llegara allí.

Vader contactaría con él directamente. No pasaría por un intermediario para algo que evidentemente era lo suficientemente importante como para contratar a una cazarrecompensas del calibre de Sing. Y Typho respondería, por supuesto, pero no sin tomar las debidas precauciones. Se decía que el Señor Oscuro podía leer las verdaderas intenciones de un ser a gran distancia. Eso podía no ser más que una exageración…pero como profesional de la seguridad, el capitán no correría riesgos. Por tanto sus preparativos, además de averiguar la localización de Pavan, incluían visitar a cierto boticario con una reputación menos que saludable. Entre los dos, debería estar listo.

El lugar estaba ubicado en una calle oscura en una sección especialmente poco iluminada del Subnivel 20. Eso no era porque fuese un barrio particularmente malo …realmente lo contrario, en verdad. Era simplemente que los no humanos que habitaban el área tendían a ser miembros de especies que preferían la luz tenue.

Aun así, el kubaz llevaba gafas de difusión apreciadas por su gente cuando moraban en planetas con soles más brillantes que el de su planeta natal. Las cerdas negras de su cabeza se contrajeron y su largo hocico se flexionó hacia arriba en el equivalente de una sonrisa untuosa cuando ella saludó al nuevo cliente con un floreo de gestos de la mano.

—Krsft. ¿En qué puedo ayudarte, pequeño? —bajo la luz apenas adecuada, la piel verde-negra de la kubaz parecía casi falta de color.

—Quiero comprar un nódulo de piel de taozin.

Unos dedos delicados ya estaban rastreando notaciones pertinentes en la holoproyección que flotaba en el aire entre ellos.

—Dzzt. Una curiosidad rara. Caro.

—El precio no importa —dijo Typho—. ¿Tienes?

—Hmm-ezz. Posiblemente —dibujando imágenes y símbolos en el aire, la kubaz examinó su inventario.

—Tengo uno disponible —calculó el precio—. Serán… mfft-zza… novecientos créditos en total.

Ciertamente caro, pensó Typho, entonces se encogió de hombros.

No había forma de evitarlo; el taozin, también conocido como dragón de Fuerza, era un invertebrado transparente extremadamente raro nativo de la luna selvática de Va'art.

Se rumoreaba que algunos también vivían en las cavernas abisales muy por debajo de los últimos niveles subterráneos de Coruscant.

Lo que hacía interesante a la criatura para Typho era su invisibilidad ante los sensibles a la Fuerza. Según la leyenda, las excrecencias esféricas de la piel de la criatura producían un extraño vacío en las sensaciones proporcionadas por la Fuerza. Eso se decía en cualquier caso. El capitán esperaba que la leyenda fuese cierta; sólo tendría una oportunidad para probar su eficacia.

La kubaz le dio un envoltorio transparente que contenía una esfera del tamaño de su puño, con un tono amarillento como el colmillo de un rancor. El capitán lo observó un momento. Extraño, ciertamente, pensar que un talismán tan pequeño pudiera hacer caer al gran Lord Vader.

Pero eso era lo especial de los talismanes, ¿verdad? Siempre prometían más de lo que parecían ser capaces de conseguir. Después de todo, así es cómo funcionaba la magia.

Typho se dio la vuelta y salió del edificio, con su talismán sujeto fuertemente en su mano. Tenía una última tarea: el paquete para Jax Pavan.

Después de eso, estaría listo.

# Veinticinco

El droide de protocolo plateado no podía parecer asombrado, pero su reacción ante su presencia fue transmitida a través de su voz.

—Ciudadano Pavan —mirando detrás de Jax, el mecánico vio a los que venían detrás de él—. Y sus amigos —la mirada del droide se detuvo en una figura más familiar—. Dejah Duare, como siempre, es más que bienvenida a esta casa.

Den dio un paso al frente. — ¿Y qué hay de nosotros?

El droide parecía estar momentáneamente confundido. —No anunciaron su llegada. No consta en mis archivos.

—¿Están en casa el Barón y mujer? —preguntó Jax.

—Están en la residencia, sí —sus lentes refulgentes contemplaron al Jedi—. ¿Puedo asumir que su aparición concurrente con la del Prefecto Haus no es una coincidencia?

—Puedes asumirlo —dijo Den—, ya que nos hemos citado aquí con él.

—Por favor anúncianos —dijo Jax.

El droide vaciló, entonces se dio la vuelta y se alejó sobre la lujosa alfombra. Jax y sus compañeros esperaron fuera de la entrada. El mecánico no tardó mucho en volver.

—Por favor entren. El Barón está ansioso, como siempre, de escuchar lo que tengan que decir. Y como siempre, estoy seguro de que estará encantado de que Dejah esté con ustedes.

—El Barón no es el único curioso —Pol Haus apareció en el vestíbulo—. No puedo esperar para saber vuestras razones para arrastrarme hasta aquí a esta hora.

Una vez más quedaron impresionados por la opulencia de los alrededores del Barón. Umber los recibió jovialmente esta vez. Su compañera apareció poco después.

Pol Haus, que estaba allí con un droide asistente, los miró furiosamente.

—Oigámoslo —gruñó el zabrak.

Jax asintió. Den e I-Cinco se colocaron en extremos opuestos de la habitación. Su actitud era impasible, pero sus sentidos estaban alerta. Todo el mundo sabía lo que Jax iba a decir, incluso Dejah. Lo habían discutido de antemano, y todos estuvieron de acuerdo.

Ahora que el momento había llegado, Jax dejó que los hilos de Fuerza se esparciesen desde él, abarcando a todo el mundo en la sala. Su esfuerzo por obtener confirmación interior de lo que estaba a punto de anunciar era decepcionante. Pero había esperado que lo fuera.

—Muy bien —contestó en respuesta al prefecto—. Sé quién asesinó a Ves Volette —lanzó una rápida mirada a la zeltron situada cerca. Habiéndose preparado para la revelación, ella no mostró reacción, ni hormonal ni telepática. Satisfecho, volvió su atención a sus anfitriones y al policía.

—Un deslizador vindaliano con el sello de Umber fue visto cerca del estudio del artista la noche que fue asesinado —un sorprendido Barón abrió la boca, Jax alzó una mano para anticipar la objeción que sentía que estaba a punto de ocurrir—. Sé que no fue

usted, Barón. Estoy tan seguro de eso como puedo estar. Ha sido investigado, y no hay nada que sugiera que tuvo algo que ver en el asesinato. Todo lo contrario.

—Mis investigaciones indican lo mismo, por si a alguien le interesa —añadió Haus secamente.

Umber se tranquilizó. —No sé si sentirme ofendido o aliviado por tus palabras, Pavan.

—Usted es un autentico aficionado del arte de Volette. Hay formas de confirmar esas cosas. Usted ama su trabajo y claramente estaba muy encariñado con él.

—Ambos lo estábamos —declaró Umber.

Jax sintió lo que los hilos de Fuerza que había dejado fluir le transmitían de vuelta. Sí, definitivamente había una sensación de ansiedad en la habitación, de inquietud naciente. Eso sólo venía a confirmar lo que él había sospechado.

—Sí. Pero ciertamente usted mucho más que su compañera.

Alzando la vista, miró más allá del noble. —¿No es eso cierto, Baronesa Umber?

Ella le miró directamente. Al no estar familiarizado con su raza, no podía leer sus expresiones adecuadamente. Pero no había forma de malinterpretar la furia que fluía a través de la Fuerza.

—No lo negaré.

—Nuestro droide —y Jax indicó al vigilante I-Cinco— consiguió acceder a sus registros bancarios —miró a Haus. El zabrak no dijo nada, pero estaba observando a Jax muy de cerca.

—¡En serio, Pavan! ¡Esto es demasiado! —esta vez Umber fue incapaz de mantener bajo control su ofensa.

Jax le devolvió su mirada airada sin parpadear. —Durante los tres últimos años estándar gastó una considerable suma en las obras de Ves Volette. Tanto, de hecho, que su línea de crédito y su habilidad para gastar y pedir prestado quedó deteriorada.

Umber sólo podía chisporrotear indignación.

—Lo tenía bajo control. En todo momento. Aparte de la afrenta a mi privacidad, no consigo entender qué tiene que ver esto con la identidad del asesino de Volette —se volvió hacia Haus—. Prefecto, seguramente esto es una contravención de algún procedimiento de investigación.

Haus sacudió su cabeza coronada de cuernos lentamente. —Veamos a dónde quiere ir a parar.

—Alguien más estaba preocupado por sus finanzas, Barón —continuó Jax—. Alguien que aparentemente tenía otra impresión sobre lo bien que las tenía bajo control. Alguien que no estaba tan sobrecogido por las creaciones del caamasi como usted —de nuevo, Jax desvió su atención hacia la compañera del Barón.

Ya no había duda de la intranquilidad y la furia que fluían a través de la Fuerza. Él siguió adelante.

—Fue usted a la que vio un conocido el barrio de Dejah cerca del estudio de Volette esa noche, Kirma Umber. El testigo dijo que el individuo que vio era más grande que la

mayoría de vindalianos. Todavía no sé mucho sobre su especie, pero sé que la hembra es siempre más grande que el macho.

Siguió a su compañero porque temía que estaba a punto de comprar otra más de las obras de Volette, por consiguiente perjudicar mucho más su situación fiscal. Después de que el Barón se marchara, usted se enfrentó a Volette y le amenazó. Probablemente le ordenó que no le vendiera al Barón nunca más, o al menos hasta que pudiera restablecer las finanzas de la familia.

Ella le miraba fijamente.

—Muchos humanos tienen imaginaciones vívidas. Tengo que decir que la suya, Pavan, es mucho más florida que otras —su tono era tranquilo, pero lo que él sentía desde ella era realmente diferente.

—Siendo como era una voz y un artista independiente, Volette se negó. Usted le atacó. Tal vez no con la intención de matarle, pero con fuerza suficiente para apuñalarle. Entonces se marchó.

El Baron Umber tenía la mirada clavada en su mujer. Estaba claro que quería decir algo pero no podía encontrar las palabras. Kirma le miró, después a Jax.

—Sabe algo. No sé cómo, pero…sí. Seguí a mi marido, y me enfrenté a Ves. Le pedí que dejara de vendernos sus obras. Pero no tuvo nada que ver con las finanzas. Cuando el Barón dice que las tiene bajo control, sé que es verdad. Él ama el trabajo de Volette, pero nunca arriesgaría la estabilidad financiera de la familia por el arte de nadie. Tal cosa sería positivamente anti-vindaliana.

—¿Entonces por qué?

—Deberías saberlo —dando un paso al frente, la hembra vindaliana alzó un brazo y señaló—. Fue por ella.

De repente, la atención de todo el mundo en la sala se desvió inmediatamente hacia la sorprendida zeltron. Dejah se quedó boquiabierta mirando a la vindaliana, miró al Barón, se volvió al Jedi.

—Jax, yo-yo no sé de qué está hablando.

Umber habló sin tener que ser incitado.

—Había… una atracción entre nosotros, lo admito —se volvió hacia su mujer—. Pero eso fue todo. No pasó nada. Kirma, no tenía control sobre mis reacciones cuando estaba en la casa de Volette y ella estaba presente —gesticuló impotentemente—. Es una zeltron.

—Habría sido mejor si te hubieras alejado de su presencia —murmuró su consorte.

—¿Cómo podría? —protestó él—. Ella siempre estaba allí. Cuando estaba escogiendo una escultura, ella estaba allí. Cuando Ves y yo estábamos discutiendo el pago, ella estaba allí. Cuando las negociaciones concluían o discutíamos sobre arte, ella estaba allí. Ella era su socia.

Kirma Umber miró más allá de su consorte. Sus emociones eran muy diferentes de las que Jax había percibido antes.

—Y es una zeltron. Eso lo explica, pero no lo disculpa.

—No pasó nada —repitió Umber, con tanta fuerza como podía reunir sin gritar. Su seriedad se propagó a través de la Fuerza, y Jax le creyó.

Su mujer le devolvió la mirada, la sostuvo, y finalmente se volvió al Jedi.

—Me enfrenté a Ves Volette. Me marché hecha una furia, pero le dejé vivo —se volvió hacia Jax—. ¡Debe creerme! Yo no le maté.

Una voz todavía no escuchada finalmente se dio a conocer. Era calmada, controlada, metódica. Era también la última entidad a la que los Umber o Haus habían esperado escuchar.

—Fui yo.

# Veintiséis

Las manos de Typho no temblaron mientras introducía la dirección electrónica. Hubo silencio después de que terminó, salvo por los débiles susurros de estática. Se imaginó a un ayudante hablándole deferentemente al segundo de a bordo del Emperador: Lord Vader, la comunicación que pidió que le fuera pasada inmediatamente está retenida para su atención en el canal seis. O algo parecido. Typho se preguntó con qué clase de humor habría dejado al Señor Oscuro su intento de contactar con Vader. Su imaginación le vio solo en una cámara oscura, rodeado de tecnología zumbante y parpadeante, sin duda mucho más confortable en tales alrededores que en presencia de orgánicos serviles. Sus asistentes eran con toda probabilidad incapaces de evitar las más obvias adulaciones y gestos serviles con la esperanza de merecer alguna pequeña migaja del favor de su amo.

A pesar de ser una molestia, esos tipos a veces eran necesarios; Vader no podía hacerlo todo por sí mismo, no podía estar en todas partes a la vez, y ocuparse de la organización y consolidación del Imperio sin duda exigía cada momento de sus horas conscientes.

Excepto por esta interrupción. Para algo como esto encontraría tiempo.

La holoproyección parpadeó y tomó forma. Typho observó mientras la imagen tridimensional del Señor Oscuro giraba en una maciza silla de control azul oscuro y le contemplaba pensativamente.

Desde el punto de vista de Vader, Typho era meramente un varón humano, con la cara enmascarada. Aunque no sentía nada, sabía que el Señor Oscuro estaba extendiéndose con la Fuerza, intentando descubrir la entidad detrás del disfraz. Podía imaginarse la frustración de Vader cuando éste encontrara sus intentos misteriosamente bloqueados. Estaba apostando todo al funcionamiento del nódulo de piel de taozin.

Si Vader estaba siendo bloqueado en sus intentos por leerle, el Señor Oscuro no dio señales de ello.

—Sabes quién soy —dijo él—. ¿Quién eres tú, que ruegas mi atención?

—Mi nombre es para mi familia —contestó Typho—. Tengo algo que tú quieres.

Vader asintió, el pesado casco osciló de arriba abajo ligeramente.

—Eso dices. Aún está por ver si dices la verdad.

—Entonces mira, y cree.

La proyección ondeó ligeramente mientras una imagen más pequeña fue superpuesta dentro de la primera. Mostraba el fin de alguna reunión que estaba dispersándose, claramente captada con una grabadora oculta. La asamblea y su propósito no preocuparían al Señor Oscuro. Lo que captaría su atención, Typho lo sabía, era la figura de un joven dirigiéndose hacia el punto de vista de la grabación. Ajustándose automáticamente a la distancia, el dispositivo mantuvo enfocado al humano y con una dimensión adecuada. No había duda sobre la identidad. La voz de la imagen —con la del dueño de la grabadora cuidadosa y profesionalmente eliminada— proporcionaba cualquier confirmación que fuera necesaria.

—Ah —satisfecho, Vader se relajó en su silla de mando—. El traicionero Jedi Jax Pavan.

—Le quieres. Yo puedo entregártelo.

—¿Y a cambio? —Vader sonaba impaciente. Mundos enteros esperaban, sin duda, ante sus decisiones.

—No mucho. Cinco millones de créditos imperiales.

—Eres osado —dijo Vader, con una nota de diversión en su voz profunda—. También ingenioso en tu intento de ocultar tu mente a la Fuerza. Me encuentro… intrigado.

Los créditos serán transferidos, según las directivas que proporciones. Autorizaré el pago para que tenga lugar en el instante en el que el Jedi renegado esté en mis manos.

Vader no trató de discutir sobre los términos, notó Typho con alivio. Aun así, el juego tenía que jugarse para evitar despertar las sospechas del Sith. — ¿Cómo sé que puedo confiar en ti, Lord Vader?

Vader no pareció ofendido en absoluto. —No lo sabes, y ninguna garantía que yo te ofrezca podría reconfortarte. Pero el dinero no significa nada para mí. Sólo quiero a Pavan.

—Entonces le tendrás. Esta noche, con la primera oscuridad. Hay un hangar de transporte abandonado en el Sector Cuatro-G-Dos. Ven solo al sexto piso. Una docena de tropas de asalto podrían ponerme nervioso y poner un fin prematuro a nuestra transacción.

—No necesito escolta. Allí estaré. Y recuerda: le quiero vivo.

—No te preocupes —dijo Typho—. Me he ganado su confianza, y cuando baje la guardia, echaré en su bebida una dosis doble de polvo de sueños. Para cuando nos reunamos esta noche, estará tan felizmente trastornado que podrías decirle fue su Maestro perdido y él te creería.

—Un buen plan —sin otra palabra, Vader cortó la conexión. La imagen implosionó y desapareció.

Bien —la reunión estaba lista. Darth Vader, el asesino sin escrúpulos con el que había venido a enfrentarse a Coruscant, estaría allí en persona en el lugar designado.

—Ya no falta mucho, Padmé —murmuró.

—Fui yo —dijo la voz suave. Todos los ojos se volvieron hacia la fuente de la voz: el droide de protocolo de la familia Umber.

El Barón y la Baronesa contemplaron aturdidos al mecánico doméstico, que les devolvía serenamente la mirada.

—Sí, fuiste tú —dijo Jax. A través de la Fuerza leyó sorpresa y curiosidad de Haus. Él miró a los aturdidos vindalianos.

—Baronesa, siento haberla acusado injustamente. Era la única manera de hacer que su droide confesara.

—¿Pero cómo? ¿Por qué? —preguntó Umber.

—Su droide ha estado al servicio de la misma familia durante muchísimo tiempo —dijo Jax—. La mayor parte del tiempo nosotros los orgánicos ni siquiera reparamos en los droides. Hemos desarrollado la habilidad de ignorar su presencia incluso en situaciones íntimas —sonrió levemente—. Hablo por experiencia. Sabemos que están ahí, pero no reconocemos su presencia a menos que o hasta que los necesitamos. Aún así eso no significa que estén desprovistos de auto-motivación.

Miró a I-Cinco. —Observen a I-Cinco, por ejemplo.

—Pero él es una excepción —señaló Den—. Tu programación social e interactiva y los circuitos relacionados fueron modificados ilegalmente —añadió para el droide.

I-Cinco bajó la mirada hacia su amigo. —Así que naturalmente, ¿asumirías soy el único que puede ser o ha sido modificado de esa manera?

Al otro lado de la sala, Kirma Umber se apartaba lentamente de su droide. De la máquina que había estado al servicio de la familia Umber más tiempo del que podía recordar.

—No es posible —dijo ella—. No había motivo…

—Vi su desasosiego —el droide de protocolo plateado hablaba serenamente—. Lo percibí silenciosamente durante años, mientras el Barón realizaba sus frecuentes visitas al artista Volette, y a su socia, la zeltron Dejah Duare. Permanecí en silencio, sin comentarlo, mientras usted gritaba en voz alta sus miedos y preocupaciones en la privacidad de su habitación.

La última noche usted fue a ver a Volette, la seguí.

Después de todo, la seguridad es parte de mi programación. No vi necesidad de preocuparla con mi presencia. Observé su discusión con el artista. Registré su expresión corporal, la emoción pura de su tono, la conductividad intensificada de la respuesta galvánica de su piel. Determiné entonces la forma de cumplir mejor con mi programación y mi obligación con la familia Umber.

Me enfrenté al caamasi y traté de llevar a cabo esta programación con palabras. Fui ignorado, por supuesto.

En ese momento decidí que era necesaria una acción adicional por el bien de mi dueño. Por consiguiente apuñalé a Ves Volette en el plexo anterior con esto —el droide alzó su mano derecha y uno de los dedos salió disparado, transformándose en un punzón corto de apariencia letal.

Kirma Umber se quedó sin aliento.

—Tu punzón de recuperación de datos —murmuró Jax—. Tenías fuerza de sobra para penetrar el cartílago protector.

—Cierto. Como no había testigos directos, una vez que el Barón quedo libre de sospecha, pensé que el asunto, aunque deplorable, acabaría por desaparecer —su mirada estaba enfocada a través de la sala, en Jax e I-Cinco.

—Siento algo que los orgánicos llamarían curiosidad…un deseo de extrapolación heurística. ¿Cómo llegasteis a sospechar de mí?

I-Cinco contestó.

—Mientras Jax y Den interrogaban a Spa Fon —Haus tosió discretamente, al cual Den ofreció una sonrisa empalagosa—, yo estaba ocupado en una búsqueda ciberespacial de información —miró a Jax—. Si recuerdas, seguía en la misma posición cuando regresaste. Estaba estudiando los detalles del asesinato. En el curso de mis investigaciones hice buen uso del acceso a ciertos registros de la policía del sector.

Den miró con la boca abierta a su compañero, entonces miró a Haus. —Y creía que lo que yo hice era ilegal.

—Cuando estuve en la escena del crimen —continuó Jax—, noté que muchos de los droides forenses eran DN-Siete-Dos-Cuatro, que según las investigaciones de I-Cinco son bastante similares a tu diseño —miró al droide de protocolo, que le contemplaba serenamente—. Tienen una tendencia a caminar arrastrando los pies a través del alfombrado lujoso, dejando huellas distintivas…el mismo tipo de huellas que dejas en esta alfombra. Eso fue lo que primero despertó mis sospechas. Investigación posterior por parte de I-Cinco reveló que de tu modelo tiene un punzón de datos con la forma perfecta para infligir la herida que mató a Volette — no mencionó que la pista más grande de todas, que era, irónicamente, la falta de una pista. Su incapacidad para sentir al culpable, junto con sus lecturas negativas de los Umber, apuntaban directamente a su droide. Los mecánicos eran notablemente difíciles de leer a través de la Fuerza. Por supuesto, no podía decirle esto a Haus.

El Barón comenzó a hablar. —Si fue nuestro droide, entonces una reprogramación debería ser suficiente para…

El droide, asombrosamente, interrumpió a su dueño. —Tal acción sería una vergüenza para la familia. Estoy preparado para ejecutar la solución apropiada. Es lo más racional. Las lentes brillantes perdieron intensidad visiblemente. Algunos destellos de luz aparecieron en la base de la cabeza del droide. Mientras el olor del ozono comenzaba a contaminar la habitación y las últimas chispas se apagaban, I-Cinco se abrió paso entre los orgánicos, deteniéndose cuando estuvo dentro del alcance de un brazo del inmóvil mecánico plateado. Mientras los demás observaban, extendió su mano izquierda. Del dedo anular se desplegó una pequeña sonda, que I-Cinco inserto en un receptáculo en el lateral del otro droide. Un momento después la retiró y la replegó en su dedo. I-Cinco se volvió hacia los expectantes orgánicos.

—Borrado. La red neuronal está frita. Ningún especialista podría restaurarla, ni el más talentoso —golpeó ligeramente el lateral del droide de protocolo—. Probablemente valga algo como chatarra.

Jax, que estaba observando a Dejah, vio una única lágrima descender por su mejilla.

—Bien, simplemente perfecto —dijo Pol Haus—. ¿Qué se supone que voy a decirles a los de arriba, lo cuales han estado pidiendo que cerrara el caso de su artista favorito?

¿Que un droide le mató? Oh, sí, eso les encantará.

—Si pudiera hacer una sugerencia —dijo Dejah—, seguramente no hay escasez de criminales en las calles que han salido libres por falta de pruebas. Creo que este crimen podría ajustarse para encajar con alguno de ellos —ella notó cómo los otros la miraban

sorprendidos y se encogió de hombros—. Como ha señalado el Prefecto Haus, no hay sentido de justicia para la muerte de Ves tal y como están las cosas. Si puede salir algo bueno de esto, tal vez eso ayudará.

Haus meditó un momento, entonces se volvió hacia su asistente droide.

—Reúne a las especies habituales —le dijo—. Tal vez podamos sacar algo de esto después de todo.

Kirma Umber miró fijamente al mecánico permanentemente congelado, entonces le devolvió la mirada a su marido. El Barón sonrió reconfortantemente a su mujer. —Conseguiremos otro. Era sólo un dispositivo, y estaba quedándose anticuado.

—Sí —murmuró ella—. Era sólo un dispositivo —una lágrima descendió por su mejilla—. Pero leal.

# Veintisiete

El aerocoche negro no tenía conductor; sólo su pasajero singular. Typho observaba desde su escondite. Aparentemente Vader había accedido a sus condiciones. Tanto mejor. El automatizado vehículo blindado llegó exactamente al nivel indicado y se detuvo precisamente en el lugar especificado dentro del hangar de transporte abandonado un minuto después de la hora designada para el encuentro. Vader era asiduo a la precisión.

Typho se tensó. Sabía que sólo disponía de un intento.

No tenía ilusiones sobre su acción planificada. No tenía nada que ver con el honor, con una lucha justa. Era asesinato, puro y simple. Tendría que golpear por detrás, rápida y letalmente, y desde lejos con un desintegrador. Era asesinato, y asesinato por el más innoble de los motivos: venganza.

Apartó el pensamiento de su cabeza. Hacía meses que había llegado a términos con lo que estaba haciendo y por qué. Su alma podría quedar irredimiblemente manchada por su acción de esta noche, pero la de Padmé encontraría la paz. Eso era todo lo que importaba.

—He venido como especificaste —extendiendo los brazos, Vader alzó su capa. La oscuridad pareció envolver todo el suelo del hangar—. Solo y desarmado.

Era el momento de confiar en el pequeño conglomerado de celdas momificadas de piel guardado en su bolsillo. Era el momento de vengar a la mujer que había amado.

Momento de atacar.

Typho salió rápidamente de su escondrijo en el piso por encima de Vader. Había escogido el lugar con cuidado. Directamente ante él había un hueco de seis metros de ancho, y enmarcado perfectamente en su interior se encontraba la espalda del Señor Oscuro.

El capitán Typho alzó su desintegrador y disparó.

Al principio pensó que el cartucho de gas ionizado de su desintegrador había explotado en su mano. Fue como si una gigantesca mano invisible le hubiera agarrado y le hubiera lanzado con una fuerza demoledora contra la pared más alejada. Aturdido, en estado shock, observó cómo la forma de Vader levitaba a través del agujero del suelo. Las botas negras aterrizaron junto al maltrecho cuerpo de Typho.

—Qué patético —comentó el Señor Oscuro. Se alzaba imponente sobre su adversario—. ¿Realmente pensabas que tenías la más mínima esperanza de asesinarme? Lo han intentado algunos mucho mejores que tu.

Typho tosió, sintiendo sus entrañas resquebrajarse como cristal roto. La sangre manchaba su camisa.

—Mentiste —dijo él, sintiendo las palabras como piedras en su garganta.

—¿Yo? Te dije que vendría desarmado, y aquí estoy —le dijo Vader—. Confundes el lado oscuro con un arma…algo externo. No lo es…es intrínseco. No podría deshacerme de él más de lo que podría caminar sin mi traje de soporte.

Se acercó un poco más.

—Te daré una última oportunidad —retumbó—, para cesar cualquier juego al que estés jugando y me proporciones la localización de Pavan.

—¿O qué? —Typho escupió una gran cantidad de brillante sangre roja—. Ya me has matado.

—Cierto. No durarás mucho en cualquier caso. Pero no subestimes el poder del lado oscuro. Puede aliviar tu pasaje. Todavía hay un poco de tiempo…a menos que lo malgastes —Vader se acercó más, inclinándose para mirar a la cara de Typho—. ¿Por qué has intentado atentar estúpidamente contra mi vida? —la profunda voz sintetizada resonó eco a través del nivel vacío del hangar—. No es que se requiera o se espere una razón específica. Pero me gustaría saberlo. Aquellos que pronuncian sus últimas palabras deberían decir algo de valor.

Se acercó más ante el gesto de Typho, para oír sus palabras finales. Typho estaba desvaneciéndose rápido. Concentró cada fibra de su ser en permanecer consciente para un último acto.

—Esto… es por Padmé —dijo con voz áspera. Y con un esfuerzo supremo, escupió sangre directamente en la máscara del sorprendido Señor Oscuro.

La reacción de Vader no fue la que había esperado. Después de un instante detenido, ignorando el escupitajo ensangrentado bajando por una mejilla de plastiacero, se arrodilló y agarró a Typho del pelo, alzando la cabeza de éste y provocando un grito de renovado dolor.

—¿Qué? —la llamarada en la Fuerza que recorrió el hangar fue suficiente para sacudir los cimientos del edificio. El Señor Oscuro en verdad pareció crecer, expandirse y volverse más terrible en su furia de lo que Typho habría creído posible.

—Padmé —balbuceó Typho—. Padmé Amidala. La mujer que amé en la distancia, durante años —tosió otra vez, sintiendo que más rojo teñía su pecho—. Ella… nunca lo supo. Ella estaba demasiado ocupada, demasiado involucrada al… servicio de su pueblo para fijarse en mí —otra brillante flor escarlata salió de su boca—. Y me ocupé de mi deber —yo, Typho, capitán de Naboo.

Pero yo… la amaba. Y ahora… ahora está muerta. Muerta —entonces, con una extraordinaria oleada de determinación, Typho consiguió alzarse levemente, imponiéndose por pura fuerza de voluntad a la cólera de Vader.

—Tú la mataste, Vader. ¡Tú! ¡Lo sé!

Vader volvió a quedarse inmóvil y en silencio. Cuando habló, su voz tenía la misma inflexión profunda, el mismo trueno sintetizado… y aún así en cierta forma.

—No sabes nada —Vader se enderezó, dejando caer la cabeza de Typho—. No eres digno de pronunciar su nombre —alzando su brazo, flexionó los dedos hacia el desvalido Typho. La boca del capitán se abrió y sus ojos se desorbitaron ligeramente cuando el flujo de aire a sus pulmones fue obstruido. En su mente, una parte remota de él comentó desapasionadamente que sin duda así fue cómo su amada encontró su fin. Asombrosamente, descubrió que todavía era capaz de escupir una última frase.

—¡Y también eres responsable… de la muerte del Jedi… Anakin Skywalker!

El agarre invisible e inexorable en la garganta de Typho se relajó momentáneamente mientras Vader retrocedía levemente sorprendido. Esa breve pausa fue seguida por el horrible sonido de un Lord Sith riéndose. Tres niveles por debajo, un par de humanoides ebrios escucharon sólo el eco y recuperaron la sobriedad inmediatamente: la temible racionalidad que llega al darse cuenta de que terror indecible acecha cerca.

Cuando Vader extendió su brazo hacia abajo la segunda vez, su control fue más preciso, más deliberado.

—Sí —dijo el Señor Oscuro, su tono estaba cargado de una sombría diversión—. Sí, maté a Anakin Skywalker. Le observé morir. Era débil, ese Skywalker. Al final no pudo controlarse a sí mismo, no pudo controlar sus despreciables emociones humanas. Sobre todo, no comprendió o apreció la verdadera fuerza del lado oscuro. Y por eso murió. La galaxia está mejor sin él.

El mundo se estaba deshaciendo rápidamente para Typho. El dolor se marchaba, finalmente, escurriéndose de él tan rápido como su sangre. Pero murió con una sonrisa en la cara, pues, aunque no comprendiera el cómo o el por qué, supo que morir con el nombre de Padmé en los labios fue una venganza más fina y más profunda sobre Darth Vader que lo que podía haber esperado de un enfrentamiento. Era como si pudiera sentir el corazón del hombre y saber que, en cierta forma, lo había desgarrado sólo con el nombre de ella.

También sabía que vivir era un destino mucho peor para Vader que la muerte.

Estaba contento.

Ahora podría irse y encontrar a Padmé…

# Veintiocho

El paquete llegó por mensajero justo cuando Jax, I-Cinco, Laranth y Den dejaban Poloda Place para encontrarse con Dejah y escoltarla hasta su nave. El Latigazo, ayudado por los poderes proféticos del Cefalon, al fin había conseguido pasaje seguro para ella a bordo del Asteroide Verde, un comerciante de la Liga Polesotécnica. La llevaría, durante los próximos meses y por una ruta indirecta, hasta el planeta de recreo Zeltros. Dejah Duare volvía a casa.

Rhinann, como siempre, había elegido quedarse atrás, alegando «investigación inacabada».

Jax aceptó el paquete, que tenía unas dimensiones aproximadas de treinta centímetros por dos, del droide de entrega. No había remitente. Miró a sus amigos, quienes parecían tan confundidos como él. Se encogió de hombros y comenzó a abrirlo.

Den retrocedió precipitadamente. — ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—No siento nada negativo o peligroso sobre esto —en realidad, eso no era enteramente cierto. El enigmático objeto tenía vibraciones definidas, aunque nada indicaba peligro inminente. En lugar de eso, parecía imbuido en maldad, marinado en sangre. Fuera lo que fuera, la muerte no había estado lejos de ello.

Cuando abrió el paquete, entendió por qué.

Era un sable láser.

Una holotarjeta proyectaba un mensaje inscrito en simple cursiva: ``Un Jedi no debería tener que confiar en un arma inferior, buena suerte´´. Estaba firmado, un compañero revolucionario.

Jax examinó el arma. El diseño de la empuñadura era elegantemente simple, consistente en un agarre ambidiestro de duraluminio plateado, con un mecanismo de activación y bloqueo similar al que había perdido en el Distrito de las Fábricas.

Bien, pensó irónicamente, porque nunca sabes cuándo tendrás que sobrecargar otro reactor nuclear.

Se preguntó de qué color sería la hoja. No había forma de saberlo sin activarlo, lo que, dada su posición en una calle pública, parecía un poco inadecuado. Sin embargo, sabía que era funcional. Podía sentir la Fuerza enroscándose en su interior.

Den, poniéndose de puntillas, pudo leer la nota.

—Bien —dijo él—. Esto es fortuito. ¿No estabas intentando construir uno de estos?

I-Cinco tomó la tarjeta y la miró.

—Un chip de holoproyección estándar —dijo él—. Nada remarcable sobre el estilo de escritura o el mecanismo de entrega —alzó un fotorreceptor al Jedi.

—¿Asumo que esto llega como un regalo inesperado?

—Podrías llamarlo así. No puedo imaginarme quién podría haber… —Jax se detuvo bruscamente, recordando al hombre que había conocido ayer en la asamblea de Latigazo.

¿Cuál había sido su nombre…Tiphón? Por encima de todo Jax recordaba del hombre que había lucido un parche en el ojo.

¿Podría venir eso de parte de él? Había mostrado interés en el arma velmoriana, después de todo.

—Conocí a un hombre ayer —dijo lentamente—, que podría ser… —se detuvo bruscamente, quedándose momentáneamente en silencio por un repentino revuelo en la Fuerza. Su origen era una psique con la que se había encontrado antes, de eso estaba seguro, si bien él sólo lo había experimentado indirectamente. Ningún Jedi, nadie, de hecho, con una cierta cantidad de midiclorianos, podía olvidar el impacto de una voluntad tan fuerte.

Jax dijo: —Vader está cerca.

Den miró nerviosamente alrededor de la calle abarrotada, estirando el cuello en un intento fútil por ver mejor.

—¿Dónde?

—Cerca es un término relativo —dijo Laranth—. Pero diría que la probabilidad de que se encuentre en un radio de diez kilómetros cuadrados es bastante alta —ella señaló hacia el sur—. En esa dirección.

—De acuerdo —dijo Den—. Entonces nosotros iremos en esa dirección, ¿verdad? —señaló al norte.

Jax y Laranth permanecieron inmóviles; entonces Jax dijo, —Está bastante enfadado. No se ha molestado en encubrir sus sentimientos.

—Intrigante —dijo Laranth.

—Esa no es una palabra que queremos usar ahora mismo —dijo Den—. ¿No deberíamos estar escondiendo nuestras antenas, buscando una roca metafórica bajo la que escondernos? ¿O tal vez incluso una roca real? ¿En lugar de estar aquí parados destacando como un montón de jawas desnudos?

—No te preocupes —dijo Jax—. No vamos a acercarnos. Y él está demasiado preocupado como para captarnos —vaciló, entonces añadió—. Eso me hace preguntarme qué podría perturbar tanto al Señor Oscuro.

—Estupendo —dijo Den—. Pregúntatelo mientras vamos hacia el norte.

Con el asesino de Volette finalmente identificado —y convenientemente autoinmolado— Den estaba deseando que los acontecimientos tomaran un ritmo más tranquilo, al menos durante un tiempo. Ya se habían quitado de encima una gran presión para el futuro próximo: Dejah había insistido en continuar su estipendio indefinidamente.

—Insisto —le había dicho a Jax, anticipando cualquier protesta que él había estado a punto de hacer—. Habéis aliviado mi mente en lo que al asesinato de Ves se refiere. Él me ha dejado más créditos de los que sé cómo gastar…y viniendo de una zeltron, eso es decir algo. Sería un honor para mí subvencionaros a vosotros y al trabajo que realizáis.

Jax, típicamente, había hecho todo lo posible por disuadirla, pero Dejah, bendita sea, había sido inflexible.

Y cuando se enfrentó con el poder persuasivo de su arsenal bioquímico y telempático, su resistencia, había admitido él, había sido bastante patética. Así que ella había vuelto a

su residencia para empacar antes de reunirse con ellos en el espaciopuerto local, y Jax había regresado con los otros con una mirada abstraída en la cara.

Así es que tenían «créditos y un cobertizo» como decían los ugnaught, para el futuro próximo. Y tenían trabajo de sobra para mantenerse ocupados, entre el MLS y las investigaciones en las que sin duda Jax continuaría involucrándolos. Den suspiró. Las posibilidades de que Vader localizara a Jax y colocara su talón sobre ellos todavía eran mucho más altas de lo que al sullustano le habría gustado, lo que significaba que salir del planeta tan pronto como fuera posible seguía siendo la única opción sensata. Pero había acabado por darse cuenta a regañadientes de que, pese a todo su alardeo de racionalidad, los humanos se sentían más cómodos en la guarida del nexu. En realidad, pensó, en la boca de nexu. Había llegado a aceptar el estilo de vida —en su mayor parte, al menos— y no era como si no tuvieran cierta potencia de fuego de su parte. I-Cinco y Laranth seguían siendo letales con sus láseres y desintegradores, y Rhinann, tenía que admitir, podía infiltrarse en cualquier base de datos, imperial o de otra clase, y no dejar ni un sólo ion que rastrear, más escurridizo que un condensado de Tibanna superenfriado. Tal vez no era el más alegre de los camaradas, pero Den podía pasar eso por alto.

Y también estaba Jax. El Jedi estaba, tenía que admitirlo, asumiendo su papel de héroe bastante bien. Si continuaba sobreviviendo a la atención intermitente de Vader, por no mencionar los mil y un peligros que acechaban en los subniveles día y noche, podría convertirse en una fuerza —bromas aparte— a tener en cuenta. Él tenía un grupo de apoyo bastante bueno, aunque parecían haber surgido cambios sutiles en la dinámica global del grupo durante los últimos días entre él y los otros. Particularmente, en lo que se refería Laranth, aunque el Jedi era tan ciego como un gusano del espacio si no podía ver lo que la twi'lek sentía por él. Pero había una cierta tensión entre él e I-Cinco que también era nueva. ¿A qué vendrá eso?, se preguntó Den. Era difícil saber si algo había cambiado en cuanto a Rhinann; el severo elomin mantenía las interacciones entre él y los otros al mínimo. Y últimamente había estado más inmerso en la HoloRed que lo normal.

Den se encogió de hombros. Bueno, después de todo, ¿qué familia no tenía sus riñas y disputas? Era importante recordarlo, porque eso es lo que eran: una familia, si bien una bastante disfuncional a veces. Lo importante era que todos se unían cuando era necesario para formar un buen equipo.

Jax observó a su cliente aproximarse a la entrada del espaciopuerto, comprobando con alivio que se había cambiado de ropa, llevando un traje de viaje que era un poco menos incitador de disturbios que el vestuario de la última noche. Mientras se acercaba, se dio cuenta de que también había reducido sus feromonas y sus habilidades mentales.

Bien. Ahora pongámosla a bordo y fuera del planeta antes de que pueda ir mal algo más.

Se avergonzó ligeramente de su actitud —pero sólo ligeramente. Aunque se había encariñado de Dejah, estaba más que contento de que ella siguiera adelante. Por decirlo francamente, ella significaba problemas, incluso sin las invitaciones químicas y psíquicas.

El Espaciopuerto Nueve era una gran masa de frenéticos seres agitados, empujando, irritados, apresurándose, representando a todas las especies que solían viajar entre las estrellas. Lo que quería decir que no difería en diseño de cualquiera de los otros muchos espaciopuertos grandes del mundo capital. Sin embargo, lo que hacía que moverse por el Nueve fuera un poco más confuso, un poco más difícil, y considerablemente más frustrante que abrirse paso, digamos, por el Espaciopuerto Ocho o por el Diez, era el hecho de que el Nueve estaba experimentando un remodelamiento completo bajo la supervisión de la Autoridad Imperial de Espaciopuertos. Las viejas estructuras estaban siendo demolidas, se erigían nuevas, el tráfico era desviado, y lo que quedaba tenía que seguir funcionando, de alguna forma, como un puerto completamente operacional.

En tales circunstancias, las necesidades de las máquinas invariablemente tenían prioridad sobre las de los orgánicos. Los trabajadores de la estación, la tripulación, y el personal de mantenimiento —por no mencionar a los viajeros— se encontraban apretujados en corredores cada vez más pequeños y obligados a tomar direcciones de programas o droides de servicio que estaban sujetos a actualizaciones al minuto. Todo ello hacía que encontrar tu destino fuera un ejercicio parecido a negociar en los subniveles más inferiores de la ciudad.

Rodeado y retardado por la agitada panglosia en docenas de lenguas, el hedor inevitable de cuerpos demasiado cerca, y la cacofonía primordial de la construcción sin descanso, un pequeño grupo decidido continuaba abriéndose paso hacia una de las cápsulas de despegue más alejadas. I-Cinco usó un pulso hipersónico para asegurarse de que sus palabras serían escuchadas sobre el estrépito de la muchedumbre.

—Girad hacia la izquierda en el siguiente pasillo —dijo el droide—. Es un acceso elevado temporal que nos permitirá rodear gran parte de la construcción principal.

Jax vio letras brillantes flotando encima de la entrada, junto con un glifo multilingüe para «peligro».

—Dice sólo personal de la construcción —dijo él.

—Esos somos nosotros —respondió el droide—. Estamos construyendo una ruta más rápida hasta nuestro destino.

Jax vaciló, pero sólo hasta que entraron en el corredor. Estaba casi desierto, y por primera vez desde que llegaron al puerto realmente pudieron avanzar sin impedimentos. Jax aspiró profundamente y se relajó.

O mejor dicho, lo intentó.

Ahora que habían dejado temporalmente el pandemónium, se dio cuenta de que la Fuerza estaba intentando decirle algo. En realidad, esa era una frase demasiado suave. Era más como ser agarrado por las solapas y sacudido violentamente. Antes de que se diera cuenta, la empuñadura de su sable láser recién adquirido estaba en su mano. Sin embargo no lo encendió todavía; aún estaban en un lugar excesivamente público.

Una mirada rápida a Laranth confirmó que ella también había sido advertida; ambas manos estaban suspendidas cerca de los DL-44 gemelos enfundados en cada cadera. Jax miró cuidadosamente a su alrededor pero no vio nada fuera de lugar. Algunas otras

especies —en su mayor parte niktos— también avanzaban por las rampas mecánicas, pero era perfectamente normal que él y sus compinches no fueran los únicos en arriesgarse a una multa haciendo uso del acceso de la construcción.

Den dijo — ¿Ahora qué? —en un tono de voz que normalmente sólo producirían las novias h'nemthe en sus noche de bodas.

—¡Calla! —Era una amenaza: eso estaba claro.

¿Pero dónde estaba su fuente?

La relativa quietud del acceso fue hecha añicos repentinamente por un ruido palpitante y agitando. Entonces un ornitóptero ascendió cerca, sus alas trillando el aire. En el mismo momento Laranth gritó — ¡Cuidado! —y le empujó hacia un lado. Jax evitó por los pelos ser golpeado por una mordaz hoja esmeralda.

Laranth no.

# Veintinueve

Jax aterrizó de costado, rodó, y se puso de pie en un solo movimiento elegante, dejando que la Fuerza hiciera la mayor parte del trabajo. En algún punto durante la maniobra activó el sable láser, aunque no podría haber dicho cuándo. La hoja —escarlata, notó una remota parte de su mente— ardió en toda su longitud en un latido.

Entonces se encontró de pie y frente a Aurra Sing.

Aunque nunca antes se había encontrado con ella, su apariencia no dejaba dudas sobre su identidad. En cualquier caso tuvo poco tiempo para planteárselo, pues su espada ya estaba silbando hacia él. Era un sable láser verde, y su resplandor tiñó todo del mismo tono de latón corroído. Todo, excepto la piel verde de la twi'lek: que se volvió verde grisáceo como el fruto maduro del chee.

Jax sólo tuvo tiempo suficiente de registrar que Laranth estaba fatalmente herida o muerta, y que estaba directamente en el camino del segundo arco descendente de la espada, antes de lanzarse en un intento desesperado por bloquearlo.

Lo hizo, pero a duras penas. Las hojas crujieron al chocar, el aire se llenó de ozono, y los dos sables láser se separaron. La hoja de Sing había sido desviada justo lo suficiente para evitar a Laranth. Atravesó el suelo suspendido del pasillo elevado, cortando sus soportes. Jax dio un salto hacia atrás y aterrizó sobre la sección todavía en pie, con el sable láser preparado para otro ataque.

Detrás de él, sus camaradas cayeron al abismo.

No había tiempo para la más mínima reacción, pues Sing volvía a lanzarse contra él. A varios metros por debajo, un campo tractor de emergencia activado automáticamente por la desintegración del corredor atrapó a sus compañeros. Caían lentamente, pero no tenía tiempo de observar; apenas tenía tiempo de respirar. Ella le asestó una furia de golpes casi tan vociferantes como los juramentos y maldiciones que los acompañaban.

—¡Tememe, Jedi! ¡Soy Aurra Sing, Nashtah, azote de tu clase! ¡Acecho en tus sueños más oscuros! Bebo sangre Jedi; ¡Anido en sus entrañas! ¡Tus pesadillas ahora tienen un nombre, hierofante, y ese nombre es Aurra Sing!

Él sintió la Fuerza fluyendo alrededor de ella. Tenía fuerza considerable, pero era salvaje e indisciplinada y, como tal, difícil de anticipar. Nunca antes había sentido nada parecido, y ciertamente nunca había oído nada igual.

Al fin se detuvo un momento en su acalorada perorata. Alzando su sable láser, él deslizó su pierna derecha hacia atrás y elevó la zumbante barra sobre su cabeza.

—Eres la cazarrecompensas, entonces —dijo él.

Alzando su arma, la mujer le mostró una sonrisa feral. Externamente, era bella; incluso sin una ventaja endocrina, podría eclipsar a Dejah. Lo que Jax sintió dentro de ella, sin embargo, eliminaba completamente cualquier impresión exterior. Ella tenía un alma horrible.

—Manejas bien un sable láser, presa —repentinamente ella se inclinó hacia adelante, y sus ojos carmesíes se estrecharon. Entonces la furia los llenó, o al menos, pensó él,

eliminó el último pedacito de cordura; no es que hubiera mucha para empezar, y ella rugió—. ¿De dónde has sacado eso? —ella indicó su sable láser.

Él le dijo la verdad:

—Un conocido me lo envió —se encogió de hombros—. Supongo que ya no lo quería.

Ella fue hacia él, y era increíblemente rápida; más rápida que cualquiera con el que se hubiera cruzado nunca. Sólo la Fuerza le permitía anticipar sus reacciones; de otra manera, seguramente habría perdido extremidades en el primer minuto. Era todo lo que podía hacer para esquivar el huracán de golpes que le estaba asestando: ¡corte-corte-corte-empujón-diagonal-corte!

Él saltó hacia atrás para escapar, sintió el calor de su sable láser chamuscando su pie derecho cuando atravesó su bota y cortó parte del tacón.

Tal vez hacerla perder el control no era un plan tan bueno después de todo…

Mientras volaba hacia atrás, Jax lanzó un corte detrás de sí con su arma. Un panel de transpariacero recién instalado se hizo añicos bajo el impacto de su sable láser, justo a tiempo para permitirle atravesarlo ileso. Cayó de pie en el tejado.

En un instante, Sing le siguió. Voló por la abertura, con los ojos entrecerrados, y los brazos estirados para equilibrarse. Su sable láser era una barra de viridio en la penumbra.

Ella lanzó un corte hacia abajo, con fuerza, ¡muy rápido! Sin la Fuerza, habría sido seccionado en dos. En lugar de eso, antes de que pudiera pensar, su cuerpo se movió sólo, envuelto por cables de energía. Inesperadamente, su mano se alzó para bloquear la espada de Aurra con la suya. Los relámpagos escarlata y esmeralda volvieron a cegarles momentáneamente.

Unido a la fuerza de su descenso, su golpe le envió hacia atrás de nuevo, a través del tejado de la construcción. Casi se cae por el borde más alejado.

Tras él, varios autómatas macizos estaban trabajando duro demoliendo y construyendo. En un confortable puesto de mando en alguna parte, un ser supervisor probablemente estaría recostado en una adaptosilla, observando a las gigantescas máquinas hacer todo el trabajo. ¿Miraría él o ella a una pantalla, captando la pelea en medio de todo el trabajo pesado, dejando a un lado la inevitable taza de café y llamaría a seguridad? ¿Duraría la pelea lo suficiente como para que llegase la ayuda?

Ella se abalanzó sobre él otra vez. Era rápida, fuerte, y buena, pero también era temeraria. Ella lo había dicho: su pasión yacía en cazar Jedi, no luchas con ellos. Estaba acostumbrada a golpear fuerte y rápido, una veta escarlata en la noche. No estaba acostumbrada a combatir con adversarios expertos durante mucho tiempo.

Jax continuó retrocediendo, bloqueando, dejando que la Fuerza le controlara completamente. Un movimiento en falso y sería rebanado. Su mejor opción era esperar, dejar que se cansara antes de intentar acabar con ella. Asumiendo que pudiera aguantar más que ella. Ella era humanoide, pero no humana; podía haber reglas diferentes para su clase. Ya tenía la certeza de que su porcentaje de contracción muscular acelerada era

mucho más alto que el de él. Él estaba cansándose, y ella parecía tan rápida y fuerte como cuando habían empezado.

Ya estaban entre las máquinas. Elevadores pesados y depositantes del compuesto, verificadores de unión, emisores y sintetizadores revoloteaban, zumbaban y retumbaban a su alrededor. Sing continuaba empujándole hacia atrás, hacia atrás, siempre hacia atrás. Jax se dejó llevar. Quería que ella pensara que estaba ganando.

Tal vez así era…

Al menos ella había detenido su diatriba. Estaba comenzando a pensar que ella intentaba matarme con palabras.

—No hay necesidad a morir —dijo ella, como si leyera su mente.

Ella le lanzó una andanada de ataques cortantes, ninguno pensado para hacer un daño importante, sino para prepararle para el golpe mortal.

—¿En serio? ¿Qué crees que planea hacer conmigo tu jefe? ¿Comprarme el almuerzo?

—No es asunto mío, Jedi. Ríndete ahora y tal vez puedas negociar algo con él. No lo hagas, y te mataré ahora mismo. Un futuro incierto es mejor que ninguno, ¿no estás de acuerdo?

Ella cargó sin esperar una respuesta, y su secuencia de ataque fue demasiado rápida para que él la siguiera conscientemente. La Fuerza respondió, sus hilos le manipularon como una marioneta, pero su cuerpo no sería capaz de seguir así mucho más. Él bloqueó, contraatacó, fue bloqueado, y se agachó justo a tiempo mientras ella intentaba cortarle la cabeza.

Esto no iba bien. Necesitaba hacer algo, y pronto, o…

Sing se estaba impacientando. El maldito Jedi se negaba a rendirse, si bien la Fuerza era todo lo que le mantenía en ese momento.

Ella no estaba segura de cómo se había hecho con su sable láser; muy probablemente había tenido un encuentro de alguna clase con Typho. Los pormenores no le interesaban: estaba totalmente concentrada en recuperarlo, y no le importaba demasiado cómo hacerlo. Si eso significaba arrancarlo de los fríos dedos muertos de su mano cortada, ella estaba segura de que Lord Vader lo entendería. Pero ella quería que esto acabara, y pronto. Su estamina duraba más que la de muchos humanoides, pero cuando se desvanecía, lo hacía rápido.

Incluso reconocer la posibilidad del fracaso no era una opción. Ella derrotaría a este Jedi advenedizo.

Cualquier otra cosa era inconcebible.

Un movimiento por el rabillo de su ojo derecho captó la atención de Jax. La energía de sus sables láser chocó y siseó una vez más, y él dejó que el impacto le enviase tambaleándose hacia la actividad que había sentido. Todo para lo que tuvo tiempo fue una rápida mirada.

No podía luchar con más fuerza. Tenía que pelear con más inteligencia.

La máquina era un gran reposticador, o fabber. Masticaba materia prima que parecía arena desde un silo elevado, entonces colocó una plancha translúcida encima del tejado como recubrimiento duro e impermeable. El silo elevado tenía un campo de seguridad que resplandecía en azul claro, para evitar que cayeran cosas en el depósito de materias primas. Sabio, porque el fabber ingeriría cualquier cosa que cayera en él y reestructuraría el material en su extrusión.

Un plan desesperado surgió en su cabeza.

Probó un ataque, una serie básica y simple de la Forma II que había aprendido en su juventud. En realidad no era una amenaza; los movimientos estaban diseñados como defensa contra un sable láser oponente.

Sing hizo eso justamente, bloqueando los ataques con facilidad. Ella se rió.

—¿Una defensa indigna de un Padawan? Vamos, puedes hacerlo mejor, ¿verdad?

—Realmente no —dijo él. Pero todo lo que quería era un poco de espacio para correr, que los movimientos le habían proporcionado. Se giró, corrió tres pasos, y saltó con toda la Fuerza que pudo reunir, logrando aterrizar en la barra de control sobre el fabber, con los brazos girando en una farsa por recuperar el equilibrio: sabía que Sing estaría justo detrás de él; ni siquiera tendría tiempo de girarse y enfrentarla, y ella usaría el campo de seguridad del depósito de materias primas como escalón antes de lanzarse hacia él haciéndole perder el equilibrio fácilmente de su percha.

La sintió, usando la Fuerza— El brillante botón rojo en el panel de control estaba junto a su bota dañada. Jax esperó hasta que sintió que Sing aterrizaba en el campo— Entonces pisó el botón.

El campo se apagó.

Sing gritó mientras caía en la arena que se removía.

Su sable láser cortó un surco de energía derretida a través de ella, fundiendo la arena con un color verde grumoso: entonces se apagó cuando ella perdió su agarre en la empuñadura.

Sing alzó la mirada hacia él mientras se hundía bajo la arena. Ésta se agitaba mientras era absorbida por la máquina. Lo último que vio de ella fue una mancha de cabello rojo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia un cercano tubo de descenso, percatándose de que sus amigos ya deberían haber llegado al suelo…

# Treinta

Jax recibió dos bombazos en rápida sucesión poco después de que llegara al centro médico.

El primero de Dejah. Ella había salido indemne, su escáner médico no mostraba consecuencias de la caída.

—Nosotros los zeltron somos una raza fuerte —dijo ella con una sonrisa. Parecía bastante más alegre— tanto, de hecho, que Jax le preguntó qué buenas noticias había recibido mientras estuvo en el centro.

—Es una decisión que he tomado —contestó ella—. Me quedo en Coruscant en lugar de regresar a Zeltros. Quiero ser parte del movimiento de resistencia.

—¿Qué? —por un momento no estuvo seguro de haberla oído correctamente—. Quieres decir, que después de todo el trabajo y el riesgo al que los miembros de Latigazo se han enfrentado para conseguirte pasaje seguro…?

—Me quedo. Sí. Lamento los problemas que he causado, pero creo que, si consideras lo que tengo que ofrecer, te darás cuenta de que es la mejor opción —ella marcó las razones con sus dedos mientras hablaba—. Soy una humanoide basal, lo que significa que con un mínimo de disfraces cosméticos y profilácticos, puedo ser una humana, una mirialana, o incluso una twi'lek. Tengo todo el asunto feromónico-telempático de mi lado, lo que me permite manipular a una habitación llena de gente sin que nadie sospeche nada. Y soy rica y hermosa, lo que me da acceso a algunos corredores del poder. Admítelo Jax: tu grupo me necesita.

Él no podía discutir eso. Ella era terca, decidida, acostumbrada a hacer su voluntad…y estaba en lo cierto. Ella podría ser un activo, de eso no había duda.

Esperaba que a Laranth no le importara.

Según resultó, no tuvo oportunidad de preguntárselo.

Estaba en una habitación privada de recuperación, notó él con sorpresa; inusual para alguien sin referencias. Sospechaba que Dejah ya había utilizado su dinero y sus habilidades de manipulación para conseguirle a la twi'lek los mejores cuidados posibles.

Ella estaba consciente cuándo entró, habiendo recibido un tratamiento extensivo de regeneración en tanque de bacta. Su brazo derecho había sido cercenado casi completamente, y el sable láser también había causado una herida terrible en su costado derecho, dañando su hígado y su páncreas. De no ser por la cauterización que había causado el intenso calor de la hoja de energía mientras la dañaba, habría muerto desangrada antes de tocar el suelo.

La miró de nuevo a la cara, y se sorprendió al verla despierta y observándole. Su mirada parecía más desolada de lo habitual. Ella no respondió a su saludo; en su lugar dijo simplemente, —Me marcho.

—¿Marcharte?

—De tu grupo. He decidido que puedo lograr más por mí misma, sin las distracciones de intentar resolver misterios que le pegan más a la policía del sector —alzó una su mano buena para acallar cualquier pregunta u objeción.

—Seguiré por aquí cerca, Jax. Estoy segura de que nuestros caminos volverán a cruzarse. Pero creo que es mejor que cada uno siga por su cuenta.

Jax, todavía recuperándose mentalmente de las noticias que Dejah acababa de darle, se encontró completamente sin palabras. Estaba allí, boquiabierto como un Padawan que acabara de ver su primera demostración de la Fuerza. Al fin, incapaz de pensar en algún otro curso de acción, envió sus hilos de Fuerza hacia ella, yendo en busca de sus sentimientos, esperando nada más que la habitual armadura impenetrable tras la que ella se escudaba.

Para su sorpresa, la encontró totalmente abierta.

Con vacilación, avanzó un poco más. Ella siguió sin ofrecer resistencia. Tampoco me está recibiendo exactamente con los brazos abiertos, pensó él. Aun así, él sabía que la Paladín estaba mostrando un enorme coraje al llegar hasta allí.

Una confianza así exigía reciprocidad. Él se abrió, poniendo al descubierto sus sentimientos internos, sus secretos, lo mejor que pudo; no había tenido mucha práctica en auto-examinación o auto-realización. Eran preceptos que había estado aprendiendo como parte de su entrenamiento de adulto, antes de que el Templo hubiera sido hecho pedazos. No obstante, ahora estaba casi tan desnudo ante la Fuerza como era capaz.

Él la sintió examinándole, sintió su mente dentro de la suya; indecisa al principio, pero con mayor confianza después, y finalmente con un abandono temerario. Ella estaba buscando algo…

Se dio cuenta de lo que era justo cuando encontró la misma emoción en ella. Aunque ella no la estaba escondiendo.

Cautelosamente, tentativamente, ella la estaba exhibiendo, como una banderola encima de una almena.

La revelación le aturdió.

Yo-yo nunca he pensado en ti de esa forma, dijo él mentalmente, dejando que la Fuerza transportara la esencia del mensaje sin palabras innecesarias.

Ni yo en ti. Pero las cosas cambian. Ella le miró, e incluso aunque el tono de sus pensamientos era frío y controlado, la sensación que él recibió a través de la Fuerza fue todo menos eso. Tenía toda la verdad y la intensidad de su pasión por la libertad y la justicia. Y al igual que sentía su calor, podía sentir como comenzaba a languidecer, podía sentir sus fuegos al ser puestos bajo control.

Espera, dijo él, pero era demasiado tarde. Sus defensas habían vuelto a su sitio de golpe… esa pesada armadura mental, diseñada para contener el equivalente emocional de un detonador termal, fue alineada y sellada una vez más. Ella dejó de mirarle.

—Como he dicho —le dijo ella—. Estaré por aquí. Ahora, si me disculpas, estoy cansada. Su cabeza se apoyó en la almohada mientras sus ojos se cerraban.

Jax salió de la habitación y vagó durante algún rato, intentando hacer frente al cambio de personal. Se sentía como un tonto…pero ¿cómo podía haberlo sabido? Su vida dentro del Templo le había proporcionado pocas oportunidades de investigar al sexo más bello y, mientras su vida de afuera le había ofrecido muchas oportunidades, la clase de seres con los que ahora se relacionaba no estaban interesados o usaban el sexo de la misma forma que usaban todo lo demás: como moneda de cambio, o como arma.

Había considerado a Laranth Tarak como una compañera de armas, pero no en todos los sentidos posibles de la frase.

Jax comprendió abruptamente la creciente antipatía y el mal humor de la twi'lek hacia Dejah Duare. No había forma en la que pudiera competir con la otra mujer; incluso sin su extensivo arsenal psicoquímico, la zeltron era un adversario formidable. Tenía dinero, belleza, y un sentido de la moda que tan hacía que los principales fabricantes de ropa del planeta se relamieran como nexus hambrientos. Comparada con Dejah, Laranth se veía superada en clase a todos los niveles.

Todo lo que ella podía hacer era luchar. Todo lo que tenía que ofrecer era un corazón heroico. Todo lo que daba era…todo.

—¿Te preocupa algo, Jax? —la voz de I-Cinco interrumpió sus pensamientos.

—Quiere decir —se coló la voz de Den—, que pareces más espaciado de lo habitual.

Jax parpadeó. Estaba abajo en el área de espera, que en ese momento estaba dándoles a una docena de humanos y humanoides un lugar en el que esperar: o por tratamiento o por noticias sobre otros en peor estado que ellos. Den había recibido meramente un corte largo en su oreja derecha, y el droide no había recibido daño alguno.

Jax dijo:

—Acabo de ver a Dejah y a Laranth. Ellas…

—Hemos oído la sorprendente noticia de Dejah —dijo I-Cinco—. ¿Cómo está Laranth?

—Viva y mejorando —dijo Jax—. Esas son las buenas noticias.

Mientras continuaba contándoles la decisión de Laranth, la comprensión le golpeó con tal fuerza que se detuvo en mitad de una frase y se rió.

—¿Algo gracioso que no estamos cogiendo? —quiso saber Den.

—Podrías decir que sí —dijo Jax. Se tranquilizó, entonces dijo en tonos sonoros—. Prioridad a la vigilancia discreta en relación a la operación recuperación del fugitivo.

—Eso me suena —mustió Den—. Oye, espera un momento…eso es lo último que nos dijo el cefalon.

—Exactamente —dijo Jax. Sacudió la cabeza—. Estaba tratando de advertirnos sobre la cazarrecompensas. Sobre Aurra Sing. Sólo que lo hemos descubierto un poco después de que sucediera —se rió otra vez.

—Pensaba que se suponía que era un trabajo sombrío y serio —dijo una voz femenina desde detrás de ellos. Se giraron como si fueran uno para ver a Dejah Duare bajando en un elevador cercano. Ella aterrizó y caminó hacia ellos. Llevaba un vestido que tenía algo en común con el vestido de nubes de la noche anterior, sólo que ese estaba más en un

estado líquido. Era azul, y pequeñas olas comenzaban en su hombro derecho y ondeaban a lo largo de su longitud, para detenerse en su cadera izquierda y comenzar de nuevo inmediatamente.

—En lugar de eso —continuó Dejah—, oigo risa. Veo sonrisas. Debo admitir que, como zeltron, eso me agrada —se detuvo cerca del Jedi y sonrió.

—Bonito vestido —dijo él.

—Es parte de un set. Espera a ver el último: está hecho de fuego. Él sonrió. No estaba seguro de si sus feromonas estaban haciéndole efecto en ese momento, y realmente no le importaba. Todo lo que sabía o le importaba saber era que se sentía estupendamente.

Cierto, todavía había problemas por resolver. Estaba el misterio en curso de la persecución de Vader, y qué acciones tomaría para vengar el asesinato de su padre por el Sith. Tampoco había olvidado ese descubrimiento, transmitido a través de la Fuerza, de que Anakin Skywalker todavía estaba vivo. Si era así, eso quería decir que tendría que encontrar al joven Jedi algún día y devolverle el pedazo de pyronium. Y tenía que decidir qué acción tomar en lo referente al destilado de bota. Todas esas decisiones tendrían que tomarse…a su tiempo.

Por ahora, sin embargo, era suficiente escuchar la risa de Dejah, verla sonreír, y sentir su tacto.

Por el rabillo del ojo, vio a Den sacudir la cabeza y mascullar algo que sonó como se'lahn.

I-Cinco asintió mostrando su acuerdo. Sintió una llamarada momentánea de fastidio antes de darse cuenta de que no lo entendían. La actitud lo era todo. Era lo que te levantaba por la mañana, lo que te mantenía con vida durante el día. Prefería tener a alguien como Dejah a su lado que a una sombría y contenida Laranth.

Algún día lo verían. Hasta entonces…

—Vámonos —dijo él—. Rhinann lleva mucho tiempo solo… será mejor que nos aseguremos de que no ha subastado todo en la Red.

Era el droide, comprendió Rhinann. El droide era la clave, de alguna forma. Sólo él había estado presente en todos los acontecimientos. Los vinculaba todos: la misteriosa persecución y matanza en Coruscant, veinte años atrás; los acontecimientos en el planeta Drongar, con la Jedi Barriss Offee; y la recuperación de los datos relacionados con el misterioso bota.

El droide era la conexión. Lo sabía; podía sentirlo.

Haninum Tyk Rhinann se reclinó en su silla y sonrió. Era un acertijo formidable, con algunas piezas de más de dos décadas de antigüedad y esparcidas por toda la galaxia. Y muchas de esas piezas estaban escondidas en lugares que no sólo eran difíciles de encontrar, sino peligroso el acceder a ellos. Sin embargo, valía la pena. Incluso si sólo era cierta una fracción de lo que estaba comenzando a reunir, valdría cada esfuerzo y cada gasto. Con el poder que esto prometía, podría reclamar su antigua gloria, y más: podría desafiar al propio Emperador.

Un acertijo desafiante, sin duda alguna. Pero el elomin era bueno resolviendo acertijos.

Muy bueno de hecho.

# Sigue leyendo para ver un anticipo de:

# Star Wars: Noches de Coruscant III: Patrones de Fuerza

por Michael Reaves

Jax se levantó y salió de su habitación al área común más grande, notando que el resto de sus compañeros estaban dormidos o fuera. I-Cinco le siguió.

Mientras se dirigía a la puerta principal del piso, Jax envió zarcillos indagadores de Fuerza hacia el ser en el lado contrario de la barrera. En su mente «vio» la energía, pero no percibió ningún «hilo» delator de Fuerza emanando de o conectándose a ellos.

Cada Jedi experimentaba y percibía la Fuerza de formas intensamente personales. Las sensibilidades particulares de Jax le inducían a percibirla como hilos de luz u oscuridad que envolvían a un individuo y le conectaban con la propia Fuerza y con otros seres y cosas. En este caso parecía no haber hilos…

Sin embargo había un indicio de… bueno, mancha era la única palabra que a Jax le parecía encajar vagamente.

Curioso por segunda vez esa mañana, abrió la puerta, sonriendo mientras I-Cinco se colocaba a un lado, adoptando una postura defensiva donde no sería visto inmediatamente por quienquiera que estuviera afuera.

En el estrecho corredor, rigurosamente alumbrado se encontraba un pequeño varón sakiyano regordete, de unos sesenta años —o eso suponía Jax…